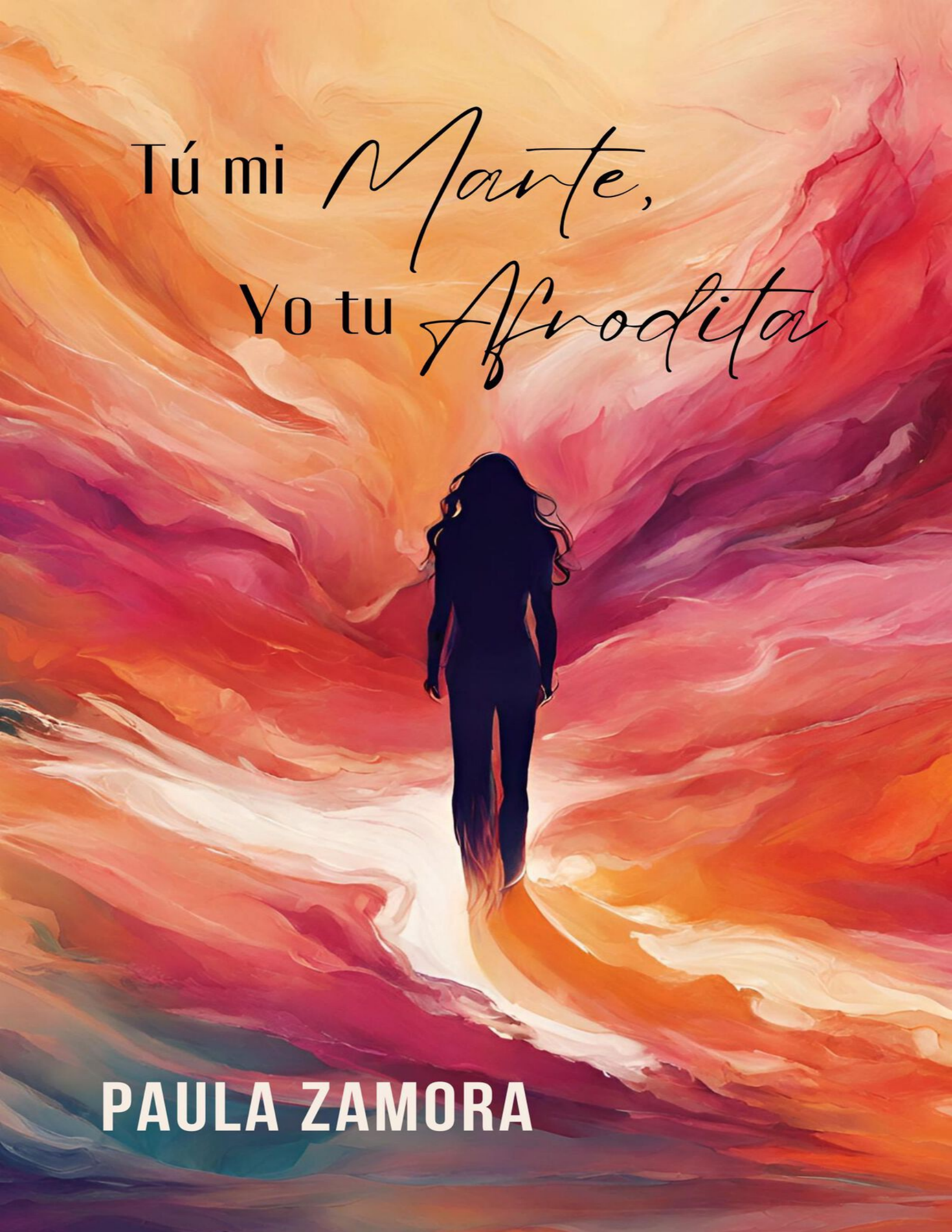

Tú mi Marte,
Yo tu Afrodita
PAULA ZAMORA

Tú mi Marte, yo tu Afrodita

Tú mi Marte, yo tu Afrodita

PAULA ZAMORA

Derechos de autor © 2024 por Paula Zamora.
Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede reproducirse, distribuirse o transmitirse de ninguna forma ni por ningún medio, incluidas fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor, excepto según lo permitido por las leyes de derechos de autor de la jurisdicción aplicable.
La historia, todos los nombres, personajes e incidentes retratados en esta producción son ficticios. No se pretende ni debe inferirse ninguna identificación con personas reales (vivas o fallecidas), lugares, edificios y productos.
Portada creada mediante un generador de Inteligencia Artificial.
Tercera edición, 2024.
ISBN: 9798874245122

DEDICATORIA

Para mi hija Lia Victoria, mi dulce inspiración. Que sin importar cuán grande o pequeño sea tu sueño, siempre tengas la valentía de perseguirlo.

Para mi amada mamá, quien ha sido mi constante fuente de apoyo y me ha impulsado a desarrollar mi potencial con su amor incondicional. Cuando sea grande quiero ser como tú.

Para mi esposo, quien me enseña todos los días que existe el amor. Gracias por ser la chispa que ilumina mi vida.

“Tendrás un hijo llamado Daniel que será luz para el mundo”
Daniel, que seas luz para el mundo, al menos para el mío.

Índice

PARTE I: DANIEL

PRÓLOGO

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30

EPÍLOGO

PARTE II: TALI

PRÓLOGO

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15

EPÍLOGO
NOTAS DE LA AUTORA

PARTE I: DANIEL

PRÓLOGO

En medio de la tormenta conocí a mi Marte, lleno de cicatrices y de rencor, y me entregué a él, como se entregó Venus.

Tú mi Ares, yo tu Afrodita.

Tú mi guerra, yo tu amor.

1

Nunca es demasiado tarde para huir de aquello que te hace daño.

Se me detuvo el corazón cuando llegué a la página 147 del libro y me capturó una oración que decía ***"la relación terminó antes de que termináramos"***, de la cual salía una flecha con la siguiente cita escrita a mano al pie de página:

"nunca es demasiado tarde para huir de aquello que te hace daño."

Me quedé perpleja, sintiendo como calaban de profundo aquellas palabras dentro de mí. Leí la cita escrita con letra delgada y elegante una y otra vez, sorprendida, decepcionada, pero sobre todo inspirada. De pronto recordé por qué estaba en aquel café sombrío que tanto detestaba, y entendí que mi relación ya había terminado, aunque no la hubiéramos terminado aún.

Nunca es demasiado tarde para huir de aquello que te hace daño.

Sus acciones me pedían a gritos que huyera. Pero no fue fácil abandonar sus dulces y oportunas palabras, cargadas de manipulación y violencia.

Mi relación fraccionada y maltrecha había llegado a su fin, y aunque quisiera decir que la culpa fue compartida, realmente fueron sus acciones las que nos llevaron a este desenlace.

De niña soñaba con encontrar al amor de mi vida, uno tan puro como el de mis padres. Fantaseaba con mi boda, mi propia familia y una casa con un gran jardín, preferiblemente en las montañas. Mi madre siempre me decía que no me apresurara, pues si bien el amor está en todos lados, en los pequeños detalles, en las canciones, los recuerdos, las historias, las fotografías, en un café, en un abrazo, en una sonrisa, no todo el amor que se nos presenta en el camino es el que está destinado para nosotros, me decía «*que tengas siempre la sabiduría de saber a quién entregarle tu amor, y de quién recibirlo*».

Pero como nadie escarmienta en cabeza ajena, como dicen por ahí, me enamoré de alguien que me hacía daño. Aunque claro, eso no era evidente a simple vista. De hecho, tenía una facilidad maquiavélica de engañar a las personas con su encantadora personalidad, y yo no fui la excepción.

Lo que no se puede obviar es que él era un abusador. Uno más, entre tantos. Se dice fácil, pero cómo cuesta asimilarlo.

«¿Cómo estuviste tres años con un maltratador?» Te preguntarás. Quisiera tener la respuesta a esa pregunta que me atormenta todos los días, pero lo cierto es que no lo sé.

¿Es que se tiene un límite de dolor aguantable? ¿O es que los ojos se te abren por obra divina de Dios? Tampoco tengo la respuesta, pero estoy agradecida porque finalmente me desperté de esa pesadilla. Me quité la venda que me había cegado por tantos años, y finalmente empecé a sanar. El proceso no ha sido fácil, pero ¿quién dijo que lo sería?

El día que decidí dejarlo fue el 27 de marzo: el día de nuestro tercer aniversario. Todo gracias a un libro, específicamente a esa cita escrita a mano en la página 147. Era una hermosa tarde soleada de primavera y habíamos quedado en celebrarlo en un café que frecuentábamos porque, según él, «hacían el mejor café de la ciudad». Lo cierto es que era amargo, desabrido e insípido. Debí haber tomado eso como una señal de su locura desde el inicio, pero no hay peor ciego que el que no quiere ver.

Ese sábado llegué puntual como siempre, aunque sabía bien que él no iba a estar ahí a la hora acordada, como era costumbre. De camino al café había pasado a comprarle un lindo suéter de regalo, aunque tenía certeza que él no me había comprado nada a mí. De hecho, a ese punto ni siquiera estaba segura de si iba a llegar, pues ya me había dejado plantada tres veces ese mismo mes con excusas baratas.

Pero ahí seguía yo, dándole más oportunidades de humillarme.

Mientras lo esperaba en aquel café repleto de personas, saqué de mi cartera un libro que acababa de comprar en una tienda de segunda mano de camino al café, ***"Lo que alguna vez fue"***, nunca había escuchado sobre él o sobre el autor, pero me atrajo en cuanto lo vi desde la acera. Al principio no supe si fue por la portada, que tenía un majestuoso amanecer en el mar pintado a mano con diferentes tonalidades de azul y morado, o si fue el título en sí, pero ahora me queda claro el porqué. Ese libro estaba destinado a cambiarme la vida, pero no lo sabía cuando lo compré. ¡Qué poco comprendemos sobre los planes que tiene la vida para nosotros!

Pasé la siguiente hora leyendo el libro, sin recordar el verdadero motivo de por qué estaba en aquel café, absorta en la historia de dos jóvenes enamorados que se querían, pero que se hicieron mucho daño. Con cada página que pasaba, pasaban los minutos, y con ellos, se me fue pasando el poco amor que me quedaba –si es que se le puede llamar amor a eso que teníamos –.

Nunca es demasiado tarde para huir de aquello que te hace daño.

Así fue como me encontré con esa cita escrita con la caligrafía de un ángel, en todo el sentido de la palabra. Fue en ese pequeño y efímero instante que un libro de segunda mano me enseñó el camino.

En medio de aquel shock, se me escapó una tímida lágrima que cayó sobre la página 147, dejando en ella una gota que cambiaría su color permanentemente, como me cambió ella la vida. No conocía al autor del libro, ni al dueño de aquella letra angelical, pero les estaba agradecida de corazón. Y, aunque evidentemente el mensaje no estaba destinado para mí, lo sentí como si lo fuera.

Cerré el libro de golpe, tomé mis cosas y salí casi corriendo del horrendo café al que sabía que nunca más iba a regresar.

Empecé a caminar sin rumbo, abrumada por miles de pensamientos. Me sentía impotente y arrepentida, llena de tanto coraje que me nublaba los sentidos. Por primera vez fui capaz de ver la realidad, como si literalmente hubiera abierto los ojos luego de tanto tiempo. La agitación y el mareo me obligaron a detenerme en un parque que estaba a tan solo un par de cuadras de mi casa, aquel que siempre veía por la ventana de mi carro abarrotado de niños felices y familias sonrientes.

Me senté en una banca que estaba cerca de la acera por donde iba caminando y saqué el pequeño libro que llevaba siempre en mi cartera, en el que escribía mis ideas y sueños. Necesitaba ordenar mis pensamientos, y no había mejor forma de hacerlo que a través de la escritura.

En cuanto empecé a escribir, se me hizo un nudo en la garganta y me empezaron a arder los ojos, llenos de lágrimas. Aquellas que llevaba tanto tiempo conteniendo, y que por fin iba a dejar salir sin miedo. Con cada palabra que escribía, me sacaba una espina del corazón. Tantos años de heridas dejan muchas cicatrices.

Tardé al menos diez minutos en escribir todo lo que mi corazón gritaba desde hacía meses, pero no había tenido la valentía de decir, quizás por miedo a la soledad, quizás por falta de amor propio, no lo sé. Pero ya no había tiempo que perder mirando hacia el pasado, estaba segura de que ya había dado todo lo que podía dar en esa relación.

Fue ahí, en la amarga y temida soledad de esa banca donde me despedí del primer y único hombre al que mi corazón había querido en mis veinticuatro años de vida. En ese cuaderno lleno de historias y de anhelos, quedó plasmada mi despedida.

Después de leerlo un par de veces y dejar que las palabras realmente pesaran en mi corazón, saqué mi celular y me limité a escribir el siguiente mensaje sin más explicaciones:

"Feliz tercer aniversario, C. No puedo terminar algo que ya está terminado, pero es hora de que le pongamos punto final y pasemos la página. No me llames, no me escribas, no me busques. Esta es mi despedida, y no necesito respuesta."

En cuanto lo envié, borré sus fotos y lo bloqueé de todas mis redes sociales en medio de un sollozo descontrolado, con la esperanza de borrarlo de mi vida por completo, aunque sería mucho más fácil si existiera un botón para eso en el corazón.

¿Todo esto por una cita en un libro? La respuesta es sí, pero también es no. Esa cita no fue más que el último empujón que necesitaba para liberarme finalmente, pero el dolor ya estaba acumulado desde hacía meses.

¿Qué hacía un sábado de primavera sola en un café? ¿Por qué no estaba disfrutando de la vida, como todos los demás que sonreían en el parque? ¿Cuándo dejé que mi felicidad dependiera de él? ¿Por qué permití que me borrara la sonrisa que me caracterizaba? ¿Por qué dejé que me destrozara el corazón, una y otra vez?

Subí la mirada hacia el cielo despejado y brillante, aun con lágrimas en las mejillas, y cerré los ojos. Dejé que la brisa de la primavera con aroma a flores me secara las lágrimas, y que el calor del sol me sostuviera entre sus brazos. Agradecí a la vida por haberme llevado hasta ese momento y sonreí. Por primera vez en mucho tiempo, sonrió mi alma.

Pero no te dejes engañar, esto no es una historia más de desamor, sino de todo lo que viene después. Esta es la historia de cómo me encontré de nuevo después de tantos años de haberme perdido.

2

- ¡Alicia! –grité, llamando a mi prima en cuanto entré a la casa que compartíamos desde hacía casi seis años–. ¿Dónde estás?
- ¡En mi cuarto! –me respondió despreocupada desde la planta alta.

Subí corriendo las escaleras, agitada y nerviosa. En cuanto entré a su cuarto, la encontré frente a su caballete con sus rulos castaños amarrados en un rodete despeinado, pintando un hermoso cuadro de flores con colores pasteles que quería regalarle a su suegra.

- Hola Tali, ¿cómo te fue? –me preguntó cuando me sintió entrar, sin levantar la vista del lienzo.

Intenté responder, pero el nudo en la garganta no me dejó. Era la primera vez que iba a contarle a alguien la noticia de mi ruptura. Ante mi silencio, Alicia levantó la mirada y se cruzó con mis ojos, llenos de lágrimas.

- ¿Qué pasó? ¿Te hizo daño otra vez? –preguntó alterada mientras se ponía de pie.
- No. Bueno, sí –respondí entre sollozos silenciosos–. Le terminé.

El rostro de Alicia se llenó de sorpresa y me rodeó en un abrazo lleno de compasión.

- Ay, Tali. –Suspiró–. No estés triste, sabes muy bien el daño que te ha hecho ese patán.
- No estoy triste –respondí–. Estoy llorando de alivio, o de miedo, o de felicidad. La verdad es que no lo sé.
- Ven aquí –dijo y me llevó hasta su cama–. Siéntate y cuéntame cómo te sientes.
- Me siento… –cerré los ojos unos segundos para descifrar mis emociones–. Me siento liberada. No quiero volver nunca a sentirme tan sola y triste como cuando estaba con él. Tantos años de sentimientos vacíos, sonrisas tristes, abusos psicológicos y golpes emocionales. Tantos años perdidos…
- Hiciste lo correcto –contestó sonriente mientras me pasaba un vaso con agua que estaba en su mesa de noche–. Hoy es el día que no olvidarás el resto de tu vida. Hoy recuperamos a la Tali feliz y sonriente. La que baila en los pasillos del supermercado y tararea las canciones en los elevadores. ¡Qué alegría! ¡Por fin! Me muero por contárselo a Ricky… Lucas va a estar más que feliz.
- Lucas… Ay Alicia, acabo de salir de una relación, lo menos que necesito es estar pensando en alguien más –contesté, pero lo cierto es que pensar en Lucas me hacía sonreír. Llevaba muchos meses sin saber de él, pues mi *ex* me había prohibido hablarle.
- ¡Pero como amigos! –respondió entre risas–. Aquí nadie habló de romance.
- Tienes razón. Me haría bien recuperar a las personas que me quieren. Aunque realmente no sé si Lucas todavía quiera ser mi amigo…
- ¿Cómo vas a decir eso? Si lo único que hace es hablar de ti cada vez que nos vemos. Lucas te ama, Tali. Estará feliz de ser tu amigo de nuevo. Al final, fuiste tú quien lo alejó.

A Lucas, el cuñado de Alicia, lo conozco desde que Ricky y Alicia comenzaron a salir, hacía como cuatro años. Pero no fue sino hasta que se comprometieron que realmente empezamos a vernos con más frecuencia en reuniones familiares. Lucas es bastante peculiar y aseñorado, pero al menos siempre me hacía reír con su inocencia y sus comentarios predecibles.

- Bueno, eso espero. Fui una tonta por alejar a las personas así… –me lamenté mientras me secaba las lágrimas.

- Sí, pero no es tu culpa Tali. Eso es lo que hacen los narcisistas: te aíslan hasta que te quedes sola. –Sonrió con tristeza–. Ahora cuéntame, ¿qué te hizo tomar la decisión?
- Este libro –dije mientras lo sacaba de mi cartera y lo abría en la página 147–. Específicamente esta cita.
- *"Nunca es demasiado tarde para huir de aquello que te hace daño."*–leyó Alicia en voz alta–. Qué lindo mensaje, y qué linda letra. Parece escrita por un ángel.
- ¡Pensé lo mismo! Es hermosa –dije mientras repasaba los trazos con mis dedos–. No he parado de pensar en estas palabras desde que las leí. Quisiera guardarlas para siempre.
- Entonces tatúatelas –dijo Alicia bromeando mientras se limpiaba una mancha de pintura de la camisa.

Me quedé en silencio unos segundos, mirando a Alicia, que no se había percatado de que estaba a punto de tomar una decisión impulsiva, de esas que nunca me permito tomar.

- ¿Qué? –replicó cuando levantó la mirada–. Era una broma, Tali. ¿No estarás pensando en…?
- ¿Por qué no? –exclamé con entusiasmo–. Dime, ¿cuándo he hecho algo así de impulsivo? ¿No crees que quizás esto es lo que necesito para comenzar a sentirme viva de nuevo? Algo de adrenalina y aventura no me caería mal. ¡Llevo años presa en una relación abusiva! ¡Estoy lista para sentirme libre y feliz otra vez!

Alicia se quedó en silencio unos segundos, meditando todo lo que le acababa de decir.

- Está bien, me cambio y nos vamos– respondió sonriente mientras se ponía de pie.
- ¿Pero vamos ya? –pregunté angustiada.
- Ahora mismo, ¿no querías sentir la adrenalina del momento?
- Sí, pero es que me dan algo de miedo las agujas…
- ¿Entonces eres una cobarde? –me desafió mientras se cambiaba la camisa.
- No –respondí con determinación–. Sí voy a hacerlo, pero me tienes que sostener la mano.
- Nunca te la he soltado Tali, ni en tus peores momentos –replicó y nos sonreímos.

Era cierto, nunca me había soltado la mano. Alicia ha sido mi incondicional compañera a lo largo de mi vida, con nuestros altos y bajos, siempre hemos estado ahí apoyándonos. La hermana que nunca tuve. Cuando se rompió la rodilla a los cinco años, tomé su mano en la sala de emergencias; cuando se murió mi tortuga Susan, estuvo a mi lado en el funeral que le hicimos en el jardín de mi casa; cuando nos graduamos de secundaria, cuando se enfermó nuestro abuelo, cuando salíamos de fiesta, cuando veíamos películas de vampiros adolescentes, en fin: siempre juntas.

De pequeñas fantaseábamos con mudarnos juntas, y cuando la vida nos presentó la oportunidad, la tomamos. Nos mudamos al centro de la ciudad para estar más cerca de la universidad y del trabajo cuando teníamos diecinueve años.

Además de mis padres, Alicia ha sido mi red de apoyo siempre. A pesar de todos los buenos y malos momentos que vivimos en esa casa, ya solo faltaban cuatro meses para su boda, y me estaba costando mucho trabajo acostumbrarme a la idea de que tendría que dejarla ir. Cuatro meses para que se separaran nuestros caminos. El día con el que soñamos de niñas estaba cerca, y cambiaría nuestras vidas por completo.

- Voy a extrañar estas salidas –le dije mientras nos montábamos en el carro.
- Me voy a casar Tali, no a morir. ¡Vamos a seguir saliendo! –respondió.
- Pero nada va a ser igual. Ricky te va a robar para siempre –dije mientras fingía llorar.
- Bueno, nos quedan varios meses, no empecemos a llorar desde ya –dijo bromeando, pero lo cierto es que el tema era aún delicado para ambas.
- Sí, tienes razón –respondí y empecé a manejar hacia un establecimiento de tatuajes que Ricky nos acababa de recomendar.
- Hablando de eso… ¿has pensado qué quieres hacer? ¿Dónde vas a vivir?
- No lo sé, pero en esta casa no. Tu ausencia se sentiría demasiado.
- ¿Y si te vas a las montañas con tus papás? –preguntó.
- Es una opción, me encantaría vivir en las montañas, pero honestamente no quiero sentirme como una fracasada que regresó a casa de sus papás. Además, imagínate lo que sería manejar todos los días desde allá hasta mi oficina.
- No eres una fracasada, Tali. Eres una exitosa contadora que trabaja en una reconocida empresa transnacional. En cuanto al tema del trabajo… ¡renuncia! Nunca te ha gustado trabajar ahí –replicó.
- No es que no me guste –refuté–. Pero ciertamente no me veo haciendo eso el resto de mi vida.
- ¿Entonces qué quieres hacer?
- No sé. –Suspiré–. Por ahora voy a enfocarme en mí y ya luego resolveré lo demás.
- Cuéntame más sobre eso. ¿Cómo visualizas a la nueva Tali? –preguntó con su voz de psicóloga. Aunque a veces me trataba como a una más de sus pacientes, la verdad es que esas sesiones siempre me ayudaban a esclarecer mi mente.
- Cuando salí del café me senté en el parque que está por aquí cerca y tuve algo de tiempo para pensar. Y para llorar también, no creas que soy inhumana –dije con humor y nos reímos–. Entre tantas cosas, pensé en todo a lo que él me hizo renunciar. Me quitó a mis amigos, me alejó de mi familia, y lo peor, me alejó de mí misma. ¿Hace cuánto tiempo no hago las cosas que me gustan? Siento que ya no me conozco.
- Estoy de acuerdo. ¿Recuerdas lo feliz que eras cuando salías a pasear en la bicicleta? Han pasado años desde la última vez. ¿Has estado leyendo siquiera? –preguntó.
- Antes de este libro que compré hoy, tenía varios meses sin leer. –Suspiré–. Por eso siento que encontrar esta cita al pie de la página estaba en mi destino… En fin, él se burlaba de todos los libros que a mí me gustaban. Solo quería que tuviera tiempo libre para leer sus borradores, los que parecían nunca estar listos, o al menos no listos para que yo los leyera…
- Y… ¿has vuelto a escribir? –preguntó con cautela, consciente de que era un tema sensible para mí.
- No –respondí y se me tensaron involuntariamente las manos alrededor del volante–. Lo último que escribí fue aquel borrador que él mismo quemó en mi cara. –Intenté controlarme para no llorar, pero de solo recordar aquella escena se me erizaba la piel–. Nunca me he sentido tan humillada como ese día. Todo mi trabajo de un año, desvanecido entre las llamas.
- No sé cómo pudiste perdonarle eso…

- Yo tampoco. –Suspiré.

Me quedé en silencio unos minutos, recordando ese día que viviría por siempre en mi memoria. Había ido a visitarlo a su casa una tarde después de trabajar, y estaba nerviosa porque hacía una semana que le había entregado el primer borrador oficial del que me hubiera gustado que fuera mi primer libro. Darle ese borrador fue una de las cosas más difíciles que había hecho en mi vida, pues había trabajado durante más de un año en él y solo mi mamá y Alicia lo habían leído. En cuanto entré a su casa, me llevó al patio trasero en donde había preparado una fogata, que al inicio me había parecido súper romántica.

- Cariño –me dijo con algo de lástima–. Leí el borrador…
- ¿Sí? –pregunté ilusionada–. ¿Te gustó?
- Honestamente esperaba más de ti. No creo que escribir sea lo tuyo, Tali. Tienes que apegarte a tu profesión y no hacer el ridículo escribiendo libros así… Te lo digo porque te amo.

Sus frías palabras me acuchillaron el corazón.

- Creo que lo mejor es que quememos este borrador –dijo, lanzándolo al fuego sin darme tiempo de reaccionar.

Las llamas ardían con más intensidad mientras consumían una a una todas las páginas. El humo me quemaba los ojos, que intentaban con dificultad contener las lágrimas. Empecé a llorar descontroladamente, no por las hojas que poco a poco iban desapareciendo, pues obviamente estaba todo respaldado en mi computadora, sino por ver mi sueño quemándose lentamente frente a mí y no tener la valentía de levantar mi voz para defenderlo.

Ese día me dejó una cicatriz permanente en el corazón y en la piel.

- ¡Tali! –gritó Alicia.
- ¿Qué? –respondí alterada.
- ¡Casi te saltas el semáforo! ¿Estás bien?
- Sí, disculpa. Es que no puedo dejar de pensar en aquella hoguera –admití.
- Él sabe que tienes mucho más talento que él. Tenía miedo de que pudieras opacarlo en su área, porque ¿cómo alguien que no estudió eso, puede ser mejor que él en su propia profesión?
- No sé si tengo más talento que él, o no, pero sus palabras drenaron mi autoestima. Me alejó de algo que me apasionaba, sin importar si era buena o no.
- ¡Claro que eres buena, Tali! Ese borrador es de las mejores cosas que he leído, y no lo digo solo porque sea tu prima.
- ¿En serio? –le pregunté, incrédula.
- ¡En serio! ¿Por qué no retomas ese último borrador? –preguntó Alicia mientras nos estacionábamos en frente de la tienda de tatuajes.
- Ese borrador no –dije de inmediato–. Pero sin duda volveré a escribir pronto, cuando reúna la valentía necesaria –respondí y nos bajamos del carro, agradecida por no tener que continuar con esa conversación.

Entramos a la tienda de piercings y tatuajes que nos había recomendado Ricky, la cual, como era de esperarse, estaba pintada de negro y tenía las paredes llenas de grafitis.

- ¿Estás segura de que aquí fue donde Ricky te dijo? –susurré, empezando a arrepentirme.
- Sí, es aquí. ¡Todo va a estar bien! –me dijo y luego empezó a coordinar con la dependiente del lugar.

Mientras ellas conversaban, abrí el libro para mirar la cita por última vez antes de tomar esta

gran decisión. ¿Estaba dispuesta a llevar la caligrafía de una persona desconocida en mi piel por el resto de mi vida?

- Tali –me llamó Alicia–. ¿Sabes dónde lo quieres?
- Sí –respondí, sin despegar la vista del libro–. Aquí –dije, mientras me levantaba la camisa para dejar descubierta la parte superior derecha de mis costillas–. Justo al lado de esta cicatriz.

Aquella cicatriz que me habían dejado las llamas.

3

La siguiente semana transcurrió mejor de lo que esperaba tras una ruptura. Durante el día estaba ocupada en mi propio infierno: la oficina, y en las tardes cuando regresaba de trabajar, pasaba el rato con Alicia.

Por las mañanas todo era más fácil, ya que Helios, a través de las ventanas, hacía que fuera más llevadero el despertar sin un mensaje de buenos días, y, como no tenía a quién contarle mis locos y recurrentes sueños, opté por escribirlos en la aplicación de notas de mi celular. De todas maneras, él nunca mostraba interés cuando se los contaba.

Los días que tenía que ir a la oficina me distraía con el trabajo y con mis compañeros, a quienes no consideraba mis amigos, pero al menos teníamos relaciones laborales cordiales.

El resto del día, la compañía de Alicia cuando regresaba de su trabajo era suficiente para distraerme de los pensamientos pesimistas.

Las noches eran las más complicadas, cuando me sentía más sola que nunca. Las consecuencias de mi decisión me golpeaban en la cara cuando iba a dormir y no tenía a quién escribirle un mensaje de buenas noches, ni por quién rezar antes de dormir. La oscuridad de mi habitación me llenaba la cabeza de preguntas y miedos. Me despertaba algunas madrugadas con lágrimas secas en las mejillas, atormentada por la idea de no encontrar a nadie más, de no enamorarme nunca más. ¿Cómo iba a abrir mi corazón de nuevo, después de todo el daño que me hizo?

Sorprendentemente no lo extrañé a él ni una sola vez, sino a lo que representaba en mi vida: un compañero, un amante, un confidente.

Lo cierto es que no sufrí tanto como hubiera imaginado en esa primera semana. Quizás es porque ya había sufrido la ruptura antes de que termináramos, o quizás era porque ya había dejado de amarlo meses atrás, no lo sé.

En todo caso, estar acompañada me era de mucha ayuda.

El problema era que ese fin de semana Ricky y Alicia se iban de paseo a la playa con unos amigos del trabajo de Ricky, y yo iba a quedarme sola en la casa. Mi primer fin de semana oficialmente soltera y sola.

- ¿Segura de que vas a estar bien? Ricky puede ir sin mí… –preguntó Alicia en la noche del viernes mientras Ricky nos preparaba una pasta de camarones en la cocina de nuestra casa.
- Voy a estar bien, Ali. Por favor ve y no te preocupes. ¡Disfruta la playa! –insistí, por enésima vez en la noche.
- ¿No quieres ir con nosotros? –preguntó Ricky.
- Gracias por la invitación, pero no soy muy fanática del mar… –empecé a decir.
- Tali le tiene miedo al océano. Talasofobia, ¿no? –me interrumpió Alicia.
- Sí, me da miedo no saber qué hay debajo de mí.
- ¿En serio? –preguntó Ricky, mientras nos servía los platos–. ¿Y si no te metes al mar?
- ¿Y arruinarles la diversión? –respondí en tono de broma–. No se preocupen, igual quiero aprovechar este fin de semana para hacer cosas productivas.
- ¿Ah sí? ¿Cómo qué? –preguntó Ricky intrigado.
- ¡Qué entrometido! –dijo Alicia entre risas.
- ¿Qué puede ser más divertido que un viaje a la playa? –insistió Ricky, bromeando.

- Leer, escribir, pasar tiempo conmigo… No sé. Ya veremos lo que me depara el fin de semana –dije con picardía, pero internamente estaba algo preocupada de sufrir una regresión emocional cuando me encontrara con la soledad en esa casa vacía.

Pasé el resto de la noche con ese pensamiento en la cabeza, pero al final tenía solo dos opciones: sentarme a llorar en mis pijamas, lamiéndome las heridas por todos los años perdidos, o comenzar a trabajar en mi propia felicidad, para lo cual tenía que aprender a estar bien sola, sin depender de nadie más.

La decisión era obvia.

Desperté la mañana del sábado con el mejor humor que había tenido en las últimas semanas, con la esperanza de descubrirme nuevamente. Hacía mucho tiempo que no me dedicaba tiempo de calidad y estaba dispuesta a empezar a hacerlo a partir de ese día.

Me senté en la cama en mis pijamas, saqué mi pequeño cuaderno y comencé a escribir los pasatiempos que recuerdo haber disfrutado en mi vida, los sueños pendientes por cumplir y las metas que alguna vez me había propuesto. Así fui creando mi nueva lista de prioridades y metas, la cual estaba determinada a seguir.

- Retomar los paseos en bicicleta.
- Leer más.
- Hacer nuevos amigos, y recuperar a los viejos.
- Escribir mi primer libro.

Con mis objetivos más claros, decidí comenzar el día con la mejor actitud. Me levanté de la cama, puse uno de mis *playlists* favoritos a todo volumen y me comencé a alistar al ritmo de Sway, de Michael Bublé.

Mientras me bañaba, admiré el nuevo tatuaje que adornaría mis costillas para siempre, aquel que le quitaba importancia a la cicatriz que atravesaba mi abdomen y que me avergonzaba desde hacía meses. Jugaba a imaginar de quién podía ser la caligrafía y bajo qué circunstancias había escrito la cita. Tenía la fiel creencia de que era letra de una mujer, por lo delicado y fino de su trazo, pero no podía descartar de que fuera de un hombre –había escuchado que los arquitectos escriben muy lindo–. En un mundo lleno de miles de millones de personas, lo más probable era que nunca supiera quién había escrito aquello, pero igual le tenía guardado un lugar especial en mi corazón.

Salí del baño, me vestí, tomé mis lentes de sol y bajé a desayunar con Ricky y Alicia, que estaban a punto de salir a su paseo.

- ¡Buenos, mejores y excelentes días! –exclamé mientras me acercaba a la cocina y percibía el delicioso aroma de los famosos *pancakes* de avena de Alicia.
- ¡Pero vean quién se despertó con el pie derecho! –dijo Alicia mientras me daba un abrazo–. Espero que tu alegría se deba a estos *pancakes*, porque hoy los hice con más cariño que nunca.

Luego supe que tenía razón, eran los mejores *pancakes* de avena que me había comido en mi vida. Sin duda iba a extrañarla y a sus *pancakes* cuando me abandonara después de casarse.

- Lucas me preguntó por ti anoche –dijo Ricky mientras se servía algo de tomar–. Un pajarito le contó la noticia.
- ¿Un pajarito cuyo nombre empieza por R o por A? –pregunté en tono de broma, intentando disimular mi intriga–. ¿Qué más dijo?
- Quiere saber cómo estás –respondió Ricky.
- ¿Y por qué no me pregunta él mismo? –contesté con picardía–. Sé que fui yo quien lo alejó, pero si tiene tanto interés en saber, ¿por qué no lo averigua por sus

propios medios?

- ¿Escuchaste eso mi amor? –contestó Alicia entre risas–. Tendremos que pasar este mensaje al destinatario final.
- Bueno, pero no se hagan ilusiones. Yo sé que a ustedes les gusta jugar de cupido –dije mientras me comía el último pedazo de *pancake*–. Si me disculpan, tengo una cita conmigo misma.
- ¿A dónde vas? –preguntó Alicia con curiosidad.
- A donde me lleve el viento en la bicicleta –respondí emocionada.
- ¡Anda con cuidado! –me regañó Alicia mientras me daba un abrazo.
- Lo haré, disfruten la playa.

Salí al garaje a buscar mi bicicleta, aquella que no había tocado en un par de años, y me preparé para tener una cita conmigo, el viento y mis canciones favoritas.

Un par de horas después y tras dar varias vueltas por el vecindario, me dirigí al mismo parque de la semana anterior, al que apodé secretamente "El Parque de la Banca". Me senté en exactamente la misma banca en la que escribí mi mensaje de ruptura y contemplé en paz los frondosos árboles que adornaban el perímetro.

Al medio día el parque estaba repleto de familias, lo cual honestamente me alegraba el corazón. Me parecía acogedor ver a las familias pasando tiempo juntos, lo que me hizo pensar en lo mucho que extrañaba a mis papás. En los últimos meses no los había visto mucho, principalmente porque no quería hablar con ellos sobre mi relación, pues, aunque era evidente que ya estaba en ruinas, no estaba preparada para admitir lo cobarde y débil que había sido durante tanto tiempo.

Hacía años, cuando recién me mudé con Alicia, había acordado con mis papás el vernos al menos una vez a la semana, pues para ellos fue difícil ver a su única hija abandonar el nido. Sin embargo, con el pasar de los años y con nuestras ajetreadas agendas, a veces nos veíamos tan poco como una vez al mes.

Saqué mi pequeño cuaderno y agregué a la lista:

- Pasar más tiempo con mis papás.

Deseaba de todo corazón estar con ellos ese fin de semana, pero habían planeado unas vacaciones fuera del país desde hacía meses y les quedaban aún dos semanas más de viaje. Inicialmente no quería arruinar sus muy merecidas vacaciones con mi ruptura, pero mi mamá no tardó ni un día en darse cuenta. Las mamás todo lo saben.

- Hola, mamá –la llamé por videollamada, aprovechando que estaba pensando en ellos–. ¿Cómo la están pasando?
- ¡Hola, cariño! ¡Qué guapa te ves! La soltería te sienta muy bien –respondió mi madre del otro lado del teléfono–. Mira dónde estamos, son unos viñedos preciosos. ¡Deberías estar aquí! Todavía estás a tiempo de tomar un avión y venir con nosotros.
- Qué lindo se ve todo, muy romántico. –Sonreí–. Pero no puedo escaparme del trabajo así, nada más.
- La vida es muy corta para dedicársela toda a un lugar en el que siempre vas a ser reemplazable, cariño. Me tardé muchos años en entender eso, pero espero que a ti no te pase lo mismo. –Suspiró–. ¿Dónde estás? ¿Cómo te sientes hoy?
- Estoy en un parque cerca de la casa, mira –dije y volteé la cámara del celular para enseñarle el lugar–. Me siento bien, estoy tranquila.
- ¡Qué bueno! ¿Ya se fueron Ali y Ricky?
- Sí, ya me avisaron que llegaron bien.

- ¿Cuáles son tus planes del fin de semana? –preguntó.
- El plan es no tener plan –dije sonriendo.
- ¿Y cuándo vas a volver a escribir? Es hora de que retomes eso, Tali.
- Espero que pronto –respondí sin ganas, intentando no pensar en eso.
- Envíamelo cuando lo tengas, ¿sí? Me muero por volver a leerte. –Sonrió y sus palabras me alegraron el corazón. Con que al menos una persona quisiera leer lo que tenía para escribir, para mí era suficiente.
- Gracias, mamá, lo haré.
- Bueno mi amor, te dejo porque tu papá está esperándome en el restaurante. Que tengas un día precioso. No dudes en escribirme si me necesitas.
- Está bien. Un abrazo a papá –me despedí y colgué la llamada.

Mi madre es contadora, como yo, y mi padre abogado. Cuando me fui de la casa decidieron renunciar a sus trabajos e invertir en un lujoso hotel en las montañas, a tan solo una hora de la ciudad, por lo que se construyeron una casa hermosa en las montañas. Son más felices que nunca, rodeados de pinos y hermosos paisajes. Tienen una vida plena. Son todo lo que yo sueño ser.

Después de colgar con mi madre, decidí que era hora de regresar a casa a prepararme algo para almorzar.

En cuanto llegué a la casa, guardé la bicicleta en el garaje y entré a la cocina para prepararme un risotto, del cual estaba antojada hacía días. Pero, para mi sorpresa, no había agua en el grifo.

Fui al resto de la casa e intenté abrir otras llaves, pero de ninguna salía agua. Extrañada por la situación, escribí un mensaje en el grupo que teníamos con algunos vecinos, pero todos los demás afirmaron que ellos si tenían.

En todos los años que tenía en esa casa no recordaba haberme quedado sin agua nunca. Revisé como último recurso que estuviéramos al día con los pagos, pero eso también estaba bien.

- ¿Aló? –llamé a Alicia.
- ¡Hola Tali! ¿Cómo va tu día? –preguntó.
- Estaba muy bien, pero acabo de llegar a la casa y no hay agua. No he podido cocinar el almuerzo y me muero de hambre.
- ¿Ah sí? ¡Qué extraño! –exclamó–. Dice Ricky que no te preocupes, ya va a enviar a alguien para que te ayude.
- ¿A alguien? –pregunté extrañada–. ¿A alguien quién?
- No tengo buena señal, pero espera unos minutos nada más –dijo y me colgó.

En cuanto terminó la llamada, supe que algo estaban planeando, pero no me tardé mucho en descubrirlo, pues quince minutos después escuché golpes en la puerta.

- ¡Voy! – grité mientras bajaba las escaleras, malhumorada por el hambre que tenía.
- Tali. –Era él.
- Lucas –dije, sorprendida de verlo, pero más sorprendida de lo diferente que se veía.
- Te ves algo sorprendida de verme –murmuró mientras se llevaba las manos a los bolsillos, nervioso. Ese pequeño gesto era básicamente lo único que pude reconocer del Lucas que recordaba.
- Lo estoy –susurré.

¿Cómo se puede cambiar tanto en cuestión de meses? Habían pasado apenas seis meses desde la última vez que lo vi. El Lucas que recordaba era escuálido, pálido y señorial. El Lucas que

estaba frente a mí tenía músculos que definitivamente no estaban ahí antes, una hermosa y tupida barba pelirroja y un aura más jovial.

- Ricky me dijo que estabas teniendo problemas con el agua, ¿te molesta si entro a revisar? –preguntó.
- Adelante, por favor. Más bien muchas gracias por venir. Yo… –empecé a decir, apresurada, intentando ordenar mis pensamientos–. Es que estás muy diferente –dije, finalmente, recorriendo su rostro con mi mirada.
- Lo sé, me dejé crecer la barba y he estado haciendo más ejercicio. –Se rio–. Te compré almuerzo, también. Alicia dijo que no habías podido cocinar –dijo y me entregó una bolsa de un restaurante de comida rápida.
- Gracias, es muy atento de tu parte. –Sonreí y lo invité a pasar, aún sorprendida, pues había cambiado hasta su forma de vestir. Había sustituido los zapatos formales por tenis casuales, y las camisas de botones por camisetas. ¡Incluso llevaba una gorra!
- Voy a revisar la llave de paso, puedes comenzar a comer mientras tanto –dijo mientras se dirigía al garaje.

En cuanto me quedé sola en la cocina, cerré los ojos e intenté controlar mi respiración. ¿Por qué estaba así de nerviosa? ¡Era Lucas, nada más! El mismo Lucas de siempre… pero diferente.

Intenté disimular mis nervios comiendo, pero no tardó mucho en regresar del garaje.

- Ya lo solucioné –dijo sonriente.
- ¿Qué era?
- Alguien había cerrado la llave de paso–replicó entre risas, consciente de lo que estaba pasando.
- No puede ser –dije y me cubrí el rostro con las manos–. Alicia me va a escuchar cuando regrese.
- Quizás no fueron ellos… Pero probablemente sí –dijo y nos reímos. Se veía distinto aun cuando se reía, más despreocupado y juvenil.
- Lamento que hayas tenido que venir hasta acá solo por eso. No se me ocurrió revisar esa llave… –dije apenada, pero lo cierto es que ni siquiera sabía dónde estaba.
- No pasa nada, Tali. Sabes que lo hago con mucho gusto. Además… –comenzó a decir y se sentó frente a mí, del otro lado de la mesa–. Quería saber cómo estabas –preguntó mientras se quitaba la gorra y la dejaba sobre la mesa.

Sorprendentemente, incluso su cabello de tonos ocres había cambiado. Lo llevaba muy corto, como si se lo hubiera rapado hacía unos meses, por lo que se veía más rubio que de costumbre.

- Estoy bien –respondí, apartando la vista rápidamente–. Mejor de lo que he estado en mucho tiempo. Gracias por preguntar. –Sonreí con timidez. Nunca me había sentido así de intimidada por Lucas antes.
- Supe que era un patán desde el día que lo conocí –respondió–. ¿Has vuelto a hablar con él?
- ¡No! Lo bloqueé de todos lados.
- ¿Y no ha buscado otra forma de contactarte? –preguntó intrigado.
- Sí, me escribió un correo electrónico, pero no le respondí. Estoy cansada de que intente manipularme. No quiero saber nada de él –dije con honestidad.
- ¿Y de mí? –preguntó, mirándome con esos ojos negros, que no tenían el mismo brillo que solían tener–. ¿Ya podemos ser amigos de nuevo?
- Sí… si es que tú quieres, claro –respondí nerviosa–. Lamento mucho haberte alejado así.

- No te preocupes, lo importante es que aquí estamos de nuevo. –Sonrió con sus delgados labios y me dio un vuelco el corazón–. ¿Quieres ir por un helado cuando termines de comer?
- Sí. –Sonreí y le sostuve la mirada por primera vez en la conversación. Algo en sus ojos apagados y su sonrisa caída me decía que Lucas había cambiado, y no hablaba solo de su físico.

¿Qué le había pasado al abogado sonriente, aseñorado y predecible?

4

- Después de ti –dijo Lucas mientras abría la puerta de mi casa.
- Gracias. –Sonreí–. ¿Cambiaste de carro? –pregunté sorprendida cuando vi el lujoso auto plateado que estaba estacionado frente a mi casa.
- Sí, hace unos meses –respondió indiferente.

Sonreí y entré al carro que aún olía a nuevo.

- ¿Por qué lo cambiaste? –pregunté con interés genuino–. El otro era casi nuevo.
- No han sido mis mejores meses –dijo y empezó a manejar.
- ¿Pasó algo? –pregunté, intentando no entrometerme demasiado. Acabábamos de recuperar nuestra amistad después de que yo misma lo hubiera sacado de mi vida.
- Pasaron muchas cosas, Tali. ¿No te contó Alicia? –dijo con tono serio.
- No, nunca hablamos sobre ti… –respondí, empezando a preocuparme y cayendo en cuenta de que Alicia llevaba meses sin mencionar a Lucas.
- Yo le pedí que no te contara, pero no pensé que cumpliría su palabra –dijo sorprendido, aun evadiendo mi pregunta.
- ¿Qué pasó, Lucas? –insistí, dejando de lado la sutileza con la que pretendía abordar el tema.
- Tuve un accidente en el carro hace un par de meses y mi carro fue pérdida total. Amortigüé el golpe con mi cabeza y me cosieron doce puntos aquí –dijo mientras se quitaba la gorra, enseñándome la cicatriz que estaba en la parte superior de su cabeza.
- Lucas –repliqué horrorizada–. ¿Te pasó algo más? No estaba al tanto…
- Me lesioné el hombro, pero no es nada –respondió serio.
- ¿Por qué no querías que me contara Alicia? –pregunté confundida, algo enojada con mi prima por no haberme dicho esto antes.
- Porque no quería que cambiara tu opinión sobre mí –respondió tenso, sin despegar la mirada de la carretera.
- ¿De qué hablas? Los accidentes pueden pasarle a cualquiera –contesté confundida.
- Estaba borracho, Tali. No fue un accidente, fue una imprudencia –dijo con expresión sombría y detuvo el carro–. Llegamos –dijo finalmente y se bajó a abrirme la puerta, sin darme tiempo de responder.

Aproveché los siguientes segundos de silencio y soledad en el carro para pensar qué debía responderle, pero no logré pensar lo suficientemente rápido. Lo cierto es que no podía creer lo que Lucas me estaba contando.

Como mencioné líneas atrás, Lucas era extremadamente meticuloso, aseñorado y cumplidor de las reglas. Era un abogado “librito”, de esos que siguen las normas al pie de la letra. El Lucas que conocía se tomaba a lo sumo dos copas de vino, y no manejaba bajo la influencia del alcohol.

- ¿Vamos? –preguntó, extendiéndome la mano para ayudarme a bajar del carro.
- Sí –contesté en automático, sumida en mis pensamientos.

Entramos a la heladería que estaba cerca de su casa, la que habíamos frecuentado varias veces con Alicia y Ricky.

- ¿Brownie dinamita? –me preguntó cuando llegamos al mostrador, aún serio.
- Sí, gracias. –Sonreí tímidamente y se me enterneció el corazón porque se acordaba de mi sabor de helado favorito.

Terminamos de ordenar y esperamos que nos entregaran el pedido en silencio, pues aún no estaba segura de cómo responderle. Lucas estaba tenso y, honestamente, ya no sabía si era el mismo Lucas a quién le podía preguntar cualquier cosa.

- Estás inusualmente callada –dijo mientras abría la silla para que me sentara en una de las mesas.
- No sé qué decir… Estás diferente.
- He cambiado, pero sigo siendo yo, Tali. Puedes confiar en mí –respondió, pero ni siquiera sonaba como Lucas.
- Eso es lo que me he repetido en la cabeza desde que te vi, pero lo cierto es que el Lucas que conozco no se vestía así, ni tenía la mirada tan apagada. Definitivamente no se emborrachaba y era incapaz de manejar bajo los efectos del alcohol –dije con algo de temor, intentando que no sonara como un reproche.
- ¿No te gusta mi nuevo estilo? –bromeó, intentando aligerar el ambiente.
- Sí me gusta, pero estoy sorprendida. ¿Qué te pasó? –le pregunté finalmente, con algo de tristeza, y coloqué mi mano sobre su mano fría.
- Me rompieron el corazón –respondió con frivolidad, y retiró su mano en cuanto sintió mi tacto, lo cual me desconcertó, pues no solía ser tan arisco.
- ¿Estabas saliendo con alguien? No sabía– pregunté con asombro, intentando pasar por alto su lejanía.
- No quiero hablar de eso, Tali. Lo importante es que aquí estoy, el mismo Lucas que conoces, pero con algunos errores en el camino. –Suspiró–. Mejor hablemos de ti. ¿Cómo te va en la vida de soltera? ¿Muchos pretendientes?
- Me va bien. –Sonreí, aliviada de que cambiáramos de tema–. Afortunadamente ningún pretendiente en el horizonte. Quiero enfocarme en mí.
- Me parece bien –respondió–. Igual no es como que haya muchos a tu altura.
- Lucas –refunfuñé y me sonrojé. Me había tomado por sorpresa su elogio, pues no era usual en él. El antiguo Lucas no era capaz ni de sostenerme la mirada.
- ¿Qué vas a hacer ahora? –preguntó, cambiando de tema.
- Voy a sentarme a escribir, después de mucho tiempo –dije con algo de vergüenza. Realmente muy pocas personas sabían que me gusta escribir.
- ¿A escribir? ¿Un libro o algo así?
- Sí, con algo de suerte, un libro.
- ¿En serio? No sabía que escribías –dijo con entusiasmo–. ¿Tienes algo escrito? ¿Puedo leerlo?
- No –respondí de inmediato–. Quiero decir, sí, he escrito varias cosas, pero no están listas para el público.
- Está bien –respondió–. Espero ser el primero en leerlas.

Nos quedamos un par de horas en la heladería antes de que me llevara de regreso a mi casa, hablando de trabajo, de política, de la economía del país. Afortunadamente, no volvimos a tocar ningún tema sensible.

- Gracias por la invitación, y por la ayuda con el agua –le dije mientras me bajaba del carro frente a mi casa.
- No hay de qué, Tali. Espero verte pronto –dijo finalmente, y se fue en cuanto abrí la puerta de mi casa.

Entré a la solitaria casa y me encerré en mi cuarto, aun pensando en lo que me había contado Lucas y en lo diferente que estaba. ¿Quién le había hecho tanto daño? Me moría porque Alicia

regresara de la playa para poderla interrogar.

"¡Les dije que no jugaran de cupido! Pero al menos pasamos un rato ameno. ¿A qué hora regresan mañana?", le envié un mensaje a Alicia.

"Nos alegra ;). Volvemos en la tarde. ¿Vemos una peli en la noche?"

"Está bien, pero yo la escojo.", le respondí y guardé el celular.

A pesar de que era apenas de tarde, me cambié y me puse unos cómodos pijamas, pues no tenía planes de salir. Bajé a prepararme un té y me senté en la sala con mi computadora y mi taza.

Ahora sí, había llegado al momento más difícil de escribir un libro: escoger la historia. ¿Sobre qué quería escribir? Abrí un nuevo documento en la computadora y me dediqué los siguientes cuarenta minutos a redactar una lluvia de ideas, pero ninguna trama terminaba de convencerme.

Mientras seguía pensando, me empezaron a invadir pensamientos tóxicos. ¿Y sí estaba oxidada? ¿Y si ya había perdido ese don? ¿Y si escribía sobre algo que alguien más ya había escrito? ¿Y si mis compañeros de trabajo se burlaban de mí por escribir?

Cerré la computadora de golpe y me levanté a hacer respiraciones para calmar mi ansiedad. "Todo va a estar bien, Tali", me repetía una y otra vez. Pero lo cierto es que tenía miedo de escribir de nuevo, y me estaba costando trabajo superarlo.

Aquél último borrador que murió en las llamas era mi bebé. Aparentemente, aún no había superado su muerte.

"Nunca es demasiado tarde para huir de aquello que te hace daño", empezaba a tener más sentido que nunca.

En medio de todos esos pensamientos, noté que ya había empezado a oscurecer y no era gran fan de la oscuridad, por lo que tomé las cosas y subí a encerrarme en mi cuarto. Odiaba quedarme sola porque toda mi vida he sido una cobarde, pero no podía hacer nada más que llenarme de valor y disfrutar de la soledad a la que tanto había huido.

Una vez en mi cama, me acosté con mi nuevo libro favorito, *"Lo que alguna vez fue"*, y me dispuse a releer el triste final, gracias al cual entendí que el amor entre dos personas no es suficiente para hacerse felices, mucho menos si se hacían tanto daño como lo hacían los protagonistas del libro.

Creo fielmente en que no todas las historias tienen un final feliz, pero sí todas las personas. En esa historia, ellos no estaban destinados a estar juntos, pero me hubiera encantado leer lo que les deparaba el destino después de la ruptura, aquella historia en la que cada uno encontraba al amor de su vida.

Un pensamiento llevó a otro y, sin darme cuenta, me quedé dormida con el libro en el pecho, cerca del corazón, donde le había guardado un lugar especial por siempre.

5

Abrí los ojos de golpe y miré el despertador: 4:57 a.m. Había dormido casi toda la noche sin despertarme, a pesar de mi miedo a la soledad. Me tomé unos segundos para sentirme orgullosa de mí misma y me volví a acurrucar con la cobija para seguir durmiendo.

Sin embargo, en cuanto cerré los ojos de nuevo, vino a mi mente lo que había soñado en la madrugada y me senté en la cama, esforzándome por recordar cada detalle.

Encendí la luz de mi mesa de noche, tomé mi computadora y comencé a escribir la historia de Arena, una dulce fotógrafa que no tiene familia y que depende emocionalmente de su mejor amigo, Nate, quien acababa de comprometerse con el presunto amor de su vida, sin percatarse de que su alma gemela siempre estuvo a su lado y no era precisamente su prometida.

El sueño había sido solo una pincelada de la historia, pero la química que había sentido entre Arena y Nate era precisamente lo que necesitaba para inspirarme a escribir. ¡Sabía que mis sueños locos algún día me servirían de algo!

Continué escribiendo hasta media mañana, cuando el hambre hizo que me detuviera. Bajé corriendo a la cocina a prepararme un cereal, inmersa en una enorme alegría. ¡Acababa de comenzar una nueva historia! ¡Por fin! Todo gracias a un sueño en el que un hombre se daba cuenta de que tenía una idea errónea sobre el amor, pues pensaba que el amor eran flechas y corazones, cuando realmente era confianza, seguridad, picardía, compañerismo y solidaridad. Había escrito solo tres capítulos, pero al menos ya había comenzado.

Apenas terminé de desayunar, subí de prisa para continuar escribiendo, pero aparentemente hasta ahí me había llegado la inspiración porque no estaba satisfecha con nada de lo que intenté escribir por las siguientes dos horas.

Como ya se acercaba la hora del almuerzo, decidí aprovechar el caluroso clima para ir a almorzar en algún restaurante de la zona en mi bicicleta. De todas formas, había leído que un buen paseo en bicicleta ayuda a liberar endorfinas y calmar la ansiedad.

Me bañé y me hice unas ondas en mi largo cabello castaño, aunque finalmente decidí ponerme un sombrero blanco que era de mi mamá para que no me salieran más pecas de las que ya tenía, pues siempre me habían causado cierta inseguridad. Me puse un vestido casual celeste con pequeñas flores blancas que me llegaba hasta arriba de las rodillas, tomé mis lentes de sol y me puse protector solar para pasear bajo el inclemente sol.

Apenas salí de la casa, fui directamente a un pequeño restaurante que quedaba a un par de cuadras de mi casa, en el que ordené un delicioso sándwich de pavo. No estaba acostumbrada a comer sola en restaurantes, pero honestamente la estaba pasando muy bien. Me estaba sintiendo plena, sin pensamientos ruidosos en la cabeza, hasta que se sentó un joven apuesto en la mesa de al lado y me robó la paz.

No estaba segura si me estaba mirando o no, pero ahora sentía la presión de comer lindo, como toda una princesa.

“¿Estoy encorvada? ¿Estoy haciendo ruido? ¿Y si tengo comida en los dientes?”, me empecé a preguntar. Ya sé, suena tonto, pero ahora estaba soltera y tenía que estar preparada para encontrar al amor de mi vida en cualquier esquina.

Me llené de valentía y lo detallé por un par de segundos: era rubio, tenía la barba tupida y unos majestuosos músculos que sobresalían por debajo de su apretada camisa. Tenía ambos brazos tatuados y, aunque tantos tatuajes no eran mi estilo, era, sin duda, muy apuesto.

“¿Y si le hablo?”, me empecé a cuestionar, “Pero ¿qué le voy a decir?”. El pánico inminente de un primer acercamiento me puso nerviosa, pero él parecía no percatarse del caos que estaba

ocurriendo en mi cabeza. “Vamos, Tali. Eres una mujer fuerte e independiente del siglo XXI que puede acercarse a un hombre sin morir en el intento”, me dije para llenarme de valentía, pero me interrumpió el sonido de mi celular. Me apresuré a sacarlo de la cartera, pensando que era Alicia, pero, para mi sorpresa, era Lucas.

- ¿Aló? –contesté sorprendida. No recuerdo haber recibido nunca una llamada de Lucas.
- Tali, ¿cómo estás? –dijo Lucas, apacible.
- Muy bien, ¿y tú? Qué sorpresa recibir tu llamada.
- ¿Sorpresa por qué? Los amigos se llaman –respondió entre risas.
- Sí, tienes razón –respondí y me quedé en silencio, ansiosa por saber si era una llamada rutinaria de “cómo está todo” o si efectivamente tenía algo que decirme.
- Entonces… –dijo después de unos segundos y se aclaró la garganta–. ¿Tienes planes para hoy?
- En la noche voy a ver una película con Alicia –respondí nerviosa–. Pero supongo que puedo posponerlo.
- No, tranquila. Podemos dejarlo para otra ocasión…
- ¿Quieres ver la película con nosotras? Podemos decirle a tu hermano que se quede también –lo interrumpí.
- Es que no quisiera incomodarlas…
- No te preocupes. ¿A las seis te parece bien? –pregunté y me mordí con ansias el labio mientras esperaba su respuesta.
- Sí, a las seis estoy ahí. Yo llevo la cena –respondió sonriente, y no tenía que verlo para imaginarme su sonrisa.
- Está bien. Nos vemos –me despedí y colgamos.

En cuanto terminó la llamada, subí la mirada y me topé con la mirada curiosa del joven de la mesa de al lado, pero de repente ya no tenía el mismo interés en él, por lo que recogí mis cosas y me fui.

Me debatí unos segundos entre irme a la casa a seguir escribiendo o pasear un rato más en la bicicleta, pero finalmente seguí dando vueltas por la zona mientras pensaba en la historia que estaba escribiendo y en cómo a veces buscamos al amor de nuestras vidas en todas las esquinas y no nos damos cuenta de que lo tenemos justo al lado. ¿Es que podía ser Lucas el amor de mi vida?

“No digas tonterías”, pensé. “Ni siquiera conoces a este nuevo Lucas.”

Tenía razón, no lo conocía, pero tampoco podía ser tan diferente al Lucas amigable y divertido que solía ser mi amigo.

Después de divagar un rato en mis pensamientos, llegué al Parque de la Banca, en donde me senté a tomar nota de las cosas que se me habían ocurrido para la historia. Mientras escribía en mi pequeño cuaderno, un niño pateó una pelota que cayó a mis pies, por lo que me estiré para patearla en su dirección.

- ¡Gracias! –gritó y siguió corriendo con su papá.

Le sonreí y me detuve unos segundos a analizar la escena. Después de pasar la vista por el resto del parque, empecé a notar la soledad que me acompañaba, pues era técnicamente la única persona que estaba sola en todo el perímetro –a excepción de la señora que estaba paseando a su perro, pero incluso ella estaba más acompañada que yo–.

En medio de aquella tristeza repentina, se me ocurrió la intrépida idea de escribirle a Lucas para tomar un café antes de la película. Podíamos buscar alguna cafetería por la zona, me parecía

agradable la idea de conversar con él un rato en lugar de sentarnos a ver una película en silencio. Estaba necesitando desesperadamente un amigo.

Saqué mi celular y empecé a escribir:

Lucas, ¿te apetece un café?

Lo borré, demasiado ambiguo.

Hola Lucas, ¿estás disponible para un café?

Lo borré de nuevo.

Lucas :) ¿quieres tomar un café ahora?

Después de leerlo al menos cinco veces, me pareció que era un mensaje amable que no estaba abierto a interpretaciones.

Estaba a punto de enviar el mensaje cuando una gota de lluvia cayó en la pantalla de mi teléfono, levanté la mirada al cielo y me sorprendí al ver nubes grises que no estaban ahí minutos atrás. Guardé el celular sin enviar el mensaje y empecé a recoger mis cosas mientras sentía cómo aumentaban las frías gotas en mi piel. El día pasó de un caluroso sol a una lluvia escandalosa en cuestión de segundos.

Me subí en la bicicleta y comencé a andar en dirección a mi casa, pero la lluvia se empezó a intensificar mientras intentaba salir del parque y empezaron a sonar truenos, a los cuales, por cierto, siempre les había tenido pánico.

Apenas había podido atravesar el parque y llegar hasta la calle del frente cuando me di cuenta de que no era buena idea seguir hasta mi casa en esas condiciones, principalmente porque no podía ver nada, pero también porque no podía evitar pensar que me iba a caer un rayo encima.

El escándalo de la lluvia y los truenos me aturdían, los relámpagos iluminaban el perímetro gris cada cuantos segundos y el viento amenazaba con llevarse mi sombrero.

Decidí detenerme para buscar algún lugar techado en el cual refugiarme, pero cuando intenté frenar la bicicleta se me resbalaron los pies de los pedales a causa del agua, perdí el control y caí de lado junto a la acera con la bicicleta enredada entre mis piernas y el vestido más arriba de lo que me hubiera gustado. Sentí el asfalto frío contra mi rodilla descubierta y temía que un carro me atropellara. El agua me caía directo en la cara y no podía ver nada, estaba desorientada y aturdida.

- ¡Déjame ayudarte! –gritó un hombre que salió de la nada.

Apenas pude escuchar estas palabras en medio del escándalo de la tormenta. Se acercó y levantó la bicicleta que seguía enredada entre mis piernas, luego me tomó de los brazos y me levantó del suelo sin realizar mayor esfuerzo, como si estuviera levantando a una muñeca. Intenté ver quién era, pero apenas me levantó del suelo me dio la vuelta de forma que mi espalda quedara contra su pecho y me guio firmemente sujetándome de la cintura hasta una puerta de vidrio que estaba literalmente en frente de donde había ocurrido mi caída.

- Entra –dijo con firmeza y abrió la puerta de aquel lugar. Podía sentir su agitada respiración contra mi espalda, aunque bien podían ser los acelerados latidos de mi corazón haciendo eco en todo mi cuerpo. Habían pasado muchas cosas en pocos segundos y mi mente estaba intentando asimilarlo todo.

Entramos entonces a un lugar que era la combinación perfecta de un café y una biblioteca, con mesas y sillas de madera, algunas de las cuales estaban ocupadas por silenciosos lectores con libros en sus manos, los cuales no parecieron haberse percatado de mi estrepitosa caída justo en frente del café. El techo era de madera y tenía unos enormes tragaluces a través de los cuales se podía apreciar la tormenta, pero eran tan altos que hacían parecer la lluvia lejana y pequeña. Entre los enormes tragaluces había vigas de madera con hermosas enredaderas naturales que

bajaban por las paredes del café y caían justo encima de los estantes de libros que rodeaban todo el lugar. Encima de las mesas había unas hermosas lámparas de vidrio, y, junto con el piso de madera y los cómodos sofás que estaban distribuidos entre las mesas, hacían del café un lugar sumamente acogedor.

Fue amor a primera vista: los cientos de libros, madera por doquier, el sonido distante de la lluvia, el hermoso techo y el delicioso olor a café, pero, sobre todo, me enamoré de la sensación de paz y calidez que me transmitía todo el lugar. No recordaba haber estado en un lugar tan cargado de magia como ese nunca en mi vida, y mucho menos lograba entender cómo había vivido casi cinco años a tan solo unas cuadras sin haberlo visto antes.

Mientras admiraba el lugar, me había olvidado por completo del hombre que me había ayudado, quien se estaba llevando mi bicicleta a la esquina opuesta del café para dejarla en un rincón al lado de una hermosa escalera de madera en forma de caracol que llevaba hacia un segundo piso. Aproveché entonces para acercarme al estante más cercano y pasé la mirada detenidamente por los libros que estaban ahí: La Ilíada, La Odisea, Edipo Rey, Prometeo Encadenado. Todos bajo el título "Literatura Griega". Los había leído todos.

- No deberías andar en bicicleta con ese vestido y esas sandalias –dijo una voz a mis espaldas.

Me giré sobresaltada y se me detuvo el corazón por unos segundos. Temí que estuviera soñando despierta o teniendo alucinaciones tras la caída, pues ante mí estaba el hombre más apuesto que había visto en mi vida. Era como ver al protagonista de cualquier película cliché de amor, excepto que era real y estaba de pie justo ante mis ojos. Si mi corazón estaba acelerado antes, ahora estaba latiendo por su vida.

Como no sabía si lo volvería a ver, me tomé el atrevimiento de estudiarlo como si quisiera guardarme una foto mental de recuerdo. Parecía mayor que yo, era muy alto, de piel bronceada y cabello oscuro con algunos rizos rebeldes, de los cuales goteaban hilos de agua. Llevaba puesto un elegante traje azul, que lo hacía parecer al menos diez años mayor de los que podía ver en su rostro. Sus ojos eran brillantes, de un color miel que no había visto antes. Su fuerte mandíbula estaba tensa y, en general, parecía cansado.

Aparentemente me quedé en silencio observándolo durante más segundos de los que son socialmente aceptados, pues ni siquiera le había respondido cuando me habló de nuevo.

- Es peligroso, puedes perder el control justo como acaba de ocurrir –recalcó.

Lo miré unos segundos más, intentando comprender la incongruencia entre lo bello de su voz y lo grosero de sus palabras.

- Gracias por tu consejo, pero no perdí el control por mi vestimenta. –Quería decir algo inteligente o atractivo, pero en cambio solo logré responder con sarcasmo–. Estamos en medio de una tormenta, por si no te has dado cuenta.

En cuanto pronuncié las últimas palabras supe que había hablado desde los nervios, porque no sonaba como algo que yo diría. Miré al cielo a través de los enormes tragaluces en busca de calma y respiré profundo. No había estado así de nerviosa en mucho tiempo, me temblaban las piernas –no sé si por el frío o por los nervios– y me sudaban las manos.

- De todas formas, gracias por ayudarme. –Intenté esbozar una sonrisa y le extendí mi mano–. Soy Tali.
- Ha sido un placer, Tali, excepto por la parte en donde quedé completamente empapado por la lluvia –dijo sin sonreír y tomó mi mano con delicadeza–. Soy… Matías –dijo vacilante, casi como si no quisiera decirme su nombre.
- Lo lamento. –Miré su traje mojado con expresión avergonzada y no supe muy

bien qué decir después. Sus cálidos ojos color miel me escrutaban el rostro y sentí un calor intenso en mis mejillas. Bajé rápidamente la mirada para evitar la suya y me percaté de que mi vestido y mi cabello goteaban agua también. Sin duda alguien se enojaría por tener que limpiar ese desastre, por lo que intenté sin éxito tomar el vestido entre mis manos, pero el agua corría sin parar.

- No te preocupes por eso, espera aquí –dijo cordial, pero serio, y se giró hacia las escaleras de caracol que estaban del otro lado del café.

Me quedé inmóvil por miedo a seguir mojando todo el piso, pues al menos si me quedaba en un mismo lugar solo tendrían que limpiar un charco, y claro, el camino de agua que acababa de dejar Matías mientras atravesaba todo el café.

Miré a mi alrededor y, a pesar de la extraña e incómoda situación en la que estaba, sonreí. Sonreí porque la vida acababa de sorprenderme en medio de un domingo que parecía ordinario y aburrido, porque olía a café recién hecho y porque, a pesar de todo, me sentía segura. ¿Qué más podía pedir?

- Hola querida –me dijo con dulzura una mujer que me recordaba mucho a la hermana mayor de mi mamá. Tenía el cabello negro recogido en un moño natural y tenía los ojos marrones más tiernos que había visto en mi vida–. Toma, sécate un poco con esto mientras te traigo una taza de café. Puedes sentarte donde quieras. –Me entregó una toalla y antes de que pudiera agradecerle, se dio la vuelta y se metió en la cocina.

Intenté secarme lo más que pude con la toalla, principalmente el cabello que era lo que más goteaba. Cuando pasé la toalla por mis piernas sentí un ardor en la rodilla derecha, la miré y estaba llena de sangre. Justo en ese momento empezó a dolerme la herida, quizás porque ya me había percatado de que la tenía, o quizás porque ya se me estaba bajando la adrenalina, fuera lo que fuera, me dolía, pero tenía que armarme de valor para no llorar en medio de aquel café.

Mientras esperaba a Matías, atravesé el lugar y me senté en la mesa más cercana a la escalera de caracol que estaba en dirección contraria a la puerta, con la esperanza de que nadie notara mis ojos llorosos. Estaba asustada porque me colgaba un pedazo de piel de la rodilla y nunca he sido la más valiente cuando hay sangre involucrada. Intenté comportarme como una adulta, pero en cuanto intenté limpiarme la herida con la toalla y empezó a salir más sangre, no pude contener más las lágrimas.

Pocos segundos después, escuché los pasos de Matías bajando por las escaleras e intenté limpiarme las lágrimas antes de que pudiera verme.

- Te traje esto –dijo mientras se me acercaba. Ya no estaba chorreando agua y ahora llevaba unos jeans azules y una sudadera gris que lo hacía parecer mucho más juvenil que el traje azul que llevaba antes, pero igual de atractivo. Me entregó un antiséptico, gasa y esparadrapo–. Póntelo para que deje de sangrar.

- Gracias. –Le sonreí y las tomé confundida, pensando en cómo se había dado cuenta que tenía una herida, si yo me había percatado apenas minutos atrás.

Me quedé inmóvil con el antiséptico en la mano mirando mi rodilla, incapaz de siquiera volver a tocar la herida. Tenía la respiración agitada y me escocían los ojos llenos de lágrimas, luchando para no llorar frente a él.

- ¿Quieres que te ayude? –me preguntó con cautela. Lo miré tímidamente y, aunque internamente quería decir que no, asentí con vergüenza.

Matías se arrodilló frente a mí y empezó a limpiar la herida delicadamente, pero con firmeza, como si supiera lo que estaba haciendo. Me concentré en sus negras y largas pestañas que estaban a apenas algunos centímetros de mí y un escalofrío recorrió mi cuerpo.

- ¿Te duele? –preguntó y se detuvo de inmediato al sentir mi escalofrío. Sus ojos escrutaron los míos en busca de alguna señal de dolor o incomodidad.
- Un poco, pero puedes continuar –dije con prisa y sonreí avergonzada.

Lo cierto era que no sentía nada de dolor, pues solo podía enfocarme en el tacto de sus manos sobre mi piel, el ritmo de su respiración agitada y el calor que emanaba de su cuerpo en medio de aquella tarde fría y lluviosa.

¿Qué clase de dios griego se me había cruzado en el camino y cómo se había caído del Olimpo?

- Ya está –dijo mientras se ponía de pie–. También te traje esto. –Me entregó una sudadera igual a la que él llevaba puesta, pero de color negro, y un pantalón deportivo–. Supongo que te debes estar congelando con ese vestido mojado.
- Gracias, es muy amable de tu parte. –Los tomé y le sonreí, incapaz de sostenerle la mirada–. ¿Sabes dónde puedo cambiarme? –pregunté, esperando que me señalara en dirección del baño, pero, en su lugar, me guio en silencio por las escaleras de caracol.

Subimos entonces al segundo piso del café, que era mucho más grande de lo que parecía desde abajo. Al terminar las escaleras, llegamos a una gran sala central que tenía un juego de sofás frente a una hermosa chimenea de madera en la pared. La decoración iba en juego con la decoración del café: todo era de madera, los mismos tragaluces de abajo se replicaban arriba, pero sin la doble altura, lo que hacía parecer al cielo más cercano y la tormenta más aterradora. A diferencia del café, en las paredes de la sala había un único estante lleno de libros. Todo era tan acogedor que me moría por tomarle una foto al lugar solo para tenerla de recuerdo.

A la derecha de la sala estaba la cocina y, a la izquierda, un estrecho pasillo con varias puertas, las cuales asumí eran habitaciones.

- Puedes cambiarte aquí –dijo mientras abría una de las puertas que, efectivamente, era una habitación. Solo había una cama y unas mesas de noche, con una maleta cerrada junto a la cama. Parecía más un cuarto de hotel que de una casa.
- Gracias. –Sonreí con timidez y sentí su mirada penetrante por varios segundos antes de que saliera del cuarto y cerrara la puerta.

En cuanto estuve sola, cerré los ojos y respiré profundo. ¿Estaba viviendo una historia de amor o de terror? ¿Qué clase de loca se mete en el cuarto de un desconocido?

“Ya estás aquí”, me dije, “te cambias y te vas en cuanto termine la tormenta… a menos que sea un asesino en serie y me vaya a secuestrar”, empecé a divagar en mis pensamientos por más tiempo del que debía pues me interrumpió un golpe en la puerta.

- ¿Lista? – preguntó Matías del otro lado de la puerta.
- Un segundo –respondí, mientras me cambiaba de prisa. La sensación de la tela seca contra mi piel era lo mejor que me había pasado ese día. El pantalón me quedaba algo grande, pero le hice un nudo apretado en la cintura y funcionaba a la perfección para las circunstancias en las que estaba. Antes de salir del cuarto, abrí la cámara de mi celular y me até el cabello en una cola alta para no parecer una loca.

En cuanto salí, lo vi de pie frente a la chimenea, encendiéndola con pedazos de madera.

- Puedes ponerte cómoda, ya casi te traen un café –dijo mientras pasaba su mirada por mi cuerpo, detallando su ropa.
- Gracias. –Sonreí y me senté en uno de los sofás que estaba frente a la chimenea–. ¿Vives aquí? –pregunté–. ¿Eres el dueño?
- No, yo lo soy cariño –dijo la dulce señora que estaba terminando de subir las

escaleras mientras me entregaba una taza de café–. Soy Lilian, pero puedes decirme Lili. –Sonrió –. Bienvenida a mi café, me alegra que mi hijo te haya podido sacar de esa tormenta.

- A mí también me alegra. –Miré a Matías y le sonreí–. Muchas gracias a ambos. Este lugar tiene una magia indescriptible –dije mientras tomaba un poco de café–. Y el café está tan rico como huele.
- ¿Te gustan los libros, cariño? –preguntó Lili con curiosidad.
- Me fascinan. No conozco nada que me haga tan feliz como un libro –respondí apasionada, y me sonrojé en cuanto sentí el silencio que se hizo después. Lili miró a Matías fijamente, que estaba de pie junto a la chimenea en silencio, escuchando toda la conversación.
- ¿Cómo te llamas? –preguntó Lili.
- Tali –murmuré.
- Tali, supongo entonces que eres una lectora empedernida. –Sonrió–. Puedes tomar cualquier libro y leerlo aquí, o llevártelo a casa, con la única condición de que debes devolverlo una vez lo termines.
- ¿En serio? –pregunté emocionada–. ¡Muchísimas gracias! ¿Usted compró todos estos libros?
- Solo algunos, la gran mayoría han sido donados por lectores o por los mismos autores. Si tienes suerte, encontrarás uno que otro con alguna dedicatoria especial –respondió–. Además, al final de cada libro encontrarás páginas en blanco para que puedas agregar una reseña, una crítica, un comentario, o simplemente una frase.
- ¿Cuál me recomienda para empezar entonces? –le pregunté.
- Mejor dejo que Matías te responda eso, él es el experto. –Guiñó un ojo y empezó a bajar las escaleras.

Matías se quedó de pie un momento con las manos en los bolsillos mirando a su madre alejarse, como sopesando la idea de irse sin decir nada más. Luego se sentó en el sofá que estaba frente a mí, junto al fuego.

- ¿Qué buscas en un libro? –preguntó serio, mirándome a los ojos con esos suyos color miel que me daban escalofríos.
- Honestamente, no sé. –Le sostuve la mirada un segundo y luego miré hacia el cielo. Observé la lluvia un momento a través de los tragaluces y suspiré–. Me gusta leer libros que me permitan vivir la historia como si fuera la mía propia. Usualmente prefiero las historias de amor, pero en este momento me vendría bien algún libro con algo más… inspirador. –Bajé la mirada y me encontré de nuevo con la suya, seguía sereno, con las manos en los bolsillos de su sudadera. Su cabello empezaba a secarse y sus rizos comenzaban a definirse.

Se levantó y empezó a caminar hacia las escaleras.

- ¿A dónde vas? –le pregunté sorprendida.
- A buscarte un libro –dijo mientras se alejaba.

Mientras lo esperaba sentada frente a la acogedora chimenea, me perdí unos segundos en las llamas, que se movían con gracia y delicadeza, como si bailaran. Admiré las distintas tonalidades de naranjas, amarillos y azules, y, cuando recordé de lo que eran capaces, se me estremeció el cuerpo.

Luego miré a mi alrededor en busca de más información sobre Matías y su mamá, pero no había ninguna foto de decoración. En el interín, pasé mi mano por mi cabello húmedo y recordé

mi sombrero. ¡Mi sombrero! Debió habérselo llevado el viento con la caída. Sentí un poco de tristeza, pues tenía gran valor sentimental para mí. El sombrero era de mi mamá, quien lo había heredado de mi abuela.

Escuché los pasos de Matías subiendo las escaleras, y me emocioné por ver qué libro me había encontrado. Para mi sorpresa, venía con las manos vacías.

Caminó directo al cuarto en el que me había cambiado, sin siquiera dirigirme la mirada. ¿Se había olvidado de mi existencia?

Esperé extrañada unos segundos, y luego lo vi salir, con un gran libro en las manos.

- Creo que éste te gustará. –Se sentó de nuevo en el sofá y me entregó el libro, que tenía en la portada un hermoso atardecer sobre el mar, con un majestuoso velero en primer plano. Me recordaba mucho a la portada de "Lo que alguna vez fue".

Lo abrí en busca del título, pero no lo encontré por ningún lado.

- ¿No tiene título? –pregunté confundida.
- Aún no, el autor no se ha decidido –respondió.
- ¿Quién es?
- Se llama Daniel M. ¿Lo conoces? –preguntó, y cruzó los brazos sobre su pecho, en un gesto que me pareció sumamente atractivo.

Tenía sentido la similitud entre las portadas. ¿Cuál era la obsesión del autor con el mar?

- Escribió uno de mis libros favoritos, "Lo que alguna vez fue". Solo he leído ese de él.
- Es su peor libro –respondió con arrogancia.
- ¿Por qué? – pregunté intrigada ante su tajante aseveración.
- Porque fue el primero –respondió sin más.
- Dudo que el autor piense lo mismo –contesté. Mi única gran queja es que nunca explicó qué había pasado con los protagonistas después de su estrepitosa ruptura. ¿Lograron sanar? ¿Maduraron emocionalmente tras su relación tóxica?–. ¿Por qué tienes este libro? –pregunté con curiosidad, pues evidentemente era un libro no publicado.
- Trabajo en la editorial del autor –dijo sin más, como si no fuera algo tan importante.
- ¿Y cuándo va a publicarlo? – pregunté, intentando disimular lo emocionante que me parecía su trabajo. ¡Trabajaba con el autor cuyo libro había cambiado mi vida!
- Cuando decida un título, no ha logrado pensar en alguno que lo convenza –respondió y miró al cielo, parecía que había empezado a escampar.

Aproveché que estaba distraído para observarlo detalladamente. Era un poema. Sus cejas oscuras parecían talladas una a una a mano, y estaba maravillada por cada una de sus facciones.

Mi celular interrumpió el silencio, era un mensaje de Alicia.

"Ya estamos llegando a la casa. Lucas llamó para avisar que ya está por llegar también, para que estés lista."

- Me tengo que ir. –Me levanté apresurada del sofá, ¡qué tarde era!–. Te agradezco de corazón toda la ayuda, Matías.
- No hay de qué –respondió serio mientras se ponía de pie.
- Prometo traerte la ropa pronto –dije, mientras caminaba hacia la escalera.
- No te preocupes, lo que me interesa es el libro con tu reseña –dijo y me detuve en seco para mirarlo una vez más antes de partir. Ahí estaba, de pie con las manos en los bolsillos del pantalón. Todo era tan surreal que no podía ser cierto.

¿Estaba alucinando?

6

- ¿Cómo la pasaste? –preguntó Alicia en cuanto Ricky y Lucas cerraron la puerta de entrada.
- Bien. ¿Tú? – respondí desinteresada mientras hojeaba algunas páginas del nuevo libro que me había dado Matías.
- ¿Bien–normal o bien–me encantó? – insistió.
- Bien–normal. ¿Por qué estás preguntando tanto? ¿Qué pasa por tu mente? –La miré expectante mientras cerraba el libro para darle toda mi atención.
- No sé. –Se rio nerviosa–. Quería saber cómo la habías pasado con Lucas.
- La pasé bien… Es solo que hay algo extraño en él. Desde que lo vi ayer no he dejado de pensar en cómo ha podido cambiar tanto en apenas unos meses. ¿Por qué no me contaste sobre el accidente? – le reproché, recordando la conversación que había tenido antes con Lucas.
- Porque él me pidió que no te contara –respondió seria, lo cual me hacía creer que había más cosas de las que no me había enterado aún.
- ¿Y por qué le hiciste caso? ¿Desde cuándo nos guardamos secretos? –pregunté alterada, me sentía engañada.
- Porque sentí que era lo mejor para ambos. Los dos estaban pasando momentos difíciles, tú con tu relación y él… pues con su accidente –respondió serena.
- ¡Pero es mi amigo! ¿Por qué me lo ocultaron? –contesté, aún alterada.
- Si es tu amigo, ¿por qué no le pides a él explicaciones? No voy a meterme en el medio, Tali –dijo y comenzó a subir las escaleras.
- Espera, Alicia. Tienes razón… No voy a meterte en el medio, pero quiero que sepas que no tengo ningún interés romántico por Lucas, al menos no por el momento. No quisiera que se hicieran una idea equivocada sobre nuestra amistad.
- Entonces habla con él, Tali. La sinceridad es la base de cualquier amistad. Lucas no merece seguir sufriendo –dijo y terminó de subir.

¿Seguir sufriendo? Estaba claro que ignoraba todo lo que había pasado, o estaba pasando, en la vida de Lucas. Y, aunque era arriesgado asumir que Lucas iba a confiar en mí después de tantos meses, sabía que tenía que intentarlo.

Pensé en enviarle un mensaje de texto para vernos al día siguiente, pero, como recién acababa de salir de mi casa, decidí esperar.

Tomé el libro de Matías y subí a leer un poco antes de dormir. Desde que lo tuve en mis manos no había podido dejar de pensar en él. Me mataba la curiosidad de saber con qué historia me encontraría esa noche.

El libro se trataba de un importante empresario, Damián, cuyos padres se divorciaron cuando él tenía dieciséis años. Su padre fue quien decidió separarse de su madre, porque simplemente ya no sentía que podía hacerla feliz, ni que ella podía hacerlo feliz a él. Para su madre fue una gran sorpresa y le costó muchos años poder superar su separación. En palabras de Damián, “el feliz matrimonio que aparentaban no era más que una fachada por el qué dirán”.

A raíz del divorcio Damián dejó de hablarle a su padre, quien se había mudado a otro país para comenzar una nueva vida. Su padre, un importante profesor y doctrinario, a pesar de haberlos dejado, nunca se olvidó de su hijo. Los primeros años lo llamaba con mucha frecuencia, e incluso había intentado visitarlo varias veces, pero Damián siempre lo rechazaba. Tras dos años de llamadas sin contestar, su padre optó por escribirle una carta al mes, por los siguientes ocho

años. Damián recibía las cartas y las leía con ansias, e incluso escribía cartas en respuesta, pero su orgullo nunca le permitió enviarlas a su padre.

A pesar de que su madre ya había perdonado a su padre, e incluso mantenía una relación cordial con él, Damián nunca supo perdonarlo. No fue sino hasta el día en que murió su padre que entendió que había desperdiciado los últimos diez años de su vida alejando a las personas que lo querían. Había vivido diez años de rencor y resentimientos que, lejos de ayudarlo a crecer, lo habían mantenido anclado en un doloroso momento de su pasado.

Una década en el infierno, como lo describe el autor, llena de desinterés y alcohol. Corroído por el odio y la culpa, desesperado por volver a sentir el amor.

¡Cuánto dolor en una historia!

Cuando terminé el libro ya era casi medianoche, por lo que me apresuré a alistarme para dormir. Me vi en el espejo del baño y me di cuenta de que tenía los ojos hinchados, no me había percatado de que llevaba al menos una hora llorando por la tristeza y la culpa que debía sentir Damián. Me repetía constantemente que Damián no existía, y que no debería llorar siempre por historias ficticias, pero simplemente no podía evitarlo. Me había conmovido la historia y deseaba con todo mi corazón poder abrazar a Damián y decirle que todo estaría bien.

El libro me había hecho reflexionar sobre cómo las personas dejamos a veces que la vida se nos pase sin hacer las cosas que realmente queremos o decir lo que realmente sentimos. La vida es muy corta como para paralizarse por el rencor, el miedo o el resentimiento.

¿Dónde estaría Damián ahora? ¿Qué ha hecho con su vida desde entonces? ¿Dejó atrás su infierno?

Al final, Matías estaba en lo cierto cuando me dijo que este libro me inspiraría.

Motivada por esta valentía momentánea, decidí escribirle a Lucas y no seguir posponiendo esta conversación.

"Hola Lucas, ¿quieres ir por un café mañana?" Escribí el mensaje sin pensarlo mucho, a pesar de la hora, y dejé el celular sobre mi mesita de noche.

Me acosté e intenté dormirme sin demora, pues al día siguiente tendría que levantarme temprano para ir a la oficina y de solo pensarlo me daba ansiedad. Las últimas semanas me había estado costando mucho trabajo ir a la oficina, pues, cada vez más, sentía que no me gustaba lo que hacía.

Di vueltas en la cama por los siguientes veinte minutos, aturdida con miles de pensamientos en la cabeza. Entre el trabajo, mi libro, el libro de Matías y el nuevo Lucas, no podía descansar en paz.

Después de luchar sin éxito con el insomnio, decidí encender la luz y empezar a escribir la reseña del libro aprovechando que tenía las emociones a flor de piel. Me levanté de la cama en busca de mi cuaderno y le arranqué un par de hojas en las que escribí sin prisa todos los sentimientos que me había evocado la historia. No estaba segura si al final iba a entregarle la reseña a Matías, por lo que lo escribí para mí, a profundidad y con detalle.

"Al final, lo que separa al amor del odio no es más que una fina línea, tan delgada que a veces es imperceptible. Querido Damián, aprender a soltar es de valientes." Puse punto final y dejé la reseña dentro del libro.

Sonó la alarma a las 5:40 de la mañana. Lunes, el peor día de la semana. No era nada personal contra el lunes, simplemente ir a trabajar se estaba convirtiendo en un serio problema en mi vida. Todo el trabajo que llevaba días haciendo para encontrarme a mí misma después de la ruptura, se desvanecía cuando tenía que ir a trabajar. Mi madre y Alicia tenían razón, odiaba mi trabajo, pero era muy terca como para admitirlo.

Me levanté de la cama con el peor humor y bajé a preparar mi veneno: una gran taza de café. A esa hora ya Alicia se había ido a trabajar, pues el consultorio le quedaba algo lejos de la casa.

Cuando elegí mi carrera profesional mi primera opción era Literatura, pero me faltó valor y confianza en mí. Preferí irme por lo seguro y seguir el mismo camino que mi mamá: contaduría.

Toda mi vida vi a mi mamá ejercer su profesión con pasión en los departamentos contables de importantes empresas transnacionales. Recuerdo que cuando le comenté que quería elegir contaduría, se preocupó un poco, pues ella confiaba a ciegas en mi talento para escribir. Me hizo prometerle luego en repetidas ocasiones que la elección era mía, e hizo énfasis en que ella nunca había querido que estudiara algo que yo no quisiera, ni aunque fuera para seguir sus pasos.

Y tenía razón, yo no tenía que estudiar contaduría para seguir sus pasos, pero quería hacerlo. Quería sentir esa pasión que se le veía en la mirada, esas ganas de levantarme todos los días con el sentimiento de pertenencia y el amor por mi profesión, por lo que ahora me avergonzaba reconocer que nunca lo logré.

Subí a alistarme de mala gana y revisé mi celular para leer la respuesta del mensaje que le había enviado a Lucas la noche anterior, que decía *"Buenos días Tali. Claro, ¿paso por ti a las 5 después del trabajo?"*

"¡Buenos días! A las 5 suena bien, nos vemos."

Me vestí y salí de la casa sin desayunar, con nada más que un café en el estómago.

Cuando llegué a la oficina, no tenía ganas de hablar con nadie. Ni siquiera tenía ánimos de saludar a mis compañeros, que no eran más que personas con las que estaba obligada a convivir por haber elegido el mismo trabajo. En el fondo, lo único que teníamos en común era nuestra profesión.

Intenté alivianar el día con algo de música, pero realmente la estaba pasando mal, por lo que llamé a mi jefe y le dije que me iba a la casa porque no me sentía bien. Afortunadamente con mi jefe no tenía ningún problema y, como siempre había sido muy buena empleada, me dejó ir sin problemas.

Salí entonces de la oficina a media mañana y, en lugar de ir a la casa, fui directo al café de Lili por un merecido desayuno.

Llegué y pasé la vista por el lugar, en el fondo esperando encontrarme con los misteriosos ojos de Matías, pero no estaba por ningún lado. Tampoco vi a Lili, por lo que me senté en la mesa del fondo, junto a la escalera, aquella en la que me había sentado con Matías el día anterior.

Un joven mesonero con el nombre de "Alex" en una placa en su camisa tomó mi orden y, minutos después, me llevó a la mesa un croissant con queso y un cappuccino que olía a gloria.

Después de comer en silencio, embriagada con la paz que me transmitía el café de Lili, decidí sacar mi computadora y continuar con la historia que había comenzado días atrás sobre Arena, la fotógrafa, y su mejor amigo, Nate.

Cuando me quedaba sin inspiración, leía algunas páginas del libro que me había dado Matías, el que había metido en mi cartera esa mañana. Por ratos me levantaba y caminaba por el café, leyendo títulos de libros y analizando sus portadas. Cuando conseguía más inspiración, me sentaba de nuevo y redactaba unas cuantas páginas más. Seguí con esa dinámica un par de horas hasta el mediodía, cuando escuché la puerta del café abrirse y, como por instinto, subí la mirada para encontrarme con los dulces ojos de Lili. Para mi agrado, Matías iba entrando detrás de ella.

En cuanto lo vi con su pantalón gris formal y su camisa blanca arremangada en sus antebrazos me dio un salto el corazón. Comencé a ruborizarme y bajé la mirada de nuevo, intentando ser invisible por miedo a una interacción incómoda.

- Tali, cariño, ¡qué bueno verte de nuevo! –dijo Lili mientras se acercaba a mi

mesa y, muy para mi sorpresa, me daba un beso en la mejilla.

- ¡Lili! ¿Cómo estás? –le respondí con amabilidad mientras intentaba descifrar la reacción de Matías con el rabillo del ojo.
- Muy bien querida, ¿llevas mucho tiempo aquí? ¿Se te ofrece algo para almorzar? –preguntó.
- Llegué hace un par de horas… –empecé a decir, pero me interrumpió Lili.
- Matías también estaba pensando en almorzar, ¿verdad? –dijo Lili, haciendo señas a Matías para que se uniera a la conversación, quien apenas iba terminando de entrar al café.
- Hola –dijo finalmente, con una muy pequeña y casi imperceptible sonrisa.
- Hola –respondí con timidez.
- ¿Por qué no van viendo el menú? Ya casi viene Alex a tomarles la orden –dijo Lili y subió las escaleras, sin siquiera darnos tiempo de responder.

Matías se quedó en silencio, viéndola subir, mientras yo aprovechaba para mirarlo.

- No le hagas caso –dijo, llevándose las manos a los bolsillos del pantalón–. No quiero incomodarte…
- No me molesta –respondí, más rápido de lo normal, intentando convencerlo de almorzar conmigo–. Puedes sentarte.

Me miró vacilante unos segundos y finalmente decidió tomar asiento frente a mí.

- Entonces… ¿qué haces aquí un lunes desde media mañana? –preguntó con curiosidad y con un tono algo crítico.
- ¿Qué haces tú aquí un lunes al medio día? –respondí con perspicacia.
- Aquí vivo. ¿Cuál es tu excusa? –Devolvió la pregunta–. ¿No trabajas?
- Sí, soy contadora, pero honestamente no me sentía con ganas de trabajar hoy… Bueno, realmente llevo semanas sintiéndome así, pero ya hoy no aguanté más y me tomé el día libre para venir a escribir –dije sin pensarlo demasiado. Apenas terminé de hablar me di cuenta de que quizás estaba compartiendo más información de la que debía. ¡Hasta le había dicho que escribía!
- ¿A escribir? –preguntó sorprendido–. ¿Qué escribes?
- Aún nada –respondí nerviosa–. Bueno, apenas estoy comenzando una historia. Pero no sé qué estoy haciendo, realmente no tengo experiencia.
- ¿Puedo leerla? –preguntó intrigado, mirándome con esos ojos cautivadores que me intimidaban.
- No –respondí tajante y cerré la computadora de golpe.
- Disculpa, no pretendía alterarte –contestó, visiblemente sorprendido por mi respuesta.
- Lo siento, es que no estoy preparada para que nadie lo lea.
- Tranquila, eso es parte del proceso. –Hizo una pausa y cambió de tema de conversación–. Veo que trajiste el libro que te di, ¿ya lo comenzaste?
- Ya lo terminé –respondí sonriente, intentando aligerar la tensión que yo misma había creado.
- ¿Tan rápido? –preguntó con asombro y tomó el libro de la mesa. En cuanto lo abrió, se cayeron las hojas en las que había escrito la reseña el día anterior–. ¿Y esto?
- No es nada –dije, intentando quitarle las hojas sin éxito.
- ¿Es la reseña? ¿Puedo leerla? –preguntó con demasiado interés como para decirle que no.

- Está bien –respondí finalmente, avergonzada.

Matías me sostuvo la mirada y luego comenzó a leer la reseña mientras se me revolvía el estómago. Esas hojas no estaban editadas ni listas para ser leídas por nadie que no fuera yo, pero ya era muy tarde como para arrebatárselas de las manos.

Después de algunos minutos, que se sintieron como horas, Matías colocó las hojas sobre la mesa y se quedó en silencio un rato, como pensando qué decir. Mientras tanto, mi mundo se estaba empezando a caer a pedazos. No sabía cómo romper el silencio, que cada vez se hacía más ruidoso.

- Si aprender a soltar es de valientes, ¿qué te mantiene atada a tu trabajo? –preguntó finalmente con esa seriedad que lo caracterizaba, y su pregunta me agarró por sorpresa.
- ¿Cómo? –pregunté, asombrada.
- Aquí lo escribiste en la reseña, pero ¿por qué no lo aplicas?
- Porque no puedo simplemente quedarme sin trabajo –respondí–. ¿Qué más voy a hacer?
- Escribir –dijo sin dudar–. Tienes talento, Tali. –Un escalofrío recorrió mi cuerpo en cuanto lo escuché decir mi nombre. Usualmente se dirigía hacia mí de forma tan impersonal, que ya me estaba cuestionando si siquiera se sabía mi nombre–. ¿A qué le tienes miedo?
- ¿A qué le tengo miedo? –pregunté, incrédula del giro que había dado la conversación–. A no ser buena, a no saber qué hacer. Nunca he hecho esto antes…
- Entonces déjame ayudarte –contestó serio.
- ¿Por qué? –pregunté confundida.
- Porque a esto me dedico y creo que tienes potencial. –Hizo una pausa–. Sigue escribiendo y, cuando estés lista para enseñarme lo que has escrito, ven a buscarme–. Dijo mientras se ponía de pie.
- ¿A dónde vas? –pregunté extrañada, pues pensé que íbamos a almorzar juntos. La conversación había transcurrido muy rápido y ni siquiera había tenido tiempo de digerir lo que me estaba diciendo.
- Ya regreso, puedes ir ordenando la comida. Alex sabe lo que quiero. Voy a enviarle a la editorial el título del libro.
- ¿Cuál es? –pregunté emocionada, esperanzada de que me lo dijera antes de seguir subiendo las escaleras.

Matías se devolvió, colocó las hojas de mi reseña sobre la mesa y con un lapicero que estaba junto a mi computadora subrayó una frase del último párrafo.

“Al final, lo que separa al amor del odio no es más que <u>una fina línea</u>, tan delgada que a veces es imperceptible. Querido Damián, aprender a soltar es de valientes.”

- ¿Una fina línea? –pregunté, sorprendida de que hubiera sacado el título de mi reseña.
- Sí, parece que oficialmente acabas de dar el salto al mundo de la escritura –dijo con una pequeña sonrisa, y subió las escaleras.

7

“¿Lista? Ya voy a buscarte.”

Leí el mensaje de Lucas acostada en mi cama, intentando procesar lo que había pasado en el día.

“Lista, aquí te espero”. Respondí.

Había pasado menos de una hora con Matías durante nuestro almuerzo improvisado–forzado, pero era suficiente para pensar en él cada segundo desde entonces. Tiene un no–sé–qué que me llamaba mucho la atención (y no me refiero a su apariencia física de dios griego). A pesar de que lo había visto apenas dos veces, ambas ocasiones habían sido impactantes en mi vida. La primera vez fui salvada de la tormenta, conocí el café y tuve la oportunidad de leer y reseñar un libro que me encantó, gracias a él. La segunda vez me ofreció una oportunidad única para cumplir mis sueños y, además, fui la inspiración para nombrar un libro. Eso sin tomar en cuenta la semilla de duda que había plantado en mí cuando me preguntó qué me ataba a mi trabajo, lo cual, hasta ahora, no me había podido responder.

Durante el almuerzo, insistió en el tema de la escritura. Me dijo que tenía muchos consejos para darme, pero solo si estaba segura de que quería escribir en serio y no solo por diversión, lo cual indirectamente implicaba dedicarme a eso cien por ciento.

- ¿Qué gana tu empresa? –pregunté desconfiada, pues no entendía por qué insistía en ayudarme.
- Si nos gusta el producto final, nos encargamos de todo el proceso de edición, publicación y mercadeo, por el noventa por ciento de las ganancias.
- ¿El noventa por ciento? –pregunté asombrada–. Es decir, ¿solo me quedo con el diez por ciento?
- Ese es el estándar, pero si realmente me gusta el libro, lo podría bajar al ochenta por ciento –dijo con algo de picardía–. Es una buena oferta, pero no tenemos que decidirlo ahora.

Y así lo acordamos, por lo pronto me encargaría de escribir una decente porción de la historia para que él pudiera leerla y darme su opinión. Lo cual, honestamente, sonaba como una pesadilla. ¿Y si no podía aguantar tantas críticas?

“Ya llegué :)”. Escribió Lucas, por lo que me puse de pie y bajé sin demoras. Había aprovechado para cambiarme la ropa de oficina con la que había pasado todo el día en el café de Lili y me había puesto un pantalón de mezclilla blanco que me encantaba y un delicado suéter tejido color amarillo con unas Converse blancas.

Salí de la casa y me subí al carro de Lucas, quien me saludó con un beso en la mejilla.

- Hola Tali –dijo sonriente. Iba vestido formal con una camisa celeste y traje azul, sin corbata. Era la primera vez que lo veía con su nuevo corte sin gorra, y debo admitir que se veía bastante bien; en conjunto con la barba pelirroja, le daba un aire de chico malo que no tenía antes.
- Lucas –dije sonriente, genuinamente feliz de verlo. Estos últimos días que había pasado con él, habían sido amenos. Me hacía sentir cómoda. Sabía que no tenía que pretender frente a él ni esforzarme demasiado.
- ¿Tienes en mente algún lugar en específico al que quieras ir? –me preguntó–. Si no, descubrí un pequeño café por acá cerca y podemos ir ahí, si te parece bien.
- Sí, está bien. –Sonreí.

De repente, los nervios se empezaron a apoderar de mí. ¿Quién era yo para cuestionarlo

sobre su vida, cuando precisamente fui yo quien estuvo ausente por voluntad propia?

- ¿Qué tal el trabajo? –me preguntó como por protocolo, pero realmente necesitaba hablar sobre el tema con alguien.
- Pues realmente no muy bien…–comencé a decir y sus apagados ojos negros me vieron con preocupación, invitándome a desahogarme–. No me siento feliz, ni realizada, ni plena. Siento que estoy trabajando por obligación y, cada día que pasa, me cuesta más trabajo hacer las paces con esa realidad. Sé que suena cliché, pero deseo con todo mi corazón dedicar mi vida y mis esfuerzos a algo que me haga feliz.
- Lamento mucho que te sientas así Tali –dijo con pesar–. Quizás sea temporal. Cuando me ha pasado eso, he intentado conseguir nuevos retos profesionales dentro de la empresa para mantenerme motivado.
- Pero a ti te gusta lo que haces, ¿cierto? Si pudieras cambiar de profesión, ¿lo harías? –pregunté, intentando sentirme identificada con su historia.
- Creo que no lo cambiaría por nada –dijo después de pensarlo algunos segundos–. Si bien a veces es monótono, no se me ocurre nada que me apasione más que el derecho.

Y ahí me di cuenta de que sus consejos laborales me eran inútiles. No hay forma que me nazca decir que la contabilidad es lo más me apasiona en el mundo.

- Ya llegamos –murmuró y detuvo el carro.

Cuando alcé la vista, me llevé la sorpresa del siglo. De todos los lugares que pudo elegir, escogió el café de Lili. El café que, según mi ser delirante, era mío nada más. Y, por más infantil y absurdo que suene, no quería compartir mi nuevo lugar favorito con nadie.

- ¿Habías venido antes? –me preguntó Lucas mientras nos bajábamos del carro–. Yo he venido un par de veces nada más, pero el café es delicioso.
- Sí, un par de veces –me limité a decir mientras me bajaba del carro. Estaba irritada, tal cual niña caprichosa que no quería compartir su juguete nuevo, pero hice mi mayor esfuerzo para disimularlo.

Entramos al café y pasé la vista por todo el lugar en busca de Lili o Matías, pero, para mi alivio, no estaban por ningún lado. No quería cruzarme con ninguno de los dos, pues había pasado casi todo el día en el café y no quería parecer una obsesionada con el lugar. Además, en el fondo tampoco quería que me vieran con Lucas y tuvieran una idea errónea. No era que me importaba lo que pensaran… ¿a quién quiero engañar? Claro que me importaba lo que el dios griego pensara.

Me quedé de pie unos segundos junto a la puerta, admirando los altos tragaluces del techo y las grandes repisas ordenadas y llenas de libros. Cerré los ojos y me dejé llevar por el olor a café recién hecho y la sensación de calidez que se respiraba en el ambiente. A pesar de que había estado casi seis horas ahí, el lugar no dejaba de sorprenderme.

- Es acogedor, ¿verdad? –me preguntó Lucas.
- Sí, es mágico. –Le sonreí, me alegraba que coincidiéramos en eso.

Atravesamos el café y nos sentamos en una mesa que estaba cerca del área de cajas, del otro lado de la escalera que daba al segundo piso. Miramos el menú por unos minutos y el mesero –aún Alex–, se acercó a tomar nuestra orden, quien se limitó a saludarme amablemente, sin hacer referencia a que esta era la quinta taza de café que ordenaba en el día.

Mientras Lucas especificaba su pedido con exhaustivo detalle acerca del tipo de leche y azúcar de su preferencia, miré hacia la mesa que estaba justo frente a la escalera, donde me había sentado con Matías en nuestros dos encuentros. En esa misma mesa me había curado mi aún

golpeada rodilla el día anterior y recordé el breve instante en el que su mano tocó mi pierna, luego miré hacia la escalera, esperando encontrarlo con su suéter gris y su cabello mojado, o con su traje gris formal y sus ojos color miel, lo que me llevó a preguntarme si estaba ahí arriba editando la historia de algún pobre autor cuyos sueños dependen de ello.

- Tierra llamando a Tali–dijo Lucas mientras miraba sobre su hombro hacia las escaleras, siguiendo la dirección de mi mirada–. ¿Todo en orden? –me preguntó.
- Todo bien –dije un poco avergonzada mientras apartaba la mirada de la escalera y la dirigía disimuladamente hacia el techo–. Es que este lugar parece sacado de un cuento de hadas –agregué con exagerado entusiasmo.
- Sí –dijo admirando el lugar y luego cambió de tema–. Me alegra que me escribieras para vernos hoy. Te he extrañado mucho –dijo sonriente.
- Hablando de eso…–Suspiré e intenté acomodar mis pensamientos–. ¿Qué pasó en estos meses? ¿Por qué le pediste a Alicia que no me dijera nada? No he podido dejar de pensar en eso desde que me contaste lo del accidente.
- Tali… –dijo obstinado, era evidente que no quería hablar del tema.
- Por favor, solo quiero entender –dije con frustración.
- Tú fuiste la causa de todo. ¿Cómo es que no lo sabes? Me enamoré de ti en el segundo en el que te vi, y aunque pensé que era evidente, ahora parece que no lo es –dijo exaltado, estaba notablemente molesto–. Mientras sufrías con ese patán, yo me quedé al margen de todo, viendo cómo te maltrataba sin poder hacer nada al respecto. Y aunque nunca entenderé por qué te entregaste a quien no te merecía, lo único que siempre quise fue tenerte cerca y hacerte reír, con la esperanza de que algún día encontraras en mí todo lo que él no era capaz de ofrecerte. Por eso sufrí tanto cuando me sacaste de tu vida sin merecerlo, fue injusto.
- Lucas…–comencé a decir, sorprendida. En el fondo sabía que yo le atraía, pero nunca pensé que fuera tan serio ni que estuviera tan herido.
- No, Tali –me interrumpió–. ¿Querías saber qué pasó? Pues aquí está toda la historia. Cuando cortaste toda comunicación conmigo, quedé con el corazón en mil pedazos. Ya había hecho las paces con la idea de que no teníamos futuro romántico, por lo menos no en el corto plazo. Pero de eso a que me borraras por completo como si no te importara nuestra amistad… fue demasiado. La impotencia me hizo acudir al alcohol, como cualquier otro idiota con el corazón roto. Quería darte tu espacio y respetar tu decisión, pero a la vez no quería perderte para siempre. Quizás nunca te lo dije antes, pero me mantenías a flote. La sola esperanza de verte al final de la semana era suficiente para que mis días fueran más llevaderos y menos solitarios.

Nunca había visto a Lucas tan exaltado, y saber que era por mi culpa me revolvía el estómago. ¿Cómo pude haber estado tan ciega?

- No sabía nada Lucas, estoy muy apenada… –comencé a decir, pero su monólogo no había terminado.
- Había días en los que le daba menos importancia que otros, pero realmente nunca dejó de doler y nunca dejé de extrañarte. Las salidas con Alicia y Ricky no eran lo mismo sin ti, todos te extrañábamos. –Hizo una pausa y se aclaró la garganta, en un fallido intento de ocultar la tristeza que le embargaba la voz–. En uno de esos días donde no dejaba de pensar en ti y en lo feliz que serías conmigo en lugar de con él, subiste a redes sociales una foto de ustedes tomados de la mano y no aguanté más, fue la excusa perfecta para emborracharme y cometer la imprudencia que cometí. –Hizo una pausa y

suspiró–. Tali, bajo ningún motivo te estoy achacando la culpa del accidente. Nada justifica la estupidez que hice.

- No sé qué decir –comencé a hablar, con lágrimas en los ojos. Cada una de sus palabras me pesaban en el alma. ¿Cómo pude ser tan egoísta? Nunca me detuve a pensar en el daño que podía hacerle a Lucas y, de solo pensar que había cambiado tanto por mí, me rompía el corazón–. Lo siento mucho –dije finalmente y tomé su mano.
- Ya no importa, Tali. Lo único que importa es que estás bien y que estamos juntos de nuevo. ¡No sé cómo aguantaste tanto con ese patán! No sabes cómo me arrepiento de no haber siquiera intentado protegerte de él –dijo con vehemencia.
- Yo tampoco sé…–dije mientras me limpiaba una tímida lágrima–. Pero como acabas de decir, lo importante es que ya no estoy con él y que estoy bien.
- Hay algo más que quiero decir –murmuró, aun tomando mi mano–. No tengo intenciones o expectativas amorosas contigo. No pretendo de ti nada más que tu amistad. Es obvio que todavía me vuelves loco, pero por ahora me conformo con tenerte cerca y poder pasar tiempo contigo.
- Gracias –Respondí aliviada–. Me tranquiliza escuchar eso, pues por ahora tengo otras prioridades.

Nos quedamos en silencio varios segundos, simplemente mirándonos y procesando todo lo que acabábamos de declararnos. Su mano aun sujetando la mía me hacía sentir segura. Su presencia me hacía sentir segura.

- ¿Lucas? –Interrumpí el silencio y me miró expectante–. ¿Te puedo dar un abrazo? –pregunté, con los sentimientos a flor de piel.
- Claro, ven acá –dijo mientras me atraía suavemente hacia él.

Mientras lo abrazaba, intentaba convencerme de que el accidente no había sido todo por mi culpa, pero la verdad era que me pesaba mucho la consciencia por todo lo que me acababa de contar. Intenté enfocarme en su frío tacto y en sentirme agradecida porque había recuperado a mi amigo, quien siempre había estado ahí para mí.

En cuanto terminé de abrazarlo, me percaté de una figura que iba subiendo por las escaleras de caracol y supe de inmediato que era Matías. Volteé en su dirección y me crucé con su mirada fría y distante. Nos miramos por unos segundos y luego siguió su camino hacia el segundo piso, sin saludar, sin sonreír, nada. Sus cálidos ojos color miel eran intensos y, aunque fue solo una fracción de segundo, fue suficiente para acelerarme el corazón. Sentí que todo a mi alrededor se había quedado en silencio hasta el punto en el que podía escuchar mi propia respiración. ¿Había visto el abrazo con Lucas? ¿Nos había visto tomados de la mano?

- Vuelvo en un segundo, voy al baño. –Me levanté y me dirigí a los baños que estaban al final de un pasillo junto a la cocina.

Entré y me miré al espejo, confundida. No entendía por qué Matías me ponía tan nerviosa, si incluso ya había estado con él antes ese mismo día. Quizás era el traje, eso lo hacía ver más intimidante aún, como si su mirada no fuera suficientemente desafiante.

Me sorprendía lo alterada que estaba con tan solo verlo, ¿o es que era su indiferencia lo que me desconcertaba?

¿Por qué tenía este efecto en mí? Era prácticamente un desconocido. Me pregunté varias veces y no encontré respuesta, pero me veía a los ojos en el espejo de ese baño y sabía que se me aceleraba el corazón solo de pensar en él, aunque intentara negarlo.

Por alguna razón, lo que más me consternaba era pensar que Matías creyera que Lucas era mi novio. Y, dependiendo de lo que haya visto, era probable que eso fuera lo que pensara.

Salí del baño distraída, con mil pensamientos en la cabeza, incluyendo el por qué, de todos los lugares del mundo, Lucas había decidido ir a ese café.

De camino a la mesa pasé junto a la cocina y vi a Lili, que se limitó a saludarme con la mano y con una amable sonrisa, luego continuó preparando un platillo.

Regresé a la mesa justo cuando Alex estaba dejando nuestra comida. El resto de la tarde transcurrió con normalidad, para mi fortuna, sin volver a abordar el sensible tema de nuestro pasado.

Mientras esperábamos la cuenta y, cuando pensé que ya no vería más a Matías, lo vi acercarse a la cocina y entregarle una bolsa grande de papel a Lili. Luego pasó junto a nuestra mesa y se limitó a decir "buenas tardes", sin más. Había demasiada tensión en el ambiente y me preocupaba que Lucas lo notara, pues no tenía ganas de dar explicaciones. Sin embargo, Lucas se entretuvo pagando y pareció no darse cuenta.

La indiferencia de Matías me molestaba, es más, hasta me dolía. Pero ¿es que acaso él me debía más que un saludo?

Cuando nos levantamos de la mesa y nos preparábamos para salir, miré hacia la cocina para despedirme de Lili con la mano, pero ella me indicó con un gesto que me acercara hacia donde ella estaba.

- Un momento, ya regreso –le dije a Lucas y caminé hacia la cocina.
- ¿Todo bien, cariño? ¿La comida estaba bien? – me preguntó con la afabilidad que la caracteriza.
- Delicioso, como siempre –contesté, expectante. ¿Para qué me había llamado?
- Me alegra mucho querida –dijo y me entregó la bolsa de papel que Matías le había dado hacía unos minutos–. Toma, creo que esto es tuyo.

Abrí la bolsa con curiosidad y, para mi gran sorpresa, era el sombrero blanco que había dado por perdido durante la tormenta.

- ¡Mi sombrero! –exclamé emocionada. No podía creer que había aparecido–. ¡Muchas gracias, Lili! No sabes el valor sentimental que tiene este sombrero para mí. ¿Dónde lo encontraste? –le pregunté entusiasmada mientras me ponía el sombrero en la cabeza.
- Lo recogió Matías afuera –dijo con su cálido y amigable tono de voz, que se compenetraba perfectamente con el ambiente del café.
- ¿Cómo supo que era mío? –pregunté extrañada, más para mí que para ella. Si bien fue Matías el que me sacó de la tormenta, estaba casi segura de que el sombrero se me había caído antes de que él saliera a mi rescate.
- Mejor se lo preguntas a él, porque a mí no supo responderme –dijo con una sonrisa pícara.

Me limité a asentir.

- ¿Puedes darle las gracias de mi parte? –repliqué finalmente.
- Claro, pero creo que deberías decirle tú misma. Además, quería aprovechar para invitarte el próximo sábado a probar el pastel de zanahorias que solo hago los fines de semana. Matías va a ayudarme a cubrir el turno del sábado en la tarde –dijo con una sonrisa.
- No me perdería ese pastel por nada del mundo. –Sonreí y me despedí de Lili.

Parece que tenía planes para el sábado.

8

En cuanto regresé del café, entré a la casa buscando a Alicia para contarle sobre mi día, pero no la encontré en ningún lado. Le iba a escribir para ver dónde estaba y recordé que hoy tenía una reunión con el equipo de la organización de la boda, que cada vez estaba más cerca.

Había pasado las últimas semanas intentando no pensar en el tema, pues en algún momento pensé que irme a vivir con mi ex era una opción viable, lo cual hubiera sido una gran locura. Sin embargo, cada vez tenía menos tiempo para pensar en qué hacer.

Que Alicia se casara ya era suficientemente triste para mí, no porque considerara que no iba a ser feliz con Ricky, sino porque realmente me iba a hacer mucha falta. Y si, además de eso, le agregaba el hecho de que tenía que buscar dónde vivir y aprender a estar sola, era todo demasiado agobiante como para lidiar con eso. Lo mejor era esperar a que regresaran mis papás y sentarme con ellos a pensar en un plan de acción.

Subí directo a mi habitación, con el corazón en paz sabiendo que había recuperado mi amistad con Lucas, pero sintiéndome mal por todo lo que me había contado. Sinceramente no tenía ni idea de que tuviera sentimientos tan fuertes por mí, ni que yo fuera una persona tan importante en su vida. Después de descubrirlo, sentía que lo quería y valoraba aún más.

Me quedaban un par de horas antes de que se acabara la noche, por lo que me senté a escribir un rato, sin éxito. Después de varios minutos sin inspiración, decidí investigar y leer sobre la mitología griega, pues quería relacionarla de alguna forma con mi historia porque siempre me había apasionado. En medio de aquella búsqueda me vino a la mente como por obra de magia el apellido de mi protagonista, que hasta entonces tenía pendiente de decidir. “Dódeka, Arena Dódeka”, decidí, inspirado en el vocablo “dodeca” del griego, que significa “doce”, por los doce dioses griegos.

Y, pensando en dioses griegos, se me vino Matías a la mente, por lo que aproveché que estaba frente a mi computadora para buscarlo en San Google. Sin embargo, rápidamente me di cuenta de que no sabía nada sobre él, ni siquiera sabía su apellido, por lo que investigarlo iba a ser muy difícil. Opté entonces por buscar el nombre del autor, Daniel M., para saber con qué editorial publicaba sus libros y descubrí que la empresa se llamaba igual al autor, es decir, sin duda era el dueño. Seguí investigando y descubrí quién era el gerente: Matías Zimmerman.

¡El gerente! Cuando lo conocí, asumí que era editor dentro de la compañía, no se me ocurrió ni por un segundo que estaba interactuando directamente con el gerente de una reconocida editorial. Lo cual explicaba el por qué siempre vestía tan formal.

Repasé palabra por palabra la conversación que había tenido con Matías sobre mi libro y entendí que la oportunidad que me estaba brindando era única y no podía desperdiciarla.

¡Qué irónica es la vida! ¿Cuáles eran las probabilidades de conocer al gerente de una editorial en medio de una tormenta? Estoy segura de que son ínfimas, por lo que no me quedaba más que pensar que esto era una señal del destino.

Hacía apenas un poco más de una semana que había terminado con mi ex, tomado la decisión de trabajar más en mí y reencontrarme con mis pasiones, pero poco me imaginaba en ese momento lo mucho que podía cambiar mi vida en cuestión de días, con solo comenzar a cambiar mi actitud – y eliminar las personas tóxicas de mi vida (alias: mi ex) –.

Por unos breves segundos me permití regresar al día de la fogata en el que, infantilmente, había quemado el borrador de mi primer intento de libro. Fue, fácilmente, uno de los peores días de mi vida. Me aterraba pensar que podía revivir ese sentimiento de decepción y desilusión cuando le entregara mi nuevo borrador a Matías, pero realmente ese parecía el único camino para

cumplir mi sueño de ser escritora. ¿Cómo iba a conseguirlo si no me arriesgaba a mostrarle mis historias al mundo?

A pesar de que tenía claro de que era una buena opción, quizás la mejor opción, seguir con el plan de Matías, no voy a negar que me paralizaba pensar en el proceso y sus implicaciones.

"Un paso a la vez, Tali. Un día a la vez." Me dije antes de dormir, sin saber que al día siguiente tomaría importantes decisiones en mi vida.

Me desperté a la mañana siguiente con el mismo pesar de las últimas semanas. No quería ir a trabajar, no estaba motivada, no me sentía feliz. "Quizás es temporal", me dije, intentando fracasadamente darme ánimos con base en lo que me había dicho Lucas, pero no sirvió de nada.

Entré a la ducha con lágrimas en los ojos, preparándome para una tortura de ocho horas. En cuanto salí, me vi en el espejo y no vi más que a una persona afligida. Bajé la mirada y admiré mi tatuaje, que aún estaba sanando. Pasé mis dedos por los finos trazos y rememoré el permanente recordatorio de que *nunca es demasiado tarde para huir de aquello que te hace daño.*

En ese momento pensé en Damián, y en cómo perdió tantos años valiosos por el miedo, recordé las palabras de mi madre de hace un par de días, «*la vida es muy corta para dedicársela toda a un lugar en el que siempre vas a ser reemplazable*», y la conversación con Alicia cuando fuimos a hacerme el tatuaje, en la que me incitaba a renunciar.

«Si aprender a soltar es para valientes, ¿qué te mantiene atada a tu trabajo?», las palabras de Matías resonaban en mi cabeza, casi como si pudiera escuchar su voz grave y atractiva.

Entonces, ¿qué me ataba a mi trabajo? ¡Nada! ¡Nada me ataba! Económicamente estaba bien, podía darme el lujo de dedicarme a la escritura por unos meses y, emocionalmente, ¡lo necesitaba! Ahora que tenía respuesta a la pregunta de Matías, me sentía mil veces mejor que hacía unos minutos.

Me vestí lo más rápido que pude y llegué con la mejor actitud al trabajo, sabiendo que era la última vez que tendría que hacer eso. Apenas entré a la oficina, redacté mi carta de renuncia y la interpuse con efecto inmediato, quitándome por fin el gran peso que llevaba en los hombros.

Terminé con los temas administrativos, dije mis correspondientes "*adiós*", y fui libre. ¡Fui libre!

Regresé a la casa, tomé mi bicicleta y me fui directo al Parque de La Banca a reflexionar sobre la decisión que había tomado, sin decirle a nadie.

El día parecía más lindo que de costumbre, porque sin duda yo estaba más contenta que de costumbre. Mientras escuchaba a los pájaros cantar, me comprometí conmigo misma a cumplir este sueño. "Ahora tienes un único propósito profesional, Tali: escribir un libro", me dije mientras sentía el penetrante sol en mi piel. Ya no podía darme el lujo de pensarlo demasiado y esperar que me llegara la inspiración, pues mi futuro dependía de ello. Mi nuevo trabajo era buscar activamente la inspiración que necesitaba para terminar la historia de Arena, costara lo que costara.

Mientras estaba en el parque llamé a Alicia y a mis papás para contarles la noticia de mi renuncia, quienes estaban muy felices por mí y me apoyaron incondicionalmente. Mis padres en particular se ofrecieron a darme dinero en caso de que lo necesitara, pero realmente confiaba en que el tema económico no sería un problema. En cuanto colgué las llamadas, tomé mi bicicleta y crucé la calle hacia el café de Lili, pues no había tiempo que perder.

- Hola Alex –saludé amablemente al mesero en cuanto entré.
- Buenos días, Tali –exclamó–. ¿Lista para almorzar?
- Sí, me traes por favor una ensalada césar.

- Claro, con todo gusto –dijo–. ¿Vas a la mesa de siempre?
- Sí –contesté con una sonrisa y me fui a sentar en la mesa que estaba cerca de las escaleras.

Quizás conocía el café desde hacía pocos días, pero sin duda me merecía el título de cliente frecuente por ir tres días consecutivos.

Me quedé en silencio un rato, contemplando el café mientras esperaba mi comida. Me encantaba ver a mi alrededor a las personas hablando bajito y leyendo libros. Todos parecían amar este rincón del mundo tanto como yo.

Mientras pasaba la vista por todo el lugar, busqué disimuladamente a Matías o a Lili. Debo admitir que me moría por contarle a Matías que había renunciado a mi trabajo y que estaba cien por ciento comprometida con su plan. Todavía no había descubierto cómo iba a sacar el valor de mostrarle los capítulos que llevaba, pero eso sería un problema de la Tali del futuro.

Además, secretamente también me moría por explicarle que Lucas no era más que un amigo. No sabía por qué, pero me parecía necesaria la aclaración.

- Aquí tienes –dijo Alex, dejando mi comida sobre la mesa–. Si buscas a Matías o a Lili, no están. Están en casa de Matías. Regresan a la ciudad el sábado, creo –dijo y me tomó por sorpresa. Parece que no sabía disimular muy bien.

¿En casa de Matías? Podría jurar que Matías vivía ahí con Lili, en el café; o al menos eso fue lo que me dijo el día que almorzamos juntos. Si Matías vivía fuera de la ciudad, ¿qué hacía en el café todo el tiempo?

- Gracias Alex. No sabía –respondí, pero ¿por qué habría de saberlo? Ni que fuéramos amigos.
- Si… – comenzó a decir e hizo una pausa–. Voy a decirte algo y espero que no te lo tomes mal.
- Dime –respondí de inmediato, intrigada.
- Sé que no es de mi incumbencia, pero te he visto con Matías un par de veces…. Ten cuidado con él. Desde que lo conozco siempre está solo y amargado. Pareces una buena persona y no me gustaría que salieras lastimada –dijo nervioso y se fue sin darme chance de responder.

No tenía la impresión de que Matías fuera “amargado”, pero sí bastante serio y distante. Las pocas veces que había hablado con él, parecía tenso y cauteloso, como si nunca bajara la guardia. Aunque mis intenciones con él no eran más que por negocios, sin duda tendría en cuenta el consejo de Alex. “Mujer precavida *vale por dos*”, diría mi madre.

Terminé de almorzar y abrí la computadora para comenzar a escribir, pero, en vez de enfocarme en avanzar con la historia, cometí el gravísimo error de releer los capítulos que llevaba hasta el momento. Grave, grave error. Empecé a editar y a modificar cosas en la historia, lo que causaba que se crearan huecos o sobrara información en los siguientes capítulos. Había abierto la puerta del caos.

Varias horas después de haber comenzado aquel enredo, empecé a sentir que nada de lo que escribía tenía sentido, por lo que recogí mis cosas y me fui a la casa a cocinar la cena mientras esperaba que Alicia regresara del trabajo.

- ¡Por fin te veo! –dijo Alicia en cuanto llegó–. Ya te extrañaba, mi escritora favorita.
- ¡Yo también te extrañaba! –dije y la abracé–. Toma esta copa de vino mientras termino de cocinar, tengo mucho que contarte.
- Soy toda oídos, pero primero… ¡salud porque estás desempleada!

- ¡Salud! –le dije entre risas. Esos eran los momentos que me mantenían llena de vida.

Aproveché que estábamos por fin solas para contarle todo lo que había pasado desde el fin de semana, incluyendo a Matías y al café de Lili, pues no le había mencionado nada al respecto. En cuanto escuchó sobre el plan de Matías, estaba algo escéptica al inicio, y luego me propuso que le entregara el libro que ya tenía escrito, pero ya habíamos tocado ese tema antes. Ese libro había muerto y no me sentía emocionalmente capaz de sacarlo a la luz.

- Cambiando de tema –dijo–. Este fin de semana vamos a remodelar algunos cuartos de la casa nueva, entonces probablemente nos quedaremos a dormir allá. ¿Tienes problema con dormir sola este fin de semana de nuevo?
- No, tranquila. Mis papás me pidieron que durmiera este fin de semana en su casa para regar las plantas y supervisar que todo en el hotel estuviera bien.
- ¿Y vas a ir sola? –preguntó–. Me parece peligroso que estés sola en medio de la montaña.
- Sí, no pasa nada. Algo se me ocurrirá de aquí a allá. –Realmente mi plan inicial era invitarla a ir conmigo, pero no quería arruinar sus planes.

En este camino de autodescubrimiento, estaba aprendiendo que al final del día solo me tengo a mi misma, y he ahí la importancia del amor propio. No es que esto fuera algo malo, simplemente necesitaba aprender a estar sola y no crear dependencias emocionales con nadie.

Al día siguiente decidí no ir al café de Lili y quedarme escribiendo en mi casa, lo cual fue, de nuevo, un pésimo error. Pasé prácticamente todo el día limpiando, acomodando o procrastinando en el celular. Fue sin duda una pérdida de tiempo –en lo que al libro respecta, pues la casa quedó bastante limpia–.

El jueves estaba comprometida a avanzar, por lo que me fui al café de Lili desde temprano y pasé casi todo el día ahí, sumergida en un gran estado de frustración. ¿Se acuerdan de la edición que involuntariamente había comenzado el martes? Pues no había logrado salir de ese círculo vicioso de autocrítica. Además de que no me gustaba nada de lo nuevo que escribía, tampoco estaba convencida de que me gustara lo que había escrito hasta el momento.

Estaba en un estado mental bastante complejo y ya no sabía qué hacer para superarlo. Incluso había sacado un par de libros de los estantes, pero nada lograba emocionarme o asombrarme. Estaba empezando a sentir que renunciar no había sido una buena idea y que todo este plan de Matías no iba a tener un final feliz.

Al caer la noche me devolví a la casa, devastada, y, sorprendentemente, Lucas estaba en la sala cuando llegué, conversando con Ricky y Alicia.

- ¡Hola! –le dije sorprendida mientras lo saludaba–. ¿Qué haces aquí?
- Tali –dijo mientras me devolvía el abrazo–. Vine a entregarle unas cosas a Ricky, pero se me ocurrió una gran idea y te estábamos esperando.
- ¿Qué idea? –pregunté sin ánimos, realmente no estaba de humor para nada.
- Estaba pensando que podíamos ir al parque de diversiones…
- ¿Cuándo? –pregunté, preocupada porque ya tenía planes para ese fin de semana.
- Hoy, ya mismo –respondió, sonriendo.
- ¿Ya? –pregunté asombrada.
- Sí, vamos. A todos nos caería bien relajarnos un poco en medio de esta agotadora semana –dijo Alicia mientras se ponía el suéter.
- Es que estoy un poco cansada… –comencé a protestar, pero Lucas me guiñó el

ojo y me apretó suavemente el brazo, lo que bastó para convencerme–. Está bien, vamos.

Nos fuimos entonces al parque de diversiones los cuatro juntos en el carro de Ricky, como en los viejos tiempos.

- Hacía mucho que no salíamos los cuatro –dijo Lucas, que iba junto a mí en el asiento de atrás.

Se hizo un silencio largo en el carro, pues todos sabíamos que yo era la culpable de eso. Y, aunque Lucas no lo decía con mala intención, me dolía pensar en todas las veces que pude haber estado pasando un rato ameno con ellos en lugar de estar encerrada sola en mi casa esperando que mi ex se dignara a aparecer o contestar mis llamadas.

Después de jugar un rato, subirnos en algunas atracciones e ingerir una obscena cantidad de cosas dulces, decidimos subirnos a la rueda de la fortuna, pero como eran vagones para dos personas, tuvimos que separarnos en parejas.

- Entonces… renunciaste –dijo Lucas en cuanto estuvimos solos en el oxidado y viejo vagón que alguna vez fue blanco.
- ¿Crees que es una locura? –pregunté angustiada.
- Sí, pero quién no comete locuras de vez en cuando –dijo entre risas–. Lo importante es que, hagas lo que hagas, seas feliz.
- Gracias. –Le sonreí mientras me miraba con sus oscuros ojos negros, que poco a poco iban recobrando su brillo natural. Entre más veces salía con él, más sentía que estaba recuperado al Lucas de antes, señorial, detallista y predecible. Me gustaba ese Lucas, me hacía sentir cómoda.

Después de conversar amenamente por varios minutos y mientras nos deleitábamos con la hermosa vista desde lo alto de la atracción, se me ocurrió una idea loquísima, de esas que últimamente me rondaban mucho por la cabeza.

- ¿Tienes planes para este fin de semana? –pregunté sin pensarlo demasiado por temor a cambiar de opinión.
- Nada importante, ¿por qué? –respondió.
- ¿Te gustan las montañas?

9

- ¿Qué estás haciendo, Tali? Vas a confundir al pobre hombre –me refutó Alicia, de nuevo, el sábado por la mañana.
- ¡Yo le dejé claro que somos amigos! Los amigos pueden irse juntos de paseo y dormir en cuartos separados –contesté a la defensiva mientras me terminaba de servir el desayuno.
- Claro, cuando el amigo no está enamorado de la amiga…
- Todo va a estar bien, Ali. ¿Preferías que fuera sola? –le pregunté, pues fue ella misma quien dijo que le parecía peligroso.
- No, sé que con Lucas vas a estar a salvo, solamente espero que él no se esté haciendo ilusiones.
- Prometo dejárselo claro de nuevo en algún momento del paseo, ¿está bien? Yo también aprecio a Lucas y no quiero hacerle daño –respondí, y era cierto. Yo era la más interesada en mantener nuestra amistad sin confusiones.
- Está bien. ¿A qué hora se van? –preguntó.
- En la tarde después de que regrese del café…–dije, sin darle importancia.
- ¿Vas a ver a Matías? –preguntó con picardía.
- Espero que sí, todavía no sabe que ya renuncié y tengo que contarle que estamos en la misma página con su plan.
- ¿Cómo vas con el libro? –preguntó emocionada.
- No sé –contesté frustrada–. Desde hace un par de días no logro escribir ni una palabra.
- ¡Es parte del proceso! ¿Cuándo vas a enseñárselo a Matías? –preguntó.
- Tampoco sé –respondí cortante y cambiamos de tema, pues era evidente que no quería seguir hablando al respecto.

Alrededor del mediodía, Lucas me llamó para coordinar la hora de partida a casa de mis papás en las montañas. Si bien tenía sentido irnos temprano, no tenía ningunas intenciones de perderme el pastel de zanahoria de Lili, por lo que le mentí y le dije que tenía que ayudar a Alicia con unas cosas de la boda y que yo le avisaba cuando me desocupara. Era una mentira tonta e innecesaria, pero no quería dar explicaciones.

Empecé a alistarme para ir al café y no sabía por qué, pero estaba nerviosa. Quería ponerme un vestido casual de rayas de colores que me encantaba, pues el clima era perfecto para ese atuendo, pero recordé el comentario de Matías sobre usar ropa “apropiada” para andar en bicicleta, por lo que decidí ponerme un pantalón blanco, una blusa color rosa pastel con pequeñas flores y mis Converse blancas.

- ¿A dónde tienes que ir tan apresurada? –me preguntó Ricky apenas terminé de almorzar con ellos.
- Tengo que hacer unas diligencias –dije sin darle mucha importancia mientras me dirigía a la puerta.
- ¿Diligencias un sábado? –preguntó Ricky incrédulo.
- Sí –respondí sonriente y salí de la casa. Dudé si tomar la bicicleta para ir al café, pero el día estaba perfecto: el cielo celeste, las nubes blancas, y el sol caluroso y radiante. No parecía para nada que fuera a llover, por lo que no tendría que preocuparme por otra caída.

Aunque, aquí entre nosotros, me caería mil veces más en medio de cualquier tormenta con tal

de conocer a Matías. Mi sueño de escribir un libro se vería aún más distante si no fuera por él.

Estaba disfrutando pacíficamente del corto trayecto hacia el café hasta que pasé por el Parque de la Banca y me di cuenta de que ya estaba por llegar, lo que me causó una extraña sensación en el estómago.

Estacioné la bicicleta en el frente y caminé hacia la entrada, donde me vi en el reflejo por unos segundos y respiré profundo, abrí la puerta y me sorprendí al ver a tantas personas en el café. ¡Estaba repleto!

Las mesas estaban todas ocupadas y había una fila enorme para ordenar y retirar los productos para llevar. ¿Por qué había tanto caos? Pasé la vista por el café pero no vi a ningún mesero, no había señales de Matías ni de Lili, solo caras de clientes impacientes y enojados. Sin duda el café no se veía como un lugar tranquilo y silencioso para sentarse a leer un buen libro, sino más bien como un bazar en época navideña.

Empecé a caminar hacia la cocina, haciéndome paso entre las personas y las mesas ocupadas, y cuando llegué a la barra frente a la cocina me encontré con una imagen que no pensé ver jamás: Matías preparando un cappuccino. Matías Zimmerman, gerente general de la editorial Daniel M., haciendo las veces de barista.

Esta vez no llevaba traje, sino un par de jeans con una camisa azul de botones y las mangas arrolladas a la altura de los codos. Se le veía alterado e irritado, y el delantal sucio que llevaba puesto era testigo de que las cosas no estaban saliendo muy bien.

Ante tal caos, no pude evitar entrar a la barra e ignorar el cartel que decía “solo personal autorizado”.

- ¿Estás solo? –le susurré a sus espaldas, procurando estar suficientemente cerca de él para que los clientes no escucharan nuestra conversación.
- Tali –dijo sin dudar apenas escuchó mi voz. Apartó la vista una fracción de segundo del café que estaba preparando y me miró a los ojos con expresión preocupada. Me había acercado mucho más de lo que había previsto, y ahora tenía los grandes e intimidantes ojos de Matías a tan solo unos centímetros de mi cara, por lo que instintivamente di un paso hacia atrás–. Sí, mi mamá no se siente bien y subió a descansar. Alex pidió el día libre y ningún otro mesero podía cubrirlo. Esto es un caos, me estoy volviendo loco –respondió entre dientes.
- ¿Sabes usar esa máquina? –le pregunté, conteniendo la risa, pues la escena me causaba mucha gracia.
- Estás viendo al mejor barista de la ciudad, modestia aparte –dijo mientras se le escapaba una pequeña sonrisa.

Era una de las pocas veces que lo había visto sonreír y, honestamente, no sé si había visto una sonrisa igual. Sus dientes perfectos se asomaron levemente bajo sus labios carnosos y bronceados. No sé si era cierto que era el mejor barista de la ciudad, pero creería cualquier cosa que saliera de esos labios. Le devolví la sonrisa y me empecé a sonrojar. De repente el café se sentía mucho más pequeño y caluroso.

Estuve de pie un par de segundos sin saber qué hacer, admirando como Matías terminaba de preparar ese café con la gracia y habilidad de cualquier barista tiempo completo.

Mientras tanto, más gente seguía entrando al lugar y algunos de los clientes estaban visiblemente molestos. Incluso algunas de las personas que estaban sentadas en las mesas se estaban levantando enojados porque nadie los había atendido.

Supe entonces que no me quedaba más opción que ayudar. Me convencí de que había ido a suficientes cafés y restaurantes en mi vida como para saber cómo atender clientes. Entré a la

cocina desapercibida, pues los cocineros estaban demasiado ocupados como para notar mi presencia, me puse un delantal, tomé un par de menús y respiré profundo antes de salir. “No lo pienses mucho, Tali”, me dije, y salí a tomar órdenes como si llevara toda una vida dedicándome a eso.

Después de algunos minutos, ya había tomado todos los pedidos de las mesas que estaban pendientes y me había disculpado con los clientes por el retraso, aunque irónicamente yo tenía casi el mismo conocimiento que ellos sobre la situación.

Fui de nuevo a la barra a descubrir cuál era el siguiente paso después de tomar los pedidos, pues mi vasta experiencia como cliente de cafés terminaba cuando el mesero se llevaba mi orden.

- ¿Qué haces con ese delantal? –me preguntó Matías sorprendido.
- Yo…–comencé a responder, pero me congelé. Quizás tuve que haberlo pensado mejor antes de hacerme pasar por una trabajadora de un café que apenas conocía–. Es que vine por un pedazo de pastel de zanahoria nada más, pero luego te vi estresado, y había tanta gente, algunos estaban molestos… Entonces fui a tomar las órdenes de las mesas –dije casi sin respirar, las palabras me salían una después de la otra sin haber terminado la anterior siquiera–. El problema es que no sé qué hacer ahora con las órdenes –dije tímidamente y bajé la mirada.

Estaba apenada de haber tomado una decisión así sin habérselo consultado antes. Levanté la mirada del piso para intentar descifrar su expresión y, para mi fortuna, Matías tenía los brazos cruzados sobre el pecho y una sonrisa perfecta en su rostro.

Me moría por esa sonrisa, pero en ese momento sólo era capaz de comprender el calor inusual que me generaba en las mejillas y las interesantes cosquillas en el estómago.

- ¿Me estás diciendo que fuiste a tomar órdenes en el café al que has venido un par de días sin que nadie te lo pidiera? –me preguntó incrédulo, aun sonriendo.
- Pues… sí. Es que no podía quedarme de brazos cruzados mientras todo se venía abajo –respondí con más seguridad dada su reacción.

Se quedó en silencio unos segundos, como si estuviera pensando qué decir. Sentí su mirada penetrante en mi rostro y miré hacia otra dirección por temor a que mis ojos revelaran lo nerviosa que estaba.

- Gracias. –Fue lo único que dijo, y sus ojos se enternecieron brevemente–. Pásame las órdenes, yo me encargo de coordinar todo aquí adentro y tú de llevarlo a la mesa, ¿te parece? –me preguntó con suavidad y cambió su expresión, enfocándose de nuevo en el caos que había en el café.

Y eso fue justo lo que hicimos sin parar por las siguientes dos horas: yo iba a las mesas a atender a los clientes y le llevaba las órdenes a Matías, luego regresaba por la comida y la llevaba a las mesas.

Entre pedidos mantuvimos conversaciones cortas, en las que lo vi sonreír un par de veces más. Además, pudo haber sido mi imaginación, pero a veces, cuando estaba atendiendo las mesas, sentía la mirada de Matías, lo que me ponía nerviosa y a la vez me hacía sentir acompañada en esa nueva experiencia de ser mesera.

Las primeras mesas que atendí fueron las que más me costaron, incluso se me trabó la lengua un par de veces, pero con el pasar de la tarde me fui sintiendo más cómoda atendiendo a los clientes y recomendándoles opciones del menú que ni yo misma había probado, pero que sin duda se veían deliciosas.

Me tocó servir muchos pedazos de pastel de zanahoria y, con cada pedazo que servía, temía que se acabara antes de que pudiera probarlo, lo cual, de hecho, ocurrió. Ya al final de la tarde se

estaba terminando de ir la última mesa que quedaba cuando se devolvió un señor a pedir un pedazo de pastel de zanahoria para llevar, pero Matías le dijo que ya no quedaba más. Mi cara de desilusión fue tal que tuve que darme la vuelta y fingir que estaba limpiando una mesa.

- Tali, voy a buscar las llaves para cerrar –dijo Matías mientras subía las escaleras–. Ya regreso.
- ¿No faltan todavía un par de horas para cerrar? –le pregunté.
- Creo que ya hemos hecho suficiente por hoy. –Me miró y vi una pequeña sonrisa asomarse en sus labios. Me gustaba mucho más el Matías sonriente y casual que el Matías formal e intimidante.

Me quité el delantal y fui a guardarlo en la cocina con una sonrisa en el rostro que no podía ocultar. ¡Qué locura de tarde!

Desde la cocina escuché la puerta del café abrirse.

- Disculpe, ya está cerrado –dije mientras salía de la cocina.
- ¿Tali? –preguntó con sorpresa–. Pensé que tenías planes con Alicia hoy.
- Lucas –dije sorprendida y me aclaré la garganta. Sentí que me habían encontrado haciendo algo que no debía, aunque técnicamente no estaba haciendo nada malo–. Terminamos antes y vine a buscar algo al café –mentí, de nuevo.

Se hizo un silencio incómodo por unos segundos hasta que Lucas volvió a hablar.

- Y ahora que el café está cerrado, ¿estás lista para irnos? –preguntó.
- Veámonos en una hora en mi casa –respondí, esperanzada de que no hiciera más preguntas.
- ¿Por qué? ¿Qué tienes que hacer ahora? –continuó con el interrogatorio.
- Tiene una reunión conmigo. –Escuché la voz de Matías a mis espaldas mientras bajaba las escaleras y se me erizó la piel.

Lucas lo miró en silencio varios segundos y finalmente se acercó a Matías, que ya había terminado de bajar las escaleras.

- Soy Lucas, un placer– dijo y le extendió la mano.
- Matías –le respondió y le devolvió el apretón de manos.

Ambos estaban muy serios y se podía sentir la tensión que había, injustificadamente, en el ambiente. Todo me parecía tan extraño e incómodo que no pude hacer nada más que quedarme de pie y mirarlos interactuar.

A pesar de todo, me causaba algo de gracia verlos frente a frente. ¡Eran tan distintos! Lucas era más bajo que Matías y mucho más delgado. Matías tenía todos los músculos que Lucas no tenía y que, por su contextura, no tendría jamás. Lucas con su cabello corto color ocre, Matías con sus rizos negros rebeldes. Lucas de tez blanca, pálida, Matías con su bronceado perfecto y sus ojos miel. Eran mi propia versión de Edward y Jacob, y no me podía olvidar de decirle esa referencia a Alicia luego.

- Y, ¿de dónde se conocen? –rompió el silencio Lucas, aún frente a Matías, pero mirándome a mí.

Miré a Matías en busca de ayuda, pues no sabía cómo resumir toda la historia de la caída, el libro y mi trabajo *ad hoc* como mesera. Matías me miró con el rabillo del ojo y no dudó en responder.

- Soy su editor –contestó y empezó a caminar hacia la puerta–. Gracias por venir, Lucas, pero tenemos mucho que hacer en esta hora.
- Entiendo. Pasaba por un rollo de canela, pero supongo que mejor vengo

después –dijo sarcásticamente y empezó a caminar en mi dirección–. Te veo en tu casa en una hora. –dijo y me dio el beso en la mejilla más largo que me han dado en mi vida, o por lo menos así lo sentí.

Mis mejillas quedaron prendidas en fuego y una sensación extraña me recorrió el cuerpo. No me salieron palabras para responderle a Lucas, por lo que me limité a asentir. Apenas se dio vuelta y empezó a caminar hacia la salida, me dirigí al baño sin terminar de ver la interacción entre Lucas y Matías.

En el baño me eché agua en la cara y me miré en el espejo. Me dije repetidas veces que no pasaba nada, sin duda estaba exagerando, pues Lucas y yo no éramos nada, Matías y yo no éramos nada, había dicho una mentira piadosa nada más. ¿Por qué me sentía tan incómoda entonces?

Esperé unos minutos antes de salir del baño para asegurarme de que Lucas ya se había ido. Pero, extrañamente, cuando salí no vi a ninguno de los dos. Me dio un pequeño infarto el pensar que Matías se había ido también y me había dejado secuestrada en el café.

Antes de que pudiera empezar a colapsar, salió Matías de la cocina con un plato en la mano y se sentó en la mesa que estaba más cerca de la escalera, en la que nos sentábamos siempre.

- Gracias por tu ayuda, Tali. Sin duda no hubiera podido manejar este caos solo –dijo serio, sin levantar la vista de la mesa y sin referirse a nuestro encuentro con Lucas.
- No hay de qué… –empecé a decir y me detuve cuando vi el pastel de zanahoria que estaba sobre la mesa frente a Matías–. Pensé que se había terminado el pastel– dije extrañada, intentando ocultar mi alegría.
- Te guardé el último pedazo. Al final, fue para esto que viniste –murmuró e hizo un ademán para que me sentara frente a él.

Me apresuré a sentarme y tomé uno de los dos tenedores que estaban en el plato.

- Gracias, no sabes las ganas que tenía de probar este pastel –dije sonriente.
- No hay de qué, esa es tu paga de hoy –respondió en tono de broma y se levantó de la mesa–. ¿Se te antoja un cappuccino para acompañar el pastel?
- No sería capaz de negarle un café al mejor barista de la ciudad. –Le sonreí y me devolvió una pequeña sonrisa, apenas levantando las comisuras de sus labios.

Mientras Matías me preparaba el café en la barra, no me aguanté y probé el pastel. No exageraban cuando decían que era el mejor pastel de zanahoria del mundo, o al menos, era el mejor pastel de zanahoria de mi mundo.

- ¡Está increíble! –exclamé casi gritando para que me escuchara desde donde estaba.
- Lo sé, es la mejor receta de mi mamá –dijo, ya de regreso con mi cappuccino–. Y esta es mi mejor receta.

Lo miré con picardía y probé el cappuccino que acababa de poner en la mesa frente a mí mientras sentía su mirada expectante. No quería exagerar, pero era el mejor cappuccino que había probado en mi vida.

- Pues tenías razón, esto de ser barista se te da muy bien –le dije con risa nerviosa–. ¿Cómo aprendiste?
- Hace muchos años para ayudar a mi mamá en el café.
- ¿Cómo está Lili? –pregunté, extrañada de que no hubiera bajado en toda la tarde.
- Mejor –dijo cortante–. Solo estaba cansada.
- Me alegro –respondí y cambié el tema para el que verdaderamente me

interesaba–. Además de para probar este pastel, vine a contarte algo.

- Te escucho –contestó intrigado.
- Renuncié a mi trabajo. Voy a dedicarme a escribir a tiempo completo, al menos hasta que pueda publicar un libro –dije nerviosa, sin razón alguna, pues era él mismo el que me había dado la idea.

Matías se quedó en silencio, mirándome sin expresión alguna.

- ¿Crees que es una locura? –pregunté.
- Sería una locura no intentarlo –respondió finalmente–. ¿Cómo estás financieramente? –preguntó y me sorprendió, pues me habían enseñado que era de mala educación hacer ese tipo de preguntas.
- Tengo unos meses de libertad financiera –respondí, sin entrar en mucho detalle.
- Está bien. De todas formas, Daniel M. decidió darte el diez por ciento de las ganancias de "Una fina línea", por haber contribuido con el título.
- ¿El diez por ciento? ¿No es demasiado? Me habías dicho que esas eran mis ganancias por escribir todo un libro, ¿cómo voy a quedarme con el diez por ciento por solo un título? –pregunté anonadada.
- No es lo usual, pero él quiere darte el diez por ciento en señal de agradecimiento, pues realmente estaba estancado con el título. Además, hablé en la empresa y estamos dispuestos a dejarte el cincuenta por ciento de las ganancias de tu libro –respondió serio, sin dudas era un hombre de negocios.
- ¿El cincuenta por ciento? –pregunté sorprendida e incrédula–. ¿Cómo pasé de un diez a un cincuenta?
- No importa cómo. ¿Lo tomas o lo dejas? Es el mejor porcentaje que le hemos ofrecido a un escritor.
- Lo tomo –respondí seria, intentando simular su actitud de negocios.
- Perfecto, tenemos un trato. Necesito leer lo que llevas a más tardar la próxima semana.
- ¿La próxima semana? Pero…–empecé a decir, nerviosa.
- Tali, no puedo ayudarte si no sé qué has escrito –me interrumpió–. Esto es vital para que el plan funcione bien.
- Está bien –dije insegura. No sabía cómo iba a vencer ese miedo, pero eso sería un problema de la Tali del futuro. En ese momento solo debía alegrarme por haber cerrado un trato muy beneficioso para mí.
- Ven el próximo viernes por la tarde para discutir sobre la historia. Te espero a las seis en punto –dijo, mientras tomaba un pedazo de pastel de zanahoria.
- Está bien –respondí–. ¿Puedo preguntarte algo?
- Adelante.
- ¿Cuándo se publica el libro? "Una fina línea" –pregunté, aún intrigada por la generosidad del autor.
- Pronto. Te daré una copia firmada en cuanto se publique –respondió.
- Gracias. ¿Crees que pueda conocer al autor algún día? –pregunté.
- Quizás –respondió–. Es un hombre ocupado, pero si tu primer libro es un éxito, estoy seguro de que querrá conocerte.
- Ojalá –respondí y sus intimidantes ojos me examinaron el rostro.
- Todo va a salir bien, Tali. Tomaste una buena decisión –dijo finalmente, mientras me sostenía la mirada.

- Eso espero. –Suspiré y sonreí tímidamente–. Debo irme, mi amigo me está esperando –dije mientras me ponía de pie. El eco de mis palabras resonó en mis oídos y me sentí tonta. ¿Desde cuándo me refería a Lucas como “mi amigo”?
- Claro –dijo, poniéndose de pie para abrirme la puerta.
- ¿Te puedo hacer otra pregunta? –Me detuve ya casi llegando a la puerta.
- Eres una mujer llena de preguntas –respondió sarcástico.
- ¿Cómo supiste que el sombrero blanco era mío? –pregunté y escruté su rostro. Por primera vez había logrado intimidarlo como él me intimidaba a mí, lo veía en sus ojos.
- Solo lo supuse –dijo, abriendo la puerta–. Nos vemos, Tali.

Asentí y le sonreí decepcionada. ¿Qué se supone que significaba eso?

10

- Es un lugar muy particular –dijo Lucas, apreciando el pueblo donde vivían mis papás desde la ventana del carro.
- Sí, la gente es amable y el pueblo es muy tranquilo. Hay muchos paisajes hermosos –respondí, admirando el lugar al que mis papás decidieron mudarse para encontrar la paz después del caos de toda una vida en grandes corporaciones. Era un pueblo pequeño, lleno principalmente de personas mayores y turistas. Se caracterizaba por sus imponentes paisajes y sus calles pintorescas.

Aunque habíamos estado en el carro por casi una hora, el viaje se había hecho corto gracias a las conversaciones triviales y amenas que podía mantener con Lucas.

Cuando lo vi en mi casa después del café pensé que iba a hacerme un montón de preguntas acerca de nuestro encuentro con Matías, pero afortunadamente no tocó el tema en ningún momento.

- Aquí es –dije mientras nos estacionábamos frente a la hermosa casa que habían construido mis papás en las montañas. Estaba inspirada en las tradicionales cabañas de madera, pero más grande y lujosa. Mi parte favorita era el bosque de pinos que colindaba con el jardín, cuyo aroma me transportaba a un lugar feliz.
- Es hermosa –murmuró Lucas mientras nos bajábamos del carro–. ¿Tienes la llave? Está muy oscuro aquí y hace bastante frío.
- Sí, déjame buscarla –respondí mientras me acercaba a la puerta principal, pero, para mi sorpresa, la puerta estaba abierta–. ¡Está abierta! –grité, asustada.
- Entra al carro –dijo Lucas mientras se devolvía a buscar una navaja que tenía guardada.

Hice caso sin pensarlo dos veces y me senté en el carro mientras Lucas investigaba qué pasaba, con el corazón acelerado.

Tras algunos minutos sin saber de él, empecé a preocuparme y saqué mi celular por si tenía que llamar a la policía.

Afortunadamente, poco después salió ileso de la casa.

- Se metieron a robar, tenemos que llamar a la policía –me contó mientras se subía de nuevo al carro.
- ¡No puede ser! –respondí preocupada–. ¿Se llevaron muchas cosas?
- No estoy seguro, pero me da la impresión de que solo se llevaron unos televisores –respondió mientras sacaba su celular–. Llama a tus papás, yo llamo a la policía.

Dos horas después, la policía había confirmado que efectivamente solo habían sacado algunos aparatos electrónicos y que, por suerte, no había grandes daños.

- De todas formas, no les recomendamos dormir aquí hoy –dijo el oficial de policía–. Vamos a patrullar el área toda la noche para que no ocurra ningún otro incidente.

En cuanto les conté a mis papás, pensaron en adelantar su regreso al día siguiente, pero logré convencerlos de disfrutar lo poco que les quedaba de sus vacaciones. Además, ¿qué iban a solucionar regresando antes si ya el robo había pasado?

- Ve a dormir en el hotel, ya coordinamos para que te reserven la última habitación que estaba disponible –me dijo mi mamá cuando la llamé para darle la última recomendación que nos había hecho la policía.

- ¿No hay forma de que puedas conseguir otra habitación? –le pregunté incómoda.
- No cariño, el hotel está completamente reservado. Me temo que vas a tener que compartir el cuarto con Lucas, solo por hoy –respondió apenada, pues sabía que nunca había dormido con un hombre en mi vida.
- Está bien, no te preocupes –contesté, pero no quería pasar la noche con Lucas. ¿Cómo iba a afectar esto sus expectativas sobre nosotros?

En cuanto llegamos al hotel, que estaba muy cerca de la casa de mis papás, le pregunté a la recepcionista si había alguna otra habitación disponible como último recurso desesperado, pero, como era de esperarse, me dijo que no.

- El hotel es hermoso también, Tali. Tus papás han hecho un excelente trabajo –dijo Lucas en cuanto regresé de la recepción.
- Gracias, la verdad a mí también me encanta. –Sonreí con timidez, pues no le había dicho aún que teníamos que compartir cuarto–. Ya me dieron las llaves. El único problema es que tenemos que compartir habitación, muy al estilo de película romántica cliché.
- No es problema –dijo sonriendo mientras tomaba nuestras maletas–. ¿Qué te preocupa? – preguntó, intentando descifrar mi expresión–. Si no quieres compartir cama conmigo, puedo dormir en el piso. Lo que menos quiero es que te sientas incómoda, Tali. Fuiste clara cuando me dijiste que no querías ser más que mi amiga, y no pienso faltarte el respeto por nada del mundo.
- Gracias –dije, y suspiré. Estaba aliviada de estar con él–. Gracias por todo, por acompañarme, por atender a la policía, y por respetarme –Le sonreí, y lo guie hasta nuestra habitación. Aunque parecía incorrecto e innecesario el agradecerle por respetar mis decisiones, en estos tiempos pareciera que las personas con valores básicos y sentido común son las menos.
- Qué acogedor –comentó en cuanto entramos al cuarto con piso de madera con una cama mediana en el medio–. Al menos puedo dormir en ese sofá –dijo, señalando un pequeño sofá de una plaza que estaba en una esquina del cuarto.

Acomodamos las cosas en silencio y tomamos turnos para entrar al baño a cambiarnos. Afortunadamente, había llevado el suéter de Matías y podía usarlo como pijama, en lugar de la poco encubridora camisa de tirantes que pensaba ponerme originalmente.

Apenas salí del baño, me senté en la cama a esperar que Lucas se cambiara, mientras me debatía entre dejar que Lucas se acostara conmigo en la cama o durmiera sentado en el incómodo sofá de una plaza.

Mientras lo esperaba, revisé mis redes sociales para distraerme, aún insegura de qué decisión iba a tomar.

- ¿Lista para dormir? –preguntó en cuanto salió del baño, terminando de secarse el cabello ocre con una toalla. Llevaba un pantalón deportivo largo y una camisa de tirantes.
- Sí –respondí apresurada. Me había tomado por sorpresa el verlo con el cabello mojado, pues no esperaba que se tomara una ducha conmigo en el cuarto. Ya sé que no tengo visión rayos X para atravesar la pared del baño, pero de alguna manera se sentía más íntima nuestra estadía al pensar en eso–. ¿No tienes frío? –pregunté, pues no llevaba suéter.
- Aún no, pero debe haber cobijas extras en algún lado –respondió mientras

buscaba en el closet. Cuando levantó su brazo, pude ver la cicatriz que bajaba por su hombro izquierdo, aquella que había sido producto del accidente. Aunque sabía que yo no había sido la culpable, en el fondo sentía que tenía algo de responsabilidad y eso fue suficiente para terminar de ablandarme el corazón.

- Puedes dormir aquí conmigo, si quieres –respondí, intentando no sonar nerviosa.
- ¿Segura? –preguntó, con los ojos llenos de sorpresa.
- Sí –me limité a responder y le hice espacio en la cama, que era más pequeña de lo que me hubiera gustado.
- Está bien, te prometo que no me muevo mucho –dijo en tono de broma para aligerar el ambiente, pero no me reí.

Me quedé inmóvil intentando ocupar la menor cantidad de espacio posible mientras él se acomodaba, pero lo cierto es que en cuanto sentí el calor de su espalda contra la mía, mi cuerpo se relajó. Había algo en él que me transmitía paz.

Nos quedamos en silencio unos minutos, absortos en la oscuridad del cuarto, sintiendo su respiración a través de su espalda, que chocaba con la mía.

- ¿Lucas? –pregunté, esperanzada de que no estuviera dormido todavía.
- Dime –respondió.
- Todavía no he cambiado de opinión sobre nosotros… –comencé a decir.
- Lo sé.
- Pero si llegara a cambiar, te lo haré saber –dije finalmente, y sentí un suspiro de alivio contra mi espalda.

Pasé los siguientes minutos pensando en si eso sería posible. ¿Puede uno elegir voluntariamente de quién enamorarse? Porque de ser así, ¿qué mejor persona para mí, que Lucas? ¿Quién iba a quererme más que él?

En la mañana siguiente todo fue más natural, los nervios de la noche anterior se habían disipado. Nos alistamos temprano y fuimos a casa de mis papás a revisar los daños a la luz del día. Por fortuna, el incidente había sido menor. Tardamos algunas horas coordinando los detalles finales con la policía, con el cerrajero y con la empresa de alarmas.

Cerca de la hora de almuerzo llevé a Lucas a conocer el pueblo, almorzamos en el restaurante favorito de mis papás y luego comimos helados junto a un pequeño lago que me encantaba visitar.

Sentados en el suelo junto al lago, conversamos amenamente sobre nuestras historias familiares y anécdotas de la juventud. Nos reímos, nos escuchamos, nos entendimos. Aproveché que estaba concentrado hablando sobre sus papás para mirarlo detenidamente. No era un dios griego, como Matías, pero ciertamente era atractivo. ¿Podía enamorarme de él? Me pregunté de nuevo, pues genuinamente no estaba segura de si podía voluntariamente proponerme algo así. Lucas era todo lo que buscaba en un hombre y, aunque no estaba desesperada por estar en una relación de nuevo, sentía que si lo hacía esperar demasiado eventualmente se cansaría y me superaría. No quería perder la oportunidad de estar con una persona que me hacía sentir tan cómoda como él. ¿Y si de eso se trataba el amor? De encontrar comodidad y paz en un compañero de vida.

Decidí entonces hacer un experimento: dejé que mi nariz tocara el helado de chocolate a propósito y fingí no haberme percatado de ello. A los pocos segundos, Lucas lo notó y se ofreció a quitármelo con su mano. Cerré los ojos ante el tacto de su mano contra mi piel, intentando desesperadamente sentir algo, una conexión, una cosquilla, un calor. Pero nada.

Quizás querer enamorarme no era suficiente, quizás se necesitaba de tiempo y constancia para conseguirlo.

11

Eos, la diosa del alba, me despertó a la mañana siguiente con un sol rosado que iluminaba toda la habitación. En cuanto abrí los ojos para ver el reloj, sonó mi alarma: 8:00 a.m. Hora de un café.

Me levanté de buen humor, pues era el primer lunes sin tener que ir a sentarme en una oficina. Estaba dispuesta a tener una excelente semana, por lo que bajé a la cocina a preparar mi veneno. ¡Cómo se me antojaba el rico cappuccino del café de Lili! Bueno, el rico cappuccino que preparaba Matías, específicamente. Pero ni modo, me tocaba conformarme con mi café casero promedio.

En cuanto subí y me senté en el escritorio para empezar a escribir, recibí un mensaje de Lucas:

"La pasé genial en las montañas, gracias. ¡Qué tengas una linda semana!"

Siempre atento, siempre predecible, siempre Lucas.

"Yo también la pasé muy bien. Gracias por acompañarme :)". Le contesté.

Y era cierto, la había pasado muy bien.

Aunque sabía que no habíamos tenido una cita, pasé los siguientes veinte minutos imaginándome cómo sería si lo fuera. Un hombre atento y caballeroso me recogería en mi casa, me escucharía, me contaría historias sobre su vida, hablaríamos sobre temas cotidianos, me sentiría lo suficientemente cómoda alrededor de él como para aceptarle un beso inocente, lleno de cariño en lugar de deseo, porque eso era lo que sentía por él: cariño, y nada más. ¿Sería suficiente el cariño para mantener una relación?

Cuando terminé de darle vueltas al asunto, me concentré en continuar la historia de Arena y Nate, y ahora de Liam, el deuteragonista de la historia, el famoso segundón.

¿Quién era el segundón de mi vida?

Así continué los siguientes días, aprovechando que estaba desempleada para dedicarle mi cien por ciento a ese primer libro que me moría por publicar.

- *Hola, flaca. Disculpa el retraso, estaba ocupado escribiendo –dijo y me dio un beso.*
- *Llegas dos horas tarde. –Reclamé–. Ya cenamos y mis papás ya se fueron.*
- *Me quedé atrapado con la historia. No lo entenderías…–comenzó a decir.*
- *Lo único que no entiendo es por qué traes labial en el cuello de tu camisa –refuté. Mis palabras estaban llenas de dolor, pero no de sorpresa. No era la primera vez que pasaba.*
- *Ya vuelves otra vez con tus locuras y tus celos tóxicos. Cada día estás más paranoica, Tali. ¿No sabes que solo tengo ojos para ti, mi flaca?*
- *¿Por qué me mientes? –pregunté, con lágrimas en los ojos. Estaba cansada, se me notaba en la mirada, en la debilidad de mis palabras, en el tono de mi voz.*
- *Estás loca, en serio. Vengo de trabajar, ¡por Dios! –comenzó a gritar–. ¡Nunca se te queda bien! ¿Qué quieres de mí? ¡Dime! ¿Qué quieres de mí?*

Mientras se intensificaban sus gritos, empecé a sentir una presión en el pecho. Tenía el corazón acelerado y sus alaridos me resonaban en los oídos. Estaba familiarizada con esta sensación, que era la consecuencia natural del temor de sus clamores ensordecedores que, ocasionalmente, terminaban en patadas a sillas y golpes a paredes. Y, aunque no había pasado aún, era cuestión de tiempo para que su violencia me alcanzara físicamente.

Abrí los ojos de golpe, con la respiración acelerada. Era poco después de las cinco de la mañana. El alba se asomaba tímidamente entre las persianas, iluminando mi cuarto de tonos celestes. Respiré profundo cuando caí en cuenta de que estaba en la seguridad de mi habitación, sin ningún ex psicópata gritándome y haciéndome cuestionar cuánto tiempo faltaría para sentir el primer golpe en mi cara.

Y, aunque quisiera decir que fue una pesadilla, fue algo peor: un recuerdo. Un fragmento de realidad que se había colado entre mis sueños para recordarme la mísera relación de la que logré escapar.

Me senté en la cama, empapada en sudor, aún con el corazón latiendo a mil por horas, y casi como por instinto, me llevé la mano a la cicatriz que ahora llevaba mi más importante aprendizaje de vida.

Nunca es demasiado tarde para huir de aquello que te hace daño.

Me levanté sin demoras sabiendo que sería incapaz de conciliar el sueño de nuevo, me preparé una enorme y merecida taza de café, y me senté en mi escritorio para seguir escribiendo, en la misma rutina que había estado siguiendo en los últimos días.

Ya era jueves, lo que significaba que al día siguiente tenía que entregarle los primeros capítulos a Matías y, con cada minuto que pasaba, sentía cada vez más que lo que llevaba no era digno de ser leído por él y sus hipnotizantes ojos miel.

Me pasé toda la mañana y gran parte de la tarde mirando la computadora, cambiando palabras por aquí y por allá en los capítulos que había logrado escribir desde el lunes.

Ya casi a las cuatro de la tarde, una especie de síndrome del impostor se apoderó de mí y tuve un colapso mental. Llamé a Alicia llorando desconsoladamente, esperando escuchar un sabio consejo que me ayudara a calmarme, pero estaba reunida con un paciente y no pudo atender.

Pensé en llamar a mi madre, pero no quería preocuparla en sus últimos días de vacaciones. Finalmente, y sin pensarlo demasiado, llamé a mi único amigo.

- ¿Tali? –contestó. En cuanto escuché su voz, se intensificó mi llanto–. ¿Estás bien?
- Lucas –respondí entre lágrimas, y comencé a desahogarme con él. Le expliqué lo mucho que soñaba con publicar mi libro, aunque solo lo leyera una persona. Era algo que quería hacer por mí, que tenía que hacer por mí. Tenía que demostrarme que era capaz de hacerlo, sin importar el éxito que tuviera.
- Entonces no te rindas –contestó–. Eres capaz de todo lo que te propongas.
- No estoy tan segura de eso –respondí abatida. La presión de entregarle ese borrador a Matías me estaba ahogando. Cuando pensaba en eso, sentía la cicatriz de mi abdomen arder, como si recién se abrieran paso las llamas por mi piel.
- Creo que necesitas despejar tu mente. Estoy seguro de que lo que llevas hasta ahora es más que suficiente para impresionar a ese editor. Alístate, paso por ti en una hora –afirmó, y no me quedó más remedio que aceptar su invitación. Quizás dejar de pensar en el libro era justo lo que necesitaba.

Una hora después estaba Lucas en mi casa, puntual y predecible.

- ¿A dónde vamos? –pregunté en cuanto me subí a su carro.
- Organicé una noche de películas –respondió sonriente.

Pocos minutos después, detuvo el carro.

- Es aquí.
- ¿Es tu casa? –pregunté. Cuando dijo “noche de películas”, asumí que iríamos al cine, por lo que estaba realmente sorprendida de ir a su casa, pues en todos estos años

nunca me había invitado.

- Sí. –Sonrió–. Si no te sientes cómoda, podemos ir a otro lado… –Siempre atento, siempre complaciente, siempre Lucas.
- No –respondí de inmediato–. Está bien. No voy a mentir, tengo algo de intriga de conocer tu casa –bromeé.
- ¿Por qué? –Se rio tímidamente.
- Ricky dice que no invitas a nadie a tu casa porque no te gusta el desorden. Dice que eres un loco de la limpieza –respondí entre risas.

Lucas se limitó a reírse, pero poco después supe que Ricky tenía razón.

La fachada negra contrastaba con los sutiles detalles en madera, creando una apariencia elegante y moderna. Al cruzar la puerta, me encontré con un interior meticulosamente decorado, cada pieza de mobiliario y objeto de arte en su lugar, como si hubiera sido dispuesto por un perfeccionista apasionado. La atmósfera, más que una casa, evocaba la sensación de estar inmersa en un museo privado.

- Wow –dije sorprendida. A Lucas debía irle muy bien en su trabajo para permitirse vivir en un lugar así.
- ¿Te gusta?
- Me encanta. Parece de revista –respondí mientras admiraba la impresionante chimenea de piedra negra que ocupaba una pared entera de la sala, añadiendo un toque distintivo a la casa.
- Ven, vamos al jardín. –Tomó suavemente mi mano y me guio a través de la cocina hasta que llegamos a unas grandes puertas corredizas de vidrio que daban al patio.

En cuanto salimos, quedé aún más sorprendida. Había armado un cine casero para los dos en el jardín: había sábanas negras en el césped con cojines blancos y grises. A un lado de las sábanas había palomitas, chocolates, una tabla de quesos y una botella de vino con dos copas. En la pared del fondo había instalado un proyector y a lo largo del jardín había hilos de luces que alumbraban lo necesario para crear un ambiente más agradable.

- ¿Tú hiciste todo esto? –pregunté, conmovida por lo lindo y acogedor que había quedado todo.
- Sí, ya lo había hecho un par de veces con Alicia y Ricky antes –respondió–. Lamentablemente no podía invitarte.

Asentí y sonreí con tristeza. La culpa de mis decisiones todavía me pesaba en los hombros.

Posó su mano en mi espalda baja y me llevó hacia las sábanas.

- ¿Cuál es tu película favorita? –preguntó mientras encendía el proyector.
- La Propuesta, con Sandra Bullock –respondí–. Pero si no la quieres ver, podemos elegir cualquier otra.
- La Propuesta está bien. –Sonrió.

Tras colocar la película, me ofreció una copa de vino, pero le pedí una taza de café en su lugar. Muy mala idea.

- ¿Está rico? –preguntó Lucas al ver mi reacción.
- Sí, pero está muy caliente –conseguí decir, pero lo cierto es que era el peor café que había probado en toda mi vida.

Rápidamente me arrepentí de no haber aceptado la copa de vino.

Cuando íbamos por poco más de la mitad de la película, justo cuando los padres de Andrew los convencen de hacer la boda ficticia en el granero, pedí a Lucas que pausara la película.

- No quiero verla más–. Le dije y me miró con asombro–. Quiero saber más sobre ti.
- ¿Qué quieres saber, exactamente? –respondió con curiosidad mientras se giraba hacia mí, para quedar frente a frente.
- Cuéntame una anécdota de tu infancia –le pedí, realmente interesada en conocerlo mejor. Tenía esperanzas de que pudiera convertir el cariño en amor si lograba descubrir más cosas que me gustaran sobre él. Si tenía que entregarle mi corazón a alguien tarde o temprano, prefería que fuera al predecible, respetuoso y atento Lucas.
- Mi recuerdo favorito de niño es con Ricky. A pesar de que es mayor que yo por solo once meses, siempre ha actuado como un hermano mayor. En todos sus cumpleaños siempre me da el primer pedazo de pastel, aún ahora que somos adultos, pues una vez escuchó que el primer pedazo debes dárselo a la persona que más quieres. –Hizo una pausa y continuó–. Claro que, a partir del próximo cumpleaños, el primer pedazo de pastel será para Alicia, sin dudas –dijo entre risas.
- ¿Y estás celoso? –pregunté en tono de broma.
- Sí lo estoy –dijo serio–. Pero no de ella, sino de él. Porque sé que pasará el resto de la vida con el amor de su vida, y yo, en cambio, ni siquiera sé si tengo al mío en frente –dijo y miró al cielo, antes de poderle responder, continuó–. Lo que quiero decir, Tali, es que me esfuerzo por hacer las cosas bien y ser una buena persona, pero no es suficiente para dejar de sentirme tan solo. –Hizo una pausa y bajó la vista hacia mi dirección. Yo estaba en silencio, asimilando todo lo que me estaba contando–. Disculpa, no era mi intención aburrirte con mis temas personales.
- Gracias por la confianza –le dije mientras le tomaba la mano–. Sé a lo que te refieres. Mis papás viven lejos, como ya sabes, y Alicia es lo único que tengo. Es mi hermana, mi confidente, mi compañera de casa. Por un lado, me cuesta asimilar que ya no estará conmigo todos los días y que sus prioridades ya no serán las mismas –como es de esperarse– y por otro lado, siento una alegría inmensa al saber que finalmente encontró al amor de su vida. –Suspiré–. Pero me está costando algo de trabajo aceptar cómo cambiará mi vida a raíz de la boda.
- Te prometo que pase lo que pase entre nosotros, siempre estaré para ti. Aunque estemos destinados a ser sólo amigos –dijo con una sonrisa triste.
- Prometo más nunca sacarte de mi vida –respondí, devolviéndole la sonrisa con pesar.

A partir de ese momento, empecé a ver a Lucas con otros ojos. No sabía aún qué nos depararía el destino, pero sabía que era una persona a la que quería tener siempre cerca, a pesar de que preparaba el peor café del mundo.

12

¿En qué piensan los autores cuando escriben? ¿Cómo saben por dónde empezar? ¿Sobre qué escribir?

Dejé que mi mente divagara mientras avanzaba por los primeros capítulos de otro libro de Daniel M. que había encontrado en el café para distraerme y dejar de pensar en mi propio libro. "*Frente a la bahía"*, se llamaba. De lo poco que había logrado leer hasta el momento, parecía que se trataba de un chef solitario que vivía frente a la playa, cuyo pasatiempo era pasear en su velero.

El café estaba lleno, como de costumbre. No había visto a Lili ni a Matías en todo el día, pero sí a Alex, quien siempre me atendía con una amable sonrisa.

Había pasado toda la mañana ahí, reeditando la historia para entregarla en la noche. Cerca del mediodía decidí que no iba a tocarla más, por lo que abrí el libro que encontré en uno de los estantes y me dispuse a leerlo.

De vez en cuando levantaba la vista en busca de Matías, pero no había rastro de él.

Finalmente, después del almuerzo, lo vi entrar. Llevaba un traje formal gris con una camisa blanca, sin corbata. Sus rizos negros estaban perfectamente peinados con gel, y por su mirada, parecía bastante cansado. Traía una maleta consigo, por lo que me daba la impresión de que iba llegando de viaje.

Atravesó el café con la mirada perdida, sin siquiera molestarse en mirar a su alrededor. Mientras caminaba hacia las escaleras, en mi dirección, pensé por un segundo que no iba a notar que estaba ahí y que seguiría su camino hacia la segunda planta.

Inesperadamente, se detuvo justo frente a mi mesa.

- Tali. –dijo con sorpresa–. No esperaba verte por aquí tan temprano–. Sus labios se movieron apenas unos centímetros en lo que pareció una breve sonrisa–. ¿Esperas a alguien?
- No. Me gusta venir a escribir aquí –respondí–. Siento que me concentro más.
- Me alegra –respondió, y me escrutó el rostro por algunos segundos.
- ¿Estabas de viaje? –pregunté, intentando romper el silencio y disimular lo incómoda que me ponía su mirada.
- Algo así –respondió, misterioso como siempre–. Vine a buscar a mi madre para llevarla a hacer unas diligencias. ¿Nos vemos en la noche? –preguntó.
- Claro –respondí sonriente–. Escuché que es noche de tapas y vinos.

Matías esbozó una tímida sonrisa y siguió su camino hacia la segunda planta. Cuando iba por casi la mitad de la escalera se detuvo y me miró.

- En mi opinión, ese es uno de sus mejores libros –dijo, y siguió su camino.

En cuanto lo perdí de vista, recogí mis cosas –incluyendo el libro de Daniel M.– y me fui a la casa a descansar un rato antes de tener que regresar al café.

Leí el resto de la tarde, intentando ignorar los pensamientos pesimistas que intentaban sabotear mi reunión con Matías.

- *Te mereces esto y mucho más –dijo, mientras me entregaba un par de tickets para ver a su banda favorita en concierto.*
- *Gracias. –respondí fría, distante, cuestionándome cómo podía actuar tan normal después de que la noche anterior me había dicho que odiaba nuestra relación por innumerables razones que no valía la pena recordar.*
- *Flaca, ya no quiero discutir más contigo –dijo condescendientemente mientras*

me tomaba la mano, como si las discusiones fueran mi culpa.

- *Yo tampoco –respondí–. Estoy cansada de tus maltratos y de que luego intentes resarcirte con regalos.*
- *No sé de qué hablas, Tali. Nunca te he faltado el respeto, nunca te he maltratado. Todas las parejas discuten y nosotros no somos la excepción.*

En la definición de gaslighting en el diccionario, viene su nombre.

Me levanté de la cama agobiada, no sabía si era por ese fragmento de realidad que nuevamente se había colado entre mis sueños, o porque me había quedado dormida y ya se me había hecho tarde para ir a la reunión.

Me alisté apresurada, pues debía estar en el café en menos de diez minutos. Justo antes de salir, medité si llegaría más rápido en carro, pero recordé lo difícil que es estacionarse cerca del café, por lo que tomé la bicicleta y me despedí de Alicia.

- ¡Confía en ti y disfruta! –la escuché gritar mientras cerraba la puerta de la casa.

En los siguientes breves minutos de camino al café me cuestioné la vida entera y me sentí tentada a darme la vuelta y regresar a la casa, pero en mi corazón sabía que si perdía esta oportunidad, lo lamentaría el resto de la vida.

En cuanto llegué al café, intenté estacionar la bicicleta con tanto apuro que se terminó cayendo sobre la acera. La recogí torpemente y comencé a caminar hacia la puerta, pero me detuve en seco cuando vi a Matías salir del café con una mujer de cabello negro, oscuro como la noche.

Matías tenía su mano en la espalda baja de la mujer mientras se despedían en un caluroso abrazo. Aunque quise detallarla más, la incomodidad que me generaba la escena me hizo apartar la vista. Se me encogía el estómago de pensar en la posible relación de Matías con esa mujer.

- Tali –dijo Matías en cuanto me vio.
- Hola –conseguí responder, mientras me acercaba hacia donde él estaba. Afortunadamente, la joven de envidiable cabellera ya se había ido–. Disculpa el retraso.
- Tranquila –respondió, mientras me abría la puerta del café, que estaba más lleno de gente que de costumbre, probablemente porque era noche de vinos y tapas–. Nos reservé esta mesa –dijo mientras me guiaba hacia la mesa de siempre, frente a la escalera de caracol. Me preguntaba si él también consideraba aquella mesa como la *nuestra* o si había sido pura casualidad.

En cuanto nos sentamos, me tomé unos segundos para mirarlo. Ya no llevaba el traje de vestir que tenía horas antes, lo había cambiado por un par de jeans y una camisa de botones blanca, arremangada en los antebrazos. Sus ojos miel parecían menos cansados que antes y se le veía mucho más relajado.

- ¿Cómo estás? –preguntó, mientras llamaba a Alex con la mano.
- Muy nerviosa –respondí sin pensar mientras me limpiaba el sudor de las manos contra mi pantalón de mezclilla.
- Es normal –respondió con una pequeña y atractiva sonrisa–. ¿Quieres vino?

Asentí, incapaz de formular oraciones. La anticipación me estaba matando.

- Tali –dijo Matías, llamando mi atención–. Respira –dijo suavemente–. Parece que te vas a descomponer.
- Algo así –dije, dejando escapar una risa nerviosa–. No me ha ido bien en el pasado cuando he tenido que mostrar mis borradores.
- Está bien, vamos a hacerlo por partes –dijo mientras servía vino en las copas–. Primero, cuéntame desde hace cuánto escribes.

- No recuerdo el momento exacto en el que comencé a escribir, pero sé que escribía poemas desde que era pequeña y solía recitarlos a mis papás todo el tiempo –respondí, todavía nerviosa.
- ¿Creciste por esta zona? –preguntó casual, mientras levantaba la copa de vino.
- No, de pequeña vivía más hacia el oeste de la ciudad. Luego mis papás se mudaron hacia las montañas y yo me mudé con mi prima por aquí cerca –respondí, aliviada por el giro que estaba dando la conversación–. ¿Y tú?
- Sí, crecí por acá cerca. –Se limitó a responder sin más detalles–. ¿Por qué elegiste contaduría?

Y así siguieron las preguntas por las siguientes dos horas. Con el pasar del tiempo –y de las copas de vino– la conversación se tornaba más casual, más ligera. Mis nervios se habían disipado por completo y hasta me había olvidado de la verdadera razón de la reunión.

Con cada copa de vino, me sentía más cómoda hablando con él y, aparentemente, a él le pasaba lo mismo, pues cada vez sonreía más y sus ojos miel se iluminaban con cada sonrisa.

Al caer de la noche, por encima de nosotros la brillante luz de la luna se filtraba por los enormes tragaluces y las pequeñas lámparas de luz tenue que colgaban sobre las mesas creaban un ambiente sumamente acogedor. En el fondo se escuchaban conversaciones ajenas y una suave melodía de música trova a través de los parlantes; sin embargo, todo parecía distante. Mi atención estaba dedicada al cien por ciento al dios griego con cabellos oscuros que tenía frente a mí.

Mientras terminábamos de comer tapas españolas y después de conversar un poco sobre nuestras vidas –bueno, principalmente sobre mi vida–, Matías volvió al tema de la escritura.

- ¿Por qué te gusta escribir? –preguntó, inclinándose sobre la mesa, expectante.
- Porque nada en la vida me hace sentir como la escritura, tan llena de pasión –confesé–. Una vez comienzo, no puedo detenerme. Pienso en la historia durante horas, en mis sueños, en el trabajo, mientras manejo. Imagino realidades alternas, construyo mis personajes, les doy una identidad, un propósito, una historia de vida. Me entusiasma contar sueños y fantasías, dejando que la realidad se filtre de vez en cuando. –Me detuve un segundo y le sostuve la mirada. Sus ojos cansados brillaban bajo las tenues luces del café–. Pero no deja de ser aterrador, el abrir tu mente y tu corazón al escrutinio público.

En cuanto terminé de hablar, de los labios de Matías se asomó una pequeña sonrisa.

- El primer libro es siempre el más especial. –Hizo una pausa y tomó un trago de vino, sin apartar sus ojos de los míos–. Con él se van tus más grandes sueños, y tus más grandes miedos. La duda te atormenta y sientes que fallas sin siquiera intentarlo. Finalmente, todo sale lo suficientemente bien como para volver a intentarlo, y así, Tali, comienza el ciclo de miedo y emoción sin fin de todo escritor.

¿Cómo era que sus palabras podían calar tan profundo? Su voz me recorría cada centímetro de piel y me podía identificar con todo lo que decía. Era la primera vez que lo escuchaba expresarse tan profundamente, en contraste a sus respuestas cortas y distantes.

- ¿Qué es lo que más te está costando al escribir este libro? –preguntó, ahora más serio, más formal.
- Inspirarme, creo. –Suspiré–. Y creer en mí.

Matías se quedó en silencio unos segundos mientras me escrutaba el rostro, lo que hacía ocasionalmente y me hacía apartar la mirada.

- ¿Tienes planes para mañana en la mañana? –preguntó, aún serio.
- No –respondí intrigada.

- Ven al café a media mañana, quiero enseñarte algo –dijo y se acomodó en su silla–. Ahora sí, necesito que me envíes el borrador a mi correo electrónico.
- ¿Ahora? –pregunté, nerviosa.
- Sí, ahora.

Abrí mi computadora con un nudo en la garganta, e intenté enviar el correo electrónico, pero no lograba coordinar mis manos con mi cerebro. Estaba viviendo una experiencia astral, como si mi alma hubiera abandonado mi cuerpo. El corazón me retumbaba en los oídos y sentía el fuego de las llamas sobre mis costillas. La mezcla del vino y el miedo me habían dejado paralizada.

- ¿Tali? –preguntó preocupado con voz suave–. Te ves algo pálida –dijo, levantándose de su silla y apresurándose a arrodillarse a mi lado.

De pronto sentí su cálido aliento cerca de mi rostro mientras sus manos se posaban suavemente sobre mis mejillas.

- ¿Estás bien? –preguntó con angustia. Sus ojos me escrutaban el rostro frenéticamente.
- No puedo hacerlo –conseguí decir, casi balbuceando–. Pensé que ya había sanado estas heridas del pasado, pero ahora me doy cuenta de que siempre han estado abiertas.
- No sé quién te hizo tanto daño, pero te prometo que nada malo te va a pasar mientras estés a mi lado –dijo con dulzura y sentí las lágrimas a punto de desbordarse de mis ojos. Había escuchado muchas promesas en mi vida, la mayoría rotas y vacías. Pero esta promesa sonaba diferente, y quería de todo corazón creer que se cumpliría.

Se me escapó una tímida lágrima finalmente, y Matías no dudó en limpiarla con un suave roce de sus dedos contra mi piel, aun con sus fuertes y cálidas manos sujetándome las mejillas. Su tacto contra mi rostro se sentía sumamente reconfortante e íntimo, más íntimo de lo que se debería sentir un gesto así.

- ¿Quieres que te ayude? –preguntó, señalando la computadora.
- Por favor –dije, intentando recobrar la compostura–. El archivo se llama "borrador".

Matías me miró por algunos segundos antes de regresar a su silla, con esos ojos miel que me derretían el alma.

Luego se apartó de mí, tomó mi computadora y tras algunos segundos, la cerró.

- Listo –dijo, aún con algo de pesadumbre en su rostro–. Voy a buscarte agua.

Asentí y esbocé una tímida sonrisa mientras lo veía alejarse hacia la cocina.

Aunque Matías no sabía la historia de la fogata, sentía que me entendía mejor que nadie, sin necesitar explicaciones.

Aproveché que estaba sola en la mesa para revisar mi celular. Ya eran casi las diez de la noche y no había leído mis mensajes en las últimas cuatro horas. Tenía algunos mensajes de Alicia y de Lucas, pero uno en particular me llamó la atención. Parecía reciente y era de un número desconocido. Lo abrí de inmediato.

"¿Con quién te acostaste para conseguir una cita con el editor en jefe?"

Me quedé helada leyendo el mensaje una y otra vez. ¿Quién sería capaz de escribir una cosa tan corriente y grosera? De inmediato pensé en mi ex, la única persona en mi vida que sería capaz de tal bajeza. Pero, ¿cómo podría saber sobre mi reunión con Matías?

- Aquí tienes –dijo Matías, colocando un vaso con agua frente a mí–. ¿Todo en orden? –preguntó al ver mi cara de angustia.
- Si, gracias –dije y tomé un poco de agua mientras ordenaba mis ideas. Después

de toda la vergüenza que ya había pasado con Matías, no quería agregar más drama a la noche–. Es solo que ya es tarde, debería irme –dije, mientras recogía mis cosas.

- ¿Viniste en carro o en bicicleta? –preguntó.
- En bicicleta –respondí mientras me ponía de pie. En cuanto me levanté, se me hizo evidente que había tomado un par de copas de más, pues todo el café estaba dando vueltas.
- No puedes irte así. Déjame llevarte a tu casa –dijo mientras se ponía de pie.

Por un breve momento pensé en rechazar su oferta, pero lo cierto es que no era prudente irme así. Además, no podía negar que ese mensaje me había dejado bastante nerviosa.

- Está bien –respondí–. ¿Qué hago con mi bicicleta? –pregunté, preocupada de que desapareciera durante la noche.
- No te preocupes, apenas regrese me encargo de guardarla –dijo mientras me guiaba hacia la puerta del café con su mano en lo bajo de mi espalda.

Apenas sentí su contacto, se me erizó la piel, pero no pude evitar pensar en la mujer de cabellera envidiable que salía del café hacía cuatro horas, probablemente en circunstancias similares a las mías. ¿Es que estaba acostumbrado a este tipo de reuniones con vino y manos en la espalda?

En cuanto salimos, me llevó hacia un portón que estaba contiguo a la entrada, del cual nunca me había percatado. Adentro había dos vehículos, un carro tipo sedán, que asumí era de Lili, y una camioneta marca Jeep que parecía recién sacada de agencia.

- Adelante –dijo mientras abría la puerta del copiloto para que yo me sentara.
- Gracias –respondí con una sonrisa nerviosa que no pude contener. Esperaba que la oscuridad de la noche hubiera evitado que Matías lo notara.
- ¿Hacia dónde vamos? –preguntó en cuánto encendió el carro.
- Para allá –dije torpemente, señalando hacia la dirección de mi casa.

En cuanto el carro estuvo en movimiento, empecé a sentir una rara sensación en el estómago y sentía mis párpados insistiendo en cerrarse.

- Tali –dijo Matías, tocándome suavemente el hombro–. Necesito que te mantengas despierta hasta llegar a tu casa.
- Sí –respondí adormecida. De repente, hasta hablar me parecía una tarea desafiante–. Es aquí –dije aliviada, señalando la puerta de mi casa.

El alcohol se me había subido de cero a cien bastante rápido, y la moción del carro había contribuido sin duda.

- No te muevas –dijo Matías mientras se bajaba del carro. Fue lo último que logré escuchar antes de que el cansancio de las noches sin dormir, la adrenalina del estrés y el vino me llevaran hacia los brazos de Morfeo.

13

Me desperté el sábado por la mañana con un fuerte dolor de cabeza. Revisé el reloj de mi mesa de noche y vi que recién habían pasado las ocho de la mañana. No recordaba cuánto vino había tomado. De hecho, ahora que lo pensaba, no recordaba ni siquiera cómo había llegado a mi casa.

Me levanté de la cama y noté que tenía puesto un short y la sudadera negra de Matías que nunca le había regresado. Me apresuré a buscar mi celular en mi cartera, pues no estaba en la mesa de noche como de costumbre.

En cuanto lo encontré, vi que tenía varios mensajes pendientes desde la noche anterior, entre ellos, uno de un número desconocido. Se me detuvo el corazón de solo pensar en que sería otro mensaje insolente.

"Tali, tu bicicleta ya está guardada. Te recojo en tu casa a las diez de la mañana. No desayunes."

Asumí que el mensaje era de Matías, pero ¿cómo había conseguido mi número?

Bajé corriendo las escaleras sin siquiera contestar.

- ¡Alicia! –exclamé alterada en cuanto llegué a la cocina. Estaba sentada en la mesa comiendo una taza de cereal.
- Pero vean quién se despertó –dijo Alicia entre risas–. No te esperaba despierta tan temprano después de que el dios griego te llevara en brazos hasta tu habitación en altas horas de la madrugada.
- ¡Ay no! –dije mortificada–. ¿Matías entró a mi habitación?
- Sí –respondió riendo–. Pero tranquila, tú solita te pusiste el pijama. Aunque no creo que te hubiera molestado mucho si te lo hubiera puesto él. –Bromeó–. ¡Es guapísimo Tali!
- Ya sé –dije aún en crisis–. No me voy a perdonar haberme emborrachado así. ¡Quién sabe qué cosas le dije!
- Pues seguro que ninguna mentira, dicen que no hay personas más honestas que las ebrias –respondió Alicia, disfrutando de mi miseria.
- No te rías –refunfuñé–. Estoy demasiado avergonzada. No recuerdo haber tomado tanto, no sé por qué me afectó así.
- Probablemente por el estrés y los nervios de esta semana. ¿De qué te acuerdas? –preguntó.
- Prácticamente de toda la noche, hasta que nos subimos al carro. Después de ahí tengo fragmentos borrosos de él cargándome con sus fuertes brazos debajo de mis rodillas y sus firmes manos alrededor de mi cuello. Recuerdo mi mejilla contra su pecho, el calor que emanaba de su piel y su particular perfume.
- ¡Qué hombre, Tali! Con razón te hace suspirar así. ¡Algo malo debe de tener! –dijo Alicia–. Lo peor es que yo lo recibí en pijamas y con cara de dormida en la madrugada.
- Ay no Ali, lo siento mucho –dije apenada.
- Yo feliz de verte feliz, mientras no salgas herida en el proceso –respondió Alicia–. Por cierto, anoche me pidió tu número de teléfono.
- ¡El mensaje! –exclamé y subí corriendo a buscar mi celular.

"Buenos días, Matías. Gracias por traerme anoche, y por cuidar mi bicicleta. Nos vemos pronto."

Envié el mensaje y procedí a darme una larga y merecida ducha, con la esperanza de que se me aliviara el dolor de cabeza. Mientras me bañaba, se me revolvía el estómago al pensar en que Matías ya tenía los primeros capítulos del libro en su posesión. Lo que me tranquilizaba era saber que no había tenido tiempo suficiente para leerlos antes de que me recogiera en un par de horas.

No voy a negar que estaba mortificada también por mi comportamiento de la noche anterior. Quería confiar en que no había dicho nada fuera de lugar, pero lo cierto es que las pocas veces que me había emborrachado en mi vida, se caracterizaban por mi brutal honestidad y mi carencia de filtro. Sin embargo, que Matías me hubiera enviado ese mensaje aún después de verme en ese estado, debía ser un buen augurio, ¿cierto?

Terminé de bañarme y me apresuré a arreglarme el cabello con unas ondas sueltas. Me asomé a la ventana y vi un imponente sol, por lo que me vestí con una falda corta azul pegada al cuerpo, una blusa blanca y unas sandalias estilo romanas que se amarraban por encima del tobillo. Me maquillé y me miré en el espejo antes de salir. Sonreí en cuanto vi lo feliz que se veía el reflejo de esa mujer que hacía unos meses era solo pedazos de ese reflejo. Hacía mucho tiempo que no me sentía así de linda, así de feliz, así de yo.

Bajé a las 10 a.m. en punto a esperar a Matías, y me encontré a Alicia ahora sentada en el sofá de la sala.

- Tali, ¡estás radiante! –exclamó Alicia entusiasmada–. ¿A dónde vas?
- A salir con Matías…– Sonreí.
- ¿Tienen una cita a mitad de la mañana? –preguntó.
- No es técnicamente una cita. –Me ruboricé–. Honestamente ni siquiera sé si tiene novia, esposa, amante o si está emocionalmente disponible.
- No importa, igual te ves feliz –dijo con nostalgia.
- Bueno, no exageremos tampoco –dije en tono de broma.
- Y, ¿a dónde van? –preguntó con picardía.
- No sé, no me ha dicho.
- ¿Confías en él? –preguntó seria.
- No sé… supongo. De cualquier manera, te escribo a dónde vamos en cuanto sepa, para que estés pendiente –respondí. Dicen por ahí que una mujer precavida vale por dos.
- Me parece bien. Cuídate mucho, ¿sí?

Asentí y sonaron golpes en la puerta. Tenía que ser Matías.

Alicia se levantó de un brinco y se asomó por la ventana.

- ¡Es él! –dijo exaltada–. ¡Muévete! –exclamó en cuanto notó que me había quedado paralizada.

A pesar de que lo había visto la noche anterior, saber que estaba del otro lado de la puerta me había puesto sumamente nerviosa. Aún más porque no recordaba todo lo que le había dicho.

Después de unos segundos sin moverme, Alicia me llevó a empujones a la puerta, me dio un beso y se fue a esconder en la sala para husmear desde la ventana.

Respiré profundo y abrí la puerta.

- Tali –dijo Matías, algo sorprendido, como si no esperara encontrarme frente a la puerta de mi casa–. Debo admitir que no esperaba verte así de bien.

En cuanto lo vi de pie frente a mí, con su musculosa contextura e intimidante altura, sentí burbujas en el estómago (por no decir mariposas).

Tenía puesta una bermuda azul, una camisa beige de botones arremangada hasta los codos y unos mocasines marrones. Llevaba sus hermosos rizos negros al natural y todavía se veía el

cansancio en sus ojos, lo que me hacía cuestionarme sobre sus hábitos de sueño.

- Tomaré eso como un cumplido –dije nerviosa mientras cerraba la puerta–. Lamento mucho lo de anoche, cuando se combinan el vino y el sueño, las cosas no terminan muy bien –dije apenada.
- No te preocupes –respondió con una sutil sonrisa. Para mi fortuna, había estado regalándome más de esas sonrisas suyas últimamente–. ¿Vamos? –preguntó, y señaló un convertible plateado que estaba estacionado frente a nosotros, y de cuya presencia no me había percatado antes.
- ¿Ese es tu carro? –pregunté, intentando esconder mi asombro. ¿Quién era este hombre? ¿Cuántos jóvenes podían permitirse pagar un convertible último modelo en esta ciudad? –. ¿Y el Jeep?
- Este es otro –dijo sin importancia–. Espero que tengas hambre –dijo mientras abría la puerta del copiloto.
- Sí, me muero del hambre –respondí mientras me subía al carro, aún sorprendida. No quería ser entrometida, pero no entendía por qué vivía en casa de su mamá si el dinero aparentemente no era un problema.
- ¿Y, a dónde vamos? –pregunté en cuanto se subió al convertible y lo impregnó con su exquisito aroma. Aún en el café podía apreciar el olor de su perfume sobre el mágico olor a café, y ese día no era la excepción. Todo el carro olía a él.
- Es una sorpresa. –Sonrió con sus cálidos ojos color miel. Su mirada siempre lograba calar profundo en mí–. Para tu tranquilidad, voy a enviarle a tu prima la dirección exacta –dijo mientras escribía un mensaje.
- ¿Tienes su número? –pregunté, sorprendida al ver que no me lo había pedido.
- Sí, se lo pedí anoche por si necesitabas algo en la madrugada –respondió y dejó el celular en el centro del carro–. ¿Lista? –preguntó mientras se ponía sus lentes de sol.
- Sí –respondí con el corazón a mil latidos por segundo–. Amo las sorpresas –susurré.

Matías me regaló una última sonrisa y empezó a manejar. Una mano en el volante, la otra en el descansabrazo del lujoso convertible.

Disfruté en silencio la sensación del viento entrando por doquier mientras me deleitaba con la voz de Frank Sinatra en *Fly me to the moon*, una de mis canciones favoritas de todos los tiempos, hipnotizada con el movimiento del cabello de Matías, con sus negros rizos bailando con el viento.

Ya entendía por qué la gente compraba carros convertibles, la sensación de libertad era incomparable.

- Puedes cambiar la canción si no te gusta Frank Sinatra –dijo, y me entregó su celular.
- ¿Bromeas? –respondí–. Esta es una de mis canciones favoritas.
- Qué alivio que todavía existan personas con buen gusto musical –dijo en tono de broma.
- Conozcamos entonces el tuyo –dije mientras revisaba sus canciones favoritas en la aplicación de música de su celular–. Nat King Cole, Dean Martin, Nina Simone… No veo nada de música *country* por aquí –dije bromeando.
- Debo confesar que no soy conocedor del género –dijo entre risas.
- Pues tenemos que cambiar eso –dije, mientras ponía una lista de música variada *country* para que nos acompañara en lo que quedaba de camino.

Matías me miró de reojo y esbozó una sonrisa casi imperceptible.

Lo miré por un segundo y luego sentí su celular vibrar en mis manos. Bajé la mirada y me encontré con un mensaje de "*Vivian*".

"No olvides la cita del lunes, es importante."

Me sentí avergonzada por leer su mensaje sin su permiso, pero también tenía curiosidad por saber si Vivian era la mujer de envidiable cabellera que estaba con él en el café.

Quizás el mensaje era una señal para que dejara de fantasear con sus fuertes manos en mi cintura y su atractivo perfume cerca de mí. No podía arriesgar esta gran oportunidad profesional por asuntos del corazón.

- Te llegó un mensaje –dije incómoda.
- ¿De quién? –preguntó con normalidad, como si no le importara que acabara de invadir su privacidad.
- Vivian –respondí cortante.
- Luego le respondo, gracias –dijo mientras quitaba la vista brevemente de la carretera para mirarme–. Tali. –Hizo una pausa–. Ya leí el libro. Pensé que me habías dicho que no estaba terminado.

Un calor intenso me quemaba las mejillas y las manos me comenzaron a sudar.

- No está terminado… son apenas unos capítulos –respondí nerviosa, incapaz de preguntarle su opinión.
- No entiendo. El borrador que leí es un libro completo –dijo confundido.

En cuanto terminó de hablar, se me detuvo el corazón. Tomé mi celular, desesperada, y busqué entre los correos enviados.

Mi mayor miedo se estaba haciendo realidad.

Matías había leído el borrador de mi primer libro. Aquél por el cual me habían humillado. Al que le achacaba, injustamente, la marca permanente sobre mi piel.

De repente, el viento que chocaba con mi rostro se sentía asfixiante.

- Tali –dijo Matías, preocupado–. ¿Estás bien?

Lo escuchaba distante, como si no estuviera justo a mi lado.

- Tali –dijo nuevamente, esta vez con suavidad, mientras detenía el carro a la orilla de la autopista–. Mírame.

Sentí su firme mano buscando la mía, desesperadamente.

- Estás a salvo –dijo mientras acariciaba mi mano con su pulgar–. Respira.

Su voz estaba cargada de ternura y preocupación, lo cual fue suficiente para traerme de vuelta a la realidad.

- Disculpa –logré decir, con la respiración aún entrecortada.
- No te disculpes –respondió, tomando mi mano con firmeza–. ¿Quieres hablar sobre lo que sea que te atormenta?
- No –respondí de inmediato.
- Está bien –dijo con suavidad–. ¿Ya te sientes mejor?
- Sí, gracias –respondí, mirándolo a los ojos con vergüenza. Me odiaba por ser tan vulnerable ante él–. Ese borrador no era el que tenías que leer.
- ¿Por qué? Es muy bueno, Tali. Tengo algunas sugerencias, pero tiene mucho potencial.
- No –dije cortante, apartando mi mano de la suya–. Ese libro está muerto para mí.
- Pero Tali… –comenzó a decir.

- No –lo interrumpí, incapaz de darle ninguna explicación adicional–. Apenas pueda, te enviaré el correcto.

Matías me miró inexpresivo por algunos segundos, probablemente intentando descifrar mi reacción. Era evidente lo dañada que aún estaba emocionalmente. Las cicatrices del corazón son las más difíciles de sanar.

Tras un largo silencio, Matías encendió el carro de nuevo y continuó manejando sin decir nada más hasta que llegamos a nuestro destino.

- Es aquí –dijo, señalando una hermosa casa blanca con grandes ventanales que estaba a la orilla de la playa. Estaba tan distraída que ni siquiera me había percatado de que habíamos manejado la última hora en dirección al mar hacia las afueras de la ciudad.
- ¿Es tu casa? –pregunté asombrada. Era más una mansión.
- Sí, pero ya no vivo aquí –respondió y se bajó del carro. Dio la vuelta por el frente hasta llegar hacia mi lado y me abrió la puerta. Luego me guio en silencio hasta la entrada de la casa y me abrió la imponente puerta blanca.
- Después de ti.
- Permiso –dije, mientras intentaba disimular mi asombro.

Si había pensado que la casa de Lucas era de revista, era porque sin duda no había conocido esta. Estaba decorada con diferentes tonalidades de blancos y tonos arena. Tenía cuadros de veleros y hermosos muebles de madera natural. Al fondo de la casa, atravesando la gran sala central, había unos hermosos y grandes ventanales que tenían vista al mar. Sin duda, este lugar era perfecto para sentarse a escribir.

- Señor Zimmerman, lo estábamos esperando –dijo un hombre que salió de la cocina.

“Señora Zimmerman”. Sonaba bien en mi cabeza.

- Gracias, Esteban. Te presento a la señorita Miller –dijo Matías en tono formal.
- Un placer –murmuré, y sonreí.
- El placer es mío, señorita. Su picnic está listo. Con permiso –dijo, y se retiró.

¿Picnic? Por un segundo un pensamiento invasivo se coló en mi cabeza. ¿A cuántas mujeres habrá traído antes a esta casa? ¿A cuántas había conocido Esteban?

- Vamos –dijo Matías y me guio a través de los grandes ventanales hacia un hermoso jardín externo adornado con muchísimas variedades de suculentas, lleno de colores vibrantes y fragancias envolventes.
- ¿Aquí vamos a comer? –pregunté confundida, pues no veía comida por ninguna parte.

Matías me miró varios segundos con esa mirada suya indescifrable, y finalmente respondió.

- No, vamos a comer allá –dijo, señalando un hermoso velero que estaba en el mar, justo al final de un muelle que estaba a varios metros del jardín.
- ¿En el velero? –pregunté, mientras caminábamos en esa dirección.

Matías asintió, pero no dijo nada más.

- ¿Sabes nadar? –me preguntó en cuanto llegamos al muelle.
- Sí, pero me da algo de miedo el mar abierto –confesé a medias, pues lo cierto era que le tenía terror. Mis pesadillas recurrentes involucraban, de alguna forma u otra, mi talasofobia.
- Está bien, prometo navegar con cuidado –respondió, y me tendió su mano para ayudarme a subir al gran velero que teníamos enfrente.
- ¿Tú vas a navegar? –pregunté, sopesando la idea de darme la vuelta y huir.

- Sí. –Se rio ante mi evidente falta de confianza–. No voy a dejar que te pase nada, Tali, pero no tenemos que subirnos si no quieres.

¿Cómo iba a decirle que no? Tenía que hacerlo por mi futuro. Por mi libro. “Son negocios”, me dije. Pero lo cierto es que no podía decirle que no al mismísimo dios griego que me robaba el aire con su perfecta piel bronceada y su mano extendida, esperando por la mía.

Además, no podía negar que me moría por vivir la experiencia de navegar en el velero. Lo más cerca que había estado de uno era a través de un libro, aquel que me había dado Matías sobre Damián.

- Vamos –contesté finalmente, intentando disimular mi pánico.

Matías me tomó firmemente de la mano y me ayudó a subir.

- Wow –exclamé, admirando las imponentes velas que se erguían sobre la cubierta–. Nunca había estado en un velero –confesé.
- Para todo hay una primera vez –contestó mientras contemplaba el mar–. El clima está perfecto para navegar, pero comamos primero.

Se acercó a mí y me colocó la mano en la parte baja de la espalda para guiarme hacia un elegante picnic que nos esperaba en la cubierta principal. Divisé a primera vista una tabla de frutas, unos croissants y algunas botellas de vino espumante.

Nos sentamos entonces frente a frente sobre la manta y comimos en silencio. No podía asegurar qué pasaba por su cabeza, pero sospechaba que tenía que ver con lo que había pasado en el carro.

- Quería disculparme por mi reacción… –comencé a decir, pero me interrumpió.
- No te disculpes. Me sentiría igual si alguien por error leyera algo que no estaba destinado para el público.
- ¿Tú escribes? –pregunté, pues tenía la sensación de que era más que un editor.
- No –contestó cortante, y se puso de pie–. Voy a preparar todo para zarpar.

Me costaba mucho descifrar a Matías. No entendía si sus intenciones eran meramente profesionales, o si había algo más detrás. Usualmente era frío, distante y cauteloso, pero de vez en cuando se asomaba otra faceta de él, como cuando me tomaba la mano para calmarme, o cuando se le escapaba la dulzura en su voz. Hablaba poco sobre su vida personal, por lo que no sabía siquiera su situación amorosa.

Lo contemplé varios minutos mientras hacía todo tipo de labores técnicas que, supuse, eran necesarias antes de navegar. Sus rizos negros se movían con el viento y su expresión cansada me hacía suponer que había pasado parte de la noche leyendo mi libro. Aquel que trataba sobre una mujer, Abril Baumgartner, que había dedicado su vida al trabajo, para lo cual había renunciado al amor. Debido a sus importantes funciones, Abril debía viajar con bastante frecuencia a distintas partes del mundo, conociendo a todo tipo de hombres en el camino. Poco a poco fue creando su propia colección de números de teléfono, a los que nunca llamaba, porque ¿quién tiene tiempo para el amor en esta época?

- Toma esto –dijo Matías mientras se acercaba a mí.
- ¿Un chaleco salvavidas? No creo que sea necesario –dije riéndome, para disimular la vergüenza.
- ¿Segura? –preguntó–. Quizás así te sientas más segura en mar abierto.
- Estoy bien, gracias –contesté, sonriendo. Realmente no veía necesario el tener que usar un chaleco salvavidas, sobre todo porque él no estaba usando uno.

Zarpamos y navegamos alrededor de una hora hacia mar abierto. De vez en cuando intercambiamos algunas palabras, pero la mayoría del tiempo la pasamos en silencio. No de esos

incómodos, sino de aquellos agradables en los que no necesitas conversar para sentirte acompañado.

Me senté en el borde izquierdo del velero, cerca de donde estaba Matías con el timón, y me deleité con la belleza del mar y el relajante arrullo de sus olas. Desde la lejanía del velero, el mar no parecía tan aterrador.

Por ratos, miraba a Matías, que estaba concentrado en el horizonte, y admiraba su belleza. Había tanto que no sabía de él, y que me moría por saber.

Cuando ya no se lograba ver la casa desde donde estábamos, Matías detuvo el velero. No había olas, ni tierra alrededor, solo el mar, él y yo.

Matías se sentó a mi lado con la vista perdida en el mar, y comenzó a hablar.

- Cuando un escritor quiere escribir, debe encontrar primero la fuente de su inspiración. –Hizo una pausa–. Algunos la encuentran en la naturaleza, otros en la tristeza, y muchos otros en el amor. –Suspiró–. No a todos nos inspiran las mismas cosas, Tali.

Sus palabras me tomaron por sorpresa, pues me había olvidado por completo de nuestra conversación de la noche anterior, la que dio pie a este encuentro.

- ¿Qué te inspira a ti? –pregunté sin pensarlo, aunque ya había dejado claro que no escribía.
- Si escribiera –comenzó, e hizo una pausa larga, como sopesando qué decir–. Esto. El mar, la tranquilidad que siento cuando navego. El sol, y los atardeceres, especialmente. Algunas noches, la luna, incluso.
- ¿Desde hace cuánto navegas? –pregunté, cambiando el tema, por temor a tener que responder mi propia pregunta.
- Desde que murió mi padre, hace varios años ya –respondió, con la mirada perdida en el horizonte.
- Lo siento mucho –contesté, sin saber qué más decir.

Matías enfocó su mirada en mí, y no dejó ir el tema.

- ¿Qué te inspira, Tali? –Su pregunta removió un sinfín de emociones dentro de mí. Tenía una forma de hacerme sentir tantas cosas, sin siquiera intentarlo. ¿Quién era este hombre misterioso que manejaba lujosos carros y veleros, pero vivía con su madre?
- Yo…–comencé a decir, sin saber muy bien cómo iba a terminar la frase.
- Disculpa, tengo que atender –dijo mirando el celular, y se levantó para atender la llamada del otro lado del velero.
- ¿Vivian? –lo escuché decir, mientras se alejaba.

Sentí entonces como si me hubieran dado un golpe en el estómago, y de la nada, el dolor de cabeza que había estado sintiendo todo el día se empezó a intensificar. Lo que antes me parecía un mar sereno, ahora se había convertido en un vaivén incesante que me había empezado a marear.

Puse mis manos en mi estómago, intentando descifrar qué me estaba pasando, cuando me entraron imperiosas ganas de vomitar. Me asomé rápidamente al borde del velero y, sin poder evitarlo, perdí el equilibrio y caí en el mar.

Estaba viviendo mi peor pesadilla en carne propia. El shock del agua fría y el miedo paralizante se apoderaron de mí.

- ¡Matías! –intenté gritar, pero el pánico era tal que no podía ni siquiera nadar–. ¡Matías! –intenté de nuevo, inmovilizada por el terror de no saber qué clase de animales estaban nadando a mi alrededor. El agua salada me entraba por la nariz y por la boca,

dejando una sensación de ardor a su paso. Me escocían los ojos y la sensación de ahogo se sentía cada vez más real.

Después de algunos segundos, que se sintieron como horas, escuché a Matías gritar.

- ¡Tali! –Se asomó por la borda y, en cuanto me vio luchando por mi vida, se lanzó al mar sin dudar. Lo siguiente que sentí fueron sus brazos envolviéndome desesperadamente. Tan solo un momento después, me levantó sin mayor esfuerzo y me colocó encima del velero.

En cuanto estuve nuevamente sobre la cubierta, empecé a toser y escupir toda el agua que me había tragado. Matías subió al velero después de mí y se sentó a mi lado. Me tomó del cuello con delicadeza y me ayudó a sentarme.

- ¿Estás bien? –preguntó, pero no tenía aún suficiente aire para responder–. Tali, háblame por favor –dijo. Podía palpar la desesperación en su voz.
- Estoy bien –dije finalmente, tomando grandes bocanadas de aire e intentando calmar mi respiración.
- Debí haber insistido más en que usaras el salvavidas –dijo con arrepentimiento y se llevó las manos a la cabeza, entrelazando sus dedos con su cabello–. Qué susto me diste.
- Lo siento, es que me mareé y perdí el equilibrio –dije con timidez, avergonzada y asustada por lo que acababa de ocurrir.
- Está bien –respondió con sus ojos miel llenos de preocupación, y me acercó con sus manos hacia su pecho–. Ya estás a salvo. –Me reconfortó en un fuerte y cálido abrazo.

Nos quedamos en esa posición por varios minutos, hasta que empecé a temblar por el agua fría que goteaba de nuestros cuerpos.

- Creo que tengo ropa seca en el camarote de abajo. Ya regreso –dijo mientras se ponía de pie–. Por favor aléjate de los bordes mientras no estoy, ¿sí? –bromeó y dejó asomar una sonrisa–. Nada de jugar a la sirena –dijo con picardía y se alejó.

Me sonrojé y no pude evitar sonreírle de vuelta.

Regresó a los pocos minutos con una sudadera gris, igual que la negra que tenía en mi casa, y unos pantalones deportivos negros.

- Esto es lo único que tengo –dijo mientras me los entregaba–. Puedes cambiarte en el camarote que está abajo.

La camisa de botones beige se había pegado a su cuerpo mojado, específicamente a sus marcados pectorales y definido abdomen. Nunca había visto tantos músculos marcados en una persona. Una ola de calor intensa me recorrió el cuerpo y se posó en mis mejillas, a pesar del frío que tenía. Tomé la ropa y miré en otra dirección, intentando no pensar en su cuerpo de escultura.

- A esta altura creo que me has visto más veces mojada que cualquier otra persona. –En cuanto lo dije, supe que podía interpretarse de otra manera, pero no hice nada para corregirlo.

Matías me miró con asombro, y una pequeña sonrisa se asomó en sus carnosos y bronceados labios, mientras me extendía la mano para ayudarme a levantar.

En cuanto estuve de pie, quedamos frente a frente, y sus ojos bajaron lentamente hacia mi abdomen, que también había quedado al descubierto por mi ahora transparente blusa blanca.

- ¿Qué dice el tatuaje? –preguntó con curiosidad.

En respuesta, me levanté la blusa lo suficiente como para que pudiera leerlo.

- ¿De dónde sacaste esas palabras? –preguntó con asombro, su expresión se tornó sombría.
- De un libro –contesté, confundida por su reacción. Quizás era una de esas personas que detestaban los tatuajes.

Matías miró el tatuaje en silencio y luego se dio la vuelta y caminó hacia el timón. Aproveché entonces para bajar al camarote por las mismas escaleras por donde él lo había hecho.

Para mi sorpresa, me encontré con que el "camarote" era realmente como una habitación de hotel, grande y lujosa.

Su ropa me quedaba grande, aunque no era ninguna sorpresa, pero estaba agradecida de no seguir con mi ropa mojada.

Mientras me cambiaba, no pude evitar abrir su closet y husmear entre sus cosas. Tenía algunas camisas de botones y otro juego de pantalones deportivos iguales que los que me había dado.

Me tomé el atrevimiento de sacar una camisa blanca corta, y el otro pantalón que quedaba para llevárselo a Matías.

- Toma –dije en cuanto subí, y le entregué la ropa–. Para que no te resfríes.

Matías me miró inexpresivo por unos segundos y sentí cómo su mirada se posaba por distintas partes de mi cara, como le gustaba hacer a veces.

- Gracias –dijo finalmente–. Te sienta bien mi ropa– dijo serio y bajó a cambiarse al camarote. No voy a negar que una parte de mi estaba esperando que se cambiara ahí mismo en la cubierta, de por sí, sólo era yo quien lo estaba mirando.

El trayecto de regreso transcurrió en silencio, de nuevo. No sé en dónde estaba su mente, pero la mía había viajado de nuevo hacia el libro de Abril. Era la primera vez que me percataba de lo mucho que había influenciado mi vida sobre la construcción de su personaje. Una mujer solitaria, con miedo a enamorarse de nuevo por todo el daño que le habían hecho en el pasado. ¿Es que así predecía mi futuro inconscientemente?

Llegamos de regreso al muelle a mitad de la tarde.

- ¿Lista para irnos? –preguntó mientras caminábamos hacia el jardín.
- Sí –respondí, pero lo cierto es que no quería irme todavía–. Gracias por traerme, todo acerca de este lugar parece paradisíaco.
- Lástima que no verás el atardecer, es idílico –dijo, y en cuanto terminó de hablar se despertó algo en mí.
- Idílico –repetí–. "Crónicas de un idilio" –susurré.
- ¿Cómo? –preguntó Matías.
- "Crónicas de un idilio" –repetí–. Ese será el título del libro.
- Es poético, pero aún no sé sobre qué trata el libro.
- Puedo enviártelo ahora mismo –respondí, llena de la valentía momentánea que ese título me había generado–. Además, quisiera sentarme a escribir unos minutos, si no te molesta.
- Claro que no –dijo Matías y esbozó una pequeña sonrisa–. Puedes usar mi oficina, que tiene vista al mar.

Le manifesté mi agradecimiento y lo seguí hacia la segunda planta de la casa –más bien, mansión–, hasta que llegamos a su oficina, que tenía tres ventanales desde el techo hasta el piso, como en forma de cúpula. Todo estaba perfectamente ordenado y tenía un aire minimalista. En el medio de la habitación había un hermoso escritorio de madera que tenía vista directa hacia el mar. Desde ahí, se podían apreciar todas las tonalidades de azul del océano, como si se tratara de

una pintura. De nuevo, pensé en lo poco aterrador que se veía el mar desde la distancia.

A veces, es a lo más bello a lo que más debemos temerle.

14

- Tali –lo escuché decir apacible mientras abría la puerta.
- ¿Si? –respondí sin apartar la vista de la computadora.
- ¿Quieres cenar?
- ¿Cenar? –dije con sorpresa mientras miraba el reloj. Había pasado las últimas tres horas sentada en su oficina, inmensa en la historia–. ¡Discúlpame! ¡Se me pasó el tiempo volando!
- No pasa nada –respondió–. Todo el propósito de esta visita era reavivar tu creatividad, y me alegra que lo hayas conseguido.
- Gracias –respondí cerrando la computadora–. Por todo esto, y por rescatarme del mar.
- Sobre eso… ¿qué pasó allá afuera? Dijiste que sabías nadar –preguntó con curiosidad mientras se reclinaba atractivamente en el marco de la puerta.
- Te dije que tenía miedo al mar abierto. –Bajé la mirada con algo de vergüenza–. Pero lo cierto es que le tengo pánico.
- ¿Por qué no me dijiste? Hubiéramos cambiado los planes del velero –reprochó y posó su mano sobre mi brazo en un gesto reconfortante.
- No quería dañar los planes… Además, he querido navegar en un velero desde que leí *"Una fina línea"*. Me parecía encantadora la forma en que el autor describe la experiencia de Damián navegando en su velero, más como una forma de escape que como un pasatiempo.
- Y ahora que viviste en carne propia la experiencia, ¿qué opinas?
- Dejando de lado mi aterradora experiencia en el mar, puedo entender la plenitud que quería transmitir el autor. La vulnerabilidad de la soledad en el medio de la nada. La insignificancia de nuestra existencia en comparación con la grandeza que nos rodea. El misterio de un cielo infinito, sobre un océano infinito –respondí, sorprendida por la profundidad de mis palabras.

Matías me escrutó el rostro con sus intensos ojos color miel. Me intimidaba sentir su mirada sobre mi rostro, por lo que me veía obligada a apartar la vista.

- Vamos –dijo finalmente, haciéndose a un lado para dejarme salir–. Estamos a tiempo para ver el atardecer.

Lo seguí por los elegantes pasillos hasta que llegamos a una habitación tan grande que parecía un apartamento. Tenía una cama King con un respaldar gris oscuro en una de las paredes, del otro lado de la habitación había un juego de sillones grises.

- ¿Es tu cuarto? –pregunté, intrigada por la falta de decoración personalizada. No había fotos o pinturas por ningún lado.
- Si –respondió mientras abría las imponentes cortinas blancas que estaban al final de la habitación–. Ven. –Me invitó a pasar al gran balcón que tenía vista directa al mar, casi tan impresionante como la vista desde su oficina. Desde ahí, se podía apreciar mejor el cielo azul que se confundía con la infinidad del mar.
- No sé dónde termina el cielo y dónde comienza el mar –susurré, admirando aquella obra de arte.

Matías suspiró y se sentó en una de las dos sillas que había en el balcón, separadas por una pequeña mesa.

- Solía tomar mi café en este balcón, acompañado por el alba al amanecer –dijo

mientras jugaba con los hilos del mantel que estaba sobre la pequeña mesa, el cual había llamado mi atención desde que había entrado al balcón, pues tenía pequeñas flores bordadas en distintos puntos del mantel, sin seguir un patrón específico.

- Me gusta –dije, refiriéndome al mantel–. Las flores son preciosas.
- Lo hizo mi mamá. Es un viejo mantel que tenía en el café. Un día lo encontré lleno de huecos y estuve a punto de botarlo, pero ella me detuvo. Al día siguiente me entregó el mantel, con una flor bordada en cada hueco. “La mayoría de las veces, las cosas rotas se pueden arreglar, a veces, incluso, se pueden mejorar”, me dijo.
- Wow –exclamé conmovida. Lili era una mujer sabia, se le notaba en la mirada–. Gracias por compartir eso conmigo. –Matías estaba tan lleno de misterio, que sentía la necesidad de agradecerle cada vez que me enseñaba un poquito de su historia.

Los siguientes minutos transcurrieron en un cómodo silencio mientras admirábamos el incomparable atardecer que se posaba sobre el mar apacible. Estaba convencida de que nunca había visto un paisaje igual.

Cuando ya terminó de caer la noche, bajamos de nuevo al patio trasero, donde Esteban había puesto una elegante mesa con dos puestos.

- Pizza a la leña –dijo Esteban mientras nos servía.
- Se ve increíble. Gracias Esteban –respondí mientras me deleitaba con el delicioso aroma.
- Buen provecho –dijo finalmente y se retiró.

Mientras comíamos, arrullados por el sonido de las olas y concentrados en el cielo estrellado, sentía la mirada penetrante de Matías de vez en cuando y se me enardecían las mejillas.

- ¿De qué libro sacaste tu tatuaje? –preguntó de repente.
- Estaba escrito a mano en “Lo que alguna vez fue”. Lo encontré en una tienda de segunda mano–. respondí sin importancia. No entendía cuál era la insistencia con el origen del tatuaje.
- ¿Puedo verlo? –preguntó serio, y sopesé si mostrárselo o no. Finalmente, me subí un poco el suéter de Matías que aún llevaba puesto y expuse el tatuaje.

Matías lo miró en silencio varios segundos, inexpresivo.

- ¿De qué es la cicatriz? –preguntó, haciendo referencia a la herida que se marcaba a lo largo de mi abdomen, por debajo del tatuaje.

Me quedé en silencio, sorprendida por su pregunta. La única que sabía la verdadera historia era Alicia.

- Señor, hay alguien en la puerta buscando a la señorita –dijo Esteban, que se asomaba por los ventanales.
- ¿A mí? –pregunté, poniéndome de pie al instante. La única que sabía dónde estaba era Alicia, ¿había pasado algo malo?

Empecé a caminar hacia la puerta con Matías detrás de mí. No recordaba la última vez que había revisado el celular, pues había estado muy ocupada todo el día.

Cuando llegué a la puerta me encontré con la última persona que quería ver en ese momento.

- Lucas. –Lo saludé confundida–. ¿Qué haces aquí?
- Estábamos preocupados, Tali. No respondes mis mensajes desde anoche y Alicia no sabe de ti desde el mediodía –dijo angustiado, algo molesto.
- Estoy bien, solo que he estado ocupada –respondí irritada.
- Me alegra que estés bien –dijo mientras me tomaba por los brazos y me acercaba hacia él para envolverme en un incómodo abrazo. Sabía que Matías estaba justo

detrás de mí y no me gustaba para nada la tensión que se respiraba cada vez que estaban los dos en el mismo lugar.

- Estamos en medio de nuestra cena –dijo Matías a mis espaldas, acercándose a mí.
- Es tarde, Tali. ¿Por qué no te vas conmigo? –dijo Lucas, dirigiéndose a mí e ignorando por completo a Matías.
- Yo puedo llevarla –dijo Matías cortante.
- Es mejor que nos vayamos de una vez, tu prima está preocupada –insistió Lucas, ignorando nuevamente a Matías

La situación se estaba tornando cada vez más incómoda y me desagradaba ser el objeto de discusión. Aunque no quería despedirme de Matías, la única forma de deshacerme de Lucas era yéndome con él.

- Está bien, espérame en el carro –respondí y cerré la puerta, deseando tener un momento a solas para poder despedirme de Matías.

En cuanto me di la vuelta, me topé de frente con Matías. Sus mejillas estaban rojas por el sol y algunas pecas se asomaban en su nariz, lo que lo hacía ver sumamente adorable. Tenía las manos en los bolsillos de su pantalón deportivo, y su mirada profunda se había oscurecido.

- Disculpa por irme así –comencé a decir–. Seguirá insistiendo hasta que me vaya con él…
- No pasa nada –respondió serio.

Regresé a la sala a recoger mis cosas y luego caminamos de nuevo en silencio hacia la entrada. Me moría por saber qué pasaba realmente por su cabeza.

Cuando llegamos a la puerta, me quedé de pie frente a él examinando su lenguaje corporal, pensando en qué decir, hasta que por fin me atreví a romper el silencio.

- Gracias por todo. –Fue lo único que se me ocurrió decir después de haber tenido un día increíble con él.

Nos quedamos en silencio unos segundos, mirándonos a los ojos, y no pude contener el impulso de darle un beso en la mejilla, lo cual sin duda me costó algo de trabajo por la gran diferencia de altura entre los dos. En cuanto me acerqué, percibí cómo se tensaban sus hombros y su mandíbula. El contacto nos había tomado a los dos por sorpresa. Esperaba no haberme pasado de la raya, pero era lo mínimo que podía hacer después de todo lo que había hecho por mi ese día.

Tras el beso, di la vuelta y empecé a abrir la puerta para salir, pero Matías me tomó por la muñeca y me acercó a él sin esfuerzo, más cerca de lo que normalmente estaríamos, y me miró directamente a los ojos con sus ahora dulces ojos color miel.

Me tomó de las manos y me acarició los brazos lentamente hasta mis hombros, posó luego sus manos sobre mi cuello, de manera tal que sus pulgares quedaron sobre mis mejillas, sin apartar ni un segundo la vista. Nos quedamos así unos segundos, simplemente mirándonos.

Recuerdo perfectamente el éxtasis que me produjo su tacto. Me temblaban las piernas, me sudaban las manos y me saltaba el corazón. El calor de sus pulgares acariciando mis mejillas y la cercanía de su cuerpo con el mío eran demasiadas sensaciones para procesar en tan pocos segundos.

Después de lo que sentí como una eternidad, me dio un suave beso en la frente, aun sujetando mi cara con sus fuertes y cálidas manos, y se despidió de mí.

- Buenas noches, Tali –susurró con sus bronceados y carnosos labios, y me dejó ir.

Estaba demasiado nerviosa como para decir algo más, por lo que me limité a sonreír con timidez y terminar de salir de la casa.

En cuanto cerré la puerta, un sentimiento de euforia se apoderó de mí. Las burbujas en el estómago eran indescriptibles, tenía unas ganas incontrolables de sonreír y sentía un fuego intenso en todos los lugares donde me tocaron sus manos, especialmente donde se despidieron sus labios.

Me subí en el carro con Lucas, intentando disimular, pero las emociones eran demasiado grandes como para ocultarlas. No podía dejar de sonreír.

- ¿Llevas puesta su ropa? –preguntó Lucas mientras encendía el carro, con la mirada fija al frente.
- Sí, porque me caí al mar… –comencé a explicar, pero lo cierto es que no le debía ninguna explicación–. Es una larga historia –respondí mientras subía el volumen de la música, como señal de que no tenía ningún interés en hablar.

Si bien había accedido a irme con él, solo lo había hecho para no causar una escena frente a Matías. No pensaba dirigirle la palabra en lo que restaba del viaje, lo cual parecía evidente pues él tampoco habló en todo el camino.

- Disculpa por aparecer así –dijo finalmente mientras se estacionaba frente a mi casa–. Alicia y yo estábamos preocupados y no dudé en ir a buscarte.
- Está bien –respondí, sin ánimos de estancarme en una discusión–. Gracias por traerme –dije mientras me bajaba del carro.
- Tali –me llamó antes de que cerrara la puerta–. Ten cuidado con él.
- No te preocupes, son solo negocios –respondí, casi ofendida por sus palabras, y cerré la puerta.

No sabía si lo que me molestaba era su innecesaria actitud protectora o la insinuación de que Matías no era de fiar, pero en el fondo sabía que Lucas lo decía por mi bien, por lo que no era justo enojarme con él.

Apenas entré a la casa subí directo al cuarto de Alicia, que estaba acostada viendo algo en su celular.

- Me tenías preocupada, tonta –refunfuñó apenas me vio–. ¿Estás enojada porque envié a Lucas a buscarte? –preguntó, ahora con timidez.
- No estoy enojada, pero sí arrepentida de no haberte contestado el celular. Me pregunto cómo hubiera terminado la noche si Lucas no hubiera llegado… –dije mientras me sentaba en la cama junto a ella.
- ¿Eso quiere decir que te fue muy bien? –preguntó con sonrisa traviesa–. Creo que la ropa que llevas puesta me da una idea…– dijo con picardía.
- Fue increíble –respondí, cuestionándome si Matías era un producto de mi imaginación, si las caricias en mi cuello y sus labios en mi frente no eran un vil engaño de mi mente–. Pero no es lo que crees –respondí con tono divertido–. Lo que sé que te estás imaginando hubiera sido, sin duda, mejor de lo que realmente causó que tenga su ropa.

Alicia se sentó junto a mí en la cama, expectante, y le conté con lujo de detalle todo lo que había ocurrido. Tenía aún el corazón en llamas de solo recordar su mano sobre la mía en el carro, sus brazos sujetándome en el velero, y sus labios en mi frente al despedirnos; pero la euforia que sentía se fue convirtiendo poco a poco en incertidumbre.

¿Quién eres, Matías? ¿Estamos jugando al mismo juego?

15

Habían pasado cinco horas desde la última vez que lo había visto. Todavía podía sentir sus gritos retumbando en mis oídos y sus manos sujetando mis muñecas con fuerza. Aunque intentaba convencerme de que no era víctima de su violencia, lo cierto es que no podía engañarme eternamente. Buscaba excusas para justificar su comportamiento, porque, ¿qué clase de mujer sería si me dejara agredir por mi novio?

"Estaba cansado", me decía. "Además, yo tuve algo de culpa por haber cambiado los planes sin avisarle".

Me aferré al volante del carro con fuerza mientras manejaba sin rumbo por las calles de la ciudad. Las lágrimas salían una tras otra sin pausa, en la amarga espera de su llamada. Aquella en la que me pedía perdón y me prometía nunca más volverlo a hacer. Eran promesas vacías que tan sólo aliviaban el daño temporalmente, dejando detrás una gran cicatriz.

Me despertó la vibración de mi celular, afortunadamente. Odiaba que mi cerebro siguiera repitiendo escenas de mi pasado una y otra vez, como si quisiera recordarme lo estúpida que fui.

Era un mensaje de Matías.

"Buenos días, Tali. Envíame el borrador correcto en cuanto puedas."

Ah sí, eso. La tarde anterior me había concentrado escribiendo y se me había olvidado hacerle llegar el manuscrito. Todavía tenía pendiente enviarle mi corazón por correo electrónico y esperar su cruda crítica.

Me levanté de la cama a buscar la computadora y, sin pensarlo demasiado, le envié lo que llevaba, incluyendo lo que había escrito en su oficina el día anterior. Después de todo lo que habíamos vivido juntos, especialmente mis crisis de fe propia, dudaba que Matías fuera capaz de romperme el corazón con una crítica sin sutileza.

"Buenos días. Enviado." Respondí con la misma formalidad con la que él me había escrito. Aún llevaba puesta su sudadera gris, y no planeaba quitármela en el futuro cercano.

Me parecía tan extraño el comportamiento errático de Matías. A veces tierno, a veces frío, siempre impredecible. Lo que alimentaba mi sed de intriga y misterio, haciéndolo aún más atractivo.

Después de almorzar con Alicia y Ricky, subí de nuevo a mi habitación y me senté en la cama con mi computadora a releer los capítulos que había escrito el día anterior. Eran buenos, mejores que el resto del libro. Ahora el reto era replicar esa misma perspicacia en los demás capítulos, comenzando por todo lo que ya había escrito antes.

¿Cómo iba a lograr eso sin caer en el destructivo ciclo de la edición prematura?

- Tali. –Los golpes en la puerta de mi cuarto me trajeron de regreso a la realidad–. Ricky y yo queremos ir a tomarnos un café, estábamos pensando en ir al famoso café de Lili para conocerlo. ¿Quieres ir? –preguntó Alicia, que estaba apoyada en el marco de la puerta.
- Sí, déjame alistarme. –Se me hizo un nudo en el estómago de solo pensar que podía toparme a Matías. –No me perdería la oportunidad de comer el mejor pastel de zanahoria.
- ¿O de ver a Matías? –dijo sonriendo y cerró la puerta sin darme tiempo de responder.

Me apresuré a bañarme y vestirme con un vestido corto rosa pastel y mis infalibles Converse blancas. Justo antes de salir de mi habitación, me acordé de la ropa de Matías, pero no podía

devolvérsela sucia, por lo que decidí que tenía que lavarla y llevársela luego. Al menos esa fue la excusa que me dije.

Tomé mi sombrero blanco y bajé a avisarle a Alicia que ya estaba lista.

- Ya nos podemos ir...–dije mientras bajaba las escaleras.
- Tali –me llamó una voz familiar–. Estamos en la sala.
- Lucas –dije sorprendida, pues no esperaba encontrarlo ahí–. No sabía que estabas aquí. –Me acerqué a saludarlo con un beso en la mejilla.
- Espero no te moleste, Ricky me invitó a tomar café con ustedes –dijo Lucas, devolviéndome el beso.
- Claro que no –mentí. No habíamos hablado sobre lo que había pasado la noche anterior y no me sentía cómoda fingiendo que no había pasado nada.
- ¿Podemos hablar un segundo en la cocina? –preguntó.

Asentí y lo seguí.

- Quería disculparme de nuevo por lo de anoche. Sólo lo hice porque estábamos preocupados por ti –dijo con ojos sinceros.
- Lo sé –suspiré–. Lamento no haber estado pendiente de mi celular. Pero basta ya de disculpas y vamos por ese delicioso café. –Sonreí para aliviar la tensión. No quería seguir discutiendo por lo mismo y, la verdad, estaba consciente de que Lucas no lo había hecho con mala intención.
- ¿Puedo preguntarte algo? –dijo con inusual seriedad, lo que me tomó por sorpresa–. ¿Qué pasa realmente con Matías?

Me sentí nerviosa y tomé unos segundos para ordenar mis pensamientos antes de responder. ¿Por qué habría de pasar algo con Matías? ¿Acaso era tan evidente que mi corazón latía con fuerza cuando estaba a su lado?

- ¿A qué te refieres? Trabaja en la editorial con la que quiero publicar mi libro –respondí, pero eso él ya lo sabía.
- He visto cómo se miran, Tali. Yo sé que no soy quién para pedir explicaciones, pero la última vez que hablamos sobre el tema me dijiste que el amor no estaba entre tus prioridades. No quiero presionarte, pero tampoco voy a quedarme de brazos cruzados viendo cómo te enamoras de él. –Se podía escuchar el dolor en su voz y me rompía el corazón pensar en todo el daño que ya le había hecho. No podía ser tan egoísta.
- Lo sé, y nada ha cambiado. Sigo sin estar lista para una relación. Mi prioridad por ahora es el libro –le aseguré.

Mi atracción por Matías era principalmente platónica y definitivamente unilateral, por lo que no hacía sentido hablar sobre ello.

Tras nuestra conversación, nos fuimos al café de Lili. A pesar de que estaba lleno, logramos conseguir una mesa cerca de la puerta.

- Bienvenidos –dijo Lili a mis espaldas, posando sus manos sobre mis hombros–. Siempre es un placer verte, cariño –se dirigió a mí–. En un segundo les toman la orden.
- Igualmente, Lili, no sabes lo preparada que estoy para comer de tu delicioso pastel de zanahoria –me giré sobre mi hombro y le sonreí. Se veía bastante cansada y algo pálida.

Lili me devolvió la sonrisa y subió a la segunda planta.

Mientras los demás estudiaban el menú, pasé la vista disimuladamente por el café en busca de Matías, pero no lo vi. Me preguntaba si seguía en la casa de la playa o si quizás estaba arriba en su habitación.

- El lugar es precioso –me dijo Alicia, admirando las enredaderas que caían de las vigas de madera que estaban encima de nosotros–. Ya entiendo por qué te inspiras aquí.
- Sí, realmente es mágico –le respondí y respiré profundo para llenar mis pulmones del delicioso olor a café.

Un mesero, que no era Alex, se acercó a tomar la orden y aproveché para pedir el muy deseado pastel de zanahoria y un café. De solo pensar en el delicioso cappuccino de Matías se me hacía agua la boca, aunque evidentemente me tenía que conformar con el cappuccino de quien estuviera de turno.

- Tali, cuéntanos cómo vas con el libro –preguntó Ricky.
- No lo sé, espero que bien. Estoy esperando los comentarios de mi editor –respondí.
- Estoy seguro de que estás escribiendo una obra maestra. Me muero por leerlo –respondió Lucas, dándome ánimos.

De repente se hizo un silencio en la mesa y vi como Alicia y Ricky se intercambiaban miradas incómodas. Pronto supe a qué se debían sus caras.

- Tali –dijo una voz a mis espaldas. En cuanto lo escuché, se me erizó la piel–. Dejaste esto ayer –dijo Matías con expresión indescifrable, como era costumbre, y me entregó la ropa que había dejado en el velero, lavada y doblada. Lo mismo que debí haber hecho yo con la suya. Qué desconsiderada.
- Gracias –dije con una sonrisa tímida, y tomé la ropa.
- Buen provecho –dijo, dirigiéndose al resto, y subió directamente a la segunda planta, dejándome en una mesa llena de silencio y miradas incómodas.

A mi izquierda estaba Alicia, mordiéndose los labios para contener la risa. A su lado, frente a mí, estaba Ricky completamente confundido, y a mi derecha estaba Lucas con mirada asesina y respiración acelerada.

No sabía qué decir, por lo que preferí no decir nada. Nos quedamos en silencio unos segundos, hasta que, afortunadamente, nos trajeron la comida.

- Este lo preparó el mejor barista de la ciudad, especialmente para usted –dijo el mesero y me colocó el cappuccino en frente.

No pude contener una sonrisa, a pesar de la mirada curiosa de Lucas.

Matías, Matías, ¿a qué juego juegas?

- Mmmm –dijo Alicia, probando su café y rompiendo el incómodo silencio que reinaba en la mesa. –Está delicioso.
- Todo huele rico –dijo Ricky, siguiéndole la corriente a Alicia.

Lucas se tomó su café en silencio, visiblemente incómodo. Por un momento me sentí mal por él, pero realmente no había pasado nada entre Matías y yo. No le había mentido cuando le dije que nuestra relación era estrictamente profesional. Hasta ahora, por lo menos.

El resto de la semana transcurrió en silencio. No supe nada de Lucas, ni de Matías, lo que me permitió dedicarme de lleno a escribir, sin interrupciones ni distracciones.

Sin embargo, el viernes había llegado a un punto muerto. Ya no sabía cómo avanzar. Quizás era porque mi mente estaba cansada, quizás era la soledad que me estaba empezando a afectar, o quizás era porque aún no había recibido los comentarios de Matías sobre mi libro.

Alrededor de las siete de la noche llamé a Lucas para saber qué hacía. No nos habíamos visto desde que fuimos al café.

- Hola –lo saludé en cuanto contestó–. ¿Cuáles son tus planes de hoy?

- Mi persona favorita –dijo con voz apagada, y no pude evitar sonrojarme–. Los planes son descansar, no me siento bien.
- ¿Qué tienes? –pregunté preocupada.
- Creo que me intoxiqué con comida, tengo mucha fiebre –respondió, notablemente cansado.
- ¿Estás solo? –le pregunté, sopesando la idea de ir a acompañarlo.
- Sí, pero algo de compañía no me caería mal –respondió y supe que estaba sonriendo, aunque no pudiera verlo.
- Ya voy para allá –dije, decidida a ser una buena amiga. Toda mi vida me había costado tener amigos, y ahora que los tenía, no los iba a perder tan fácil.

De camino a casa de Lucas, me detuve a comprarle algunas cosas que pensé que lo harían sentirse mejor, como sueros para hidratarse.

En cuanto llegué, me recibió con un pantalón de pijamas de cuadros y una camiseta gris. Tenía las mejillas rojas y apenas tenía fuerzas para caminar.

- Lucas, estás ardiendo –le dije alarmada en cuanto lo saludé–. Vamos a la cama. –Me apresuré a cerrar la puerta y a dejar las bolsas sobre la mesa que estaba cerca de la entrada.
- Ya que insistes…–dijo en tono de broma, y lo fusilé con la mirada, pues realmente no estaba en condiciones de bromear.
- ¿Has tomado medicina? –le pregunté mientras lo ayudaba a subir las escaleras.
- No, no tengo nada.
- ¿Entonces cómo te vas a curar? –dije con tono de mamá regañona, y lo ayudé a acostarse en su cama. Me quise detener a apreciar la decoración de su cuarto, pero no podía pensar en nada más que en bajarle la fiebre–. Voy por medicinas, ya regreso. No te muevas de la cama, por favor.
- Gracias –susurró Lucas, y salí a comprar medicinas a una farmacia que estaba a un par de cuadras de su casa.

En cuanto regresé, fui directo a la cocina a buscarle un vaso con agua y a preparar compresas de agua tibia para intentar bajarle la fiebre.

- Volví –dije mientras abría la puerta del cuarto.

Para mi sorpresa, Lucas estaba en bóxers completamente sudado y medio inconsciente en la cama. Su pálido pecho brillaba por el sudor y sus brazos estaban rojos

- ¡Lucas! –grité, pero no reaccionó.

Dejé todo sobre la mesa de noche y me apresuré a tocarlo, estaba hirviendo.

- ¡Lucas! Vamos a meterte a la ducha. Levántate –dije alterada. Si Lucas no cooperaba, no podía llevarlo al baño yo sola.

Empezó a murmurar algo, pero no podía entenderle. Le costaba hasta abrir los ojos.

Le puse la compresa de agua en la frente y salí corriendo al baño a abrir la ducha.

- Tali –consiguió decir cuando me acerqué–. Estoy sudando.

Evidentemente estaba sudando, si parecía que emanaba vapor de su cuerpo. Aproveché que estaba más consciente y lo ayudé a sentarse en la cama.

- ¿Puedes ponerte de pie? –le pregunté.
- No sé –respondió, pero era evidente que estaba demasiado débil para caminar.

Entré en crisis porque no quería que se desmayara o que convulsionara por la fiebre. Pasé la vista por la habitación en un intento desesperado de encontrar algo que me ayudara, y vi en una esquina una silla de escritorio con ruedas. Me apresuré a acercarla a la cama y lo ayudé a pasarse

a la silla. Lo arrastré hasta la ducha y lo metí, como pude, debajo de la regadera durante varios minutos, hasta que noté que la fiebre le había empezado a bajar.

- ¿Cómo estás? –le pregunté, frotándole la espalda.
- Considerando que te tengo en la ducha conmigo, creo que nunca he estado mejor –respondió, aún con voz cansada.
- Tomaré eso como señal de mejoría –dije, aliviada de que estuviera consciente de nuevo–. Vamos a sacarte de aquí.

Cerré la ducha y lo ayudé a levantarse de la silla. Tomé la toalla e intenté secarlo, pero me la quitó de las manos con delicadeza y me detuvo.

- No tienes que hacerlo, Tali. A Matías no le gustaría para nada que estés en mi baño viéndome semidesnudo –exclamó, y sentí como si me hubieran clavado un puñal en el corazón.
- ¿Qué dices? –le respondí, indignada–. ¿A mí por qué debería importarme lo que piense Matías? Es más, ¿a ti qué debería importarte él? –le dije molesta, y le quité de nuevo la toalla –Lo único que me importa en este momento es que estés bien –dije finalmente, y no me respondió.

Cuando lo terminé de secar, fui a su closet por un par de pijamas secas. Cuando estaba por regresar, recordé que también tenía que llevarle un bóxer seco, por más incómodo que me pareciera hurgar en su ropa interior.

- Toma –le dije y salí del baño para preparar las medicinas–. Deja la puerta abierta, no voy a mirar.

Lucas se rio de mi comentario, pero me hizo caso sin protestar.

- Listo –dijo y salió del baño, caminando como *zombie*.
- Acuéstate y tómate esto.
- Sí, señora –respondió divertido.
- Es que me tienes preocupada –me justifiqué por ser tan mandona–. Si no hubiera estado aquí, hubieras podido desmayarte o convulsionar incluso.
- Gracias –dijo, y me tomó la mano. Me acarició brevemente con su pulgar, y se metió dentro de la cobija. Al cabo de unos minutos, se quedó dormido.

Bajé a la cocina a prepararme algo de cenar, mientras meditaba si debía avisarle a alguien de su familia.

Me hice un sándwich y me senté en la sala, desde donde llamé a Alicia para contarle. Ricky y ella iban a pasar la noche en un hotel en la playa, por lo que le pedí que le contara sutilmente a Ricky para que no se preocupara.

A este punto, ya era evidente que iba a pasar la noche con él.

Terminé de comer y subí a ver cómo estaba. Aún tenía fiebre, pero sin duda le había bajado mucho. Aunque había un cuarto de visitas, era obvio que tenía que dormir con él para monitorearlo durante la madrugada. De todas formas, no era la primera vez que dormíamos juntos.

Fui a su clóset a buscar un par de pijamas para mí, y me cambié en el baño. Luego me acosté a su lado, pero no lograba conciliar el sueño. Solo podía pensar en lo celoso que estaba Lucas de Matías, a pesar de que ya habíamos conversado al respecto.

No había razón para que estuviera celoso, ¿cierto?

Lo desperté en la mitad de la madrugada para darle nuevamente las pastillas, y se sorprendió bastante de verme acostada a su lado, pero el sueño no lo dejó decir mucho antes de quedarse dormido de nuevo.

La noche en vela me pasó factura a partir de las cinco de la mañana, cuando sentí que ya Lucas no estaba caliente del todo, por lo que me dormí tan profundo que ni siquiera escuché cuando se levantó de la cama.

A media mañana abrí los ojos, completamente desorientada. ¿Qué hora era? ¿Dónde estaba? ¿Y Lucas?

Me puse de pie de un salto y bajé apresurada las escaleras.

- Buenos días, señorita enfermera –dijo Lucas, que estaba sentado en la mesa de la cocina con su computadora.
- ¿Cómo te sientes? –le pregunté con una sonrisa, aliviada de verlo bien de nuevo.
- Bien, gracias a ti. –Cerró la computadora y me abrió los brazos–. Ven aquí.

Lo miré algo escéptica, pero igual me acerqué.

- Los amigos también se abrazan –dijo y me atrajo a su pecho. Era tan alto que, aun estando sentado, era más alto que yo.
- Sí –le respondí, posando mi cabeza en su hombro. Algo sobre la forma en que me abrazaba me resultaba familiar y amena–. Me asustaste.
- Esa era solo una técnica para conquistarte, ¿funcionó? –dijo bromeando, mientras me acariciaba la espalda con la mano.
- No todavía, solo conseguiste que casi me diera un infarto –le respondí, bromeando de vuelta. Estaba particularmente coqueto. Me preguntaba si los celos de Matías tenían algo que ver.
- Bueno, seguiré intentando –dijo fingiendo decepción y se puso de pie–. ¿Quieres café?
- Sí, pero mejor no –respondí, sin dar más explicaciones.
- ¿No te gusta mi café? –preguntó, actuando indignado.
- Digamos que no es mi café favorito –admití, incapaz de mentirle de nuevo. Esperaba que no supiera que mi café preferido lo hacía el mejor barista de la ciudad, también conocido como: su peor enemigo en estos momentos.
- No puede ser –dijo y se llevó las manos al corazón–. Hieres mis sentimientos.
- Es que te queda muy fuerte y amargo –respondí, quitándome ese peso de los hombros–. Me conformo con jugo de naranja.
- Está bien, voy a aprender a hacer mejor café para la próxima. –Se dirigió a la nevera y sacó ingredientes para hacer desayuno–. Voy a prepararnos algo de comer.

Mientras lo contemplaba cocinando, me preguntaba cómo se sentirían sus labios. Me los imaginaba fríos, como él.

Nunca había experimentado un amor bonito, con mensajes románticos de buenos días, flores y besos infinitos. Pero si tuviera que imaginarlo, de seguro sería algo así, como lo que me ofrecía Lucas. Podría acostumbrarme a esto. A despertarme con él, a la sutil honestidad libre de rencor, a los desayunos compartidos y los abrazos en pijamas.

Quería quererlo románticamente en mi futuro, pero habían pasado semanas desde la primera vez que me había planteado la posibilidad de enamorarme de Lucas, y desde entonces nada había cambiado.

Quería amarlo, como él me amaba a mí. ¿Acaso era tan difícil obligar al corazón?

16

- Esto de andar con ropa de hombre se te está haciendo costumbre…–dijo Alicia sonriente desde la cocina en cuanto me vio entrar a la casa.
- Alicia –dije, fusilándola con la mirada–. Tu cuñado casi se muere anoche, no es que como que tengo su ropa voluntariamente.
- Yo solo digo que vas a tener que empezar a rotularla para saber de quién es cada cosa. –Soltó una carcajada–. Pero gracias por cuidarlo anoche. Ricky va para allá ahora a ver cómo está.
- No hay de qué, realmente estaba preocupada por él –dije mientras me sentaba en la cocina–. Le tengo mucho cariño, Ali. A veces siento que todo sería más sencillo si pudiera enamorarme de él.

Alicia me miró en silencio y me regaló una sonrisa empática, de esas que transmiten algo de lástima.

En eso, sonó la puerta de la entrada.

- ¿Esperas a alguien? –me preguntó mientras caminaba hacia la puerta.
- No que yo sepa –contesté y miré con atención hacia la entrada.

En cuanto abrió, se divisaba un gran ramo de rosas rojas.

- Buenos días, esta entrega es para Tali –dijo un mensajero, que dejó las flores, y se fue.

Alicia las recibió con una sonrisa y se apresuró a entregármelas.

- ¿Tiene tarjeta? –preguntó emocionada.
- Creo que sí. –dije buscando entre las rosas. Tenía el corazón acelerado. No recordaba la última vez que había recibido flores en mi vida.

“Tali: Gracias por ser la mejor enfermera.”

Era de Lucas, con su fina y temblorosa caligrafía.

- Es todo un caballero –dijo Alicia enternecida.

Me reí del comentario de Alicia, pero era cierto que era un caballero. Aunque las rosas no eran mis favoritas, las flores siempre me ponían feliz.

Saqué mi celular de la cartera para agradecerle a Lucas, pero estaba descargado, por lo que hice una nota mental para agradecerle en cuanto pudiera.

- ¿Ves lo que te digo? Todo sería más fácil si me gustara al menos un poquito –dije con tristeza.

Mientras contemplaba el ramo y apreciaba su aroma, sonó de nuevo la puerta.

Nos cruzamos miradas confundidas, pero no dijimos nada. Dejé el ramo sobre la mesa y fui a abrir la puerta. Sin embargo, no había nadie del otro lado. Estuve a punto de cerrarla cuando noté que había algo sobre la alfombra del recibidor. Era una pila de papeles, y en la primera hoja había una gran equis roja marcada a lo largo de la página.

Me agaché para recogerlo y lo reconocí aún antes de tenerlo en mis manos.

“Todos estamos detrás del mismo objetivo: el amor. En cuanto vi su cara de emoción, supe que él lo había encontrado. Justo ahí, ese sábado por la noche, fui testigo de cómo mi alma gemela le propuso una historia de amor eterna al amor de su vida.”

Crónicas de un idilio. Mi trabajo de las últimas semanas había sido insultado y desprestigiado con una marca roja imborrable.

Si esta era la forma sutil de Matías de dar su crítica, vaya que me había equivocado sobre la clase de persona que era.

Sin darme tiempo de procesar lo que acababa de pasar, empecé a caminar hacia el café de Lili hecha una furia. Escuchaba la voz de Alicia a mis espaldas, gritando mi nombre, pero no podía pensar con claridad.

Caminé los cientos de metros desde mi casa al café más rápido de lo que había caminado en mi vida. Solo pensaba en lo patán que tenía que ser Matías para hacer una cosa así.

¿Es que acaso no me merecía suficiente respeto como para decírmelo en la cara? ¡Qué poco profesional!

Entré al café, que estaba lleno de personas como de costumbre, y no encontré a Matías. Cegada por la furia, comencé a subir las escaleras a la segunda planta, sin detenerme a pensar en que estaba invadiendo su propiedad y privacidad.

Atravesé la sala y seguí directo hasta la puerta de su cuarto, que empecé a tocar con fuerza.

- Matías –dije, casi gritando–. ¡Matías! –repetí, aún más fuerte.

De repente, se abrió la puerta y me encontré con un Matías medio dormido, lo cual era extraño tomando en cuenta que era casi el mediodía.

- ¿Tali? –preguntó confundido mientras se pasaba la mano por los ojos–. ¿Estás bien?
- ¿Estoy bien? –repetí indignada–. ¿Qué es esto Matías? –pregunté, enseñándole agresivamente la pila de papeles que tenía en la mano.

Matías se quedó en silencio, perplejo, lo cual me dio pie para seguir con mi monólogo.

- Te abrí mi corazón, confié en ti, y ¿este es el resultado? ¿Un manuscrito tachado de principio a fin? ¿Es que no me merezco un poco más de respeto? –Cuando terminé de hablar, empecé a sentir como salían mis lágrimas sin control. Era vergonzoso llorar así de la cólera y la decepción, pero no podía evitarlo.
- Tali –murmuró. Podía escuchar el dolor en su voz–. Yo no hice esto. –Dio un paso al frente, acercándose a mí, y me colocó sus manos en mis brazos, sujetándome firmemente, con dulzura–. No sé quién hizo esto, pero prometo que voy a averiguarlo.
- ¿A qué te refieres? –pregunté, secándome las lágrimas de las mejillas–. Sólo te he pasado el manuscrito a ti.
- Yo lo envié a un editor para que lo revisara –respondió, acariciándome los brazos para calmarme.
- ¿Por qué no lo revisaste tú? –pregunté confundida, algo dolida en realidad.

Subí la mirada para encontrarme con sus ojos suplicantes, que parecían no querer responder a mi pregunta. Solo cuando estábamos así de cerca recordaba realmente lo alto que era, lo que hacía que su presencia fuera aún más imponente.

- Porque no soy objetivo. Te mereces una buena crítica, no una que venga a través de mis ojos.

No entendía a qué se refería, pero tenía miedo de seguir preguntando.

Nos quedamos en silencio varios segundos, los suficientes como para caer en cuenta de que había ido en pijamas al café, y ni siquiera eran mías.

- Disculpa por haberte acusado así, sin preguntar, y por venir hasta acá a molestarte.

Comencé a decir, y de repente mi cerebro fue capaz de procesar la imagen que había estado ante mí todo este tiempo.

Matías estaba sin camisa, y peor aún, estaba en bóxers. Era evidente que lo había despertado, pero no me había percatado de su atuendo antes.

- Perdón –empecé a decir mientras me tapaba los ojos con las manos–. No había

notado que estabas así –dije, señalándolo.

- No pasa nada, tampoco estás muy formal –dijo, riéndose–. ¿Es ropa de hombre? –preguntó.
- Sí, es una larga historia –contesté avergonzada. Me había dejado cegar por el enojo y nos había puesto a ambos en esta incómoda situación.
- Dame un segundo para vestirme y luego podemos almorzar juntos, si te parece bien –sugirió.
- En realidad, no llevo ropa muy adecuada para sentarme así en el café –respondí aún con las manos sobre mis ojos.
- No te preocupes, podemos comer aquí arriba. Ya regreso –dijo y cerró la puerta.

Tomé el manuscrito que había quedado en el piso en medio de la discusión y me golpeé la cabeza con él un par de veces.

Estaba muy avergonzada de lo que había pasado en los últimos cinco minutos y no sabía cómo iba a superar esa lamentable escena que le había hecho a Matías.

Mientras lo esperaba, me senté en el sillón que estaba frente a la chimenea, aquél en el que me había sentado el día que lo conocí.

- Listo –dijo Matías mientras salía de su habitación. Llevaba un pantalón deportivo y una camiseta cuello en V pegada al cuerpo. Me hubiera encantado haberme tomado el tiempo de disfrutar su escultural cuerpo cuando no tenía camisa, pero todo había pasado demasiado rápido.
- Estoy muy apenada –empecé a decir, pero Matías me interrumpió.
- No lo estés. Es completamente entendible tu reacción. Lamento mucho que pensaras que soy capaz de hacer algo así…–dijo mientras se sentaba en el sofá que estaba frente a mí, del otro lado de la chimenea.
- Lo que no entiendo es cómo tienen la dirección de mi casa –dije preocupada–. Esto estaba en frente a mi puerta.
- No lo sé, pero voy a averiguarlo –dijo serio.
- También recibí un mensaje extraño hace unos días –murmuré mientras sopesaba la idea de contarle, pero dadas las circunstancias parecía necesario.

Procedí entonces a parafrasear lo que decía aquel grotesco mensaje.

- ¿Cuándo recibiste eso? –Se tensaron los músculos de su mandíbula y sus ojos se oscurecieron.
- La semana pasada –respondí con timidez.
- ¿Por qué no me lo habías contado? –preguntó, pero no me dejó responder–. Voy a hacer unas llamadas.

Se levantó del sofá y se encerró de nuevo en su cuarto sin siquiera dejarme responder. Se veía bastante molesto.

Tras una larga espera, se abrió la puerta del cuarto y salió Matías con un semblante más tranquilo.

Antes de que pudiera contarme qué había pasado, se escucharon pasos por las escaleras y breves segundos después apareció Alex con dos bandejas en sus manos.

- Gracias –le dije mientras los ponía en el comedor que estaba cerca de la cocina.

Alex me sonrió tímidamente y se fue sin más.

Me preguntaba qué había pensado al verme aquí con Matías y usando ropa de hombre. Me inquietaba que se diera una idea errónea sobre la situación, pero no había forma de remediarlo.

- Te pedí un burrito de pollo, como el que te comiste la otra vez –dijo Matías y

me invitó con una seña a sentarme a la mesa.

- Está perfecto, gracias –respondí y comenzamos a comer en silencio.

Tras algunos minutos, decidí preguntar lo obvio.

- ¿Descubriste algo?

Matías me miró en silencio, como si dudara de responder a mi pregunta.

- ¿Conoces a Chris Kohlhofer? –preguntó circunspecto.

Al escuchar su nombre, se me detuvo el corazón y casi me ahogo con el burrito.

- Sí, es mi ex –conseguí decir en medio de mi asombro. ¿Qué tenía que ver con todo esto?

- Hace algunas semanas comenzó a trabajar en la editorial como asistente del editor al que le envié tu manuscrito. Así fue como tuvo acceso a mi agenda personal en la que anoté nuestra reunión de la semana pasada y a tu borrador. –Hizo una pausa y me miró con simpatía–. Lamento mucho que esto haya pasado, Tali. Su despido lo espera en su escritorio a primera hora de la mañana.

Escuché las palabras de Matías con detenimiento, pero nada parecía tener sentido. ¿Por qué se había empeñado tanto en hacerme daño? ¿Es que no podía seguir su vida y dejarme vivir la mía en paz?

Me quedé en silencio unos segundos, consciente de las lágrimas que amenazaban con salir de mis ojos.

De repente se me había ido el apetito y todos los malos recuerdos con Chris habían empezado a asfixiarme.

Sus recuerdos eran mis lamentos, que me acechaban dormida y despierta. Sus maltratos me perseguían, aún después de haberme alejado de él.

- Necesito un minuto –dije con un hilo de voz temblorosa, mientras me levantaba de la mesa para dirigirme al baño, apretando los dientes con fuerza para aguantar las lágrimas.

- Tali –dijo Matías con dulzura mientras se ponía de pie–. Espera –me pidió, mientras se acercaba a mí rápidamente.

Lejos de detenerme, intenté correr hacia al baño, pues no quería desmoronarme frente a él de nuevo. Cuando iba por la sala, casi en frente de la chimenea, Matías me alcanzó y me tomó de la muñeca. En un solo movimiento y sin esfuerzo alguno, me atrajo hacia él y casi por instinto, hundí mi cabeza en su pecho y comencé a llorar.

Lloraba por la Tali del pasado, aquella que tuvo que soportar tantas agresiones antes de tener la fuerza para huir. Y lloraba por la Tali del presente, que aún no había logrado sanar todas esas cicatrices.

Matías me sujetó con fuerza y me acarició el cabello con ternura, dejándome desahogarme en silencio.

Después de varios minutos de estar envuelta en sus reconfortantes brazos, Matías apartó el cabello de mi oído y se acercó con suavidad.

- Nunca es demasiado tarde para huir de aquello que te hace daño. –susurró y sus palabras me erizaron la piel. Sentí su voz acariciar mis mejillas, el calor de su aliento contra mi piel me llenó de electricidad en lo más profundo de mi ser, y lo abracé con fuerza, casi con temor de que no fuera real. La frase sonaba perfecta en su voz.

- Gracias –susurré contra su pecho después de algunos minutos, y lo solté, pero me tomó de la mano y me llevó con delicadeza hacia el sofá de dos plazas.

Nos sentamos uno frente al otro, apoyados contra el descansabrazo de cada lado del sofá, y

me miró expectante, como si supiera que necesitaba un oído para desahogarme.

- Chris fue una de las pocas personas en leer el primer libro que escribí –comencé a decir, con la mirada perdida, incapaz de verlo a los ojos–. Tuvimos buenos y malos momentos en nuestra relación, aunque debo confesar que eran más los malos. –Hice una pausa y levanté la vista para analizar su expresión, pero era indescifrable, como siempre. Sus grandes ojos color miel me miraban concentrados–. El peor recuerdo que tengo con él es del día que me devolvió ese manuscrito. Estábamos en su casa y me llevó hacia el jardín, donde había hecho una fogata, en la que posteriormente tiró la copia impresa que le había entregado y me aseguró que no tenía futuro como escritora. –Empecé a llorar de nuevo, incapaz de controlar todas las emociones que estaba sintiendo.
- Tali –dijo Matías y se acercó hacia mí, sus ojos me suplicaban que me detuviera, pero no podía seguir callando mi realidad.
- Recuerdo la tristeza que sentí al ver todo mi trabajo arder entre las llamas, y recuerdo la sensación del humo quemándome los ojos. En cuestión de segundos, la tristeza se transformó en una furia atroz y, por primera vez, comencé a arremeter contra él. Fue la única vez que me llené de suficiente valentía como para agredirlo físicamente, como él hacía conmigo. –Matías cerró los ojos con fuerza y apretó su mandíbula al escuchar mis últimas palabras, pero ya nada podía detener este relato–. Empecé a empujarlo con fuerza, una y otra vez, hasta que sentí sus manos sujetándome con firmeza de las muñecas. Me dolía, pero me dolía más ver las páginas consumiéndose en el fuego. Seguí forcejeando y luchando por liberarme, mientras sus gritos retumbaban en mis oídos. Todo ocurrió vertiginosamente y, antes de que pudiera detenerlo, me arrojó contra la hoguera.
- Tali, detente por favor –suplicó Matías, aún con sus ojos cerrados y su mandíbula tensa, pero no podía parar.
- Traté de esquivar las llamas, pero era demasiado tarde, ya me había alcanzado la blusa y se abría paso a través de mi abdomen, ascendiendo por mis costillas –dije entre lágrimas, pero con cada palabra, mi voz se volvía más firme. Esta historia era mía para contar, y no iba a permitir que el monstruo al que alguna vez amé me la arrebatara.

Matías abrió los ojos con asombro y pude ver en su mirada el momento preciso en el que entendió de dónde venía la cicatriz detrás de mi tatuaje.

- Tardé un mes en perdonarle eso, aunque no debí habérselo perdonado nunca –continué, y me levanté la camisa para dejar al descubierto la gran cicatriz que me avergonzaba antes, pero que ahora era mi marca de guerra.

Matías se acercó a mí y detalló en silencio mi abdomen.

- Desde entonces, vivo con esta horrible marca en mi piel –dije finalmente.
- Es hermosa, Tali. La convertiste en una obra de arte –dijo y sus palabras me tomaron por sorpresa. Luego levantó su mano y la acercó lentamente hacia mi cicatriz, sus ojos me pedían permiso para tocarla, y asentí con timidez.

Sus dedos siguieron el trazo del tatuaje con dulzura y el roce de su piel contra la mía me dio escalofríos.

Antes de que pudiéramos hablar de nuevo, resonó un estruendo en el cielo y se iluminó toda la sala con la luz de un relámpago que se abría paso a través de los tragaluces.

Al escuchar el estruendo, cerré los ojos con fuerza.

- Odio los truenos –susurré.
- ¿Por qué? –preguntó Matías con curiosidad mientras alzaba su mirada hacia el

cielo gris. Había detonado una tormenta, como aquella del día que nos conocimos.

- No sé –respondí con franqueza.
- Los truenos acompañan a los rayos, que no son más que chispas intensas de electricidad que se generan por una descarga entre las nubes. Además, históricamente los han relacionado con los seres supremos. En la Biblia se manifiesta como la voz de Dios, y en la mitología griega se relacionaba con Zeus, rey del Olimpo. De cualquier forma, no hay por qué temer.

Era brillante. Tenía la capacidad de asombrarme con su intelecto, aún más que con su físico.

- Cuando escuches un trueno, piensa en que un ser supremo intenta comunicarse contigo, cualquiera que sea la religión que profeses, y aprovecha la oportunidad para conversar con él. Verás la paz que puedes encontrar en ese sencillo ejercicio. –dijo, aun mirando hacia los grandes tragaluces, mientras yo lo contemplaba a él.

Desde ese momento, los truenos sólo me recuerdan a mi dios griego.

Pasamos el resto de la tormenta conversando en la comodidad de aquel sofá. Incluso tuve la fortuna de tomar un cappuccino preparado por el mejor barista de la ciudad. Me supo a gloria.

En la tarde Matías tuvo que atender varias llamadas, por lo que aproveché para cargar mi celular (que había estado todo el día descargado). Apenas se encendió, leí todos los mensajes que tenía de Alicia, la pobre había quedado preocupada por la forma en la que me fui sin contarle detalles.

"Estoy bien, en el café de Lili, no te preocupes". Le escribí, y aproveché para agradecerle a Lucas por las rosas y preguntarle cómo seguía.

Mientras Matías seguía en sus llamadas, di una vuelta por la sala y encontré un reproductor de música, el cual conecté a mi celular para escuchar las versiones acústicas de canciones famosas y acallar un poco el estruendo de la tormenta. Luego regresé al sofá y tomé una libreta que estaba en una mesa y empecé a garabatear en una de las hojas. *"Nunca es demasiado tarde para huir de aquello que te hace daño"*, escribí repetidas veces. La frase era catártica.

Al caer la noche, Matías había dejado de trabajar, finalmente, y la tormenta seguía incesante y escandalosa.

- Disculpa la demora, debía resolver unos asuntos urgentes con la junta. –dijo mientras se servía un vaso con agua en la cocina.
- No te preocupes, yo no debí haber venido a interrumpirte en primer lugar. Tengo la impresión de que siempre estás trabajando…–le comenté, pero realmente era una especie de crítica.
- Es parte de la responsabilidad de tener un trabajo como el mío. –Hizo una pausa y suspiró–. Aunque mi madre insiste en que debería trabajar menos.
- Por cierto, ¿dónde está Lili? No la he visto hoy.
- Estará fuera de la ciudad todo el fin de semana y parte de la próxima semana –se limitó a decir y luego cambió de tema–. ¿Qué quieres cenar?
- Muchas gracias, pero ya debería irme. Ya te he incomodado demasiado por hoy…–empecé a levantarme del sofá y un trueno me detuvo en seco. Se escuchó una gran explosión y con ella, se fue la electricidad. El rayo había caído sobre algún transformador de la zona, probablemente.
- Algo te están diciendo los dioses, Tali –dijo riéndose, aunque no podía verlo con claridad pues la luz de la luna no iluminaba lo suficiente en medio de aquella noche gris.

En eso, recibí un mensaje de Alicia informándome que se iba a dormir en casa de Ricky

porque se había ido la electricidad en nuestra casa también y, aparentemente, no iba a regresar pronto.

- Genial, ahora me va a tocar dormir sola –dije entre dientes, enojada con Alicia por abandonarme.
- Puedes dormir aquí –dijo Matías circunspecto–. Puedes tomar el cuarto de mi madre.
- ¿Estás seguro? –pregunté, pero la idea sonaba bastante bien pues no tenía ningunas ganas de ir a dormir sola en una casa oscura.
- Claro que sí –respondió mientras se acercaba a encender la chimenea. En el trayecto, chocó contra mí en medio de aquella oscuridad, y sus manos me sujetaron de la cintura para ayudarme a recuperar el equilibrio.

Nos quedamos unos instantes así, frente a frente, tan cerca que podía escuchar su respiración. No podía verlo con claridad, pero me podía imaginar sus ojos miel escrutando mi rostro, como era costumbre. Tenerlo cerca me aceleraba el corazón a velocidades históricas.

- Disculpa –dijo finalmente, aclarándose la garganta, y siguió su camino hacia la chimenea–. La noche se está poniendo fría –continuó, dejándome en medio de la sala con el corazón a mil, deseando con todo mi corazón que aquel tropezón hubiera terminado con sus labios en los míos.
- Sí –respondí–. ¿Te molesta si tomo una ducha antes de que se ponga más frío?
- Adelante –dijo, y luego agregó–. Pero espera aquí un segundo.

Fue a su cuarto y regresó con ropa en una mano y una vela encendida en la otra.

- Toma –dijo, entregándome la vela–. Para que no gastes la batería de tu celular. –Luego me señaló en dirección al cuarto de su madre, que casi no pude detallar.

Entré torpemente en el baño, apenas iluminado con la luz de la vela, y procedí a tomarme una rápida ducha fría.

Mientras me colocaba su ropa –otro pantalón deportivo con otro suéter gris–, me reía de lo irónico de ese momento. Me acababa de quitar la ropa de Lucas, para ahora ponerme la ropa de Matías.

Nunca en mis veinticuatro años de vida había usado ropa de hombre, hasta hace algunas semanas que usé la ropa de Matías por primera vez. Desde entonces, esto se me estaba haciendo costumbre, como bien había bromeado Alicia en la mañana.

En cuanto salí, encontré a Matías poniendo la mesa. Había colocado varias velas en el centro, y, aunque sabía que esa no era su intención, no podía evitar imaginar que estábamos en una velada romántica.

- Bajé al café y encontré algunas sobras del día –dijo mientras me invitaba a sentarme frente a él–. Creo que de todo lo que encontré, esto es lo que más te gustará. –Sonrió con sus perfectos labios carnosos y me colocó un plato con un pedazo de pastel de zanahoria frente a mí.
- Y cuando pensé que el día no podía ponerse mejor, apareció esto –dije bromeando, pero Matías no pasó por alto el hecho de que había dicho que la estaba pasando bien con él, y se le escapó una sonrisa pícara, de las que me movían el alma.

Después de cenar, Matías se excusó para tomar una ducha. Mientras lo esperaba, se me empezaron a cerrar los ojos en el sofá, pues había pasado una muy mala noche.

Cuando abrí los ojos de nuevo, vi a Matías en el sofá junto a mí. Llevaba unos lentes que lo hacían ver extremadamente sexy y estaba leyendo un libro a la luz de la chimenea.

- ¿Qué hora es? –pregunté confundida.

- Dormiste como una hora –respondió divertido.
- Disculpa, es que pasé una mala noche cuidando a Lucas. –dije sin pensar, en cuanto mencioné su nombre, Matías tensó su mandíbula.
- Te estaba llamando hace rato, pero no me pareció apropiado contestar –dijo con seriedad y siguió leyendo su libro.
- Gracias –contesté, y me apresuré a devolverle la llamada, preocupada de que estuviera enfermo de nuevo.
- Mi persona favorita –dijo, en cuanto atendió el teléfono.
- Hola, ¿cómo te sientes? –pregunté, mientras le intentaba bajar el volumen a mi celular para que Matías no pudiera escuchar del otro lado de la línea.
- Estoy mejor, gracias por preguntar. ¿Te gustaron las flores? –preguntó, a pesar de que ya le había escrito un mensaje agradeciéndole.
- Si, muchas gracias –me limité a contestar.
- Llamaba porque me enteré que no hay electricidad en tu casa y me preguntaba si querías venir a dormir aquí.
- Estoy en casa de una amiga, pero gracias por el ofrecimiento –mentí, y miré a Matías de reojo a ver si se había percatado de ello. Era evidente que sí, pues esbozó una pequeña sonrisa que, aunque pudo haber sido por su libro, estaba segura de que era por la mentira que acababa de decirle a Lucas. Odiaba mentirle, pero no tenía tiempo para darle explicaciones y fomentar sus celos.
- Está bien, te dejo descansar entonces. Buenas noches, Tali.
- Buenas noches –dijo finalmente, y colgué.

Me quedé inmóvil pretendiendo revisar mi celular unos segundos, incapaz de dirigirle la palabra a Matías.

- ¿En casa de una amiga? –preguntó con sarcasmo y soltó una risa burlona–. No deberías mentirle a quien te llama su persona favorita.

Si no lo conociera mejor, hubiera creído que estaba celoso.

- No vale la pena llenarle la cabeza con cosas sin sentido –le respondí y me arrepentí de inmediato.
- ¿Por qué? ¿Le dan celos? –Justo por eso me había arrepentido de dar pie a este tema. A Matías no se le escapaba nada.
- Algo así –dije y me puse de pie para buscar un vaso con agua– ¿Quieres algo de la cocina? –pregunté, y Matías me miró perplejo, como si acabara de ofrecerle drogas.
- Estoy bien, gracias –dijo finalmente, y siguió leyendo su libro.

Regresé al sofá tras tomar el vaso con agua y me acurruqué de frente a la chimenea, admirando las llamas. Matías seguía junto a mí, sumido en su lectura. Lo suficientemente lejos, como para no tocarnos, y lo suficientemente cerca, para sentir su calor.

El crujir de la chimenea me arrulló hacia los brazos de Morfeo, y no opuse resistencia.

17

Me desperté con el sol en la cara. No estaba acostumbrada a dormir con tanta luz, pero no había forma de evitarlo durmiendo bajo enormes tragaluces.

Apenas se podían apreciar los tonos azules y violetas del crepúsculo, que parecían una obra de arte a través de los enormes ventanales del techo.

Tras varios minutos de contemplar el amanecer en silencio, giré mi cabeza y descubrí, para mi agradable sorpresa, que Matías había dormido junto a mí.

Lo admiré por varios minutos, más de lo que es socialmente aceptable mirar a una persona. No se veía tan intimidante ni tan cansado cuando dormía. Parecía que finalmente había encontrado paz en sus sueños.

Detallé sus rizos negros, uno por uno, y luego bajé hacia sus tupidas cejas negras, que parecían dibujadas minuciosamente en su rostro. Seguí hacia sus ojos con sus largas y envidiables pestañas y, aunque estaban cerrados, sabía exactamente de qué color eran. Continué mi recorrido hacia su boca, aquella que deseaba con locura. A veces intentaba imaginarme sus besos, sus labios carnosos me recordaban a una playa soleada. Me imaginaba sus fuertes brazos alrededor de mi cintura, acercándome a él con desespero.

Pero todo estaba en mi cabeza. De haber querido, ya me hubiera besado, por lo que era evidente que el deseo no era recíproco.

Dirigí la mirada hacia su mandíbula marcada, que se tensaba cuando estaba molesto o incómodo. Eran de los pocos gestos que podía descifrar de su misterioso semblante. Seguí mi camino hacia su pecho, que se marcaba debajo de la camiseta. Me moría por sentir como latía su corazón bajo sus impresionantes pectorales.

Y, aunque podía mirarlo por horas, me estaba empezando a sentir como una acosadora por contemplarlo mientras dormía.

Aproveché entonces para irme a mi casa, pues había quedado en visitar a mis papás por el resto de la semana, que ya habían regresado de su viaje.

Antes de salir, tomé la misma libreta en la que había garabateado la noche anterior y le dejé una nota:

“Gracias por cuidarme siempre. –Tali”

Mientras manejaba hacia la casa de mis papás tuve tiempo de sobra para meditar sobre lo mucho que había cambiado mi vida en las últimas semanas.

Estaba orgullosa de mí, aunque no me lo repitiera tan seguido. Había salido de una relación abusiva, aunque al principio me costó admitir que estaba en una; renuncié a un trabajo que no me hacía feliz y reuní el valor para comenzar, de nuevo, con el proyecto del libro.

Mientras admiraba los grandes pinos que se alzaban en ambos lados de la carretera, me prometí seguir adelante con el libro, pasara lo que pasara. Si a Matías no le gustaba, si al nuevo editor no le gustaba, a alguien iba a gustarle. Y si no, me prometí seguir mejorando hasta cumplir mi sueño. Aunque a veces pareciera imposible, me prometí no dejar de intentar.

Seguí meditando en silencio hasta que me estacioné frente a la casa de mis papás y recibí un mensaje de Matías.

“Tali, ¿puedes reunirte el viernes con el editor en nuestras oficinas? Mientras tanto, puedes seguir escribiendo.”

Leí el mensaje dos veces para entender a qué se refería con “puedes seguir escribiendo”. Eran buenas noticias, ¿no? Seguir escribiendo significaba que el libro tenía futuro. O eso quería creer hasta que me dijeran lo contrario.

"Claro. Estoy fuera de la ciudad en casa de mis padres, pero regresaré el jueves". Contesté y me bajé del carro para disfrutar de una maravillosa semana con mis papás.

- Estoy muy orgullosa de ti, cariño –dijo mi madre mientras desayunábamos el jueves por la mañana–. Te va a ir excelente mañana, me gusta mucho lo que has escrito hasta ahora–. Le había enseñado todo lo que tenía, incluso hasta lo que había escrito en el transcurso de la semana desde el balcón de mi cuarto con vista al hermoso bosque de pinos.
- Gracias, mamá, especialmente por tomarte el tiempo de hacer correcciones y comentarios – respondí, realmente agradecida por el apoyo incondicional de mi madre. No sabía que había hecho tan bien en la vida para merecerla.
- En cuanto a tu dilema de Lucas y Matías…–comenzó a decir.
- No hay ningún dilema, mamá –la interrumpí.
- No lo pienses tanto, Tali. No puedes obligar a tu corazón a enamorarte de alguien, ni a desenamorarte, si es el caso. No vale la pena estresarse por algo sobre lo que no tienes control –dijo, siempre sabia–. En todo caso, mi consejo de madre es que te enfoques en el libro y todo lo demás se resolverá solo.

Eso era lo que llevaba semanas intentando hacer: enfocarme en el libro. Pero entre más tiempo pasaba con Lucas y Matías, más se enredaba todo el panorama.

En el transcurso de la semana apenas había hablado un par de veces con Lucas, y ninguna con Matías después de aquel último mensaje sobre la reunión con el editor. Me había enfocado todos los días en escribir, horas y horas sin parar. Sin embargo, solo había logrado avanzar un par de capítulos porque me detenía con frecuencia a escribir sobre Matías, en una especie de diario. Sentía la necesidad de plasmar en papel todo lo que había pasado en mi vida en las últimas semanas, aunque no tuviera ningún propósito en específico más que mi propio entretenimiento.

Comencé a escribir sobre cómo nos conocimos, y luego sobre la salida en el velero. Unos días después, se me vino a la mente la imagen de la primera vez que vi a Matías preparando un cappuccino, aquel día que atendimos juntos el café, pues fue una de las primeras veces que me regaló una de esas sonrisas que me derretía el alma, esas sonrisas genuinas que solo podía disfrutar esporádicamente.

Después escribí sobre el día que lo vi con aquella mujer en el café, la de cabellera envidiable. Que, por cierto, seguía sin saber quién era y por qué eran tan afectivos.

Así, poco a poco y sin algún orden específico, fui escribiendo nuestra historia, desviando mi atención del objetivo principal: Crónicas de un Idilio.

Al caer la tarde, empaqué mis cosas y me dispuse a volver a mi casa para prepararme psicológicamente para la reunión del día siguiente, pues tenía que estar abierta a todo tipo de críticas y comentarios. Sin embargo, y para mi muy mala suerte, mi carro no encendía.

Mi padre intentó arreglarlo sin éxito y luego llamó al único mecánico de la zona, quien estaba fuera y no regresaba hasta el día siguiente.

Mis padres me ofrecieron su carro, pero sabía que al día siguiente tenían un día laboral ajetreado en el hotel y no quería ser una molestia, por lo que rechacé su amable oferta. No me quedaba más remedio que posponer la reunión para el lunes, pues estaba por caer la noche y no se me ocurría ninguna solución mejor.

"Mi carro se dañó y no puedo regresar hoy a la ciudad. ¿Podemos mover la reunión para lunes? ¡Lo siento!". Le escribí a Matías, apenada. No quería dar la impresión de que no me interesaba la reunión, pues evidentemente mi prioridad número uno era el libro.

No habían pasado ni diez segundos desde que envié el mensaje cuando recibí su respuesta.

"Pásame tu ubicación". Respondió, y eso hice. Un par de minutos después recibí otro mensaje.

"En dos horas estoy allá."

- ¡Mamá! –grité desde mi cuarto.
- ¡Estoy en la cocina! –respondió mi madre y bajé corriendo.
- Matías viene –dije con pánico.
- ¿Viene? –preguntó confundida, y le enseñé el mensaje–. No hay que ser muy inteligente para darse cuenta de que está pasando algo más entre ustedes –dijo con picardía–. No puedo creer que venga hasta acá con intenciones meramente profesionales.
- Te digo que sí, que no está pasando nada que sea recíproco –respondí.
- Seré yo quien juzgue –dijo finalmente y se dispuso a preparar la cena–. ¡Cariño! Pon otro plato en la mesa, tenemos visita –se dirigió a mi padre y se me hizo un nudo en la garganta de solo imaginarme aquella escena.

Fueron las dos horas más largas de mi vida, probablemente porque no podía parar de ver el reloj. Finalmente, cerca de las ocho de la noche escuché un golpe en la puerta y bajé corriendo las escaleras, pero mi madre ya se había adelantado.

- Buenas noches, señora Miller. –Lo escuché decir mientras me acercaba a la entrada. Su voz me dio escalofríos.
- Un placer –respondió mi madre, extendiendo la mano–. Por favor pasa, te estábamos esperando para cenar.
- No se hubiera molestado –respondió, tan cortés como siempre.
- No es molestia, adelante –insistió mi madre.
- Hola –dije en cuanto entró a la casa–. Gracias por venir. –Sonreí, insegura de cómo saludarlo.
- Es un placer –respondió y se acercó a darme un beso en la mejilla, lo cual me hizo sonrojar. Nunca nos habíamos saludado así, como si fuéramos amigos.

Mientras mi padre se presentaba y mi madre terminaba de servir la cena, analicé la escena desde la distancia. Matías llevaba traje, por lo que asumí que venía de la oficina, y se veía bastante cansado –como era costumbre–, pero no por eso se veía menos atractivo. Tenía menos de una semana sin verlo, pero sentía que ya lo estaba extrañando.

La cena fue amena, pues mi padre y Matías encontraron varios temas en común: el interés por los carros, la bolsa de valores y las películas clásicas. Me encantaba poder conocerlo más aunque fuera indirectamente, pues pocas veces lograba sacarle información sobre él.

Mi madre y yo estuvimos la mayor parte de la cena en silencio, observándolos a ellos.

- ¿Por qué no se quedan a dormir y se van mañana temprano? Matías debe estar cansado para irse a esta hora –dijo mi madre tras la cena.

Su sugerencia me tomó por sorpresa, pero no me desagradaba la idea, sobre todo porque sabía que Matías estaba cansado, lo delataban sus ojos.

Me quedé en silencio esperando la respuesta de Matías, pues no quería presionarlo a quedarse.

- ¿Qué opinas Tali? –preguntó, mirándome con esos ojos miel.
- ¿Qué prefieres hacer? –le devolví la pregunta.
- Lo que sea que prefieras tú –dijo finalmente y una corriente de calor me invadió las mejillas.
- Nos quedamos, entonces –respondí, pues era lo más sensato.
- Perfecto, voy a alistar el cuarto de huéspedes –dijo mi madre, levantándose de la mesa–. Tali, ¿por qué no le enseñas a Matías el jardín? Pueden prender la fogata.

De solo pensar en la fogata, se me estremecía el cuerpo. Lo más cerca que he estado al fuego desde aquella tragedia ha sido la chimenea de casa de Lili.

En cuanto nos dejaron solos, Matías se acercó a mí lo suficiente para que solo yo pudiera escucharlo.

- No tenemos que encender la fogata –dijo y me regaló una sonrisa simpática.
- No, está bien. Debo empezar a superar mi pasado. –Hice una pausa y dudé en decir lo que estaba pensando–. Me alegra que sea contigo –dije finalmente, refiriéndome a la fogata, pero no me molestaba si se entendía de otra manera.

Matías me examinó el rostro, pero esta vez no aparté la mirada. Quería enviarle un mensaje contundente sobre lo agradecida que estaba con su compañía y ya no me intimidaba ser vulnerable con él, pues de alguna u otra manera se había ganado mi confianza.

- Pero primero…–hizo una pausa dramática–. A lavar los platos –dijo jocoso.
- No te preocupes por eso –le dije, sorprendida por su iniciativa.
- Vamos Tali –respondió y se puso de pie–. ¿Tú recoges y yo lavo?
- Sí –Le sonreí.

Se quitó el saco y se recogió las mangas de la camisa. Mientras lavaba me contaba una historia sobre un libro que había leído hacía unos días, pero no podía concentrarme, era demasiado guapo y me parecía increíble que estuviera ahí conmigo. Era inteligente, divertido y atento, al menos conmigo. No sabía cómo habíamos llegado hasta ese punto, pero estaba agradecida por tenerlo conmigo.

Al terminar de limpiar la cocina salimos de la casa y atravesamos el jardín hasta que llegamos a un pequeño deck que tenía bancos de cemento alrededor de dónde usualmente encendíamos la fogata.

- ¿Segura que quieres encenderla? –insistió Matías en cuanto estuvimos frente a ella.
- Sí, segura –dije sin dudar. Tenía que empezar a borrar sus recuerdos con nuevas historias.

Matías me miró en silencio unos segundos y luego se dispuso a encender la fogata sin mayor complicación.

- Estás temblando –me dijo en cuanto se acercó a mí. Antes de que pudiera responder, entró a la casa y tomó una de las mantas que estaban en la sala–. Ten –me dijo y me arropó con la cobija.
- Gracias –susurré.

Nos quedamos en silencio admirando la fogata por varios minutos. Las llamas se movían incesantes con el viento y no podía dejar de pensar en cómo algo tan hermoso puede hacer tanto daño.

Por encima de nosotros el cielo estaba despejado, lleno de estrellas. Nunca había visto noches tan hermosas como las que se veían en la casa de mis papás. Era noche de luna llena.

- Cuando empecé a navegar en el velero, estudié las estrellas –me dijo mientras miraba al cielo, casi como si me hubiera leído la mente–. Son fascinantes.
- Lo son. De pequeña veía las constelaciones con mi padre. Teníamos un telescopio y todo –respondí–. Ahora hay una aplicación de celular que te ayuda a identificarlas.
- ¿En serio? –me preguntó.
- Sí, déjame mostrarte –dije y saqué mi celular. La aplicación funciona a través de la cámara, por lo que le hice señas para que se acercara a ver la pantalla.

Matías se sentó a mi lado, de manera tal que mi hombro estaba contra su pecho, y su brazo apoyado en el banco detrás de mi espalda. Su tacto me dio escalofríos, pero intenté disimular.

- Esa es la Osa Mayor –dije, señalando la pantalla–. Y esa es la Osa Menor. – Quería continuar nombrando más constelaciones, pero no me podía concentrar con su respiración tan cerca de mí.

Matías había dejado de ver el celular y clavó su mirada fija sobre mí, intensa, seductora. Su cuerpo había empezado a pegarse más al mío y una ola de calor me corría por las venas. Sentía su olor, sentía su aliento.

Giré mi cabeza levemente y lo miré a los ojos. Esos ojos desesperados que me decían todo lo que él callaba. Me retumbaba el corazón en el pecho, trabajando a doble tiempo para compensar los desbordados niveles de dopamina y serotonina que me producía su sola presencia.

Nuestros rostros estaban cerca, tan cerca que me iba a desmayar de los nervios.

Nos quedamos en silencio, mirándonos, deseándonos, mientras se aceleraban nuestras respiraciones y se sincronizaban en una sola.

Era cuestión de segundos para que sus labios tocaran los míos. Lo estaba esperando con ansias. Tenía semanas soñando con ese momento, aunque fuera una sola vez.

- El cuarto de huéspedes está listo –dijo mi madre, asomándose desde el balcón de mi cuarto que daba al jardín. Matías se levantó en cuanto la escuchó y se sentó en el otro banco, alejándose de mí–. Ya nos vamos a dormir, buenas noches.
- Buenas noches –respondimos al unísono y observamos en silencio mientras se apagaba la luz de mi habitación.

Mi única oportunidad de besar a un dios griego había sido interrumpida por mi madre, aunque sabía que no era intencional.

Quizás lo mejor para mi libro era mantener nuestra relación estrictamente profesional. Quizás era una señal de la vida de que no debía besarlo.

- ¿Por qué viniste a buscarme? –le pregunté sin apartar la vista del cielo, por lo que no pude ver su reacción.
- Para que llegaras a tiempo a la reunión –respondió, distante.
- ¿No podíamos moverla para el lunes? –lo cuestioné, esperando no sonar desinteresada.
- Supongo que sí –dijo serio–. Pero también necesito que vayas conmigo a una gala el sábado.
- ¿A una gala? –pregunté sorprendida, apartando la vista de las estrellas para mirarlo. Necesitaba determinar si me estaba invitando a una cita.
- Sí, es organizada por varias editoriales y asisten cientos de escritores. Me parece importante que estés ahí –dijo, tan circunspecto como de costumbre.
- Ah –exclamé desilusionada –está bien.

Dirigí la mirada hacia la fogata en un intento de ocultar mi decepción.

- ¿Has estado escribiendo? –preguntó, cambiando de tema.
- Sí, muchísimo –respondí.
- Entonces has avanzado mucho en el libro –replicó.
- Algo así –dije con timidez, pues lo cierto es que había estado escribiendo sobre él y no tenía las agallas para confesarlo.

Nos quedamos en silencio por varios minutos admirando nuestro entorno. Todo lo que me rodeaba era hermoso: los pinos, las estrellas, Matías.

18

- Buenas noches –me despedí antes de cerrar la puerta de mi cuarto, que estaba justo al lado del cuarto de huéspedes.
- Dulces sueños –respondió y lo vi entrar en su cuarto designado por esa noche.

La habitación de mis padres estaba del otro lado del pasillo, por lo que, de cierto modo, se sentía como si solo estuviéramos él y yo en la casa.

Me dispuse a ponerme el pijama, que consistía básicamente en un short viejo y el suéter negro de Matías que no le había devuelto el primer día que lo vi. Cuando alisté el bolso solo podía pensar en él, por lo que el suéter era una forma de sentirlo cerca de mí. Poco me imaginaba en ese momento de que efectivamente lo tendría cerquita, a apenas dos puertas de distancia.

Me acosté en la cama y cerré los ojos, pero no podía dejar de recrear en mi mente nuestro pequeño acercamiento, una y otra vez, por lo que me levanté y saqué la computadora para escribir. Si mi madre no hubiera aparecido, ¿me hubiera besado? Me atormentaba con esta pregunta cuya respuesta estaba en el cuarto contiguo.

Una vez comencé, no podía parar. Había tanto que quería escribir sobre Matías, sobre sus ojos, su voz, su temple serio y a veces jovial. Todo él era un poema y quería asegurarme de que alguien pudiera escribirlo. Moría por ser yo la escritora de sus versos.

Escribí hasta que los ojos me pesaban y ya no podía pensar con cordura. Apagué la computadora y me acosté de nuevo, suficientemente cansada como para caer en un sueño inmediato. Sin embargo, en cuanto cerré los ojos escuché un grito de terror.

- ¡Vivian! ¡Vivian! –gritó Matías, y corrí hasta su cuarto.

Abrí la puerta de golpe, sin pensar en la invasión a la privacidad que eso suponía, y lo encontré dormido, con la respiración agitada y bañado en sudor. Se había quitado la cobija y estaba en bóxers, sin camisa. No era la primera vez que lo veía así, lo que hablaba sobre nuestra bizarra relación.

- Matías –susurré y coloqué mi mano suavemente sobre su pecho desnudo, aquél con el que había soñado en repetidas ocasiones.
- Tali –dijo asustado–. Disculpa por despertarte.
- ¿Estás bien? –le pregunté, mientras lo ayudaba a sentarse en la cama. Su tacto caluroso aún me estremecía.
- No, pero ya estoy acostumbrado. Las pesadillas son recurrentes –me contestó con dolor en su voz.

Lo miré con ternura, sin saber qué decir. No sabía cómo reconfortarlo, por lo que me limité a asentir con tristeza. Quería saber sobre qué se trataban y qué tenía que ver Vivian, la mujer que le escribía y lo llamaba frecuentemente, pero supuse que él no estaba interesado en contarme. Extrañamente, no sentí celos, pues me tranquilizaba saber que estaba ahí conmigo y no con ella. ¿Había manejado horas para verla a ella? No lo creo.

Me mataba no saber quién o qué le había hecho tanto daño.

- Si me necesitas, estoy en el cuarto de al lado –respondí, e hice un ademán para salir.
- Tali. Espera –dijo con seriedad, indeciso –¿Te gustaría acompañarme esta noche? Sé que suena descabellado, pero la noche que dormí junto a ti en el sofá fue la primera vez que no tuve pesadillas. –Tras explicarlo pareció darse cuenta de lo que me estaba pidiendo y se arrepintió–. No me hagas caso, lamento haberlo preguntado en primer lugar; es completamente inapropiado.

Lo miré sorprendida, con el corazón acelerado. Era inapropiado, pero, tomando en cuenta la cantidad de veces que había dormido con Lucas en las últimas semanas, no parecía tan grave. Además, ya habíamos dormido juntos en un sofá que, para todos los efectos, es casi lo mismo que una cama.

- Está bien –respondí y caminé lentamente hacia el otro lado de la cama, pensando si le había entendido bien. ¿Quería que durmiera con él? Lo cierto era que podía acompañarlo esa noche y todas las demás.

Matías me miró perplejo, de las pocas veces que parecía haberse quedado sin palabras.

- Después de todo lo que has hecho por mí, me parece justo que pueda ayudarte de alguna manera –agregué.

Matías esbozó una pequeña sonrisa de agradecimiento y se acostó de nuevo en su lado de la cama, luego levantó la cobija para que me acostara junto a él.

Nos miramos en silencio, cada uno desde lados opuestos, y supe por sus ojos que me necesitaba.

- Gracias –susurró–. Te queda muy bien mi suéter –me dijo, y me hizo sonrojar. No me había percatado de que me había puesto en evidencia sobre el uso recurrente que le daba a su ropa–. Puedes quedártelo, te luce más que a mí.

Me limité a sonreír a falta de saber qué decir.

Apagamos las luces y nos quedamos acostados sin hablar. Aunque no podía verlo con claridad, sabía que estaba mirándome, y yo, por mi parte, aprovechaba para mirarlo a él, o mejor dicho, a su silueta.

- ¿Por eso trabajas en las madrugadas? –le pregunté, esperando no incomodarlo con la pregunta.
- Sí, por eso estoy siempre cansado –respondió cortante y entendí que no quería seguir hablando del tema.

Al cabo de algunos minutos concilié un sueño pacífico, de aquellos profundos que se consiguen cuando tu cuerpo se da el lujo de desconectarse por completo a sabiendas de que hay alguien más velando por ti. Me sentía protegida. Él era mi lugar seguro.

A la mañana siguiente me escabullí a mi cuarto en cuánto salió el sol por temor a que mi madre no me encontrara en mi cama. Igual iba a contarle lo que había pasado, pero no quería que se hiciera una idea errónea sobre la situación.

Poco después del amanecer me comencé a alistar para irnos en cuanto Matías estuviera listo.

Finalmente tocó la puerta de mi cuarto alrededor de las ocho de la mañana.

- Buenos días –dijo más sonriente que de costumbre–. Qué mal hábito tienes de abandonarme al amanecer –añadió con picardía. Me gustaba el Matías jovial y despreocupado.

Sonreí ante su comentario, pero no le respondí.

- ¿Dormiste bien? –pregunté mientras terminaba de preparar mi bolso para irnos.
- Mejor que nunca –respondió–. Gracias, Tali. No sabes lo que mi cuerpo te lo agradece. Necesitaba descansar.
- No hay de qué –respondí, genuinamente feliz de haberlo podido ayudar, pero lo cierto es que yo también había salido beneficiada de la situación. Sentí que había dormido en el paraíso.
- Deberíamos ir saliendo para no llegar tarde a la reunión –sugirió–. Podemos desayunar en el camino.
- Claro –concordé–. Vamos.

Bajamos a despedirnos de mis padres y, justo antes de salir, mi madre me susurró al oído “quien te mira cómo te mira quiere más que un libro”.

Sus palabras me resonaron en la cabeza durante todo el trayecto hasta su oficina, pero quería quitarles importancia. No me merecía ilusionarme así, sin fundamentos. Me merecía un amor bonito, no otra decepción amorosa.

- Tali –dijo Matías en cuanto nos estacionamos frente a su oficina–. Yo no voy a estar en la reunión contigo.
- ¿Por qué no? –pregunté. Por alguna razón había asumido que sí estaría, aunque claro, él ya no era mi editor.
- Ya te dije que no soy objetivo, y lo que más me interesa es que el libro sea un éxito, aunque eso implique escuchar algunas duras verdades. ¿Estarás bien con eso? –preguntó con preocupación.
- Sí. Soy más fuerte de lo que parezco –respondí mientras abría la puerta del carro. No lo culpaba por tener dudas, pues ya me había visto tener suficientes crisis emocionales al respecto.
- Sé que lo eres –respondió y me conmovió que pensara eso de mí.
- ¿No vas a entrar? –pregunté al percatarme de que no tenía intenciones de bajarse del carro.
- Creo que sería un poco extraño que entremos juntos y que yo tenga la misma ropa de ayer. ¿No te parece? –preguntó con picardía y me hizo sonrojar–. Mejor voy a cambiarme y regreso.
- Está bien. Gracias por traerme –me despedí y cerré la puerta.

Empecé a caminar hacia la entrada y me detuve al escuchar mi nombre.

- ¡Tali! –me llamó desde el carro, casi gritando–. Buena suerte.

Le sonreí y seguí caminando con el corazón acelerado. Quizás por la reunión a la que iba, quizás por la persona con la que venía.

19

"¿Puedes pasar por mi oficina cuando termines?". Leí el mensaje de Matías en cuanto salí de la reunión y caminé hacia la lujosa recepción del edificio para que me guiaran hacia su oficina. La recepcionista parecía ofendida cuando le pregunté por Matías y no por el "señor Zimmerman", pero ya habíamos dormido juntos lo suficiente como para ahorrarnos las formalidades.

- Puede subir al segundo piso, ahí la estará esperando Vivian, que la llevará a la oficina del señor Zimmerman –dijo y me señaló el camino hacia los ascensores.

Por fuera sonreí, pero por dentro estaba en shock. ¿Vivian? ¿La Vivian de las llamadas y las pesadillas?

En cuanto se abrieron las puertas del ascensor me encontré con una mujer rubia de pelo corto por encima de los hombros, alta y delgada, con una sonrisa tímida. Tenía unos hipnotizantes ojos verdes.

- ¿Tali? –me preguntó.
- Sí –contesté nerviosa.
- Realmente sí tienes unos ojos encantadores –dijo con risa nerviosa–. Es un placer conocerte finalmente. –Me extendió la mano–. Soy Vivian, la asistente de Matías.
- ¿La asistente? –pregunté con asombro. En ninguno de los escenarios que había imaginado había previsto esto. ¿Matías tenía pesadillas con su asistente? No tenía sentido. Pasé por alto su comentario sobre mis ojos, pues no entendía que tenían de encantadores, si no eran ni la mitad de hermosos que los suyos.
- Sí, pero Matías no es una persona muy comunicativa, como te habrás dado cuenta, por lo que no me extraña que no sepas quien soy –dijo amablemente. Algo en ella me generaba confianza, a pesar de que llevábamos tan solo pocos segundos de conversación–. Sígueme, Matías te está esperando en su oficina.

La seguí en silencio a través de los pasillos llenos de ojos curiosos. Me daba la impresión de que el señor Zimmerman no recibía muchas visitas.

- Es aquí –dijo y abrió una gran puerta de vidrio que daba paso a una oficina enorme con un hermoso escritorio de vidrio en el centro, que tenía vista hacia un área verde llena de árboles gigantes. La forma en la que estaba acomodada la oficina me era muy familiar. Se parecía a la oficina de la casa de la playa.
- Gracias.

Le sonreí y caminé hacia el escritorio de Matías para sentarme en una de las sillas que estaban frente a él.

- Señor Zimmerman, qué honor estar en su oficina –bromeé.
- Señorita Miller, por favor dígame Matías –bromeó de vuelta y dejó escapar una pequeña sonrisa.

Me reí por su comentario. Me encantaba este Matías al que, aparentemente, solo le hacía falta un poco de descanso.

- ¿Cómo te fue? –me preguntó más serio.
- Bastante bien –dije con tranquilidad–. Debo hacer varios cambios, pero pudo haber sido peor. –Sonreí–. Gracias por esta oportunidad.
- Nada que agradecer, tú misma te la ganaste– dijo y me miró con esos ojos intensos–. Pedí almuerzo para ambos, espero no te moleste.
- Es muy amable de tu parte, muchas gracias– respondí, sorprendida por su gesto.

- Después de almorzar debo entrar a unas reuniones, pero puedes quedarte aquí en mi oficina y apenas termine puedo llevarte a tu casa.
- Puedo irme en taxi, de verdad no quiero incomodarte más –respondí avergonzada. Era evidente que era un hombre muy importante y realmente no quería interrumpir su ajetreada agenda.
- No es molestia, Tali. Insisto –dijo serio–. Puedes aprovechar para trabajar en lo que tengas que trabajar de la historia.
- Está bien –dije convencida. Lo cierto es que me daba mucha ilusión poder compartir más tiempo con él. Sentía que poco a poco iba aprendiendo más sobre su vida.

Justo antes de que llegara la comida, recibí una llamada de Lucas, que dudé en contestar para no molestar a Matías mientras trabajaba. Sin embargo, en cuanto Matías escuchó mi celular sonar, insistió en que atendiera la llamada.

- ¿Hola?
- Tali –respondió Lucas con alegría–. Estoy cerca de tu casa y te llamaba para invitarte a almorzar.
- No estoy en mi casa–respondí, intentando dar la menor cantidad de detalles posible.
- ¿Dónde estás? Puedo buscarte en donde estés –insistió el siempre atento, siempre cordial Lucas.
- Estoy con Matías –le dije, a sabiendas de que eso sería suficiente para terminar la conversación–. Pero podemos ir a cenar en la noche, si te parece bien –añadí, para no herir sus sentimientos.
- Está bien, paso por ti a las ocho de la noche –dijo con reserva y colgamos la llamada.

Matías estaba concentrado en su computadora, por lo que me tomó de sorpresa cuando se dirigió a mí.

- ¿Era Lucas? –preguntó sin despegar la vista de la pantalla.
- Sí –me limité a responder.
- ¿Son amigos íntimos? –preguntó de nuevo, aún sin mirarme.
- No diría que íntimos, pero somos buenos amigos –respondí, intrigada por el giro de la conversación.
- Para ser solo amigos, es bastante intenso –dijo finalmente lo que se moría por decir y sus ojos se encontraron con los míos. ¿Eran celos eso que se asomaba en su mirada?
- No hay nada de malo con ser intenso –respondí a la defensiva–. Prefiero eso a rodearme de personas distantes y reservadas–. Me arrepentí de haberlo dicho de inmediato, pues la mirada de Matías se endureció y luego se concentró de nuevo en su computadora, dando por finalizada nuestra conversación, hasta que llegó la comida.

Después de un silencioso almuerzo, se despidió para ir a sus reuniones y me dejó en la soledad de su oficina.

Las primeras dos horas se las dediqué a la historia, específicamente a trabajar en la profundidad de los personajes, que fue uno de los comentarios principales de mi editor, Oliver, quien, por cierto, se había disculpado por los atroces actos de mi *ex*, que ahora también era su *ex*–asistente.

Sin embargo, después de ese tiempo, mi mente comenzó a divagar y terminé escribiendo sobre Matías casi involuntariamente.

Estaba empezando a atardecer cuando entró Matías a la oficina con su elegante traje azul y una pila de papeles en las manos.

- Lo siento mucho, se extendieron las reuniones –dijo apenado con vigor.
- Tranquilo –respondí mientras cerraba mi computadora de golpe por temor a que leyera lo que realmente estaba escribiendo– ¿Cómo te fue?

Matías dejó de acomodar los papeles de su escritorio y me miró con asombro, como si le acabara de hacer la pregunta más extraña del mundo.

- Bien, muy bien. Era sobre el lanzamiento del libro en las próximas semanas. Mañana en la gala vamos a hacerle publicidad –respondió y siguió recogiendo sus cosas.
- ¿Cuál libro? –pregunté mientras lo imitaba y guardaba mis cosas también.
- Una fina línea. Si todo sale bien, pronto vas a poder ver tus ganancias sobre el título.

Cierto, casi se me olvidaba que me concedieron el diez por ciento de las ganancias de ese libro por haber inspirado la exigencia del título.

- ¿Daniel M. estará mañana? Quisiera agradecerle en persona.
- No, no le gustan las apariciones públicas –dijo y agarró su maletín–. ¿Vamos?

Tomé mis cosas y lo seguí por los silenciosos pasillos. Los ojos curiosos que me habían seguido hasta su oficina ahora pretendían trabajar juiciosamente sin quitar la vista de las pantallas. Aunque algo me decía que volverían a susurrar tan pronto como abandonáramos las instalaciones. Supongo que no todos los días se le ve al jefe tan bien acompañado.

En cuanto nos subimos al elevador, Vivían corrió desde su escritorio pidiéndonos que nos detuviéramos. Matías atravesó su cuerpo entre las puertas del ascensor y esperó a Vivian, que se acercaba de prisa con cara de preocupación.

- Lili tuvo una recaída y está en el hospital –dijo en cuanto se acercó lo suficiente a nosotros–. ¿Quieres que vaya contigo? –preguntó Vivian.

Matías se quedó en silencio, parecía que estaba en shock.

- Yo puedo acompañarlo –interrumpí la conversación. Matías seguía en silencio y Vivian asintió al escuchar mi propuesta.
- Asegúrate de que no maneje, por favor –dijo Vivian–. Llámame en cuanto puedas.

Tomé a Matías del brazo para que pudieran cerrarse las puertas del ascensor mientras él seguía con la mirada perdida.

El elevador se movía particularmente lento y el silencio era perturbador ante la situación en la que nos encontrábamos. No sabía que tenía Lili, pero dudaba que una “recaída” se refiriera al consumo de drogas. ¿O sí? ¿Era siquiera prudente preguntarlo?

- Matías –lo llamé en cuanto salí del ascensor y lo vi inmóvil, incapaz de salir.

Me acerqué y lo tomé de la mano, le di un pequeño apretón y esperé a que sus ojos se encontraran con los míos.

Nunca me imaginé ver a Matías en esa situación. Parecía un niño perdido sin saber qué hacer.

Nos miramos en silencio unos segundos, aún tomados de la mano. Sabía en su silencio que necesitaba mi ayuda. Era la segunda vez que lo veía tan vulnerable y aunque me dolía mucho verlo así, me gustaba ser yo la que estuviera a su lado.

- Vamos –le dije finalmente y lo llevé de la mano hacia su carro.

Esperé que se pusiera su cinturón de seguridad y comencé a conducir. Nunca había manejado un carro tan lujoso, pero no podía ser tan diferente a mi carro promedio.

El camino hacia el hospital se hizo eterno, a pesar de lo rápido que intenté conducir. Matías

iba en silencio, probablemente imaginándose los peores escenarios. Podía escuchar su pesada respiración mientras se aferraba con fuerza a su asiento.

Quería decir algo, pero ni siquiera estaba segura de si él me quería ahí a su lado.

En cuanto llegamos y nos estacionamos, sopesé la idea de esperarlo en el carro para darle privacidad.

- Puedo esperarte aquí si prefieres – le dije, aunque me moría por acompañarlo.

Matías se giró de inmediato y me miró con esos ojos suplicantes. Sabía que estaba desmoronándose por dentro con solo mirarlo. Luego rompió el silencio y habló por primera vez desde que recibimos la noticia.

- Por favor acompáñame – dijo suplicante, con voz temblorosa.

Odiaba verlo así. Tan frágil, tan asustado, tan vulnerable.

Asentí con una sonrisa triste y nos bajamos del carro, sin tener la más mínima idea de qué nos esperaría allá adentro.

Matías pareció leer mi lenguaje corporal, pues me tomó de la mano en cuanto entramos a emergencias. Lo cierto es que ambos necesitábamos ese contacto físico, ese apoyo silencioso.

Caminamos entre los pasillos abarrotados de personas con angustias y temores, hasta que nos indicaron hacia la dirección del cuarto de Lili.

Justo frente a la puerta, Matías hizo una pausa y me apretó la mano con fuerza, sin apartar la vista de la puerta.

- ¿Quieres que te espere aquí? –pregunté, intentando descifrar hasta dónde era prudente mi compañía.

Matías suspiró y asintió. Antes de soltarme la mano, me dio otro apretón y luego entró.

Me quedé de pie junto a la puerta los siguientes veinte minutos, esperando impacientemente por noticias.

Finalmente, se abrió la puerta de la habitación y salió Matías, ahora con un semblante más tranquilo.

- ¿Cómo está? –pregunté de inmediato.
- Ya está estable. Tuvo una crisis respiratoria –dijo con alivio mientras caminábamos hacia unas sillas que estaban del otro lado del pasillo.
- ¿Le darán de alta pronto? –pregunté.
- Con suerte, en algunas horas –respondió mientras nos sentábamos.
- Entonces voy por café, vamos a necesitarlo.
- No tienes que quedarte, Tali. Puedes llevarte mi carro si quieres –dijo en un hilo de voz. Sus palabras decían una cosa pero sus ojos me decían otra.
- ¿Quieres que me quede? –pregunté, pero no me respondió–. Dime que quieres que me quede, y me quedaré hasta que ya no me necesites –insistí.
- Entonces quédate –dijo con timidez, casi en un susurro. Esta era una faceta de Matías que conocía poco.
- Está bien. Voy por esos cafés, mientras tanto puedes llamar a Vivian para avisarle que está todo bien –le recordé y me dirigí hacia una zona en la que habían varias máquinas dispensadoras. Compré dos cappuccinos y regresé con él, que acababa de colgar el teléfono.
- Gracias.
- No son del mejor barista de la ciudad, pero tendremos que conformarnos – bromeé y logré que se asomara una pequeña sonrisa en esos labios de ensueño.

Nos quedamos en silencio varios minutos, aferrados al insípido café que teníamos en las

manos.

- Hace años la diagnosticaron con enfisema pulmonar –comenzó a decir Matías y sus palabras me tomaron por sorpresa–. Por causas genéticas, no por fumadora. No tiene cura, pero existen tratamientos que la ayudan. Hemos estado saliendo de la ciudad constantemente para realizar sus terapias. A pesar de eso, a veces se le desencadenan estas crisis.
- No tenía ni idea –respondí con pesar.
- No le gusta que nadie sepa sobre su enfermedad, la disimula muy bien –dijo y soltó una pequeña risa irónica. Después de un largo silencio, se le oscureció la mirada–. No quiero perderla, Tali. No puedo perderla –agregó con dolor en su voz–. Nunca encontraré un amor tan incondicional. Le debo tanto.
- Va a estar bien, no vas a perderla –dije y lo envolví en un abrazo. En cuanto lo atraje hacia mí, se desmoronó sobre mi hombro y se hizo pequeño. Era un niño que lloraba por su madre. Me partía el corazón verlo sufrir–. Va a estar todo bien – insistí y lo sujeté con más fuerza, tal y como me había sujetado él a mí en las innumerables veces que lo había necesitado.

Nos quedamos así por varios minutos hasta que salió una enfermera a llamarlo, pues necesitaba que tramitara algo relacionado al infinito papeleo de los hospitales.

Mientras lo esperaba, saqué mi celular y le escribí a Lucas.

"Tengo que cancelar nuestra cena, surgió algo importante. Lo siento"

"¿Está todo bien?" Respondió Lucas casi de inmediato.

"Sí, no te preocupes" Le aseguré. Algo dentro de mí sabía que todo estaría bien, aunque no tenía ni idea de qué tan grave era la situación de Lili.

Al cabo de varios minutos, Matías regresó a mi lado.

- Está dormida. Van a dejarla un par de horas más –me comentó.

Asentí y lo miré por algunos segundos hasta que un pensamiento se infiltró en mi cabeza.

- ¿Por eso te mudaste con ella? –pregunté sin pensarlo dos veces.
- Sí –respondió–. Estaba lejos cuando le dio su última crisis. Fue el trayecto más largo de mi vida.

Todo tenía más sentido ahora. Me fascinaba poder conocer más sobre él, aunque me molestaba tener que esperar a sus momentos de vulnerabilidad para eso.

- Disculpa por arruinar tu cena –dijo, cambiando de tema.
- Estoy donde quiero estar –le aseguré con una sonrisa.
- Gracias por acompañarme –dijo y me tomó la mano suavemente, lo que creó una especie de electricidad en mi piel.
- Siempre –respondí con una sonrisa tímida.

Mi corazón seguía cayendo exponencialmente. Con cada latido, se convertía más de él y menos mío.

20

La puerta de la casa sonaba incesante. Alicia estaba tan dormida como yo, a pesar de que era ya media mañana.

- ¡Voy! –grité mientras bajaba las escaleras con un ojo abierto y el otro cerrado. Estaba tan desorientada que no me detuve a pensar qué visita estábamos esperando un sábado en la mañana.

Se detuvieron los golpes a medida que me fui acercando a la puerta. Cuando la abrí, no había nadie, pero me encontré de nuevo con una pila de papeles en el suelo.

No era una buena señal, pues la primera vez no había terminado nada bien.

Miré hacia los lados en busca de mi infame ex, pero, por fortuna, no lo vi.

Recogí los papeles del suelo y me apresuré a cerrar la puerta. No sabía cuándo había empezado a temblar, pero estaba hecha un manojo de nervios.

- ¿Quién era? –Bajó Alicia en modo *zombie*–. Me despertaron los golpes en la puerta.
- Supongo que el innombrable. Es otro ejemplar –respondí incapaz de leerlo.
- ¿Estás bien? –preguntó Alicia, quitándome los papeles de las manos.
- No, nada que venga de él está bien –respondí.
- Hay una carta. ¿Quieres que te la lea? –preguntó Alicia mientras me acariciaba la espalda.
- Sí –respondí y cerré mis ojos para prepararme mentalmente para lo que fuera.
- “Te saliste con la tuya y lograste que me despidieran. Siempre has estado celosa de mí y de mi éxito…”–se detuvo Alicia y resopló, molesta–. ¿Cuál éxito? ¡Nunca ha publicado nada! ¡Nadie sabe quién es!
- Ali, continúa por favor –le pedí, aún con los ojos cerrados, respirando profundo.
- “Aunque no te debo ninguna atención, aquí te dejo mi primer libro, que será publicado la próxima semana, para que no te tome por sorpresa.” –terminó de leer la carta y me comenzaron a sudar las manos–. No tienes que leerlo, Tali.
- Sabes que tengo que leerlo, no puedo vivir sabiendo que este libro habla de mí sin saber lo que dice –respondí y tomé las hojas–. Voy a estar en mi cuarto.
- ¿Estás segura? –preguntó Alicia, visiblemente preocupada.
- Sí –dije y corrí a mi cuarto.

Me senté en mi cama, me recogí el cabello e hice respiraciones profundas para calmarme. Tenía el corazón acelerado y sentía que me faltaba el aire. Odiaba que él tuviera ese poder sobre mí. Odiaba tenerle miedo.

Cuando iba a comenzar a leer, escuché la vibración de mi celular y me encontré con un mensaje de Matías.

“Gracias por acompañarme anoche. Paso por ti a las siete.”

Nos habíamos quedado juntos hasta tarde esperando que le dieran el alta a Lili. Me llevó a mi casa después de la media noche y no había tenido tiempo de pensar en qué me iba a poner para la gala de la noche, pero eso sería un problema de la Tali del futuro.

Dejé el celular sobre la mesa de noche, sin responder, y me dispuse a leer el horrible ejemplar que tenía en mis manos.

“No dejes que te afecte, Tali”, pensé. Pero todo fue en vano, el libro me afectó más de lo que me hubiera gustado admitir.

Había caído la noche ya, y estaba hecha un puño en mi cama, llorando desconsoladamente.

Aún llevaba el suéter de Matías que había usado para dormir. No había parado ni un solo segundo, ni para almorzar, ni para bañarme, ni para nada.

- Tali, no me gusta verte así. –dijo Alicia, que estaba acostada a mi lado. Pobre Alicia, nada de lo que decía lograba consolarme.
- ¡No puedo creer que sea tan egocéntrico! ¡Enfermo! ¡Mentiroso! –grité ahogada, entre lágrimas–. Después de todos sus maltratos, resulta que la villana soy yo. ¡Ahora la mala soy yo! –grité en un intento desesperado de sacar todo eso que tenía dentro.
- Es un narcisista patológico, Tali. No puedes hacerle caso –respondió en otro intento fallido de consolación.

Respiré profundamente y sentí cómo la ira se apoderaba de mí. ¿Quién se cree para escribir sobre mí después de todo lo que me hizo? ¿A quién quiere engañar? ¿Qué quiere conseguir con esto? ¿Su propia salvación divina?

- Después de todos sus maltratos, se dio el lujo de escribir un libro diciendo que soy el amor de su vida, pero que era yo quien no le permitía perseguir sus sueños. ¡Siempre lo apoyé! –dije alterada–. Siempre creí en él.
- A mí me consta, pero no puedes creer nada de lo que dice Tali. ¡Es un patán! –exclamó Alicia, enojada.
- Lo que más me duele es que diga que fui mala novia y que se alejó por mi culpa. En una parte hasta me pinta de maltratadora –dije intentando calmarme–. ¡Que se alejó por mi culpa, dice! – Me volví a alterar.
- Todo va a estar bien –dijo Alicia, acariciándome la espalda–. No vale la pena seguir llorando por él.

Y, aunque tenía razón, las lágrimas me salían una tras otra, sin control. Estaba realmente desconsolada, pues no podía creer la capacidad de manipulación de ese hombre a quien quise tanto tiempo.

- ¿Escuchaste eso? –preguntó Alicia–. Parece que sonó la puerta.
- Ay no –dije angustiada–. No quiero más sorpresas por hoy.
- Voy a ver quién es –dijo, y se levantó.

En cuanto se fue, me senté en la cama e intenté calmarme con respiraciones profundas.

- ¡No, espera! –escuché a Alicia gritar en las escaleras. Un segundo más tarde, había una silueta de pie en mi puerta.
- ¿Estás bien? –me preguntó Matías, vestido con un formal traje negro. Se veía más elegante y guapo que de costumbre. Llevaba su cabello perfectamente peinado con gel.

¡La gala! Había pasado todo el día sumergida en ese estúpido libro y se me había olvidado por completo.

- ¿Matías? –pregunté asombrada–. ¿Qué haces aquí? –dije y bajé la mirada con vergüenza. ¡Estaba hecha un desastre!
- ¿Estás bien? –preguntó de nuevo y se acercó a la cama, intentando escrutar mi rostro hinchado y lleno de lágrimas. Era la primera vez que lo veía tan alterado–. Te llamé varias veces y no pude localizarte –respondió con tono rígido, pero su mirada era cálida y cargada de preocupación.
- Estoy bien, es solo que no he cargado el celular en todo el día –mentí, aún con la cabeza agachada.
- Voy a darles privacidad –dijo Alicia y cerró la puerta de mi cuarto.

- No te ves bien...–dijo mientras se sentaba a mi lado y me tomaba de la barbilla para que nuestras miradas se cruzaran–. ¿Qué pasó? ¿Fue Lucas? –preguntó suavemente con genuina preocupación, y la ternura con la que me miraban sus ojos me hicieron desmoronarme de nuevo.

Empecé a llorar y Matías me abrazó en su pecho, y me dejó llorar en él, en silencio. Su mano me acariciaba el cabello y su tacto era cálido y reconfortante. Después de unos minutos, logré calmarme.

- No fue Lucas. Chris vino de nuevo –dije, y Matías se tensó–. Me entregó esto–. Tomé el ejemplar que estaba en mi mesa de noche y se lo puse en las manos.

Matías leyó el título y examinó algunas páginas.

- ¿Escribió sobre ti? –dijo, visiblemente molesto.
- Sí, pero puras mentiras. –Respiré profundo para no comenzar a llorar de nuevo.
- Es un idiota, Tali –dijo molesto.
- Lo detesto –admití y sentí como se abrían paso las lágrimas de nuevo–. Siento que no logro escapar de él.
- Nunca es demasiado tarde para huir de aquello que te hace daño –dijo con dulzura, y me limpió una lágrima que corría por mi mejilla.

Nos quedamos en silencio unos segundos, mirándonos nada más.

- Gracias –susurré. Sus palabras eran justo lo que necesitaba escuchar. Algo en él lograba sacar lo mejor de mí–. Disculpa por olvidarme de la gala.
- No te disculpes –dijo de inmediato–. No tenemos que ir, puedo excusarme de mi discurso.
- ¿De tu discurso? Tienes que ir, Matías –respondí con seriedad. Era evidente que era un evento importante para él.
- No quiero dejarte en este estado –dijo y me derretían sus palabras. Momentos cómo esos me hacían dudar si nuestra relación era meramente profesional, o si había algo más que una amistad de su parte. Aunque ante los ojos del lector puede parecer obvio, un corazón herido camina con cuidado después de una gran caída.
- Si me das veinte minutos para alistarme, voy contigo.
- ¿Estás segura? –preguntó con sus perfectos ojos miel.
- Sí, necesito despejar mi mente –dije finalmente–. ¿Me esperas abajo?
- Claro –respondió y empezó a caminar hacia la puerta. Justo antes de salir se detuvo y me sonrió, divertido–. Me gustan tus pijamas.

Era la segunda vez que me veía usando su suéter para dormir y, en honor a la verdad, me encantaba que me viera así.

21

Me levanté de inmediato y me metí al baño. En cuanto salí, me puse un vestido largo color vino de encaje, ajustado al cuerpo, con una abertura en la pierna hasta la altura del muslo y un escote en toda la espalda.

Alicia me ayudó a arreglarme el cabello en un recogido natural mientras me maquillaba más de lo normal para disimular lo hinchada que estaba por llorar.

Tan solo veinte minutos después, según lo prometido, bajé para irme con Matías.

- Estoy lista –dije mientras lo buscaba en la sala. Estaba de pie junto al sofá, con la mano en el bolsillo del pantalón, hablando por teléfono.
- Ahora te llamo –dijo y colgó el celular. Intentó ocultar una sonrisa sin éxito y me sonrojé de solo ese gesto. Sus ojos me hablaban a gritos y se me revolvía el estómago de solo imaginarme lo que pasaba por su mente.
- ¿Vamos? –pregunté y Matías se limitó a asentir, incapaz de despegar la mirada de mí. Me tomó de la mano para ayudarme a caminar hasta su carro. Aún con los tacones que llevaba puestos, Matías seguía siendo más alto que yo.

Matías me ayudó a montarme en su lujoso carro, que afortunadamente ahora tenía techo, y comenzó a manejar.

Durante el trayecto conversamos sobre Lili, principalmente. De vez en cuando me perdía en mis propios pensamientos, admirándolo. En los últimos días había estado haciendo notas mentales de cosas importantes que hacía o decía, pues si iba a escribir sobre él, tenía que asegurarme de hacerlo bien.

- Llegamos –dijo y detuvo el carro en el estacionamiento de un lujoso hotel que parecía un castillo–. Por cierto, estas son para ti. –Se estiró y tomó un hermoso ramo de narcisos color lila que estaban detrás de su asiento. ¿Cómo supo que eran mis favoritas? –. De haber sabido que te gustaban más las rosas rojas, no te hubiera comprado estas.

Ouch. En cuanto lo dijo, se bajó del carro y no me dejó responder. Matías había visto las flores muertas que me había enviado Lucas días atrás.

Dio la vuelta para abrirme la puerta del carro, pero no había pasado suficiente tiempo como para pensar en una respuesta coherente o para procesar el hecho de que me había dado mis flores favoritas, por lo que dejé el ramo en el asiento y lo tomé de la mano para bajarme del carro.

- Gracias –le dije en cuanto estuve a su lado, pero por su mirada sombría sabía que estaba pensando en las rosas rojas–. Los narcisos son mis favoritos –continué, y me puse de puntillas, aún en tacones, para darle un beso en la mejilla.

En cuanto le di el beso, percibí cómo se estremecía su cuerpo, como siempre lo hacía cuando nos tocábamos.

Empecé a alejarme, pero Matías me rodeó con su brazo por mi espalda baja y me acercó de nuevo a él. Estábamos frente a frente, cerca, demasiado cerca.

Si no fuera por los fuertes brazos de Matías en mi cintura desnuda, no hubiera conseguido seguir de pie. Me temblaban las piernas y una corriente eléctrica me recorría todo el cuerpo. Sentía su respiración sobre mis labios y escuchaba mi corazón como si estuviéramos en un concierto de latidos.

Pensé que finalmente había llegado el momento que había estado anhelando inconscientemente, aquel en el que por fin sus labios tocarían los míos. Sin embargo, Matías solo se limitó a mirarme profunda e intensamente, con esos ojos que me volvían loca.

- Entremos –dijo finalmente, después de largos segundos de suspenso, y me

apartó de él.

En cuanto nos alejamos, volví a respirar, como si hubiera estado aguantando la respiración todo ese rato.

Matías me ofreció su brazo y caminamos hacia la entrada principal, donde nos recibió el personal con elegantes uniformes.

- Señor Zimmerman –dijo una señora con un fino vestido negro–. Es un honor tenerlo aquí.
- Gracias, señora Thompson. Le presento a Tali Miller, una talentosa escritora –dijo retomando su postura formal, dejando atrás al divertido y juvenil Matías, y dando paso al elegante y ejecutivo hombre de negocios–. Tali, ella es la señora Thompson, directora de la Biblioteca Nacional.
- Es un placer conocerla, señora Thompson. He leído varios de sus libros –dije mientras le extendía mi mano.
- El placer es mío, espero leer alguno de los tuyos pronto –me devolvió el saludo y luego se dirigió de nuevo a Matías–. Estamos muy agradecidos porque sea nuestro mayor patrocinador, señor Zimmerman, esperamos que tenga una noche placentera.

Matías le sonrió cordialmente y se despidió. ¿Había dicho el mayor patrocinador? Matías no había mencionado nada al respecto, y tampoco dijo nada después de que nos alejamos de la señora Thompson.

Seguimos atravesando el elegante lobby hasta que llegamos a un gran salón de alfombra roja y grandes candelabros de cristal que colgaban del techo. Había cientos de personas con copas de vino y vasos de whiskey en la mano, vestidas con elegantes vestidos largos o formales trajes negros. De fondo sonaba un hermoso cuarteto de cuerdas con música clásica.

- Wow –exclamé–. Es precioso.
- Sí, lo es. Todo el diseño del salón está inspirado en la época renacentista, específicamente en el *Quattrocento* en el siglo XV –dijo Matías, mientras me llevaba hacia una esquina del salón. En el trayecto saludaba y le sonreía cordialmente a algunas personas–. Este cuadro es mi favorito. Es una réplica de "Venus y Marte" de Botticelli –dijo mientras nos deteníamos ante un hermoso cuadro que colgaba de una pared en el fondo del salón.
- Mitología romana –susurré, mientras admiraba el imponente cuadro que tenía frente a mí, en el que se veía a Venus en un hermoso vestido blanco tendida sobre el pasto, mirando a Marte, que estaba tendido dormido en el otro lado del cuadro, semidesnudo, sobre su armadura. En el resto del cuadro se podían ver cuatro sátiros jugando con la armadura de Marte.
- La relación de Venus y Marte es de mis favoritas en la mitología –continuó Matías–. Las dos más poderosas pasiones del ser humano: el amor y la guerra, finalmente haciendo tregua. Creía Platón que la fuerza espiritual del amor era la más poderosa, tanto que pudo más la diosa del amor que el dios de la guerra.
- ¿Y qué crees tú? –le pregunté, embelesada con su monólogo. Si bien sus hermosos ojos miel me volvían loca, era esa mente la que no me dejaba dejar de pensar en él.
- Todavía estoy intentando descubrirlo –dijo rígido, sin levantar la vista del cuadro.
- ¿Nunca te has enamorado? –me arriesgué a preguntar, sabiendo que estaba jugando con fuego.

- Sí –dijo serio.
- ¿Entonces? ¿No sabes ya lo poderoso que es el amor? –pregunté, confundida.
- Estar enamorado no es igual que amar, Tali –dijo mientras se giraba hacia mí para quedar frente a frente–. El enamoramiento es apasionado e intenso, pero superficial y pasajero. El amor, por su parte, es constante, profundo, irracional, y a veces caótico –dijo con seguridad, como si hubiera pensado mucho tiempo en este tema. Su respiración estaba agitada y su cuerpo muy cerca del mío.

Me quedé en silencio intentando interiorizar sus palabras. Nunca lo había pensado así, pero tenía razón.

Su mirada expectante era profunda y su mandíbula estaba tensa.

- Ven aquí. –Me tomó de la mano y me guio hasta otro cuadro, que estaba junto a Venus y Marte–. Réplica de La Primavera, también de Botticelli. Es la representación en circuito del amor. Comienza aquí, con la pasión de Céfiro hacia la ninfa Cloris –dijo mientras señalaba hacia la derecha del cuadro–. Quien luego se convierte en su esposa y se transforma en Flora, la diosa de las flores y de la primavera. Del otro lado del cuadro está Mercurio, dios de la razón –dijo, señalando hacia la izquierda–. Que simboliza la admiración y contemplación del amor tras la pasión.
- ¿Y en el medio? –pregunté con vergüenza, por no saber quién era.
- Está Venus, simbolizando la unidad de la pasión y la razón, la división entre el enamoramiento y el amor. –Suspiró–. Las dos Afroditas, como las llamaba Platón. Afrodita Urania, diosa del amor divino y celestial, lleno de pureza y espiritualidad, y Afrodita Pandemos, diosa del amor material y la pasión del cuerpo.

Me quedé atónita, admirando tanta belleza en un solo cuadro, y tanto conocimiento en un solo hombre. Levanté la vista del cuadro y miré a Matías, quien me estaba mirando fijamente, con sus ojos profundos e intimidantes.

- Señor Zimmerman –dijo un señor canoso vestido con un elegante traje–. Disculpe que lo interrumpa, pero quería venir a saludarlo y felicitarlo por tan exitoso evento.
- Señor Rhode –lo saludó Matías, retomando su postura formal, y se dieron un cordial apretón de manos–. Me alegra saber que está disfrutando. Aprovecho para presentarle a una talentosa escritora. Tali Miller, el señor Rhode es el dueño de la editorial Rhode Ed.
- Es un placer conocerlo, señor Rhode –dije y le extendí la mano, pensando en que me daría un apretón de manos. Sin embargo, me la tomó con delicadeza y le dio un beso.
- El placer es mío, señorita Miller.
- Tali es una de nuestras más recientes escritoras –dijo Matías–. Está por sacar su primer libro.
- Muchas felicidades, señorita Miller. Es usted muy afortunada de trabajar con tan talentoso caballero –me dijo.
- El honor es mío, señor Rhode –contestó Matías, y me regaló una pequeña sonrisa.
- Mariana y yo queríamos hablarle de un tema, ¿nos permite un segundo? –le preguntó el señor Rhode a Matías, señalando a una señora mayor que estaba del otro lado del salón con un conservador y elegante vestido verde, quien supuse que era Mariana.

- Claro que sí –le respondió Matías–. Ya regreso, no tardo –se dirigió a mí con dulzura.

Asentí y le sonreí, pero realmente no quería que se fuera.

Me quedé junto a La Primavera de Botticelli repasando las palabras de Matías en mi cabeza.

- Afrodita Urania y Afrodita Pandemos –susurré mientras admiraba aquella obra de arte, sin percatarme de que un joven estaba junto a mí.
- Dicen que la musa de Botticelli era Simonetta Vespucci, su amor imposible –me dijo mientras miraba el cuadro–. Tú tienes un aire a ella. –Sonrió. Era moreno y fornido, con una sonrisa perfecta y hoyuelos en las mejillas. Era un hombre bastante atractivo, aunque, ¿qué hombre no se ve atractivo en un traje elegante?
- Soy Tali –respondí–. ¿Y tú?
- Simón –dijo y me extendió la mano–. Es un placer conocerte.
- Igualmente –respondí con una tímida sonrisa. No se me daba muy bien conocer gente nueva.
- ¿Estás sola? –me preguntó, coqueteando.

Abrí la boca para responder, pero la voz de Matías emergió de mis espaldas y se me adelantó en contestar.

- Está conmigo, Simón –dijo Matías–. Íbamos a bailar, de hecho. Con permiso –dijo casi sin respirar y me tomó de la mano sin dejarme despedirme de mi nuevo amigo.
- ¿Qué haces? –le pregunté mientras me guiaba a la pista de baile.
- Te invito a bailar –dijo con una pequeña sonrisa.
- Es que no sé bailar este tipo de música –respondí apenada mientras Matías se colocaba frente a mí.
- Sólo sígueme –respondió con picardía y posó una mano sobre mi cintura y con la otra me tomó la mano derecha.

Respiré profundo y relajé mi cuerpo. Estaba muy nerviosa, nunca había bailado canciones clásicas, menos en medio de tanta gente, ni con un hombre tan guapo.

- ¿Ves qué fácil es? –me susurró al oído y se me erizó la piel ante su cercanía.
- Tú lo haces ver fácil –le respondí y me encontré con sus ojos color miel, que brillaban más que nunca. A nuestro alrededor nos miraban ojos curiosos sin disimulo, me preguntaba qué susurraban.

Bailamos el resto de la canción mirándonos a los ojos. Transmitiéndonos con la mirada todo aquello que no nos atrevíamos a decirnos. Me moría por besarlo, por sentir su respiración cerca de la mía, y sus manos en mi cuerpo. Cada vez estaba más segura de que nada de lo que estaba pasando era mi imaginación, por más que me costara entender por qué se fijaría en mí semejante dios griego.

- Gracias por acompañarme hoy –dijo finalmente y rompió el silencio.
- Gracias por invitarme –respondí sonriente.

Entre sus palabras, su sonrisa, la cercanía de nuestros cuerpos y su mano en mi cintura, me sentía en las nubes. Tenía las mejillas calientes y me temblaban las piernas.

- Disculpe, señor Zimmerman, ¿me regala un minuto de su tiempo? –preguntó una joven vestida de negro, que asumí era parte de la organización del evento.
- Sí –le respondió–. Disculpa, ya regreso –dijo y se alejó de nuevo.

Me dejó en medio de la pista, por lo que salí de regreso al lobby en busca de los baños, no quería quedarme sola en medio de aquel salón lleno de personas importantes a quienes no conocía.

En cuanto entré al baño de damas, me encontré con dos mujeres que se estaban retocando el labial frente al espejo y hablando entre ellas. Una de ellas era alta y tenía un vestido rosado perlado, y la otra era mucho más baja y llevaba un vestido turquesa.

- ¿Crees que sea un seudónimo? –preguntó la del vestido rosado.
- Tiene que ser, ¿cómo es que nadie lo ha visto? Es dueño de toda una compañía y nadie sabe quién es –respondió la del vestido turquesa.

Mientras escuchaba la conversación, me acerqué al lavamanos a hacer la mímica de lavarme las manos, pues no podía quedarme de pie nada más.

- No sé, pero sea quien sea es muy talentoso –dijo la de vestido rosado–. Además, ¿has visto quién se encarga de llevar toda la empresa?
- ¿Matías Zimmerman? –respondió la de vestido turquesa. En cuanto escuché su nombre, se me detuvo el corazón–. ¡Es guapísimo! Y se rumora que tiene una fortuna.
- ¡Sí! Lástima que tenga fama de amargado, borracho y agresivo, yo podría hacerlo feliz –dijo la de vestido rosado entre risas, y sentí unas ganas enormes de decirle que no necesitaba que ella lo hiciera feliz. Pero no lo hice. Me mordí la lengua y les lancé una mirada asesina a través del espejo mientras salían del baño.

Me quedé unos minutos más, pensando en lo que acababa de escuchar. Si bien Matías era serio y misterioso, no lo describiría como amargado. Nunca lo había visto borracho y el tema de la agresividad no se me parecía a él. Pero ¿qué podía saber yo? Si, a pesar de todo lo que hemos compartido, no sabía mucho de él.

Salí del baño en cuanto entraron más personas, pues no podía fingir eternamente que me lavaba las manos. Caminé de nuevo hacia la esquina de Botticelli porque no veía a Matías por ningún lado. ¿Dónde se había metido?

Me quedé de pie junto al cuadro de Venus y Marte, esperándolo.

Qué irónica es la dicotomía entre el amor y el odio, tan similares en pasión y tan distintos en sentimiento. ¿O es que no fueron el amor y el odio los que causaron las Bodas de Sangre de García Lorca? Ambos tan caóticos, tan enérgicos.

- Es una obra hermosa, ¿verdad? –me dijo la señora Thompson mientras se acercaba a mi lado.
- Sí, lo es –me limité a responder, nerviosa por interactuar con tan reconocida figura pública.
- No me gusta meterme donde no me llaman, pero nunca había visto a Matías con nadie antes. Es un hombre solitario –dijo e hizo una pausa. El cambio de tema me tomó por sorpresa–. Nunca lo había visto sonreír como sonríe contigo.

Bajé la mirada apenada, sin saber muy bien a dónde se dirigía la conversación.

- Llevo muchos años conociéndolo, y te puedo asegurar que no es tan malo como dicen. Debajo de esa fachada frívola e indescifrable, hay un hombre con un gran corazón, a pesar de su pasado –dijo finalmente, y me colocó la mano en el brazo en un gesto reconfortante.

Me quedé sin palabras. Literalmente. No logré formular ninguna frase coherente que decirle.

¿Por qué todos tenían un concepto tan negativo de él? ¿Es que no estábamos hablando del mismo Matías? Me daba pavor pensar en lo que me estaba metiendo. Había salido de una relación suficientemente traumática y no necesitaba otra igual.

- Aquí estás –dijo Matías a mis espaldas–. Te estaba buscando por todos lados.
- Permiso –dijo la señora Thompson y se fue. Mientras se alejaba, me resonaban sus palabras en la cabeza.

- ¿Cómo la estás pasando? –me preguntó Matías con dulzura, mientras me escrutaba el rostro con sus cálidos ojos.
- ¿Quién eres, Matías? –pregunté finalmente, después de habérmelo cuestionado tanto tiempo en mi cabeza–. Cuando empiezo a sentir que te conozco un poco, me doy cuenta de que no es así.
- No me gusta hablar de mí –respondió con determinación. Su mirada se había oscurecido y sabía que estaba entrando en un terreno peligroso.
- ¿Por qué? ¿A qué se debe el misterio? ¿Qué escondes? –pregunté, decidida a finalmente conocer su verdad. ¿Por qué todo lo que tenía que ver con él era tan secreto? Tantas advertencias de personas externas me daban la impresión de que conocíamos a dos Matías diferentes.

Matías se llevó las manos a los bolsillos del pantalón y apartó la mirada, incapaz de mirarme a los ojos.

- Señor Zimmerman, lo están esperando para que diga unas palabras –le dijo cordialmente un señor que interrumpía en el momento menos oportuno.

Matías se quedó inmóvil y me miró de nuevo. Sus ojos suplicantes me hablaban, pero no lograba descifrar qué me decían. Se quedó estático varios segundos, vacilante, como si no quisiera dejarme otra vez.

- Ya regreso –dijo, con la misma seriedad que de costumbre, y se fue.

Sentía la adrenalina corriendo por mis venas, deseosa por continuar esa conversación. Por fin había reunido el coraje suficiente para preguntarle sin dejarme intimidar por él. No le tenía miedo. Dijeran lo que dijeran de él, sabía con certeza que no era la persona de la que hablaban en el baño, ni de la que me había advertido Alex en el café.

Matías subió al podio que estaba sobre el escenario y la gente se congregó frente a él.

- Buenas noches, damas y caballeros. Mi nombre es Matías Zimmerman. Es un placer contar con su presencia esta noche –dijo Matías, adoptando una postura formal y amable, como si no hubiéramos estado a punto de estallar en una discusión segundos atrás.

Mientras hablaba, el salón se hacía más pequeño a mi alrededor, asfixiante. Me sentía en un agujero del cual no podía salir. ¿Cómo podía ser tan temido por la gente y tan dulce conmigo? ¿Cuántas facetas tenía?

Dejé el salón, casi corriendo, en busca de aire fresco. Atravesé el lobby y salí por una puerta que daba hacia un jardín trasero hermoso que colindaba con el estacionamiento.

Caminé hacia una banca que estaba del otro lado del jardín y me senté a contemplar la luna. Tenía un nudo en el estómago de pensar en lo poco que sabía de Matías y en lo mucho que quería saber de él. Temía que fuéramos siempre dos extraños, o que, al conocer todas sus facetas, quisiera nunca haberlo conocido.

- ¿Tali?
- No otra vez –susurré, y me volteé para encontrarme con el ser más detestable de todo el planeta tierra.

22

- ¿Leíste el regalito que te llevé? –preguntó con tono burlón.
- Eres un patán, mentiroso y egocéntrico –le respondí sin pensarlo demasiado. Usualmente me costaba ser tan confrontativa, pero la adrenalina de enfrentar a Matías me corría aún por las venas.
- No me llames así, flaca –respondió Chris, con voz suplicante–. Todavía estamos a tiempo de recuperar nuestra relación.
- ¿Recuperar nuestra relación? –pregunté con indignación, incapaz de procesar sus cambios de humor–. ¡Qué cínico eres! ¡Estás mal de la cabeza! No quiero saber más de ti, ni de tus libros, ni de tu mente retorcida –respondí fúrica, y comencé a caminar hacia el estacionamiento, decidida a irme de ahí.
- Sabes que soy el amor de tu vida. –Me tomó de la muñeca y me atrajo hacia él.
- Suéltame antes de que empiece a gritar –dije alterada. De repente me pesaba el tatuaje en las costillas. A veces huir de lo que nos hace daño no es tan fácil como quisiéramos.
- Solo dame cinco minutos para convencerte –insistió, aun sujetándome.
- ¡No quiero saber nada de ti! ¿No lo entiendes? –le grité, luchando para soltarme.
- ¡Suéltala! –gritó Matías, que acababa de aparecer a nuestro lado.
- Señor Zimmerman, realmente solo quiero hablar con ella –le respondió Chris, visiblemente intimidado por Matías.
- Última oportunidad para que la sueltes y te vayas, si no quieres que borre tu nombre de este gremio para siempre –le respondió Matías, enojado, muy enojado. Nunca lo había visto así. Tenía los puños apretados, la mandíbula tensa y la cara roja. Por su mirada asesina estaba claro que no estaba jugando.

Chris me soltó la muñeca y miró a Matías fijamente, como si no se sintiera intimidado por él. Sin embargo, empezó a caminar en dirección al salón sin decir nada, sin oponer resistencia.

- Si se te ocurre contactarla de nuevo o publicar esa porquería que escribiste, te despides de tu carrera –le dijo Matías mientras se alejaba. Chris siguió caminando, sin detenerse, pero estaba claro que lo había escuchado. No había caso en ponerse a pelear, pues sabía que tenía razón. Yo aún no lograba dimensionarlo, pero Matías tenía el poder de cumplir con esa amenaza.

Me quedé de pie, temblando, mientras lo veía alejarse.

- ¿Estás bien? –me preguntó Matías, aún con la respiración agitada.
- Sí, gracias por rescatarme –le respondí mientras apoyaba mi mano en su brazo para retomar la compostura.
- No sabes lo difícil que fue controlarme para no romperle los dientes, Tali. Es mejor que te lleve a tu casa –dijo con mirada sombría.
- No tienes que irte por mí, puedo irme en taxi –respondí.
- Nada de lo que digas va a hacer que te deje irte sin mí –dijo serio–. Yo te traje, yo te llevo.

No tenía sentido discutir con él. Además, no había persona con la que me sintiera más segura que con él, a pesar de todas las dudas que tenía sobre su pasado.

De regreso a la casa reinó el silencio en el carro. Matías ni siquiera me dirigía la mirada. Cuando pasamos frente al café, sabía que ya íbamos a llegar a mi casa y no estaba dispuesta a

dejar que se fuera sin intentar, al menos, conversar con él.

- Quiero saber sobre ti –pregunté, rompiendo el silencio.
- ¿Por qué quieres saber? –preguntó, indiferente.
- ¡Porque sí! –respondí alterada–. No entiendo a qué juegas, Matías. Estoy harta de no saber quién eres. Conmigo eres una persona, y con los demás eres otra.
- Tienes razón, y ninguna de las dos te puede hacer bien –dijo y detuvo el carro frente a mi casa.
- ¿Por qué dices eso? –pregunté, casi en un susurro. Sus afirmaciones me lastimaban.
- Porque tú eres un ángel y yo vengo del infierno –dijo herido. Escuchaba el dolor en su voz, lo veía en sus ojos. Se bajó del carro y me abrió la puerta.

Estaba enojado, lo notaba en su mirada. ¿Estaba enojado por mí? ¿Lo estaba presionando demasiado?

Me bajé del carro sin decir nada y entré a la casa sin despedirme. Ni siquiera lo miré a los ojos.

Subí corriendo a mi cuarto y me quité el vestido con prisa, molesta. Estaba enojada con él, enojada conmigo, enojada con todos. ¿Qué quería decir con que viene del infierno? Me volvía loca. ¡Loca! ¿Por qué no se podía comunicar como un humano normal?

Dejé mi celular cargando y me acosté, intentando dormir y olvidar todo lo que me había pasado en el día, sin éxito. Las palabras de Matías me retumbaban en la cabeza y me dolían en el corazón.

¿Quién te había hecho tanto daño, Matías?

Su mano izquierda pasó de mi cabello a mi cuello, y luego descendió lentamente por mi columna. El tacto de su piel me ponía en un estado de éxtasis sin comparación. Hizo un recorrido por toda mi espalda hasta que llegó a mi cintura, me agarró fuertemente y me acercó a él con firmeza.

Sentía su respiración acelerada contra mi pecho, sus intensos ojos miel posados en mis labios. Me quemaban las ganas de besarlo, y sabía que a él también.

Su mano derecha había empezado a sujetar mi cuello, cada vez con más fuerza, desesperado por no dejarme ir. Las piernas me temblaban, pero no tenía miedo de caer, sabía que él no me soltaría.

Me desperté de golpe con la vibración del celular sobre mi mesa de noche. Eran las 9 a.m.

- ¿Aló? –respondí, sin siquiera ver la pantalla.
- Mi persona favorita. Me tenías preocupado.
- Lucas. –Sonreí con tristeza–. ¿Por qué?
- Te escribí ayer todo el día, pero no me respondiste.
- No tenía batería, lo siento. No tuve un buen día –le dije, recordando los desafortunados acontecimientos del día anterior.
- Lamento mucho escuchar eso –me respondió–. ¿Tienes planes para hoy?
- Estaré ocupada en el día, pero en la noche estoy libre–. No estaba técnicamente "ocupada", pero necesitaba tiempo a solas.
- Perfecto. ¿Quieres ir al cine en la noche?
- Sí, me parece bien –le respondí.
- Nos vemos a las seis y treinta.

En cuanto colgamos, revisé los mensajes que tenía pendientes en mi celular del día anterior.

Había un par de mi familia, varios de Lucas y ninguno de Matías.

El sueño. Había soñado con Matías. ¿Y cómo no? Si me había quedado dormida pensando en él. De solo recordarlo, se me erizaba la piel.

Abrí la conversación con él en mi celular y sopesé unos segundos si debía escribirle o no, pero no sabía qué decir, por lo que dejé el celular a un lado y bajé a comer *pancakes* de avena con Alicia y a contarle la locura que había sido la noche anterior.

- Me está empezando a asustar Chris –dijo–. ¿Será capaz de hacerte daño?
- A esta altura, no lo sé. Sabe dónde vivo. Si quisiera hacerme daño, podría –respondí, tranquila.
- ¿Y por qué no te ves preocupada? –me preguntó Alicia.
- Porque usualmente estoy con Lucas o con Matías, y ninguno de los dos dejará que me haga daño.
- Ah sí, Edward y Jacob. –Se rio–. No sé cuál de los dos está más loco por ti.
- No digas tonterías. Matías es indescifrable. ¡Me vuelve loca! –Suspiré–. En todos los sentidos.

Terminamos de desayunar y subí a escribir sin mayor esfuerzo. No sabía exactamente de dónde venía mi inspiración, pero esperaba que no se acabara nunca. Las palabras me salían una tras otra, incapaz de alejar mis dedos del teclado.

Escribí sobre Nate, escribí sobre Matías. Poco a poco, la realidad y la ficción empezaron a mezclarse.

Estaba tendida sobre la verde pradera, vestida de blanco. Llevaba mi cabello suelto, ondulado, con mi sombrero blanco. A mi lado y en sentido contrario estaba Matías, semidesnudo, acostado sobre un traje de vestir azul. Sus musculosos brazos y perfecto pecho bronceado estaban descubiertos. Sus rizos negros rebeldes estaban despeinados y bailaban con el viento. Estaba pacíficamente dormido con su mandíbula relajada, como cuando me sonríe. No podía dejar de verlo, era una obra de arte. Él mi Marte y yo su Venus.

- ¿Tali? –dijo Alicia, mientras abría la puerta de mi cuarto–. Llegó Lucas a buscarte.
- ¿Lucas? ¿Qué hora es? –vi el reloj y ya eran las seis y treinta–. ¡Me quedé dormida escribiendo!
- Está abajo, ¿le digo que te espere? –me preguntó Alicia.
- Sí –respondí angustiada–. Dile que son solo 15 minutos.

La película era a las siete, por lo que realmente debía alistarme rápido. Me metí al baño corriendo y el agua caliente sobre mi cuerpo me recordó el cálido tacto de Matías alrededor de mi cintura. ¿Qué me estaba pasando? No podía sacármelo de la cabeza, ni dormida, ni despierta.

Me terminé de alistar con unos jeans y una blusa blanca, sencilla, y bajé a saludar a Lucas.

- Disculpa, perdí la noción del tiempo –le dije mientras caminaba hacia la sala.
- Tali. –Sonrió al verme–. No te preocupes. Te esperaré lo que te tenga que esperar –dijo con picardía y me hizo sonrojar.

Lucas había dejado de ser tan predecible y cuadrado como era cuando lo conocí. Había estado cambiando su juego para conquistarme. Aunque quería que surtiera efecto, solo me generaba ternura y nada más.

Después de ver la película, fuimos a cenar. En el carro, de camino al restaurante, Lucas tomó mi mano, y aunque su tacto era frío, no la retiré. No sabía cómo explicarlo, pero su gesto no era seductivo, sino reconfortante.

- ¿Esperas un mensaje? –me preguntó Lucas, que notó que revisaba mi celular por sexta vez en los últimos veinte minutos.
- No –respondí a la defensiva–. ¿Por qué?

Lo cierto era que sí, había pasado todo el día esperando señales de vida de Matías.

- Porque no dejas de ver el celular –respondió–. ¿Te puedo hacer una pregunta? Aquí, entre amigos.
- Claro –respondí.
- ¿Qué pasa entre Matías y tú?
- Otra vez con lo mismo… –respondí, intentando evadir el tema.
- Insisto porque no te creo. Te conozco, Tali. No quisiera ser el último en saber que estás enamorada de él.
- No sé qué me pasa con él –admití, incapaz de seguir mintiéndole.
- ¿No sabes o no quieres saber? –preguntó serio y me soltó la mano.
- Prometiste que no ibas a alejarte de mí –le dije angustiada. No quería perderlo. Cuando estaba con Lucas me sentía bien, nos entendíamos, nos reíamos. Todo era más fácil con él.
- Nunca rompería mi promesa –respondió y me sonrió.

¿Por qué las cosas no podían ser así de sencillas con Matías? ¿Por qué no podía enamorarme de Lucas?

23

El viernes me fui al café desde la mañana para cambiar de aires. Necesitaba escribir en un ambiente distinto al de mi cuarto. Tenía esperanza de ver a Matías, aunque lo más probable era que estuviera trabajando o fuera de la ciudad, como siempre. No había tenido noticias de él desde el sábado en la noche.

- ¡Tali! ¡Qué alegría verte por aquí! –me recibió Lili con entusiasmo.
- Hola Lili, siempre es un placer venir a tu hermoso café–. Le sonreí–. ¿Cómo has seguido?
- Estoy mejor, gracias por preguntar, los tratamientos me están ayudando bastante. Aunque, si te soy franca, estoy algo preocupada por Matías.
- ¿Por qué? –pregunté intrigada.
- No lo veo desde el fin de semana. Dice que está trabajando, pero no me ha dado más detalles – dijo con angustia.
- ¿Has hablado con Vivian? –pregunté. No parecía propio de Matías dejar a Lili sola con su condición. ¿No fue ese todo el punto de mudarse con ella?
- Sí, pero Matías le pidió no decirme dónde está. Pensé en ir a buscarlo a su casa de la playa, pero es un trayecto muy largo para manejar yo sola.
- Yo puedo ir a buscarlo –respondí de inmediato–. Aunque no sé si tendrá ganas de verme.
- Siempre tiene ganas de verte, cariño. Si le pides las estrellas, te bajará el cielo completo. –Sonrió–. Matías tiene un gran corazón, pero es muy selectivo a la hora de entregarlo. Algo me dice que te ha escogido a ti, aunque no quiera admitirlo.
- ¿Estás segura de eso, Lili? –le pregunté con el corazón acelerado, invadido por la ilusión de su comentario.
- Estoy segura de que te mira cómo no mira a nadie. El resto debes averiguarlo tú –dijo Lili con una sonrisa triste y empezó a caminar hacia la cocina–. Ah, cariño–. Se dio la vuelta a mitad de camino–. Si lo ves, dile que lo espero aquí en casa.

¿Podría un ángel caído regresar al cielo? ¿O estaría por siempre condenado a su propio infierno? No podía dejar de pensar en Matías y en su monólogo sobre Venus y Marte. Las pasiones del hombre, muchas veces contrapuestas por naturaleza, pero acaso no es cierto que en toda guerra hay amor, y en todo amor hay guerra. Si Afrodita pudo hacer feliz a Ares, ¿quién dice que no puedo hacer feliz a Matías?

"*¿Dónde estás?*" Le escribí después de pensarlo durante toda la semana.

Me senté en la mesa de siempre, frente a la escalera, y comencé a escribir durante horas, pero el de rizos negros y ojos color miel no salía de mi cabeza. No podía dejar de pensar que en el día que lo conocí me ayudó a limpiarme la herida y me acogió durante la tormenta, aunque yo era una total desconocida. ¿Cómo podía ser tan malo como lo pintaban y hacer actos desinteresados como ese?

Al cabo de algunas horas, cerré de golpe el archivo en el que había estado escribiendo durante semanas y abrí el documento en el que escribía sobre él. No sabía muy bien a dónde iba la historia, pero no tenía sentido obligarme a parar.

Habían transcurrido varias horas y no había recibido respuesta de su parte, por lo que al caer la tarde cerré la computadora de golpe y me apresuré a mi casa para buscar mi carro.

- ¡Alicia! –grité mientras tomaba las llaves–. ¡Voy a salir!
- ¿A dónde vas? –preguntó desde su cuarto.

- ¡A buscar a Matías! –grité de vuelta y cerré la puerta. No tenía tiempo que perder, pues ya estaba empezando a oscurecer.

En el largo camino me invadieron las dudas. ¿Y si no me acordaba cómo llegar a su casa? ¿Y si no estaba ahí? ¿Y si estaba, pero no quería verme?

A pesar de todo, seguí manejando.

Quería mentirme y me decía que lo hacía por Lili, pero lo cierto es que lo hacía por mí, por esos sentimientos desenfrenados e irracionales que tenía por él y que me daba miedo admitir.

Había pasado las últimas semanas cayendo poco a poco por él, cada vez más. A esa altura, ya no me quedaba más que afrontarlo.

Me dolía admitirlo, porque no quería ser la mujer que se enamoraba demasiado rápido, demasiado fácil, demasiado fuerte. Menos después del desastre de relación que tuve. Pero, ¿qué podía hacer? Me había enamorado de Matías, loca, profunda e irremediablemente. A pesar de lo que decían Lili, Alicia y mi madre, no tenía certeza de que fuera recíproco. Pero no importaba ya. Aunque fuera unilateral, no podía seguir engañando a mi corazón.

Nix, la diosa de la noche, me acompañó el resto del camino.

En cuanto me estacioné frente a la imponente casa, divisé su lujoso carro en el garaje y me dio un vuelco el corazón.

Me bajé del carro y toqué la puerta de la entrada, sin saber bien qué iba a decirle.

Escuché pasos acercándose a la puerta y se me aceleró más el corazón, al punto de que pensé que me iba a desmayar.

- Buenas noches, señorita Miller –dijo Esteban en cuanto abrió la puerta. Por alguna razón, me aliviaba que hubiera abierto la puerta él y no Matías.
- ¿Quién es? –preguntó el de ojos soñados mientras bajaba las escaleras. Se me erizó la piel al escucharlo.
- Soy yo –respondí, entrando a la casa sin que me hubieran invitado.
- Tali –dijo con sorpresa. Sus ojos color miel se suavizaron. Era evidente que iba llegando de la oficina, pues tenía aún su traje azul, aquel con el que había soñado días atrás–. ¿Viniste sola? ¿Qué haces aquí?
- Permiso –dijo Esteban que leyó la habitación y nos dio la privacidad que necesitábamos.
- Tenemos que hablar –dije, nerviosa–. Tu mamá está preocupada por ti. ¿Por qué desapareces sin avisarle?

Matías bajó la mirada, decepcionado.

- Yo le insistí en que viniera conmigo y ella no quiso. De cualquier manera, hablo con ella todos los días –respondió.
- Pero me dijo que no sabía dónde estabas…–le dije, confundida.
- Claro que sabe, Tali. ¿Cómo voy a desaparecer sin decirle a mi madre enferma? –Se rio irónicamente–. Lamento que hayas venido hasta acá engañada por mi madre.
- Yo no –respondí–. Engañada o no, me alegra haber venido. –Estaba empezando a entender que Lili estaba llena de trucos.

Matías seguía al pie de la escalera y yo de pie en la mitad de la sala, con una considerable distancia entre nosotros. No parecía el mejor escenario para hablar.

- ¿Podemos ir al jardín? –pregunté, desesperada por un poco de aire fresco.
- Vamos –dijo y atravesamos las enormes puertas corredizas de vidrio que nos llevaban al patio trasero, desde donde se escuchaban las olas–. Ponte esto, hay mucho viento. –Se quitó la chaqueta de su traje y me la colocó en los hombros.

- Gracias –le dije, bajando la mirada, incapaz de verlo a esos ojos profundos que me intimidaban–. Ven aquí. –Me senté sobre el césped y lo invité a sentarse a mi lado.

Matías me miró inseguro, pero finalmente se sentó junto a mí, ambos de cara al mar.

- Es una noche preciosa –le dije admirando las estrellas, sin saber cómo abordar el tema.
- Lo es –dijo y suspiró–. No creo que hayas venido hasta aquí para hablar de la noche, Tali.
- No. –Tenía razón, las cosas estaban demasiado tensas como para hablar del clima–. Vine a decirte que en el infierno también hay ángeles –dije con la respiración acelerada. No sabía cómo iba a terminar esa conversación, pero no iba a pensarlo demasiado.

Miré a Matías tras un largo silencio, quien estaba aún mirando al mar. Inmóvil.

- No soy quien crees, Tali –dijo con tristeza, con la voz quebrada.
- Entonces dime, ¿quién eres? ¿Quién te hizo tanto daño? ¿Por qué no puedes hablar conmigo? –pregunté casi sin respirar, frustrada.
- ¡Diablos Tali! –respondió alterado, clavando sus profundos ojos en los míos–. No soy bueno para ti. No tengo nada que ofrecerte. No voy a permitir que te pierdas en un intento de salvarme. No deberías reparar algo que no dañaste. –Se puso de pie y empezó a caminar hacia la sala.
- ¡Espera! –le dije mientras me ponía de pie y lo tomaba del brazo. Matías se giró antes de lo que había esperado y quedamos frente a frente, muy cerca.

Nos quedamos en silencio, mirándonos, deseándonos, mientras se aceleraban nuestras respiraciones y se sincronizaban en una sola.

- Tali –susurró con tristeza, en un hilo de voz–. He intentado tantas veces alejarme de ti. –Su aliento me hacía cosquillas en las mejillas y me embriagaba su olor. Lo deseaba tanto, como no había deseado nada antes.
- ¿Entonces por qué regresas? –pregunté, en un estado absoluto de agitación y de delirio.
- Porque cuando estoy contigo me siento feliz de estar vivo. –Hizo una pausa y pasó la vista de mis ojos, a mi boca–. Eres mi adicción.

Empezó a acercarse lentamente, sus ojos me miraban desesperados, pidiendo permiso para continuar. Había estado soñando con ese momento desde el día que lo conocí, y no podía creer que finalmente había llegado.

Asentí levemente y fue suficiente para que recortara la distancia que había entre nosotros. Sus labios cálidos tocaron los míos con delicadeza, envolviéndonos en una nube de ternura. Su boca era dulce, como el chocolate, abrasadora, como el sol de la playa, y serena, como el mar que nos arrullaba de fondo. Sus ágiles dedos recorrieron lentamente el camino de mi brazo hasta mi cuello. Su pulgar me acariciaba la mejilla con tal cuidado, como el de una niña con una muñeca de porcelana. Su cariño en mi piel me enloquecía el alma.

Mis manos se posaron en su pecho, y luego en su cabello. Me moría por entrelazar mis dedos con sus salvajes rizos negros, aquellos que me cautivaron desde el día en que los vi chorreando hilos de agua en el piso del café.

Con el pasar de los segundos aumentaban las ansias y nos dejamos consumir por el beso, cada vez más intenso. Un beso profundo, anhelado, anunciado en mis sueños. Nos dejamos llevar por el deseo y la desesperación. Un fuego intenso había empezado a crecer en mi pecho, cada vez más penetrante. Daría mi vida sin pensarlo por repetir ese beso, una y otra vez.

Deseaba a Matías con locura, a todo él. Me quemaba por tocar su piel desnuda, por sentir sus manos en mi cintura, luego en mis muslos, y así en todo mi cuerpo. Me sabía dulce, me sabía a guerra, me sabía a admiración. No podía pensar en nada que no fuera él, en el suave tacto de sus manos, en la firmeza de sus brazos, en la calidez de su aliento.

- Tali –se detuvo, y apoyó su frente en la mía. Cerró los ojos y me sostuvo el rostro con sus manos.
- ¿Qué pasa? –pregunté, preocupada por despertar de aquella fantasía.
- Esto está mal –respondió–. No quiero hacerte daño.
- Mírame –le dije, sintiendo como me corría la adrenalina por las venas –¿Por qué me harías daño? –le pregunté.
- Porque estoy roto, con el corazón lleno de cicatrices que no van a desaparecer nunca –me respondió, soltándome el rostro.
- Mírame –dije de nuevo, decidida, y me levanté la camisa para enseñarle la cicatriz de mi abdomen–. ¿Crees que estoy rota? –le pregunté.

Matías se quedó en silencio y pasó sus dedos por toda la cicatriz, de principio a fin. Su tacto me dejaba sin respiración.

- No, creo que eres hermosa –me respondió, mirándome con esos ojos color miel que me hacían delirar.
- Las cicatrices no son más que una prueba de que luchamos en batallas importantes. Algunas las perdemos, otras las ganamos, pero al final del día son parte de nuestra vida. Nos recuerdan lo fuertes que somos, y la capacidad que tenemos para sanar una y otra vez –le dije y le acaricié el rostro, ese rostro escultural.

Matías me miró en silencio, y me regaló una tenue sonrisa.

- Eres un rayo de luz, Tali. Te mereces algo mejor –respondió con tristeza–. Alguien que no te atormente con sus demonios.
- Espera –le dije, tomándolo del brazo, temerosa de que se alejara de mí otra vez–. No pretendo que me cuentes los demonios que te persiguen, solo te pido que no dejes que nos alejen. Por lo menos no hoy –supliqué.
- Está bien –respondió con ternura, y me acarició el cabello–. No hoy.

Entramos a la casa y cenamos, con el corazón en paz. No podía dejar de sonreír. No sabía qué significaba aún esta noche para nosotros, pero tenía la esperanza de que fuera un paso en la dirección correcta.

- Debería irme –le dije viendo el reloj. Era muy tarde ya y me quedaba un largo camino.
- Quédate –dijo suplicante mientras acariciaba mi mano con la suya.
- ¿Estás seguro? –pregunté, mordiéndome el labio.
- Me pediste que estuviéramos juntos, aunque sea por hoy –dijo y me dio pánico su aclaración. ¿Solo por hoy? ¿A qué se refería? –. Además, no sería la primera vez que dormimos juntos –dijo con astucia y me acercó a él para plantarme un suave beso en la nariz.
- Está bien, pero vas a tener que prestarme uno de esos cómodos suéteres tuyos para dormir.
- Todos los que quieras –replicó sonriente y se me estremeció el alma.

Lo seguí hacia su enorme habitación y luego hacia su inmenso closet que era casi del tamaño de mi cuarto.

- Wow –murmuré mientras detallaba los múltiples trajes que tenía colgados a

cada lado del closet.

- Aquí tienes –dijo mientras me entregaba otro par de pantalones deportivos largos y un suéter, esta vez azul.
- ¿Otro suéter para mi colección? Ya tengo el negro, el gris y ahora el azul –dije entre risas.
- Puedes quedártelos todos, después de que te vi usando la sudadera negra el día que te conocí, compré más y de todos los colores –respondió mientras se quitaba los zapatos.
- ¿Por qué? –pregunté con curiosidad.
- Para asegurarme de que siempre tuviera suficientes para ofrecerte –dijo con dulzura–. Además, claro, de que te quedan mucho mejor que a mí–. Levantó la vista y me miró con esos ojos hermosos.
- Gracias –susurré, sonrojada.
- Puedes cambiarte en el baño –dijo y me señaló hacia el otro extremo de la habitación.

Y, aunque me vi tentada a no hacerle caso, preferí no presionarlo demasiado y llevar las cosas a su ritmo. Ni siquiera estaba segura de lo que pasaba por su mente.

Cuando regresé del baño, Matías llevaba un pantalón deportivo igual al mío y una camiseta cuello en V pegada al cuerpo. No voy a negar que me decepcioné un poco al verlo con tanta ropa pues tenía una pequeña esperanza de que le gustara, al menos, dormir sin camisa.

- ¿Lista para dormir? –preguntó mientras nos acercábamos a la cama.
- Sí –respondí, nerviosa. Insegura de sus planes para esa noche.

Por más difícil que sea de creer, nunca tuve ningún tipo de intimidad con Chris. Claro que me lo propuso más de una vez, pero nunca sentí que fuera el momento adecuado. Ahora entiendo que el problema era la persona, y no el momento. Qué agradecida estoy por no haber cedido, a pesar de sus constantes reproches y manipulaciones.

En cambio con Matías todo se sentía diferente, a pesar de lo poco que nos habíamos sincerado hasta el momento, estaba dispuesta a sobrepasar todos mis límites por él. Así de irracionales e intensos eran mis sentimientos.

- Ven aquí –me invitó a sentarme junto a él en la cama y se acomodó para que estuviéramos sentados frente a frente–. ¿Estás nerviosa? –preguntó sorprendido.
- Sí –admití, limpiando el sudor de mis manos en mi pantalón.
- ¿Por qué? –preguntó con preocupación.
- Soy virgen –confesé, como si fuera alguna especie de delito.
- Tali –dijo Matías con ternura mientras me plantaba un cálido beso en la frente–. Eso no va a cambiar esta noche.
- ¿Por qué? –pregunté, algo indignada para ser honesta.
- Porque no es el momento –replicó.

Lo miré decepcionada y suspiré. ¿No era el momento, o no era la persona?

- ¿Crees que es porque no te deseo? ¿Piensas realmente que no me muero por tenerte cerca de mí, en cuerpo y alma? –soltó una risa sarcástica–. Créeme, no hay nada que desee más, pero no es lo que te mereces.

Su repentina honestidad me dejó sin palabras y me hizo sonrojar.

- Te mereces la estabilidad emocional que yo no te puedo dar, por lo menos no por ahora.
- No digas eso… –comencé a decir.

- Es la verdad, Tali. Aunque te duela aceptarla, no soy el hombre que idealizaste en tu mente –me interrumpió.

Acaricié su rostro con mis dedos y sentí pena por él, por tener un concepto tan erróneo de sí mismo.

- Eres el hombre que me sacó de la tormenta y del ajetreado mar, que dejó sus comodidades para cuidar de su madre, que me dio la oportunidad de cumplir mi sueño cuando ni yo misma creí en mí, el que me ha sostenido en mis crisis sin juzgar, el que me ha defendido cuando no se lo he pedido, el que desinteresadamente me ha apoyado, una y otra vez. Y si ese es el hombre al que te refieres, entonces sí, estoy orgullosa de haberlo idealizado. –Matías parecía sorprendido por mis palabras. –Ojalá te vieras como te veo –inquirí, sintiendo la urgencia de hacerle entender que merecía más de lo que se permitía.

Matías me miró en silencio y se acercó lentamente. En respuesta a mi manifestación, me regaló un dulce y añorado beso. Tras varios segundos se apartó de mí y me tomó de la mano. Mi cuerpo aún no podía superar la exquisitez de su tacto.

- *Que Él dará orden sobre ti a sus ángeles de guardarte en todos tus caminos* –citó las Sagradas Escrituras y besó mi mano con delicadeza–. Buenas noches, Tali.
- Buenas noches, Matías –respondí, incapaz de contener una sonrisa.

Él creía que yo era su ángel de la guarda, pero no estaba consciente de que él era el mío.

24

Su respiración acariciaba mis mejillas y los latidos de su corazón resonaban en mis oídos. Y, aunque parecía un sueño, realmente estaba acostada sobre su pecho. Su brazo izquierdo me abrazaba alrededor de la espalda y sus dedos jugueteaban con mi cintura.

Era lo más íntimo que había estado con un hombre en toda mi vida. Aunque anhelaba más, concordaba con él en que no era el momento. Tenía esperanzas de que ese día llegaría y que sería Matías el dueño de todos mis suspiros.

A pesar de que habían pasado varios minutos de silencio, ambos seguíamos despiertos inmersos en la oscuridad de su cuarto, disfrutando de la sintonía de nuestras respiraciones.

- Cuéntame una historia –me pidió, casi en un susurro, mientras jugaba con mi cabello.
- ¿Conoces la historia de Narciso? –le pregunté, segura de que la conocía.
- No, cuéntamela –dijo y me dio un beso en la cabeza.
- Hay varias versiones, pero te voy a contar mi favorita. –Sonreí–. Se dice que Narciso era un joven hermoso que enamoraba a las mujeres con su apariencia, pero a todas las rechazaba. Una de esas mujeres era la Ninfa Eco, condenada por Hera a repetir la última palabra que escuchaba. Un día la Ninfa le intentó declarar su amor, pero fracasó por su maldición, pues nada de lo que decía tenía sentido. Narciso la rechazó y le rompió el corazón. La Ninfa murió de tristeza y de desamor en una cueva, por lo que la diosa Némesis impuso un castigo a Narciso, que sería enamorarse de su propio reflejo en un río. Cuenta la leyenda que murió ahí, obsesionado con su reflejo. Donde quedó su cuerpo, creció una flor, a la que le pusieron narciso en su honor. –Me quedé en silencio unos segundos, disfrutando de sus dedos sobre mi cintura.– Mi madre me contó esta historia cuando era niña una noche antes de dormir, y me pareció hermoso. Desde entonces soy una inexperta amante de la mitología.
- ¿Por eso te gustan los narcisos? –preguntó y asentí–. Uno de los primeros libros que leí en la adolescencia fue la Odisea. Fue mi primer encuentro con la mitología griega.
- ¿Entonces también te gusta? –pregunté.
- ¿A quién no? –contestó.

Nos abrazamos en un silencio tan largo que pensé que se había dormido, hasta que habló de nuevo.

- Estoy en una guerra interna, Tali –suspiró, hablaba como un niño asustado, un niño herido–. Temo que nunca vaya a acabar.
- Ninguna guerra es para siempre –respondí. Estaba dispuesta a acompañarlo en esa guerra y en todas las venideras, aunque no sabía a qué me enfrentaba. ¿Y cómo no? Si era mi Marte.
- La Navidad es la época más bonita del año, pero detesto quitar el árbol después. Me encantan las frutas menos la papaya, no entiendo cómo les puede gustar con ese olor tan desagradable –comenzó a decir y me tomó por sorpresa.
- ¿Qué haces? –le pregunté, riéndome.
- Me dijiste que no sabías nada de mí, pues aquí te van unos datos curiosos–. Imaginé su sonrisa, aunque no pudiera verlo–. Me encantan los perros, pero nunca he tenido uno.
- ¡A mí también! –lo interrumpí–. En algún momento planeo tener una pastor

ovejero inglés a quien llamaré Selene, como la diosa de la luna.

- Suena como un buen plan –dijo sonriente–. Me gusta la música clásica. Me encanta el café a cualquier hora del día –suspiró e hizo una pausa–. Aprendí a navegar cuando murió mi padre para poder llorar en la tranquilizante soledad del mar.

Escuché la tristeza en su voz y lo abracé más fuerte. Quería preguntarle sobre él, pero no quise interrumpirlo.

Cómo me hubiera gustado poder quitarle todas sus penas de encima.

- Prefiero el mar que las montañas.
- ¿Por qué? –pregunté.
- Porque me transmite paz y me reconforta el sonido de las olas –respondió–. ¿Y tú? ¿Qué prefieres?
- Las montañas –susurré–. Sueño con tener una cabaña rodeada de pinos, con un pequeño jardín lleno de toda clase de flores en algún pequeño rincón en la montaña.
- Uno de mis libros favoritos es Prohibido Suicidarse en Primera, ¿lo has leído? –me preguntó.
- No, pero lo leeré. –Sonreí. Estaba encantada por todo lo que estaba aprendiendo de él.
- Mi pintor favorito es Botticelli.
- El de Venus y Marte, la Primavera y el Nacimiento de Venus –respondí, recordando todo lo que él me había enseñado sobre esas pinturas–. ¿Por qué?
- Porque cuenta mis historias favoritas a través del arte. –Hizo una pausa–. Hay mucho más que quisiera contarte, pero no puedo.
- ¿Por qué?
- Porque no quiero que dejes de verme como ves, con esos ojos grandes que causan incendios y detienen guerras –dijo, y me tomó de la barbilla para mirarme a los ojos.
- No voy a verte distinto –respondí conmovida.
- Lo harás. –Sentí como se tensaba su cuerpo y supe que era hora de cambiar el tema.
- ¿Por qué tienes pesadillas sobre Vivian?
- No quiero hablar de ella –respondió distante y se me revolvió el estómago–. Pero no es lo que crees. –Suspiró y me miró intensamente con esos ojos de ensueño–. Tali, no hay ninguna otra mujer con quien quisiera estar en este momento que no fueras tú.

Un fuego intenso estaba creciendo de nuevo dentro de mí. Tenía unas ganas inmensas de besarlo, de tocarlo, de estar aún más cerca de él.

- ¿A qué le tienes miedo? –preguntó, rompiendo el silencio.
- A la soledad–. Hice una pausa–. En cuanto Alicia se case, no sé qué voy a hacer.
- ¿Dónde vas a vivir? –preguntó.
- No lo sé aún.

Matías sonrió con simpatía y me recogió un mechón rebelde de cabello.

- ¿Y tú? ¿A qué le tienes miedo? –pregunté.
- A lastimar a la gente. Pero de alguna u otra forma, siempre lo hago. –suspiró–. Mejor durmamos –dijo y antes de que pudiera responderle me dio un dulce beso en los labios. Asentí y me acomodé de nuevo sobre su pecho. Ese pecho que por fuera era a

prueba de balas, pero por dentro se derrumbaba a pedazos.

Dormimos abrazados, sumergidos en un idilio del que no quería despertarme nunca.

Me despertó Helios, el que todo lo ve, brillando a través de la ventana.

Abrí los ojos de golpe y miré a mi lado, con temor de no encontrar a Matías junto a mí. Pero ahí estaba, aun abrazándome, mirándome con ternura.

- Buenos días –dijo sonriente y me dio un beso en la frente–. Duermes como un ángel.
- Buenos días. –Sonreí–. Pensé que me habías dejado.

Matías tensó la mandíbula, pero no me respondió.

- ¿Quieres desayunar? –preguntó.
- Sí, ¿qué me vas a cocinar? –le sonreí.
- Lo que me pidas –dijo y se puso de pie. La cama se sentía fría sin él, por lo que me apresuré a seguirlo. Ahora que había conocido el cielo a su lado, no estaba dispuesta a dejarlo ir.

En cuanto bajamos, me dispuse a abrir los grandes ventanales de la sala para que entrara la suave brisa salada con olor a mar, mientras Matías sacaba los ingredientes para preparar *omelettes*.

- ¿Te gusta cocinar? –le pregunté, fascinada por verlo en la cocina.
- Sí, pero casi nunca lo hago. –Hizo una pausa–. Es muy aburrido cocinar para una sola persona.

Se veía relajado, alegre. El Matías jovial que me volvía loca. Aunque seguía siendo cauteloso, se abría poco a poco. Me preguntaba qué secretos guardaba en su corazón herido.

Encendí el equipo de sonido que estaba en la cocina y estaba sonando “Unchained Melody” de The Righteous Brothers.

- Me encanta esa canción –le dije mientras tarareaba la melodía.
- Me encanta verte feliz –me dijo desde el otro lado de la cocina, y me sonrió.

Estoy segura de que no estaba consciente del peso que tenían esas palabras para mí, pero me calaron profundo. A mi *ex* le molestaba que tarareara canciones, que bailara o que mostrara, en general, alguna señal de felicidad. *“Es inmaduro”*, decía. Embriagada por la nostalgia y unas ganas inexplicables de llorar, salí al jardín para disimular mi cambio de humor, producto de la simplicidad de sus palabras.

Eran los pequeños momentos como ese los que realmente me hacían feliz. Él me hacía feliz aún sin intentarlo.

- ¡Tali! –me llamó desde la cocina–. ¡Está sonando tu teléfono!

Entré corriendo a la sala para contestar.

- Gracias –le respondí, y atendí–. ¿Aló?
- Mi persona favorita.
- Lucas. –Sonreí–. ¿Cómo estás?
- Estaría mejor con mi persona favorita cerca. ¿Dónde estás? –preguntó.
- Fuera de la ciudad, pero hoy regreso. –Miré a Matías, que estaba de espalda, cocinando, pero pareció no percatarse de la conversación.
- Perfecto, hoy viene una exposición de arte a la ciudad inspirada en pintores famosos. ¿Quieres ir? Puedo pasar a buscarte en la tarde, como a las seis.
- Me parece bien. Nos vemos más tarde.

Dejé el teléfono y me acerqué de nuevo a la cocina. La mesa ya estaba puesta y Matías estaba sirviendo la comida en los platos.

- ¿Cappuccino? –me preguntó.
- ¿Del mejor barista de la ciudad? No podría negarme –respondí con una sonrisa–. Gracias.

Terminó de preparar los cafés en silencio y nos sentamos frente a frente a desayunar.

- ¿Te puedo hacer una pregunta? –dijo, serio.
- Las que quieras –respondí intrigada.
- ¿Cómo es tu relación con Lucas? –preguntó y me tomó por sorpresa. ¿Era por la reciente conversación? –. Por favor sé sincera.
- Es mi amigo, mi mejor amigo–. Hice una pausa, pensando en si debía continuar–. Nos llevamos muy bien. Es amable, respetuoso y atento–. En cuanto lo dije, se le oscureció la mirada. Ya no quería seguir hablando de Lucas, pero aparentemente él sí.
- ¿A qué se dedica? –preguntó, sin levantar la mirada de su plato.
- Es abogado.
- ¿Te trata bien?
- Sí –respondí confundida. Me sentía como en un interrogatorio.
- ¿Te cuida? –posó de nuevo su mirada en mí. Su mirada fría y oscura.
- Sí –susurré. No entendía a dónde quería llegar.
- Gracias –respondió y fue lo último que hablamos sobre él.

Terminamos de comer en silencio y subimos a alistarnos para salir. Matías estaba distante desde nuestra conversación sobre Lucas, ¿eran celos? Pero si era él el que me alejaba constantemente. Mientras que Lucas buscaba mil razones para vernos, Matías encontraba mil excusas para separarnos. No tenía ningún derecho a celarme.

"Todo esto sería más sencillo si me gustara Lucas", pensé mientras me bañaba. Pero lo cierto era que, por mucho que quisiera a Lucas, mi corazón estaba reservado para Matías.

- Muchas gracias por venir, y por quedarte conmigo –dijo circunspecto mientras nos subíamos a mi carro. Había insistido en dejar su carro y tomar el mío.
- Gracias a ti, por todo. –"Por tus dulces besos, por las caricias, por las sonrisas robadas y las miradas profundas", dije en mi mente. Estaba claro que la fantasía en la que habíamos estado envueltos la noche anterior ya se había desvanecido. Había regresado el Matías comedido y pensativo de nuevo.

En el camino de regreso íbamos callados. Aún sin hablar, sentía su compañía. Me embriagaba su olor, el calor de su cuerpo, la electricidad que se sentía en el ambiente.

Ya casi al final del trayecto me quedé dormida por algunos minutos. Me desperté sobresaltada tras dejar escapar un largo suspiro sonoro, que tenía su origen en esos sueños majestuosos que no terminaban de hacerse realidad. Miré avergonzada a Matías, preguntándome si me había escuchado. Seguía con la vista clavada en la carretera, pero en la comisura de sus labios se asomaba una discreta sonrisa burlona.

- Llegamos –dijo mientras se estacionaba frente a mi casa y se bajaba a abrirme la puerta.
- Gracias –respondí con timidez.

Me lastimaba cuando ponía esta fría distancia entre nosotros.

- Hasta luego, Tali –se despidió con un beso en la mejilla y me entregó las llaves de mi carro. Me miró los siguientes segundos en silencio y me acarició con dulzura la mejilla–. Eres luz.

Comenzó a caminar en dirección al café con las manos en los bolsillos y la mirada caída.

- Matías –lo llamé mientras se alejaba–. Por favor no te pierdas.

Matías me miró en silencio y me regaló una media sonrisa, llena de tristeza. Luego siguió caminando, sin decir nada más.

Podía escuchar los pedazos de mi corazón destrozado mientras lo veía alejarse. Aunque no lo hubiera dicho, se sentía como una despedida.

Derramé, una vez más, una tímida y solitaria lágrima.

25

A las seis de la tarde escuché al carro de Lucas frente a mi casa. Puntual, como de costumbre. A pesar de la tristeza que albergaba en mi pecho, nos fuimos a la exposición de arte en uno de los hoteles en el centro de la ciudad.

- ¿Por qué estás tan callada? –me preguntó Lucas cuando llegamos.
- No sé, siento que me pesa el corazón –respondí distraída, sin darle mucha importancia.
- ¿Por qué? ¿Qué te pasó? –Se detuvo de golpe y me miró preocupado.
- No quiero hablar de eso. –Sonreí con tristeza–. Pero no te preocupes.
- Sabes que puedes contar conmigo, Tali –insistió.
- Lo sé –respondí–. Por ahora solo necesito tu compañía.

Lucas asintió con pesar, y seguimos caminando.

- ¿Quieres ver las réplicas de Van Gogh? Dicen que son impresionantes –me dijo y me guio hasta uno de los primeros salones de la galería, a mano izquierda.
- Son increíbles –respondí frente a la réplica del famoso cuadro “La Noche Estrellada”.

Continuamos por las próximas horas caminando por la galería, entre réplicas de Monet, Dalí y Da Vinci. También había algunas pinturas originales inspiradas en otros pintores importantes.

Cuando ya nos íbamos, noté que nos habíamos saltado un salón.

- ¿Y ese de qué es? –pregunté.
- No sé, veamos –dijo Lucas mientras nos acercábamos–. Parece que es mitología, probablemente de la época del renacimiento.
- Botticelli –susurré–. Quiero entrar.

Lucas asintió y me siguió hacia la galería.

Había réplicas de Sebastiano Ricci, Dosso Dossi y otros importantes artistas de este género. En el fondo, colgadas sobre la última pared, yacían las réplicas que me había enseñado a querer Matías.

El corazón me apretaba el pecho, intentando sobrevivir a tantos recuerdos.

- Venus y Marte –susurré, acercándome al cuadro–. Mi dios de la guerra –dije entre sollozos, incapaz de controlarme. Las lágrimas salían una tras otra y sentía un dolor en el alma que no sabía explicar.
- Tali – dijo Lucas mientras me abrazaba y me dejaba llorar en su pecho–. Salgamos de aquí.

Me tomó de la mano y me guio entre la gente hacia la salida, mientras yo intentaba hacer respiraciones profundas para dejar de llorar.

- ¿Qué te pasa? No me gusta verte así –exclamó cuando nos sentamos en el carro, acariciándome la mano.
- No entiendo cómo gana la guerra –respondí, intentando calmarme–. Se supone que debía ganar el amor. ¿Por qué si Venus lo logró, yo no? ¡Tenía esperanzas!
- ¿De qué hablas Tali? –preguntó Lucas confundido–. Respira y vuelve a comenzar, en español esta vez.
- Hablo de Matías–. En cuanto mencioné su nombre, a Lucas le cambió la expresión–. Estoy perdidamente enamorada de él, pero no hace más que alejarse de mí –dije con pesar. Me incomodaba hablar sobre este tema con Lucas, mi bondadoso Lucas, pero ya no podía contener más esta opresión que sentía en el pecho–. Yo quiero ser su

Simonetta Vespucci –me lamenté.

- Quizás lo mejor es que lo olvides –dijo con firmeza.
- ¿Por qué? –pregunté dolida.
- Porque te está haciendo un favor –respondió mientras encendía el carro–. Hay personas que no pueden hacernos bien.
- ¿Y tú cómo sabes? –pregunté a la defensiva–. ¿Cómo sabes que él no puede hacerme bien?
- No lo sé, pero quizás él sí y por eso se aleja.

Me quedé en silencio, incapaz de pronunciar palabra. No quería escuchar lo que Lucas tenía que decir sobre Matías. Él no lo conocía como yo.

Matías era compasivo, bondadoso, atento, respetuoso, cariñoso, optimista, fiable y detallista. Me lo había demostrado una y otra vez a través de sus acciones. Había mucho que no sabía de él, pero con lo poco que sabía, me era suficiente para quererlo como lo quería. No me importaba lo que pensaran los demás sobre él.

No hablamos el resto del camino, pero le agradecí amablemente por la invitación y me encerré en mi habitación.

Me quité la ropa que llevaba y me puse el mismo suéter azul con el que había dormido la noche anterior, pues aún llevaba su olor.

Había pasado poco tiempo desde la última vez que lo había visto, pero estaba segura de que no lo vería de nuevo pronto. Me lo había dejado claro su mirada.

Escuchaba las olas del mar rompiendo contras las piedras, sin cesar. Flotando, desnuda, tapada apenas con mi cabello, me veía a mí misma, acercándome a la orilla. En cuanto llegué, un hombre me tendió la mano para ayudarme a salir del mar. Supe de inmediato por su frío tacto que era Lucas, con su escuálido pecho al descubierto. Una vez en tierra firme, un hombre me arropó con su manto para protegerme del frío y me acarició el rostro con sus cálidas manos. Matías, con su musculoso pecho descubierto yacía ante mí. Era "El nacimiento de Venus", pero versión personalizada.

Al día siguiente fui a buscarlo al café tan pronto como abrí los ojos. Me senté en la mesa de siempre que, por alguna razón, siempre estaba vacía.

- ¿Cappuccino? –preguntó Alex sonriendo, mientras sacaba una pequeña libreta de su delantal para tomar mi orden.
- Por favor –respondí–. Una pregunta, ¿por casualidad has visto a Matías?
- Vino ayer a buscar a Lili, pero salieron con maletas. Nos dijeron que estarán fuera de la ciudad por algunas semanas.
- ¿Semanas? –pregunté decepcionada.

Alex asintió con tristeza y me dejó en mi amarga soledad. Tal y como me había dejado Matías.

26

- ¡Feliz cumpleaños! –me despertó Alicia con entusiasmo antes de ir al trabajo–. ¡Es 4 de junio! El cumpleaños de mi alma gemela.
- Gracias –murmuré, aún dormida.
- Mañana celebramos, ¿ok? –dijo mientras me daba un beso en la cabeza.
- Está bien. –Forcé una sonrisa. No me sentía con ganas de celebrar nada.
- Abajo te dejé *pancakes* de avena recién hechos –dijo finalmente, y cerró la puerta.

En cuanto se fue, revisé desesperadamente los mensajes en mi celular. Tenía felicitaciones de mi familia, de algunos amigos y de Lucas, pero no de quien estaba esperando.

Habían pasado veintisiete días desde la última vez que había visto a Matías. ¿Pero quién lleva la cuenta?

Casi todos los días desde entonces había ido al café, con la excusa de escribir, pero con la esperanza de verlo de nuevo.

Durante la primera semana le había enviado mensajes todos los días, pero dejé de hacerlo tras cinco días sin recibir respuesta. Ya me habían humillado suficiente "por amor" y no iba a permitir que ocurriera de nuevo. Aunque tuviera el corazón en llamas.

Mis noches eran largas y solitarias, sumergiéndome en las páginas del libro que estaba escribiendo. Las letras se convertían en mi refugio, un escape de la realidad que a veces resultaba demasiado abrumadora. Aunque estaba llena de dolor, encontraba consuelo en las palabras que fluían de mi corazón herido.

Lucas y Alicia se convirtieron en mis anclas emocionales durante ese tiempo difícil. Sus risas y compañía me aliviaban el alma. Aunque acompañar a Alicia en los preparativos de su boda me recordaba constantemente la incertidumbre sobre mi futuro, traté de enmascarar mis sentimientos y celebrar su felicidad.

La mejor opción parecía ser irme a las montañas con mis papás, pero no terminaba de convencerme el perder la independencia que había conseguido los últimos seis años. Pero ¿qué más podía hacer? Tampoco me emocionaba la idea de vivir sola.

Durante el día evitaba llorar por Matías y concentrarme en todas las cosas que sí tenía: a Alicia, Lucas, mi libro y mis padres. Pero en las noches era otra la historia, pues todo me recordaba a él, a sus dulces besos, a su intensa mirada, sus labios bronceados, su tímida sonrisa y sus rizos salvajes.

Llegó entonces mi cumpleaños en un momento frustrante de mi vida, donde realmente no tenía ganas de celebrar. Mi mente estaba demasiado ocupada y distraída con el libro y la ausencia del hombre que me robaba la respiración.

Aún con mi tristeza, no podía desperdiciar los deliciosos *pancakes* que me había hecho Alicia, por lo que bajé a desayunar. En medio de mi solitario desayuno recibí un ramo de rosas rojas de Lucas, tan atento como siempre. ¡Mi Lucas! Mi leal compañero, ¡cómo quisiera que fueras tú el que me desvela en las noches!

En cuanto vi las flores me eché a llorar, sin entender por qué. Me sentía agobiada, frustrada, atrapada.

"Gracias por las flores. Están hermosas". Le escribí mientras las admiraba sobre la mesa de la cocina.

"No mereces nada menos." Respondió, y sabía que lo decía con otra intención. *"¿Quieres ir a cenar por tu cumpleaños?"*

Vi el mensaje, pero no le respondí. No tenía ganas de hacer nada, ni de ver a nadie.

En medio de ese dilema, recibí una llamada de mi madre.

- ¡Ahí estás! Mi cumpleañera –dijo en cuanto atendí–. Te escribí temprano.
- Hola mami –le respondí–. Estaba dormida.
- Me imagino que sí. –Suspiró–. Feliz cumpleaños, hija de mis ojos. Mi dulce y amada Tali –dijo mi madre con nostalgia.
- Gracias –respondí, pero sus palabras me movieron todas las emociones que ya estaban en la superficie, por lo que rompí a llorar de nuevo –¿Puedo ir a tu casa hoy?
- ¡Claro que sí! Tu papá y yo te esperamos felices. Puedes quedarte todo lo que quieras.
- Está bien, voy a alistarme para irme al mediodía –contesté entre sollozos.
- Mi niña preciosa, me muero por saber qué pasa en esa cabecita tuya –dijo mi madre, que sabía perfectamente que necesitaba de sus oídos y de sus abrazos–. Maneja con cuidado.

Colgué y le respondí a Lucas el mensaje.

"Gracias por la invitación, pero voy a pasar estos días en casa de mis papás. ¿Quizás la próxima semana?"

Aproveché para escribirle a Alicia de una vez.

"Me voy a casa de mis papás hasta el domingo. Me quiero desconectar del mundo, pero no te preocupes por mí. Te amo mucho mi compañera de aventuras"

Subí corriendo a alistarme, emocionada por la idea de refugiarme en las montañas y alejarme, aunque sea temporalmente, de mi rutina. Esa rutina que incluía pensar en Matías día y noche, soñar con él y fantasear con su regreso.

En cuanto llegué a casa de mis papás en la tarde, apagué mi celular y me desconecté por completo del mundo.

- ¿Quieres café? –preguntó mi padre, que estaba trabajando a mi lado en la mesa de la cocina–. ¿Cappuccino?
- Cappuccino no –me apresuré a responder–. Negro, sin nada. –Era tonto, pero hasta el cappuccino me recordaba a él.

Mi padre asintió y me preparó el café, el cual llevé conmigo al balcón de mi habitación, donde me dispuse a escribir con la fascinante vista de las majestuosas montañas.

Cada vez estaba más cerca de terminar el libro, o bueno, los libros. La historia de Nate tendría un final feliz, mientras que la de Matías, aún no estaba claro.

- ¿Tali? –preguntó mi madre del otro lado de la puerta cuando cayó la noche–. ¿Podemos pasar?
- Sí, adelante –respondí y cerré la computadora para darles mi atención.
- Te trajimos pastel de chocolate –dijo mi padre mientras sostenía un delicioso y pequeño pastel en sus manos–. Estamos muy felices de tenerte aquí.
- Además, queríamos recordarte la bendición que es estar vivo y lo afortunados que somos de poder compartir esta vida contigo, nuestra hija amada –dijo mi madre con lágrimas en los ojos y me abrazó.

Los cumpleaños en mi familia siempre han sido muy importantes y estaban cargados de una gran carga emocional.

- Gracias a ambos. –Los abracé–. Los amo mucho.

Mi papá salió del cuarto y mi mamá se acostó conmigo en la cama.

- Ahora sí, ¿qué me ocultan esos ojos? –preguntó mi madre–. Yo los creé, no me

engaña tu mirada.

- Este último mes ha sido tan difícil. –Suspiré.
- ¿Aún no sabes nada de él? –me preguntó, pues ya la había puesto al tanto de la situación.
- Vivian me dijo que está fuera de la ciudad, pero no he podido hablar con él –respondí–. Siento un hueco aquí en el pecho, que nunca había sentido. ¿Qué es esto que me pasa? –pregunté–. Yo me había enamorado antes, pero nunca se había sentido así. Tan profundo, tan lleno de todo. Aún después de un mes sin verlo, siento su presencia en todo lo que hago. Es intenso y caótico, es paz, es tristeza, es nostalgia.
- Es amor –me interrumpió mi madre–. Afortunados aquellos que viven el amor como tú lo vives –dijo y me acarició el cabello.
- Pero ¿cómo puedo amar a una persona en tan poco tiempo? –pregunté con el corazón apretado.
- Ay Tali, hay tantas cosas que no entendemos sobre el amor, y que tampoco entenderemos. –Suspiró–. Lo importante es saber que no hay una fórmula mágica, algunas personas se aman en minutos, y a otras les puede tomar años.
- Me duele mucho sentir que lo estoy perdiendo si ni siquiera hemos empezado. –Me comenzaron a salir lágrimas silenciosas–. ¿Será que hay otra mujer? Una vez lo vi con una chica en el café, con cabello tan oscuro como la noche. Otra vez lo escuché tener pesadillas con Vivian, su secretaria.
- ¿Crees que sea eso? –preguntó mi madre.
- Realmente no–. Suspiré–. Espero no estarme engañando, pero no lo creo. No sé cómo explicarlo, pero casi con certeza puedo decir que no hay nadie más. –Y era cierto, sabía en el fondo de mi corazón que no veía a ninguna otra mujer como me veía a mí.
- Quizás solo le tiene miedo al amor.
- ¿Por qué? Si amar es tan bondadoso –respondí.
- Probablemente le han hecho mucho daño y este es su mecanismo de defensa: huir cuando siente que puede caer de nuevo.
- ¿Cómo puedo demostrarle que no voy a hacerle daño? –dije en medio de sollozos–. Quiero amarlo, mamá, amarlo de verdad. Con todo lo que eso implica. Con sus demonios, sus heridas y sus cicatrices.
- La consistencia y el respeto son la clave de una relación duradera –me respondió–. La pasión y el enamoramiento son pasajeros, pero el amor tiene que ser consistente e integral.
- Afrodita Pandemos y Afrodita Urania –recordé el monólogo de Matías. Un amor integral, de cuerpo y alma–. ¿Cómo puedo ser consistente mientras respeto su espacio? –pregunté.
- Solo tú sabes –dijo y se despidió, dejándome sola con un mar de preguntas.

Saqué mi pequeño cuaderno y empecé a escribir.

27

Crónicas de mi idilio

- *idilio: coloquio amoroso.*

Día 1.

Hace casi un mes que no sé de ti.

Me muero por saber dónde estás, qué haces, qué llevas puesto. ¿Cuántas veces has sonreído desde la última vez que nos vimos y quién tuvo el honor de presenciar esa obra de arte?

Te imagino con aquél traje formal azul que llevabas el día que te conocí y con hilos de agua cayendo de tus rizos; o con la camisa beige arremangada y tu cabello revoloteando con la brisa del mar en el velero. ¿Cómo tuve la fortuna de cruzarme con semejante dios griego?

Hoy en mi cumpleaños solo pido un regalo al cielo, creo que ya imaginas qué es.

Día 2

Te confieso que estoy sufriendo en tu ausencia, y no como he sufrido antes. Me he preguntado día y noche durante el último mes, ¿qué es lo que me duele? Finalmente creo que he llegado a una conclusión, y te la cuento en este pedazo de papel lleno de lágrimas.

A pesar de que nos encontramos en medio de la tormenta, pronto supimos hacernos felices. Le pusiste color a todas aquellas nubes opacas en mi cielo.

"Eres un rayo de luz, Tali. Te mereces algo mejor", me dijiste una vez y me dejaste sin palabras. ¿Por qué te cuesta tanto creer que tú eres mi rayo de luz? El que había anhelado con tantas ansias. Me has ayudado a encontrar mi mejor versión, volteándome el mundo de cabeza, robándome la respiración con cada sonrisa y acelerándome el pulso con cada caricia. ¿Es que te cuesta tanto creer que estemos destinados a estar juntos? ¿Qué clase de amante sería si no te aceptara con todos tus demonios? ¿O es que tú me has rechazado por los míos?

Si tan solo me abrieras tu corazón, sabrías que vengo con la armadura puesta para acompañarte a luchar todas esas batallas de las que no quieres hablar. Tú mi Marte, yo tu Venus.

Día 3

Me duele saber que sufres en silencio, me duele que no te creas merecedor de mi amor. Si tan solo te vieras como yo te veo, podrías finalmente darme la oportunidad de amarte y darte la oportunidad de ser amado. ¡Cuánta desdicha me trae tu ausencia!

Cómo quisiera tener la valentía de mirarte a los ojos y decirte todo esto sin titubear.

Extraño tu olor, extraño tu sonrisa, extraño tus besos.

No se puede nadar contra la marea, Matías.

Día 4

Ayer regresé a mi casa con la esperanza de encontrar alguna señal de tu parte. ¡Qué ilusa! Si no quieres ni hablarme.

Si no me ibas a dejar amarte, ¿para qué me hiciste enamorarme de ti en primer lugar?

En cuestión de días me rendí ante tu sonrisa. Me sentía tuya y te sentía mío. Te sentí amigo de años y amante de vidas.

Llámalo como quieras, si te da miedo decir que es amor, pero cada día que pasa estoy más segura de lo que siento.

Me quemo por sentirte cerca de nuevo, ¿y tú? ¿Me extrañas como te extraño?

Día 5

Hoy fui al café y encontré flores en la mesa de siempre. Nuestra mesa. Eran narcisos violetas, mis favoritos.

Siento que esto lleva tu nombre, pero me da temor equivocarme.

Quererte como te quiero es un desperdicio si no te tengo cerca. ¡Qué será de este nuestro idilio!

Día 6

Estoy empezando a creer que no eres más que un personaje de mi libro, a quien le di vida desde mi imaginación.

Sin embargo, aquí te sigo escribiendo, todos los días, aunque no lo sepas. ¿Soy suficientemente consistente?

Día 7

Hoy llovió tan fuerte como el día que te conocí. Pasé el día pensando en que vendrías a rescatarme en medio de la tormenta.

Los truenos eran feroces, pero ya no les temo. Ahora escucho la voz de Dios a través de ellos. Me decía que aún no me diera por vencida contigo.

Día 8

Te confieso que cada día es una montaña rusa de emociones. Unos días más esperanzada que otros, pero siempre enamorada.

De pequeña mi madre me enseñó una rima que nunca me hizo tanto sentido como ahora. "Yo no quiero que tú me quieras porque yo te quiero a ti, queriéndome o sin quererme, yo te quiero porque sí".

No me importa si me quieres o no, he decidido quererte sin miedo, que lo hago por mí y no por ti. ¿Qué hago con estas ganas infinitas de tenerte conmigo?

28

Los días pasaban y seguía sin saber de Matías, pero no había perdido la esperanza. Vivian dijo que volvería, y yo quería creerle.

A veces me preguntaba si debía hacer algo más que esperarlo. Pero ¿cómo saber qué era lo que Matías quería realmente? ¿Tiempo para pensar o alejarse eternamente? ¡Qué le costaba dejar una carta con sus intenciones! Me frustraba demasiado que no pudiera comunicarse como una persona civilizada.

Aunque, para ser justa, no puedo decir que no me avisó. Ese "solo por hoy" de nuestra última noche juntos tuvo que haberme preparado para lo que venía.

- ¿Cómo estás? –me preguntó Alicia en el almuerzo, exactamente una semana después de mi cumpleaños.
- Bien, creo–. Sonreí con tristeza–. Esta vez no es igual como con Chris, ¿sabes? Esta vez me siento yo, me siento bien conmigo misma, pero me duele demasiado su ausencia, más de lo que me ha dolido cualquier cosa en mi vida. No entiendo por qué se aleja y no se deja querer. ¿Es que no quiere compartir su vida conmigo como yo quiero compartir la mía con él?
- Ay Tali–. Suspiró–. Yo pienso igual que tía. Quién sabe cuánto daño le habrán hecho en el pasado.
- ¿Y a mí? ¿Cuánto daño me han hecho? –dije y me llevé la mano a la cicatriz del abdomen–. No por eso uso mis cicatrices de escudo para alejarme del mundo.
- Pero quizás él no sabe cómo hacer algo distinto –respondió Alicia y me dejó pensando. No podía asumir que todos superamos las batallas de la misma manera.

En cuanto terminé de trabajar me senté a escribir sobre Matías, inspirada en la conversación que había tenido con Alicia al medio día. Con cada palabra que escribía, el libro se sentía menos como un libro y más como una declaración de amor.

¿Cómo fui tan tonta como para dejar que Matías se alejara sin decirle lo importante que es para mí?

El sábado me desperté con menos optimismo que todos los días anteriores. Una parte de mí sentía que ya había perdido a Matías para siempre, y ni siquiera habíamos tenido la oportunidad de intentar hacernos felices.

Habían pasado treinta y cinco días sin saber de él. Me sentía perdida, sin rumbo. Cómo podía hacerle entender que me hacía más daño lejos que cerca, si no me respondía el teléfono ni le llegaban los mensajes que había intentado enviarle la noche anterior.

¿Dónde estás, Matías?

- ¿Tali? –me llamó Alicia mientras entraba a mi cuarto–. Ricky y yo vamos a salir a cenar, ¿quieres venir? Podemos decirle a Lucas también.
- No me siento muy bien –respondí.
- ¿Qué tienes? –preguntó preocupada.
- Me duele aquí –le contesté, señalando mi corazón.
- Ay mi Tali. –Se acercó y me dio un abrazo–. Cómo duele amar con tantas ganas.
- Sí duele. –Suspiré–. ¿Será que realmente no le intereso?
- Tali, no digas eso… –comenzó a decir, pero la interrumpí.
- No, es que he estado pensando. ¿Y si yo me inventé toda esta conexión entre nosotros? Realmente nunca hemos sido tan explícitos con nuestros sentimientos. ¿Qué

pasa si malinterpreté todo?

- ¿Malinterpretaste los narcisos, la velada romántica en el velero, la noche que durmieron juntos porque él te lo pidió, el beso más dulce de tu vida, la confianza que tiene en tu talento, las miradas apasionadas y las incontables sonrisas? –preguntó y nos quedamos en silencio–. No creo que esto esté en tu cabeza.
- ¿Entonces por qué no quiere estar conmigo? Ya sé que lo hemos hablado, es que simplemente no lo entiendo.
- Tali, hay gente que está tan familiarizada con el dolor, que rechaza todo aquello que le pueda hacer bien–. Alicia se sentó en la cama junto a mí y me acarició el cabello–. Quizás tú no lo entiendas, porque no reaccionas así al dolor.
- ¿Cómo puedo ayudarlo? –pregunté.
- Primero tienes que entender qué le ha hecho tanto daño –respondió–. Solo recuerda que no puedes perderte en el camino. Te ha costado mucho reconstruir todas las piezas de tu corazón después de Chris.
- Eso lo tengo claro. No puedo amar a nadie más si primero no me amo a mí.
- Entonces que no se te olvide, porque pasar un sábado en la noche retraída del mundo no parece un acto de amor propio –refunfuñó.
- Tienes razón, voy a llamar a Lucas.
- Me parece un buen plan. –Me dio un beso y caminó hacia la puerta–. Llámame si me necesitas.

En cuanto salió, llamé a Lucas, a quien tenía varios días sin ver.

- Mi persona favorita –contestó y me hizo sonreír, como siempre–. Te he extrañado.
- Sé que he estado algo perdida esta semana–. Suspiré–. ¿Quieres salir hoy? –le pregunté–. Tengo el corazón algo afligido.
- Claro que sí. ¿Estás de humor para unas margaritas? Abrieron un bar nuevo cerca de mi casa, no sé si te agrada la idea de ir ahí.
- Sí, me parece bien. Hace mucho tiempo no voy a esos ambientes–. Respondí.
- Perfecto, yo voy saliendo ya de la oficina, ¿quieres que pase por ti? –preguntó.
- No estoy lista aún. Si quieres nos vemos allá.
- Está bien, te espero en el bar.
- Perfecto –le dije y nos despedimos.

Realmente no recordaba la última vez que había ido a una discoteca o a un bar, pues siempre he preferido los planes más tranquilos.

En cuanto colgué con Lucas me metí a bañar. Luego me puse un vestido azul eléctrico pegado al cuerpo, corto por encima de las rodillas, con unos tacones negros de tacón fino. Me maquillé y me arreglé el cabello. Estaba dispuesta a pasarla bien y despejar la mente.

Me miré al espejo antes de salir y me sonreí, orgullosa de cómo estaba manejando la ausencia de Matías. Lo extrañaba como nunca había extrañado a nadie, pero no iba a permitir que eso me hiciera perderme de nuevo después de todo lo que me había costado encontrarme.

Tal como le dije a Alicia, estaba empezando a entender que para amar a los demás, debía amarme primero a mí misma.

Llegué al bar una hora después de que había hablado con Lucas. En cuanto me estacioné, lo llamé para avisarle que ya estaba ahí y me pidió que lo esperara en el carro.

- Hola preciosa –dijo mientras me abría la puerta–. Te ves hermosa.
- Gracias –contesté y nos saludamos. En cuanto me acerqué a él noté el olor del

alcohol en su respiración–. ¿Estabas tomando?

- Sí, pero solo un par de cervezas –dijo y me tomó de la cintura, más abajo que de costumbre, lo que me hizo pensar que ese par de cervezas ya estaban surtiendo efecto.

Atravesamos el estacionamiento y entramos al lujoso bar que estaba repleto de gente, lo que era de esperarse.

Del techo colgaban unas lámparas de neón con luces psicodélicas y la decoración era bastante abstracta. La música me retumbaba en los oídos y la tenue iluminación me hacía aún más difícil caminar entre la multitud.

Lucas me había tomado con fuerza de la cintura y había colocado mi espalda contra su pecho, intentando guiarme entre el tumulto de personas para llegar a la barra.

- Hay demasiada gente –intenté gritarle a Lucas, pero no me escuchó.
- ¿Qué? –me respondió, susurrándome en el oído.
- Que hay demasiada gente. –Me acerqué para decírselo en el oído pero Lucas no se percató de mis intenciones y giró su cara hacia la mía, haciendo que nuestros rostros quedaran muy cerca.

Nos quedamos inmóviles varios segundos, mirándonos nada más. Sus brazos me envolvían desde atrás y sus manos estaban aún en mi cintura, sentía su corazón acelerado contra mi espalda y su agitada respiración con olor a cerveza en mis labios.

¿Qué pasaba si lo besaba? Me pregunté una y otra vez, mientras sus ojos se posaban sobre mis labios. ¿Y si besándolo lograba olvidarme de Matías por completo y me enamoraba finalmente de Lucas? De mi Lucas atento y respetuoso, presente y detallista. ¿Qué era lo peor que podía pasar?

Empecé entonces a acercarme lentamente, mientras terminaba de sopesar la idea de ese beso que alguna vez me había robado el sueño. ¿Cómo se sentirían sus labios fríos y delgados sobre los míos? Terminé de recortar la distancia que nos separaba y finalmente se tocaron nuestros labios. Lucas me sostenía con firmeza y sentía su emoción en el beso, pero no pude continuar. Era un beso sin magia, sin deseo, sin pasión.

Lucas no era mi otra mitad, y ese beso acababa de confirmarlo. En cuanto me alejé, Lucas me soltó la cintura y me sostuvo el rostro con sus manos.

- ¿Qué pasa? –preguntó desesperado, pero no sabía cómo decirle que, por más que lo intentara, no era él a quién amaba.
- Vamos a la barra –le respondí y lo tomé de la mano para que no se alejara de mí en el trayecto.

En cuanto logramos llegar, llamé al *bartender* y le pedí un shot de tequila. Necesitaba algo fuerte que lograra borrar el sabor de su beso insípido.

- ¿Vas a tomarte eso? –me preguntó.
- Sí –respondí y me tomé el shot–. Dame otro –le dije al *bartender*.
- Wow, wow –me dijo Lucas y me sostuvo la cara con su mano–. ¿Qué está pasando?
- Espera –le dije y me tomé el segundo shot–. Una margarita por favor –le pedí al *bartender*.
- Tali –dijo Lucas–. Estás manejando.
- Ya sé, pero necesitaba este tequila.
- ¿Por qué? ¿Qué pasa? –preguntó angustiado.

Lo tomé de la camisa y lo acerqué a mí para poder susurrarle lo que le tenía que decir al oído.

- No puedo hacerlo –le confesé mientras se me escapaba una lágrima solitaria

que no pude retener–. No puedo enamorarme de ti.

- ¿Por qué no? –preguntó Lucas–. Podemos seguir intentando, no tengo prisa.
- Porque no eres él –le susurré–. Lo amo a él, y no hay nada que pueda hacer al respecto.
- No me hagas esto, Tali. Por favor no me saques del juego. Sé que todavía puedo enamorarte – dijo y me tomó el rostro con fuerza y me dio otro beso, esta vez no correspondido.
- No –le dije y lo empujé–. No quiero que me beses –le grité.
- Lo siento –dijo y se empezó a alejar.
- ¿A dónde vas? –pregunté confundida.
- Necesito aire, ahora regreso –respondió y se fue, dejándome sola en la barra.

El *bartender* había dejado la margarita detrás de mí y no me había percatado, por lo que me giré hacia la barra y empecé a tomármela, casi sin respirar.

- ¿Problemas en la relación? –me preguntó un hombre a mi izquierda. Parecía algo más joven que yo y tenía el cabello rubio y los ojos verdes.
- No es mi novio –respondí.
- ¿Tan bonita y soltera? –me preguntó.
- Esa línea está algo quemada –respondí desinteresada en él, a pesar de que era bastante atractivo.
- Tienes razón, debo mejorar mis piropos. ¿Qué estás tomando? –preguntó.
- Margarita –me limité a responder, mirando sobre sus hombros para ubicar a Lucas, pero no lo veía por ningún lado.
- ¿Y está rica? –preguntó, pero algo en su voz me pareció extraño, por lo que me levanté de la barra sin responderle.

En cuanto me puse de pie, noté una extraña sensación en mis piernas, como si me costara moverlas. Me empecé a abrir paso entre la gente, pero el hombre de la barra me estaba siguiendo.

- Lucas –empecé a decir, pero me pesaba la lengua–. Lucas.

Caminé desesperada en su búsqueda, pero no lo encontré por ningún lado.

- ¿A dónde vas, muñeca? –me gritaba el tipo de la barra, que aún me seguía.

Estaba segura de que me había drogado. Mi prioridad ahora era salir de esa situación con vida.

Se me ocurrió que la única opción era llegar hasta mi carro y encerrarme ahí, por lo que empecé a correr hacia el estacionamiento, pero la cabeza me dolía y todo me daba vueltas.

- Ángel de la guarda, no me desampares –susurré mientras sacaba fuerzas de donde no tenía para seguir corriendo.

Mis pensamientos invasivos me decían que el hombre se iba a aprovechar de mí, pero no estaba dispuesta a sentir forzosamente unas manos ajenas sobre mi cuerpo.

A mitad de camino decidí dejar los tacones para seguir corriendo. Sabía que estaba en una situación de vida o muerte y no podía darme por vencida tan fácil, aunque mi cuerpo se fuera apagando poco a poco.

No sé cómo logré llegar al carro, pero lo conseguí con apenas el tiempo suficiente para encerrarme dentro, pues el hombre seguía detrás de mí.

- ¡Abre la puerta! –gritaba mientras golpeaba mi ventana.

Los golpes en el vidrio me retumbaban en la cabeza y los párpados me habían comenzado a pesar. No me quedaba mucho tiempo antes de perder la razón.

- Tengo que salir de aquí –me dije y encendí el carro.

Salí del estacionamiento como pude, pero cuando intenté cruzar en la primera esquina, se me acabaron las fuerzas y perdí el control. Todo se puso negro y caí inconsciente sobre el volante del carro. Lo último que escuché fue un estruendo que no supe si era del golpe que me había dado en la cabeza o si había chocado contra algo.

- Mi ángel–escuché la voz de Matías–. Lamento no haberte podido cuidar.

¿Matías? Escuchaba su voz y sentía su mano sobre la mía. Su cálido tacto me erizaba la piel. ¿Estaba soñando o había llegado al cielo?

Intenté desesperadamente hablar, pero me sentía prisionera dentro de mi propio cuerpo.

- ¡Matías! –Quería gritar, pero todo se puso negro de nuevo y dejé de escucharlo.

Abrí los ojos y una luz blanca me molestaba en la cara. ¿Estaba viva? ¿Dónde estaba?

- ¿Tali? –escuché la voz de mi mamá–. ¡Cariño! –sonaba preocupada.
- ¿Cómo te sientes? –preguntó mi papá, tomando mi mano.
- ¿Dónde estoy? –pregunté, intentando abrir los ojos, pero la luz me encandilaba.
- Estás en el hospital –respondió mi papá.
- ¿Qué me pasó? –intenté recordar cómo había llegado ahí, pero me dolía demasiado la cabeza como para pensar–. Matías –susurré, había escuchado su voz, ¿dónde estaba?
- Te drogaron –dijo mi mamá, sollozando–. Pero ya estás a salvo, solo tienes una herida en los labios de cuando te pegaste contra el volante.
- El imbécil de la barra –recordé–. ¿Cómo llegué aquí?
- Saliste del bar manejando y atropellaste a alguien en la salida –dijo mi padre, intentando darme la noticia con delicadeza, pero no era algo que se podía decir sin causar impresión.
- ¡¿Qué?!–grité–. Por favor dime que está bien. –Empecé a llorar, aterrada.
- ¡Tali! –Entró Alicia corriendo al cuarto y me abrazó–. Estás despierta.
- ¿Maté a alguien? –pregunté con hilos de lágrimas saliendo de mis ojos.
- No cariño, ella está bien. Su familia la está cuidando –respondió mi madre.
- ¿Está aquí? ¿Puedo decirle que fue un accidente? –pregunté, sollozando desconsolada.
- Le dieron de alta anoche, pero ella sabe que fue un accidente. Te dejó una nota –dijo Alicia y me entregó un pedazo de papel.

"Querida Tali,

Espero que te mejores pronto. Estaré bien. Ambas estaremos bien.

-Mía"

Leí la nota y se me alivió el corazón, pero no podía dejar de llorar.

- Veo que ya está despierta. ¿Cómo se siente? –me preguntó el doctor, que recién iba entrando a la habitación.
- Me duele la cabeza, pero estoy bien. ¿Puedo irme a casa? –pregunté, secándome las lágrimas.
- Es normal. Vamos a tramitar el papeleo de salida –respondió.

Mis padres lo siguieron hasta afuera del cuarto.

- Alicia. ¿Cómo llegué aquí? –le pregunté cuando estuvimos solas.
- Cuando atropellaste a Mía, un hombre rompió el vidrio de tu carro y te sacó. No sabemos su nombre, pero fue tu ángel de la guarda –dijo y me tomó la mano–. Mientras llamaban a la ambulancia, llegó Lucas y te trajo hasta aquí.

- Lucas –susurré–. Pobre Lucas, seguro pasó un mal rato viéndome inconsciente.
- Está afuera, pasó toda la noche aquí –replicó Alicia.
- ¿Matías estuvo aquí? –me atreví a preguntar, aunque sabía que era poco probable.
- Sí…–respondió insegura–. Pero lo sacó seguridad.
- ¿Seguridad? ¿Por qué? –pregunté confundida.
- Porque golpeó a Lucas en el pasillo.

Cerré los ojos e intenté ordenar mis pensamientos. ¿Por qué haría algo así?

- ¿Puedes llamar a Lucas? Quiero verlo –le pedí.
- Sí, lo voy a buscar.

Alicia salió y me dejó con el corazón hecho pedazos. Matías había ido a verme y yo no había tenido la oportunidad de hablar con él después de tanto tiempo.

- Tali –dijo Lucas y se acercó corriendo. Me consumió en un largo abrazo y me acarició el cabello–. Estaba tan preocupado. Lo siento mucho, todo esto es mi culpa.
- No es tu culpa –dije y le tomé la cara entre mis manos–. Es culpa del animal que me drogó.
- Pero si no te hubiera dejado ahí en mi ataque de celos…–se lamentó.
- No es tu culpa –repetí–. Necesito que lo entiendas. No quiero perderte a ti también, por favor.
- No vas a perderme –respondió y me dio un beso en la frente.
- ¿Qué te pasó en el labio? –le pregunté mientras le tocaba la boca. Estaban hinchados y llenos de sangre. Ya sabía que había pasado, pero quería escucharlo de su boca.
- Matías –respondió despacio, casi en un susurro, como si no quisiera hablar de eso.
- ¿Qué hacía aquí? –le pregunté.
- Yo lo llamé –respondió, y se alejó de la cama.
- ¿Por qué? –pregunté confundida.

No sabía si aún estaba drogada o si realmente Lucas me estaba diciendo que había llamado a Matías.

- Porque le prometí que no iba a dejar que nada te pasara, y fallé –respondió nervioso.
- ¿Qué? –pregunté confundida–. No entiendo nada, Lucas.

Lucas se quedó en silencio y suspiró.

- El día que fuimos a la galería de arte, recibí una llamada de Matías para que nos viéramos. –Estaba tan nervioso que no podía sostenerme la mirada–. Antes de recogerte, nos reunimos en el garaje del café. Yo no quería ir, pero fui porque sabía que tenía que ver contigo.
- ¿Para qué era? –pregunté impaciente, sorprendida por lo que estaba escuchando.
- No sé si quieres saberlo –me respondió, aún nervioso.
- Sí quiero. Sea lo que sea, quiero saber –dije decidida, y me senté en la cama, aún con dolor de cabeza.
- Matías me dijo que iba a alejarse de ti, por tu bien. Pero que yo tenía que cuidarte y esforzarme para que te enamoraras de mí.
- ¿Qué? –pregunté dolida–. ¿Él te pidió eso?

- Sí. –Suspiró–. Pensé que sería buena idea, pero ahora sé que no puedo ganar contra él.
- No es un tema de ganar o perder –le dije–. Yo no puedo elegir de quién enamorarme, créeme. ¡Lo he intentado! ¡Dios sabe que lo he intentado! –Hice una pausa para respirar, pues estaba al borde de las lágrimas–. Te quiero con mi alma, Lucas, pero lo que siento por Matías no lo he sentido por nadie más.
- Lo sé. –Suspiró.
- ¿Por qué me ocultaste todo esto? ¿Sabías que me dejaría y no hiciste nada para impedirlo? –Empecé a reprocharle, pero las respuestas a mis preguntas eran bastantes obvias–. No importa ya. ¿Dónde está Matías? –pregunté, esperanzada de verlo.
- Se fue –respondió–. Pero hay algo más que debes saber –dijo serio–. Después de la conversación con Matías, decidí investigarlo para entender sus motivos. No lograba entender como una persona se alejaría voluntariamente de ti…
- ¿Y entonces? –pregunté impaciente.
- Te ha estado mintiendo todo este tiempo.
- ¿Qué? –pregunté con la mano en el corazón, como si eso fuera a detener el dolor que estaba a punto de sentir.
- Su verdadero nombre es Daniel, y está involucrado en un proceso judicial por violación.

29

- ¡Enfermera! –escuché la voz de Lucas a la distancia.

No podía ser cierto. Me rehusaba a creer que me había enamorado de un violador. ¿Eran estos los demonios que lo atormentaban?

- ¡Enfermera! –volvió a llamar mientras se me apagaba el mundo.
- Tali –escuché la voz desesperada de mi madre–. Despierta, cariño.

Abrí los ojos con algo de sensibilidad a la luz y me percaté de que estaba rodeada de las personas que me querían: mis papás, Alicia y Lucas.

- ¿Estás bien? –preguntó Alicia, acercándose a la cama.
- Sí –respondí, pero lo cierto era que me estaba muriendo por dentro. Acababa de recibir la peor noticia que podía haber imaginado.
- Estás aún muy débil y te desmayaste de nuevo –me dijo Alicia–. Van a darte de alta, pero tienes que descansar.

Terminamos de tramitar el papeleo de salida y me subí al carro de mis papás. Aún me sentía bastante frágil, no sabía si de la droga o de la noticia.

- Tali –se acercó Lucas al carro–. ¿Puedo pasar a visitarte más tarde? Tenemos que terminar de hablar.
- No sé –respondí con tristeza. Lo cierto era que no tenía ánimos para ver a nadie–. Mejor no.
- Si cambias de opinión, házmelo saber por favor –suplicó y me dio un beso de despedida en la frente.

El camino a mi casa transcurrió en silencio, hasta que nos bajamos del carro y mi mamá se encerró conmigo en mi cuarto.

- Hoy en la mañana vimos a Matías, antes de que se encontrara con Lucas y comenzaran los golpes –dijo susurrando, como si no quisiera que nadie más la escuchara–. Sigue siendo un muñeco, Tali, tan respetuoso y caballeroso.
- ¡Mamá! –le dije, entre risas.
- No quería irme sin decírtelo. Habló con tu papá toda la mañana, hasta que Lucas le dijo que mejor se fuera.
- ¿Fue Lucas quien comenzó la discusión? –pregunté.
- Si cariño, fue Lucas quien lo golpeó primero.

Cómo me hubiera gustado presenciar esa discusión, solo para entender qué los había hecho enojar tanto como para recurrir a los golpes en la sala de espera de un hospital.

Me costó despedirme de mis papás, quienes insistieron en que debía irme con ellos a las montañas.

- Alicia me cuidará –respondí–. Les prometo que voy a estar bien.
- Estamos preocupados por ti, cariño. Estás atravesando muchas cosas dolorosas y no queremos que te sientas sola en el proceso –respondió con dulzura mi madre.
- Les prometo que voy a estar bien –insistí–. Prometo llamarlos si los necesito.

En cuanto logré que se fueran, me encerré en mi cuarto y me derrumbé por completo. Todas aquellas murallas que había estado construyendo los últimos meses para proteger mi corazón, se estaban cayendo poco a poco.

- Tali, ¿qué te pasa? –preguntó Alicia entrando a mi cuarto en cuanto me escuchó llorar.
- Me estoy derrumbando Ali –admití y le conté lo que Lucas me había dicho

Alicia se quedó en silencio, analizando la situación.

- ¿Qué significa estar involucrado? –preguntó.
- No sé…– Respondí, percatándome de que no tenía toda la información al respecto.
- Entonces no puedes echarte a morir aún, hasta que no sepas con certeza lo que está pasando.
- Pero todo tiene sentido, ¿y si es por eso que no quiere estar conmigo? Yo no puedo estar con un violador, Alicia.
- Dale el beneficio de la duda, Tali. Aún no conoces los detalles del caso –respondió.
- ¿Y cómo los voy a saber? –pregunté confundida.
- Pregúntale a él. Está abajo, esperándote.
- ¿Qué? –pregunté asombrada–. ¿Matías está abajo?
- Sí, acaba de llegar, pero no sabía si querías verlo o no.
- Claro que quiero, dile que suba –respondí.

Alicia salió del cuarto insegura, como sopesando si era buena idea llamar a Matías.

Los siguientes segundos fueron los más angustiantes de mis últimas semanas. Llevaba treinta y seis días sin saber de él.

En cuanto lo vi de pie en mi puerta, empecé a llorar de nuevo, sin control. ¿Cómo se podía amar tanto a una persona, que dolía?

- Tali –susurró y se acercó a la cama–. No llores –suplicó mientras me tomaba entre sus brazos.
- Me abandonaste –le reproché, hundiendo mi cara en su pecho–. ¿Por qué lo hiciste?
- Por el bien de ambos –dijo mientras me secaba una lágrima–. Por favor no llores. –me suplicó de nuevo–. ¿Qué te hizo Lucas? ¿Fue él quien te drogó? ¿Se aprovechó de ti? Te juro que lo mato.

Levanté la vista del suelo y lo miré fijamente como había soñado con mirarlo por el último mes. Llevaba jeans y camisa de botones, como se vestía cuando quería parecer casual. Se había dejado crecer la barba y llevaba sus rulos negros despeinados. Se le notaba el cansancio en la mirada y el enojo en la voz. Mi dios griego estaba de nuevo ante mí, y su belleza me deleitaba la vista.

- No fue Lucas –respondí, limpiándome las lágrimas–. Fue un tipo en la barra.
- ¿Estabas sola? ¿Dónde estaba Lucas? –preguntó, visiblemente molesto.
- Acababa de salir.
- ¿Por qué te dejó sola? –insistió.
- Porque acabábamos de pelear–. Suspiré–. Me había intentado besar y estábamos discutiendo al respecto, entonces salió a tomar aire.
- ¿Te besó? –respondió con mirada decaída y tristeza en la voz.
- Sí, pero no quería –respondí casi en un susurro.
- ¿Por qué? –preguntó con esos ojos que me volvían loca.
- Porque no eras tú –susurré, pero una rabia incontrolable se apoderó de mí–. ¡Pero tú no estabas! ¡Me abandonaste!
- Tali, déjame explicarte… –comenzó a decir, pero no lo dejé terminar.
- Primero explícame por qué estás en un proceso judicial ¿Eres un violador? –pregunté sin titubear. Esa era una verdad que no se podía maquillar.

- ¿Qué? ¿Quién te dijo eso? –preguntó sorprendido.
- Respóndeme –dije entre sollozos, aterrada por conocer la respuesta.
- No soy un violador, Tali. Sería incapaz de ponerle una mano encima a una mujer sin su consentimiento.
- ¿Entonces por qué tienes un proceso judicial por eso? –pregunté, decidida a conocer la verdad.
- No es lo que crees –respondió con mirada sombría.
- ¿Y qué es? –pregunté, pero Matías se quedó en silencio–. ¿Qué es, Matías? ¿O debería decir Daniel?
- ¿Quién te dijo todo esto? –preguntó sorprendido mientras se ponía de pie.
- ¿Por qué me has mentido todo este tiempo? –pregunté entre lágrimas, incapaz de controlarme.

Tenía delante de mí al hombre al que amaba, quedando en evidencia como un mentiroso.

- ¡Por tu bien! –me respondió, alzando la voz como nunca lo había hecho antes–. Todo lo que he hecho desde el primer día que te vi ha sido por tu bien, Tali. Sí, he fallado–. Hizo una pausa y se llevó las manos a la cabeza, como intentando ordenar sus ideas–. He fallado en alejarme de ti, una y otra vez. Cada vez que lo intento, vuelvo a caer. ¿Es que no entiendes lo que me haces? –Suspiró.
- Matías –susurré. Todo lo que me decía me dolía en el alma.
- No fue buena idea venir –dijo y empezó a caminar hacia la puerta. –Dices que no estoy roto y que merezco más de lo que me permito, pero basta con que te digan cualquier cosa sobre mí para cambiar cómo me percibes, sin siquiera preguntar antes de acribillarme.
- Matías –susurré de nuevo entre sollozos.

Tenía razón, no era la primera vez que lo juzgaba así, sin tener certeza. ¿Es que estaba predispuesta a que me fallara?

- Tali, sí soy mentiroso –dijo desde la puerta, sin levantar la mirada del suelo–. Pero jamás un violador.
- ¡Matías! –lo llamé de nuevo, desesperada. No quería perderlo otra vez.

Cerró la puerta en cuanto salió, dejándome aún más destrozada de lo que estaba cuando llegó. Matías era realmente mi Marte, con la capacidad de dejarme en guerra en cuestión de segundos.

¡Qué había hecho para merecer un amor tan caótico cómo este!

Estaba decidida a llegar al fondo de la situación, por lo que invité a Lucas para que me sacara de dudas. En el peor escenario, perdería al amor de mi vida, y en el mejor, tendría motivos para seguir luchando por su amor.

- Adelante –le dije en cuanto tocó la puerta de mi cuarto–. Gracias por venir.
- Gracias por llamar–. Dijo Lucas y se sentó junto a mí en la cama–. Estaba preocupado. Lamento haberte contado eso.
- No pasa nada –respondí con una sonrisa tímida–. Necesito saber, Lucas. ¿Qué significa que Matías esté involucrado en el proceso judicial? ¿Significa que está siendo acusado?
- No necesariamente. No tengo acceso a todo el expediente –respondió.
- ¿Hay forma de acceder al expediente?
- No, a menos que esté representando a alguna de las partes.

Aparentemente, mi investigación estaba llegando a su fin.

- ¿Cuál es su nombre completo? –pregunté.

- Daniel Matías Zimmerman.
- ¿Daniel Matías? –repetí con asombro–. ¿Daniel M.?

Me quedé en silencio, analizando esta nueva información que acababa de obtener. Recordé entonces la conversación de las mujeres en el baño en el evento de escritores. “Daniel M.” no era un seudónimo, “Matías”, sí.

- Gracias, Lucas –respondí y continuamos la conversación sobre otro tema, pero no podía dejar de pensar en eso.

En cuanto Lucas se fue, me dediqué toda la madrugada a leer de nuevo la historia de Damián, “Una fina línea”.

Muchas cosas tenían más sentido si Matías era Daniel, M. Como el libro que me entregó sin publicar, la elección del título, el generoso trato económico que me ofreció por mi libro, el poder que tenía en la empresa y su inigualable fortuna.

¿Por qué había decidido esconderse detrás de un seudónimo?

- ¿Tali? –dijo Alicia mientras abría la puerta de mi cuarto –¿Cómo te sientes? Son las once de la mañana.
- Ali –respondí mientras me despertaba–. Me dormí tarde leyendo.
- ¿Estás bien? –preguntó preocupada.
- Mejor que nunca –respondí–. Por fin siento que estoy empezando a conocer a Matías.
- ¿Por qué? –preguntó confundida
- Después te cuento, tengo que ir al café de Lili.
- Pero no has comido nada… –comenzó a decir.
- Comeré algo allá –respondí y me encerré en el baño para alistarme.

Mientras me bañaba, analizaba todas las cosas que Matías y Damián tenían en común, como que a ambos se les había muerto su padre, eran empresarios y navegaban en velero.

La noche anterior había intentado contactar a Matías de nuevo, sin éxito. Tenía mucho que decirle.

Llegué al café con la esperanza de encontrarlo, pero no estaba en ningún lado.

- Alex, ¿regresaron? –le pregunté en cuanto entré.
- Se fueron anoche de nuevo –respondió.
- Gracias, Alex –le regalé una tímida sonrisa, pero me estaba desmoronando por dentro.

¿Por qué tenía que ser todo tan difícil?

Regresé a la casa desesperanzada, incapaz de seguir escribiendo aquel libro que comencé inspirada en Matías. ¿Qué iba a escribir? Si no estaba segura ni siquiera quién era aquel hombre que me robaba la respiración.

¿Era hora de seguir mi vida y olvidarme de Matías? ¿De sus ojos, sus caricias, sus besos, su voz?

30

Con el pasar de los días, iba recuperando las fuerzas del cuerpo, pero iba perdiendo las del alma.

Habían pasado exactamente diecinueve días desde la última vez que lo vi en mi casa. Un mes y veinticuatro días desde que decidió abandonarme.

Por las mañanas paseaba en bicicleta y por las tardes me sentaba a escribir. No tenía fuerzas para tocar el libro sobre Matías, por lo que me dediqué de lleno a terminar *Crónicas de un Idilio.*

- ¿Tali? –dijo Alicia mientras entraba a mi cuarto–. ¿Sigues escribiendo? –preguntó.
- Sí, estoy escribiendo el último capítulo del libro –respondí entusiasmada, sin apartar la vista de la pantalla.

Estaba cumpliendo mi sueño, a pesar de todo. Aunque quedara aún mucho trabajo por hacer antes de que fuera publicado, no podía sentirme más orgullosa del trabajo que había hecho. Me moría por enseñárselo a Matías y agradecerle por toda su ayuda.

- ¡¡Felicidades!! Tenemos que salir a celebrar. Solo tú y yo, como en los viejos tiempos.
- Está bien –le respondí con una sonrisa, pues lo cierto era que me hacía falta el tiempo de calidad con mi prima.

En cuanto terminé el último capítulo y lo envié al editor, no pude contener las lágrimas de felicidad. Sabía que no era perfecto, pero era mío. No me importaba cuántas personas lo fueran a leer, nada iba a robarme el orgullo y la emoción que sentía.

- ¿Cómo te sientes por la boda? –le pregunté a Alicia mientras esperábamos la comida en un restaurante cerca de la casa–. Ya falta poco.
- Estoy muy feliz. –Sonrió–. ¿Lista para irte a las montañas?
- Supongo que sí. –Suspiré.
- ¿Quieres que lo invite a la boda? Tenemos que confirmar la lista de invitados –preguntó, refiriéndose a Matías.
- Puedes intentar –respondí–. Pero dudo que vaya. Me conformaré con ser la dama de honor solterona de la fiesta.
- No digas tonterías, sabes que Lucas estará ahí, cubriéndote la espalda.
- Lucas, mi Lucas –dije con pesar–. Si tan solo pudiera conseguir una mujer que lo hiciera tan feliz como se merece.

Suspiramos y nos quedamos en silencio, hasta que nos trajeron la comida y cambiamos de tema.

Al día siguiente me desperté con el sonido de la vibración de mi celular antes de las nueve de la mañana. Abrí los ojos con pereza para revisar quién me estaba escribiendo. Para mi sorpresa, era un mensaje de un número desconocido.

“Hola Tali. Soy Vivian. ¿Podemos vernos en el café de Lili en una hora?”

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Si Vivian me contactaba, debía ser importante.

A la hora exacta después de recibir el mensaje, entré al café, hecha un saco de nervios. Había tenido una hora para pensar en mil teorías e imaginar cientos de escenarios distintos. Me estaba preparando para lo peor. Quizás le había pasado algo a Matías, o a Lili, o quizás Vivian era su amante. Estaba lista para escuchar cualquier cosa.

Esperé impacientemente unos minutos hasta que entró Vivian al café. Estaba genuinamente

feliz de verla.

- Vivian–. La saludé con un abrazo, a pesar de que solo nos habíamos visto una vez–. ¿Matías está bien?
- Sí, está bien –respondió con tristeza.
- ¿Por qué se desaparece así? –pregunté, confundida–. Hace veinte días que no sé nada de él.
- Es complicado, Tali. –Suspiró–. No debería decirte esto, pero supongo que precisamente para eso fue que te cité. –Hizo una pausa–. La primera vez se alejó porque genuinamente creía que era lo mejor para ambos; pero luego fuiste a buscarlo en la casa de la playa y le hiciste entender que quizás no estaba todo perdido, por lo que se alejó una segunda vez para trabajar en él. No sabía si su plan daría resultados, por lo que le encargó a Lucas que te cuidara y, si era posible, que te conquistara. No quería ser él el motivo de tu sufrimiento.

» Durante ese mes, estuvo yendo a sesiones de terapia y probando distintos métodos de meditación. Cuando recibió la llamada de Lucas sobre tu accidente, regresó dispuesto a declararte su amor, pues entendió que Lucas también podía lastimarte y estaba dispuesto a seguir trabajando para ser su mejor versión, por ti.

Mientras la escuchaba, resbalaban lágrimas por mis mejillas. Me hubiera encantado que Matías me contara todo esto él mismo.

- Luego de lo que sucedió en tu casa, Matías sintió que sus esfuerzos no eran suficientes para estar contigo. A pesar de sus intentos por dejar atrás sus temores y sus pesadillas, percibía que siempre tendrías una percepción negativa de él. Siempre dudarías de la clase de persona que era, sin importar cuánto te demostrara lo contrario.
- No es cierto –murmuré entre sollozos–. Sí, me equivoqué en juzgarlo tan rápido, pero fue él mismo el que insistió en que había algo malo en él, por lo que asumí que tenía que ser algo tan grave como una violación para justificar el que no quiera estar conmigo.
- Tali, hay muchas cosas acerca de Matías que no conoces… Pero es importante que entiendas que Matías no ha tenido una vida fácil y no ha sabido lidiar con sus problemas, como muchos de nosotros hacemos –replicó y recordé que Alicia me había dicho lo mismo días atrás.
- ¿Qué es lo que lo atormenta tanto que no lo deja vivir? –pregunté frustrada, cansada de escuchar una y otra vez sobre los demonios fantasmas que nadie se atrevía a nombrar.
- Matías y yo nos conocemos desde la universidad. Estudiábamos literatura juntos, hace alrededor de ocho años. Siempre hemos sido muy cercanos, pero hubo un acontecimiento que nos unió más. –Suspiró. Su mirada se había tornado triste–. Hace dos años estábamos en una reunión de trabajo cuando sonó el teléfono con la noticia de la muerte de su padre. Matías estaba devastado y se fue a un bar a ahogar sus penas en alcohol, como lo hacía con frecuencia en esa época, pues después de trabajar no tenía nada que hacer ni nadie con quién estar, por lo que visitaba ese bar con frecuencia.

» El día de la muerte de su padre, lo acompañé a ese bar para cuidarlo, pues sabía que iba a tomar sin mesura. –Hizo una pausa–. Ya era de madrugada cuando le insistí en que nos fuéramos, pero se rehusaba a salir, aferrado a su botella de whiskey. ¡Cómo lloraba esa noche! Pobre Matías. Era un niño atrapado en ese cuerpo viril e intimidante. –Se lamentó y sentí pesar por él.

» Finalmente, después de varias horas, logré sacarlo casi inconsciente del bar, pero insistía en que quería caminar hasta su casa. ¡No podía dejar que se fuera solo! Por lo que lo seguí en medio de la oscura noche. –Las lágrimas estaban empezando a asomarse a los ojos de Vivian, por lo que le pedí un vaso con agua.

» Llegamos a un callejón en el que nos interceptaron dos hombres grandes y fuertes –continuó, sollozando–. Quienes me sometieron contra mi voluntad. Esa noche me violaron, mientras Matías yacía inmóvil sobre el frío asfalto, inconsciente.

- Lo siento mucho –susurré apenada. Las lágrimas seguían bajando por mis mejillas, conmovida por el dolor en su voz. Tomé su mano en señal de apoyo y agradecimiento, por tener la valentía de contarme esto.
- Matías no se ha perdonado por eso, aunque no fue su culpa –dijo mientras se secaba las lágrimas–. Yo le he repetido en muchas ocasiones que quizás las cosas hubieran terminado fatalmente para los dos si él hubiera estado consciente. No sabemos si los hombres estaban armados.
- De verdad lo lamento mucho –insistí, sin saber muy bien qué decir.
- Ese es sólo uno de esos demonios que no le permiten acercarse a ti. –Vivian tomó mi mano y se inclinó hacia adelante–. Él piensa que no es capaz de cuidarte como mereces, que tarde o temprano sus problemas van a hacerte daño. Pero eso no es cierto Tali, este hombre daría la vida por ti.
- ¿Por qué no me contó esto cuando le pregunté sobre el expediente?
- Él no iba a contarte esta historia nunca, porque sabía que no era suya para contarla. Yo quise hacerlo porque me duele verlo sufrir así, renunciando al amor de su vida por una culpa que no es suya para cargar.
- ¿Entonces no es un violador? –pregunté, más para mí que para ella. Todo empezaba a tener sentido.
- No, Matías sería incapaz de hacer algo así. No es más que otra víctima en toda esta situación–. Suspiró–. En el expediente judicial que encontraste, Matías no es más que un testigo.
- Insinué que era un violador sin tener certeza, aun sabiendo que su mayor miedo es lastimar a la gente. ¡Le eché sal a su herida! –me lamenté–. ¿Qué hice?
- No llores, Tali. Estoy segura de que las cosas se arreglarán.
- ¿Por qué estás tan segura? –le pregunté.
- Porque te conozco a través de sus ojos y, si lo amas al menos la mitad de lo que él te ama a ti, estoy segura de que podrán solucionarlo–. Sus palabras me conmovieron. Matías me amaba, y, aunque no lo había escuchado de su voz, sabía en mi corazón que era cierto–. Matías sólo habla sobre ti, solo escribe sobre ti, solo piensa en ti. Quiero verlo feliz, Tali. Se lo merece. –Suspiró–. Ha sufrido constantemente a lo largo de su vida por el dolor ajeno, incluido el mío. Debajo de toda esa fachada de hombre serio e indiferente, hay un corazón de oro.
- Las pesadillas –Susurré, cayendo en cuenta que la historia de Vivian aún lo persigue, hasta en sus sueños.
- ¿Sabías que eres la única mujer con la que ha dormido Matías? –dijo con picardía y me hizo sonrojar–. Quiero decir, ha tenido relaciones con mujeres, pero nunca las deja dormir con él.
- ¿Por qué? –pregunté confundida.
- Dice que dormir con una persona es el acto de intimidad y vulnerabilidad más

puro –respondió sonriente.

- ¿Él te contó todo esto?
- Sólo algunas cosas, la gran mayoría las leí en un archivo que me envió por error. Escribe cosas preciosas sobre ti. Ojalá puedas leerlas algún día –respondió con nostalgia.
- Vivian, Matías es Daniel M., ¿verdad? –le pregunté de una vez por todas para salir de la duda.
- Sí. –Suspiró.
- Y es Damián, ¿verdad? –pregunté con el corazón arrugado, esperando recibir un no por respuesta.
- Sí, la historia de Damián es la suya verdadera.

Mi pobre Matías, mi Marte, mi dios de la guerra. Deja ya de luchar con esos fantasmas del pasado. Hay que dejar ir lo viejo, para dejar espacio para lo nuevo.

Nunca es demasiado tarde para huir de aquello que te hace daño.

¿Cómo había aguantado ese corazón cargando tantas culpas ajenas?

Pasé el resto del día con Vivian, conociendo más sobre su trabajo y sobre su vida. La conversación había dejado de tratarse de Matías y se había empezado a enfocar en nosotras. ¡Era una mujer encantadora! Me sorprendía que estuviera soltera todavía.

Ese día no solo recuperé los motivos para seguir luchando por Matías, sino que, además, gané una amiga.

EPÍLOGO

Apenas me despedí de Vivian me fui a la casa a escribir. Después de nuestra reveladora conversación, había empezado finalmente a descifrar a Matías. Entendía mejor sus motivaciones para alejarse.

¿Cómo le digo que su ausencia me desgarra el corazón?

Me percaté entonces de que nunca le había declarado oficialmente mi amor. Nunca le había dicho lo mucho que me dolía el corazón cuando no estábamos cerca, ni cuánto me costaba respirar en medio de la madrugada cuando me despertaba de esos sueños idílicos. No había tenido la oportunidad de decirle lo feliz que me sentía cuando estaba con él, cómo se me aceleraba el corazón cuando me tocaba, ni como me hacían delirar sus besos.

Decidí entonces que tenía que terminar el libro que había comenzado en su honor y debía enviárselo cuanto antes.

Pasé la siguiente semana encerrada en mi habitación, escribiendo sin parar. Casi no comía ni dormía. Mi única prioridad era terminar el libro para Matías. ¿Existía mejor forma de comunicarse con un escritor que a través de un libro?

Aún había muchas cosas que no comprendía, como el misterio de sus mentiras sobre su nombre y ocupación, pero en ese momento, eso quedaba en segundo plano.

¡Y es que el amor que sentía era como ningún otro! Nada en el mundo se comparaba con ese sentimiento de paz que me embargaba cuando pensaba en él. Matías era mi refugio, mi hogar, mi lugar seguro.

¡Él era mi guerra, y yo era su paz! Él mi Marte, yo su Venus. Él mi Ares, yo su Afrodita. Sabía con certeza que estábamos destinados a estar juntos, y no iba a darme por vencida sin luchar por este amor que había anhelado toda mi vida.

Estaba dispuesta a luchar a su lado contra todo aquello que lo atormentara, contra todos aquellos que decían que no se podía amar en semanas. ¡Pero si yo lo amé en cuestión de días! El que diga que no se puede, es porque no ha podido.

- ¡Terminé! –grité en la tarde del sábado 10 de julio, exactamente una semana antes de la boda de Alicia–. ¡Terminé! –volví a gritar, con lágrimas en las mejillas.
- ¿Terminaste? –entró Alicia corriendo a mi cuarto–. ¡Enhorabuena!
- Una semana antes del día más importante de tu vida –dije entre sollozos, con los sentimientos a flor de piel–. Cómo te voy a extrañar.
- Y yo a ti, mi escritora favorita –dijo, luchando contra las lágrimas.

Lo cierto era que Alicia llevaba toda la semana mudándose a casa de Ricky poco a poco, y ya no quedaba en nuestra casa nada más que un par de cajas. Había empacado todos los recuerdos, las risas y las decepciones juntas, para abrirle paso a las nuevas experiencias con su futuro esposo.

Había estado tan ocupada escribiendo el libro, que no había comenzado a empacar mis cosas para irme a casa de mis papás. Me quedaban dos semanas antes de que tuviera que desocupar la casa.

- ¿Estás lista para enviarlo? –preguntó Alicia y me tomó de la mano.
- Sí, más que lista. Tengo que enviárselo a Vivian y ella se encargará del resto.

Y así, me tocó despedir a mi alma gemela, mientras intentaba recuperar al amor de mi vida.

En estas páginas te entrego mi corazón, con la esperanza de que puedas verte a través de mis ojos y que mis palabras sean un espejo donde puedas ver tu reflejo en mi amor. En este libro que

dejó de ser libro para convertirse en una carta de amor, la cual titulé “Daniel”, en tu honor.

En cada verso, un motivo, y en cada motivo, mi amor.

Para mi dios de la guerra, para que encuentres paz.

Para mi Marte, de tu Afrodita.

PARTE II: TALI

En la tranquila noche, mis nostalgias amargas sufría.
En busca de quietud bajé al fresco y callado jardín.
En el oscuro cielo Venus bella temblando lucía,
Como incrustado en ébano un dorado y divino jazmín.

A mi alma enamorada, una reina oriental parecía,
Que esperaba a su amante, bajo el techo de su camarín;
O que, llevada en hombros, la profunda extensión recorría,
Triunfante y luminosa, recostada sobre su palanquín.

«¡Oh reina rubia! –díjele– mi alma quiere dejar su crisálida,
Y volar hacia ti, y tus labios de fuego besar,
Y flotar en el nimbo que derrama en tu frente luz pálida,

Y en siderales éxtasis no dejarte un momento de amar.»
El aire de la noche refrescaba la atmósfera cálida.
Venus, desde el abismo, me miraba con triste mirar.

Rubén Darío

PRÓLOGO

Retraído en las montañas, en la casa que te construí con la esperanza de compartir incontables lunas a tu lado, fue donde recibí el libro que me cambió la vida. Aquel cuya portada llena de colores era reflejo de tu alegría, tu tenacidad y tu fuego interior. Gracias a él, aprendí a mirarme con tus ojos y a amarme a través de tu alma.

De no ser por ti y por tu eterna generosidad, no habría encontrado la motivación para descubrir mi mejor versión. Aunque, en cualquiera de mis versiones, con demonios o sin ellos, daría la vida por ti.

Para mi musa, para que me acompañes en todas mis tormentas.

1

Mi vida no ha sido tan mágica como hubiera deseado. He presenciado el desamor como testigo en la primera línea del fuego, baleado y herido por un amor que no era mío, del que tan solo fui el fruto. Un fruto desafortunado, ¿o es que los árboles muertos dan buenas cosechas?

Soy producto del daño colateral de una historia de amor fracasada entre dos personas que alguna vez me hicieron con cariño, y que luego no pudieron hacerse felices. No supieron entenderse, no supieron amarse. O eso me decían cuando no tenía más que dieciséis años, cuando creía que mis problemas adolescentes eran tragedias y que el amor era un sentimiento que estaba ahí por arte de magia, sin comprender que se necesitaba dedicación, compromiso, solidaridad y sacrificio para mantenerlo vivo.

Claro que eso no lo supe hasta que descubrí el amor por mis propios medios, más de una década después. ¡Estuve tantos años engañado! Con el corazón corroído por el resentimiento, cargando la culpa de un matrimonio fallido en el que no tuve ninguna injerencia. No fue sino hasta el día en que te conocí, cuando supe que no elegimos quién nos hace felices: el amor pasa cuando no nos damos cuenta, y se nos escapa de la misma manera.

El día que le di un giro completo a mi vida para cuidar a la única persona a quien aún amaba -mi madre-, fue el día que te vi por primera vez. Decidí mudarme temporalmente con mi mamá, Lili, a su café, el que había construido con tanto cariño y trabajo, mientras terminaba un tratamiento para sus pulmones, que estaban deteriorándose progresivamente. Dejé mi casa atrás y no dudé en acompañarla en este proceso. ¿Qué era dejar una casa vacía cuando podía tener la compañía del amor más incondicional?

Fue entonces, en esa tarde de marzo, cuando te vi en la banca del parque frente al café. Llevabas un vestido celeste con pequeñas flores y un sombrero blanco que escondía tu rostro mientras escribías inspirada en un pequeño cuaderno. Dejé todo lo que estaba haciendo y crucé la calle para verte de cerca, en un impulso descontrolado de poder escrutar tu rostro con más detalle.

Cuando me acerqué, noté la tristeza en tus ojos mientras secabas las lágrimas que caían por tus mejillas. ¿Quién era capaz de hacerle daño a un ángel? Tu piel brillaba como la porcelana bajo el sol, tu cabello castaño ondulado caía hasta debajo de tu cintura. ¿De qué color eran tus ojos? Me moría por saber, pero no tuve la valentía de acercarme. ¿Para qué? ¿Qué tenía para ofrecerte? Si no era más que un adicto. Un adicto al dolor, a la soledad y al alcohol. Aunque llevaba dos años sin emborracharme, desde el trágico incidente de Vivian, siempre tendré un cerebro adicto. Un recordatorio constante de que la lucha contra mis demonios internos aún persistía.

Pasé los días siguientes mirando hacia el parque, esperanzado por verte de nuevo. No sabía por qué, pero quería saber cómo era tu voz, qué escribías en el cuaderno, qué te había hecho llorar con tanto sentimiento y qué podía hacer yo para que no volviera a pasar.

¿Quién lo hubiera imaginado? Un escritor amargado, frívolo y ocupado, pensando día y noche en una mujer que aún no conocía, y que no sabía si volvería a ver.

Los días iban y venían con parsimonia, y mi deseo de verte de nuevo no disminuía. Cada vez me parecía más factible que tu imagen no hubiera sido más que un vil espejismo, una ilusión, un rayo de luz al final del camino. Una señal de que todavía podía escapar de mis demonios. Quizás era la forma en la que el universo me hacía entender que había algo más que destrucción y soledad en la vida, había belleza y había inspiración que no provenía de las sombras del alma.

Y si eras real, ¿de qué iba a servir verte de nuevo? No nací para amar, y estaba en paz con

eso.

Aproveché para escribir el final de mi libro frente a aquella ventana del café, convencido en el fondo de mi corazón de que volvería a ver a mi musa si te esperaba lo suficiente.

Había tenido meses oscuros escribiendo ese libro que narraba la historia de Damián y su padre. Más oscuros de lo que ya era mi vida normalmente. Con cada página que escribía, revivía todos los sentimientos de culpa y odio que por tantos años había intentado esconder. Era el primer libro que se basaba cien por ciento en mi vida, condenando a Damián a revivir mi triste historia, sin escapatoria.

La escritura tiene el poder de elevarnos como individuos, alentándonos a alcanzar nuestra mejor versión, pero también puede ser un reflejo de nuestras partes más oscuras y conflictivas.

El domingo siguiente, tras aquella revelación divina, llegué exhausto al café después de un viaje de negocios, incómodo en un traje de vestir. El día había estado soleado, hasta en el segundo que decidí entrar al café, cuando empezó a llorar el cielo. Poco se habla en las películas sobre cómo, en medio de la tormenta, también pueden ocurrir cosas mágicas, y eso fue precisamente lo que sucedió.

Cuando estaba a punto de subir a la segunda planta del café, vi a una mujer luchando por avanzar en su bicicleta en medio de la tormenta que acababa de comenzar. Sin dudarlo, salí a ofrecerle refugio de la lluvia. Sin embargo, cuando llegué, ya era demasiado tarde: estaba en el suelo con la bicicleta entre las piernas. La ayudé a levantarse y la guie hacia el café en medio de los truenos. Fui a dejar la bicicleta junto a la escalera, y cuando me volteé me dio un salto el corazón. ¿Estaban lloviendo ángeles? La chica de la banca con la que había estado soñando despierto estaba allí, era real. Llevabas el mismo vestido celeste que tenías el día en que te conocí, pero esta vez sin el sombrero.

Seguías de pie junto a la puerta, revisando los libros que estaban en el estante más cercano. Me acerqué, nervioso, intentando encontrar las palabras adecuadas.

- No deberías andar en bicicleta con ese vestido y esas sandalias. –Fue lo primero que se me vino a la mente. ¡Qué patán! Llevaba una semana obsesionado con ese momento, ¿y no pude saludarte con más cordialidad?

Cuando te volteaste, finalmente pude estudiar tu rostro de cerca. Tus ojos negros y grandes eran aún más hermosos de lo que había imaginado. Tus largas pestañas y tímidas pecas me robaron la respiración. Tu piel era de porcelana, y tus labios parecían estar dibujados en tu rostro.

Aunque la belleza es subjetiva, la tuya desafía toda subjetividad. Irradiabas luz, y no podía creer que estuvieras de pie frente a mí.

Era evidente que te había desconcertado con mi grosera forma de saludar, pues no respondiste de inmediato.

- Es peligroso, puedes perder el control justo como acaba de ocurrir. –Intenté enmendarlo, pero mis palabras sonaban más a reproche que a disculpa.

Después de eso sí respondiste, pero honestamente no tengo ni idea de qué dijiste. Tu voz me erizó la piel, y no podía creer aún que estaba interactuando con quien llegué a pensar que era una ilusión. ¡Eras encantadora! Demasiado como para concentrarme y actuar como una persona normal.

- De todas formas, gracias por ayudarme –sonreíste y me extendiste la mano–. Soy Tali.
- Ha sido un placer, Tali, excepto por la parte en donde quedé completamente empapado por la lluvia. –Intenté bromear, pero realmente me metería bajo la tormenta

una y otra vez con tal de tener la oportunidad de conocerte–. Soy… Matías. –Por una milésima de segundo pensé en revelarte quién era realmente, pero ese era un lujo que no podía permitirme con una desconocida. Al darte la mano, sentí tu piel helada y supe que te estabas congelando bajo toda esa ropa mojada.

- Lo lamento –dijiste con la voz más dulce que había escuchado.

No podía dejar de mirarte. No sabía si era la última vez que tendría el honor de estar en tu presencia, y necesitaba asegurarme de que nunca me olvidaría de tu rostro. Pasé la mirada por todo tu cuerpo, como si quisiera grabarte en mi memoria para siempre. El vestido mojado se adhería a tu figura y se transparentaba en tus curvas tentadoras. Mi imaginación voló en la milésima de segundo que me tardé en recorrer tu cuerpo, hasta que llegué a tus piernas y vi que estabas sangrando en la rodilla. En ese instante, tu bienestar se convirtió en mi nueva prioridad.

No te conocía aún, pero sabía que mi frío y endurecido corazón tenía toda una vida sin sentir esa urgencia por tu tacto. Evocaban de mí sentimientos sin precedentes ante tu presencia.

- No te preocupes por eso, espera aquí –te dije, con la esperanza de encontrarte ahí cuando regresara.

Subí a mi cuarto apresuradamente en busca de ropa y gasa para la herida. En medio de mi apuro, agarré el primer suéter que encontré y cambié mi ropa mojada con rapidez, temiendo que pudieras marcharte en mi ausencia. Todavía una parte de mí creía que podías ser una ilusión producto del cansancio, el sueño y la soledad. La mente humana es poderosa, y si se combina con tristeza, puede ser letal.

Cuando bajé, te vi sentada en la mesa que estaba al final de la escalera, intentando detener sin éxito la sangre de la rodilla con una toalla que supuse te había dado mi madre. Te ayudé a limpiar la herida mientras me mirabas expectante con tus ojos llorosos y suplicantes. La cercanía de nuestros cuerpos creaba una tensión palpable en el ambiente. Cada vez que hablabas, me latía más rápido el corazón y me daba temor que pudieras escucharlo.

Luego te llevé a mi habitación para que te cambiaras, aunque lo lógico hubiera sido guiarte hasta los baños del café. Pero lo cierto es que tu presencia me nublaba los sentidos y me impedía pensar con cordura. Después de que te dejé sola en mi cuarto, caí en cuenta de lo que estaba pasando. Me estaba convirtiendo en un ser irracional en tu presencia, y, aunque no me gustaba para nada, no podía evitarlo.

De ahí en adelante, cada una de las decisiones que tomé esa tarde fueron irracionales, ya verás porqué.

Mientras te esperaba, encendí la chimenea frente a la cual se sentaba mi madre a leer todas las noches.

- ¿Lista? –pregunté, llamando a la puerta.
- Un segundo –respondiste.

Te vi salir con mi ropa puesta y no tengo palabras para describir lo que sentí, pero debe parecerse mucho a un micro infarto.

- Puedes ponerte cómoda, ya casi te traen un café –conseguí decir en medio de aquel ataque de yo-no-se-qué.
- Gracias. –Sonreíste y te sentaste en uno de los sofás que estaba frente a la chimenea, en el que se sentaba siempre mi madre–. ¿Vives aquí? ¿Eres el dueño? –preguntaste.
- No, yo lo soy cariño –dijo mi madre que iba subiendo las escaleras, y te entregó la taza de café que te había pedido–. Soy Lilian, pero puedes decirme Lili. Bienvenida a mi café, me alegra que mi hijo te haya podido sacar de esa tormenta.

- A mí también me alegra. –Me miraste y me sonreíste con esos labios que me robaban suspiros–. Muchas gracias a ambos. Este lugar tiene una magia indescriptible, y el café está tan rico como huele. –Y eso que aún no habías probado el mío.
- ¿Te gustan los libros, cariño? –preguntó mi santa madre, intentando sacar la mayor información posible de cualquier mujer que se me acercara. Leía tanto, que pensaba que las historias de los libros podían pasar en la vida real, y peor aún, que podían pasarme a mí. ¡A mí!
- Me fascinan. No conozco nada que me haga tan feliz como un libro –dijiste con pasión y sentí la mirada penetrante de mi madre, enviándome un claro mensaje.
- ¿Cómo te llamas? –preguntó.
- Tali Miller.
- Tali, supongo entonces que eres una lectora empedernida. Puedes tomar cualquier libro y leerlo aquí, o llevártelo a casa, con la única condición de que debes devolverlo una vez lo termines –te respondió mi madre.
- ¿En serio? –preguntaste con emoción–. ¡Muchísimas gracias! ¿Usted compró todos estos libros?
- Solo algunos, la gran mayoría han sido donados por lectores o por los mismos autores. Si tienes suerte, encontrarás uno que otro con alguna dedicatoria especial –respondió mi madre, de nuevo con las indirectas, pues más de un libro estaba firmado personalmente por mí–. Además, al final de cada libro encontrarás páginas en blanco para que puedas agregar una reseña, una crítica, un comentario, o simplemente una frase.
- ¿Cuál me recomienda para empezar entonces? –le preguntaste con tus ojos brillantes.
- Mejor dejo que Matías te responda eso, él es el experto –dijo mi madre y se retiró. Ya sabía que esa conversación iba a terminar con ella jugando de cupido.

Me quedé de pie un momento mientras mi madre se alejaba, sabiendo que estando a solas era más propenso a cometer algún acto irracional. Luego me senté en el sofá que estaba frente a ti y sopesé qué pregunta hacerte, sabiendo bien que al final tomaría una decisión ilógica, sin importar lo que contestaras.

- ¿Qué buscas en un libro? – pregunté finalmente.
- Honestamente… no sé. –Me miraste por una milésima de segundo y luego subiste la vista hacia el cielo, donde la tormenta parecía empezar a calmarse–. Me gusta leer libros que me permitan vivir la historia como si fuera la mía propia. Usualmente prefiero las historias de amor, pero en este momento me vendría bien algún libro con algo más… inspirador.

Con base en tu respuesta, podía recomendarte casi cualquier libro. ¿Qué libro no te hacía vivir la historia como propia? Empecé a bajar la escaleras, con la mente en un estante en específico. Aquél que albergaba mi colección privada, pues los había donado todos al café.

- ¿A dónde vas? –me preguntaste sobresaltada mientras me alejaba.
- A buscarte un libro –respondí.

Llegué al estante que tenía en mente, pero ninguno de esos libros me parecía digno para la ocasión. En el fondo de mi cabeza daba vueltas una de estas ideas irracionales de las que venía hablando, hasta que no pude controlarla más y me di por vencido.

Subí corriendo las escaleras y me metí en mi habitación, intentando convencerme, sin éxito, de no hacer lo que estaba por hacer, sabiendo que podía arrepentirme. Tomé el libro que acababa de terminar de escribir y salí a la sala de nuevo.

- Creo que éste te gustará. –Me senté frente a ti y te entregué el libro más real que había escrito. Aunque tenía años publicando mis obras, nunca había estado tan nervioso de enseñarle algo al mundo como ese libro. Ni siquiera le había escogido un título aún.
- ¿No tiene título? – preguntaste confundida.
- Aún no, el autor no se ha decidido. –respondí.
- ¿Quién es?
- Se llama Daniel M. ¿Lo conoces? –pregunté ansioso. No estaba acostumbrado a leer o escuchar opiniones sobre mis obras. Mi pasión era escribirlas, que le gustaran a los lectores era solo un beneficio adicional.
- Escribió uno de mis libros favoritos, “Lo que alguna vez fue”. Solo he leído ese de él.
- Es su peor libro –respondí irritado. Aunque le estaba agradecido, si pudiera desaparecerlo de la faz de la tierra, lo haría. Me da tanta vergüenza haberlo escrito que incluso doné mi propio ejemplar comentado a una tienda de segunda mano.
- ¿Por qué? –preguntaste con curiosidad y se te iluminó la mirada.
- Porque fue el primero –respondí. Lo cierto es que no conozco a ningún escritor que no sienta algo de lástima o pena por su primera obra.
- Dudo que el autor piense lo mismo –contestaste y tu errónea suposición me hizo gracia–. ¿Por qué tienes este libro inédito?
- Trabajo en la editorial del autor –respondí desinteresado. No me gustaba hablar sobre mí.
- ¿Y cuándo va a publicarlo?
- Cuando decida un título, no ha logrado pensar en alguno que lo convenza –respondí, molesto conmigo por no tener las agallas de terminar con esa tortura.

Sacaste tu celular para revisar algún mensaje que habías recibido y desvié mi atención al cielo. Me preguntaba si era del idiota que te había hecho llorar.

- Me tengo que ir... Te agradezco de corazón toda la ayuda, Matías –dijiste mientras te ponías de pie. Mi nombre sonaba angelical en tus labios. Tu partida era una decepción y un alivio al mismo tiempo.
- No hay de qué –respondí.
- Prometo traerte la ropa pronto –dijiste mientras te alejabas.
- No te preocupes, lo que me interesa es el libro con tu reseña –te respondí.

Por alguna razón me moría por tu aprobación sobre el libro. Aunque no te conocía, aunque no sabía si te volvería a ver.

Ese fue el primer mejor día de mi vida.

2

Si ya me era difícil conciliar el sueño, pensando en ti se me hacía imposible. Pasé toda la noche del domingo que te conocí recreando tu rostro y tu cuerpo, imaginando tus gustos, tus sueños. ¿Quién eras? ¿A qué te dedicabas? Anhelaba explorar cada centímetro de tu piel y desentrañar cada historia de tu pasado. La curiosidad me consumía, y la necesidad de conocerte se volvía más intensa con cada latido de mi desvelado corazón.

El lunes por la mañana acompañé a mi madre a una de sus consultas. Aunque no siempre iba con ella, era evidente que no podía trabajar con tu recuerdo en mi cabeza, por lo que le di mejor uso a mi tiempo.

- Piensas en ella, te delatan tus ojos –murmuró mi madre de regreso al café, alrededor del mediodía.
- No sé de qué hablas –respondí indiferente, negando la obvia realidad.
- Date la oportunidad de conocerla, hijo. Se ve que es una mujer maravillosa –insistió.
- ¿Cómo puedes hacer un juicio de ese tipo? La has visto una vez –la cuestioné mientras nos estacionamos.
- Dicen que los ojos son la ventana del alma, y su mirada me dijo todo lo que necesitaba saber –dijo finalmente y se bajó dramáticamente del carro.

Mi madre era una romántica empedernida, una idealista patológica, pero no se equivocaba acerca de la mirada de aquella mujer que me había quitado el sueño. Poseía unos ojos que no se ven con frecuencia, no tanto por su belleza física, sino por lo puro y transparente de su mirada.

Mientras entraba al café, me preguntaba qué tan pronto te volvería a ver. Casi como por arte de magia, obtuve mi respuesta de inmediato.

- Tali, cariño, ¡qué bueno verte de nuevo! –dijo mi madre mientras se acercaba a la mesa del fondo.
- ¡Lili! ¿Cómo estás? –le respondiste con esa dulzura que te caracteriza.

Me costaba creer que estuvieras frente a mí de nuevo, en la misma mesa en la que estuvimos la primera vez.

- Muy bien querida, ¿llevas mucho tiempo aquí? ¿Se te ofrece algo para almorzar? –preguntó mi madre.
- Llegué hace un par de horas…
- Matías también estaba pensando en almorzar, ¿verdad? –te interrumpió mi madre, que evidentemente estaba haciendo todo lo posible para que pasáramos tiempo juntos.
- Hola –dije finalmente, mientras terminaba de acercarme a la mesa.
- Hola –respondiste con una tímida sonrisa.
- ¿Por qué no van viendo el menú? Ya casi viene Alex a tomarles la orden –inquirió mi madre y huyó a la segunda planta.

La miré alejarse y me pregunté qué pasaba por su cabeza. ¿Acaso pensaba que yo tenía oportunidad con semejante mujer?

- No le hagas caso. No quiero incomodarte… –te dije, brindándote escapatoria de la trampa de mi madre.
- No me molesta –respondiste con premura–. Puedes sentarte.

Te miré dudoso, intentando descifrar si en realidad querías que me sentara contigo, pero pudo más mi curiosidad y te hice caso.

- Entonces… ¿Qué haces aquí un lunes desde media mañana? –pregunté, dispuesto a averiguar toda la información posible sobre ti. Quizás así dejarías de interesarme tanto y podría seguir con mi vida sin distracciones.
- ¿Qué haces tú aquí un lunes al medio día? –me devolviste la pregunta con picardía.
- Aquí vivo. ¿Cuál es tu excusa? ¿No trabajas? –pregunté de nuevo, con curiosidad.
- Sí, soy contadora, pero honestamente no me sentía con ganas de trabajar hoy… Bueno, realmente llevo semanas sintiéndome así, pero ya hoy no aguanté más y me tomé el día libre para venir a escribir.
- ¿A escribir? –pregunté asombrado–. ¿Qué escribes?
- Aún nada –respondiste nerviosa–. Bueno, apenas estoy comenzando una historia. Pero no sé qué estoy haciendo, realmente no tengo experiencia.
- ¿Puedo leerla? –pregunté de inmediato. Me intrigaba saber qué pasaba por esa hermosa cabeza. Además, nada me parecía menos atractivo que una persona con mala redacción, por lo que, de ser ese el caso, sería suficiente para sacarte de mi cabeza.
- No –respondiste tajante y cerraste la computadora.
- Disculpa, no pretendía alterarte –murmuré, sorprendido por tu reacción.
- Lo siento, es que no estoy preparada para que nadie lo lea.
- Tranquila, eso es parte del proceso. –Recordaba con claridad ese sentimiento de incertidumbre y miedo–. Veo que trajiste el libro que te di, ¿ya lo comenzaste?
- Ya lo terminé –respondiste con esa sonrisa que movía montañas.
- ¿Tan rápido? –pregunté. Habían pasado horas desde que te lo había dado. Tomé el libro y, en cuanto lo abrí, se salieron algunos papeles–. ¿Y esto?.
- No es nada –dijiste mientras intentabas arrebatarme las hojas de las manos.
- ¿Es la reseña? ¿Puedo leerla? –pregunté con ilusión. Necesitaba saber qué pensabas de ese cruel libro antes de liberarlo al mundo.
- Está bien.

Tras recibir tu aprobación, comencé a devorarme tus palabras. Para mi sorpresa y, contrario a mi esperanza, tu redacción era clara y tus ideas fluían sin problema. Tu léxico era algo poético y tu análisis era más profundo de lo que esperaba. Sin darme cuenta, me había enfocado más en tu obra que en la crítica en sí.

Aunque parecía imposible, ahora me sentía aún más atraído hacia ti. Una contadora con talento para escribir.

Releí los últimos párrafos cargados de compasión y solidaridad. Tus palabras me pesaban en el corazón, pues iban dirigidas a mí aunque no lo supieras. No podía creer la simpatía que le tenías a Damián. El egoísta e inmaduro Damián. De todas las reacciones que hubiera esperado, no había imaginado ningún escenario donde el lector sintiera tanta simpatía conmigo, bueno, con él.

Una frase del final cautivó mi atención:

“Al final, lo que separa al amor del odio no es más que una fina línea, tan delgada que a veces es imperceptible. Querido Damián, aprender a soltar es de valientes.”

Era un mensaje contundente, redactado tan poéticamente que hasta me erizó la piel. La sola noción de que dos sentimientos tan distantes estuvieran distanciados por no más que una fina línea me parecía una fascinante manera de simplificar una realidad tan compleja. Era justo lo que estaba buscando para mi libro.

- Si aprender a soltar es de valientes, ¿qué te mantiene atada a tu trabajo? –pregunté. ¿Cómo alguien con tu talento prefería trabajar en algo que no le gustaba?
- ¿Cómo? –preguntaste confundida.
- Aquí lo escribiste en la reseña, pero ¿por qué no lo aplicas?
- Porque no puedo simplemente quedarme sin trabajo –respondiste–. ¿Qué más voy a hacer?
- Escribir. Tienes talento, Tali. ¿A qué le tienes miedo? –te cuestioné.
- ¿A qué le tengo miedo? –preguntaste, visiblemente molesta–. A no ser buena, a no saber qué hacer. Nunca he hecho esto antes…
- Entonces déjame ayudarte –te respondí, sin saber muy bien qué estaba proponiéndote.
- ¿Por qué? –preguntaste incrédula.
- Porque a esto me dedico y creo que tienes potencial. –Me detuve para pensar cómo podía ayudarte realmente, pues tenía años que no editaba libros personalmente–. Sigue escribiendo y, cuando estés lista para enseñarme lo que has escrito, ven a buscarme –dije mientras me levantaba a hacer un par de llamadas, pues ya habíamos cerrado la agenda para nuevos manuscritos este año.
- ¿A dónde vas? –preguntaste.
- Ya regreso, puedes ir ordenando la comida. Alex sabe lo que quiero. Voy a enviarle a la editorial el título del libro.
- ¿Cuál es? –preguntaste emocionada a mis espaldas mientras subía las escaleras.

Me devolví a la mesa y subrayé una frase del último párrafo de tu reseña.

- ¿Una fina línea? –preguntaste sorprendida.
- Sí, parece que oficialmente acabas de dar el salto al mundo de la escritura. –Sonreí, dispuesto a hacer todo lo que estuviera a mi alcance para ayudarte a cumplir tu sueño, aunque eso implicara mover cielos y mares.

Alguna vez tuve ese mismo sueño, y fui suficientemente afortunado como para que alguien creyera en mí. En mi caso, fue la señora Thompson, ahora directora de la Biblioteca Nacional.

La última vez que estuve detenido por peleas en bares, producto del consumo excesivo de alcohol, me asignaron trabajo social en la Biblioteca Nacional. Gracias a eso tuve la oportunidad de trabajar de cerca con varios escritores, y, poco a poco, comencé a tener más interés en la lectura y en la escritura. A pesar de que mi madre siempre me había inculcado el hábito de leer, antes de la Biblioteca Nacional nunca había escrito en mi vida. Fue en uno de esos talleres donde la señora Thompson leyó mi primer manuscrito e intercedió por mí ante sus contactos para que me ayudaran a publicar ese primer libro del cual ahora no estoy tan orgulloso, pero al que le debo todo.

Era hora de retribuir su benevolencia, aunque en el fondo fuera solo una excusa para acercarme a ti. Cualquiera que me conociera sabía que no tenía tendencias altruistas.

Después de hacer las llamadas, había conseguido todo un equipo de editores, asistentes y diseñadores que me ayudarían a ayudarte. Claro que no podían negarse cuando el jefe les traía un nuevo escritor a la mesa.

Durante el almuerzo, te presioné con el tema de la escritura. Era importante que te comprometieras con tu primer manuscrito. De lo contrario, ni el mismísimo Neruda podría hacer tu sueño realidad. Estaba seguro de que algún día me agradecerías por presionarte así.

Tras nuestro encuentro, me devolví a la oficina e intenté concentrarme en las reuniones que tenía durante la tarde, pero de alguna u otra forma siempre te colabas en mis pensamientos.

Tu recuerdo me hacía sonreír como no había sonreído en años. Estaba empezando a creer que quizás eras tú quien iba a ayudarme a mí, y no al revés.

3

El mismo lunes al inicio de la tarde regresé al café, pues me había comprometido a cenar con mi madre. Ahora que vivíamos juntos, inventaba todo tipo de planes y excusas con tal de separarme un poco de mi trabajo. Aunque no se lo dijera seguido, agradecía su esfuerzo. De no ser por ella, hubiera pasado todas las horas del día y parte de la noche en la oficina.

Mientras me estacionaba en la acera frente al café, cautivó mi atención un objeto que estaba en el suelo junto al carro. Reconocí de inmediato tu sombrero blanco. Tenía grabada en mi memoria tu imagen sentada en la banca el primer día que te vi, como una película que se reproducía sin cesar.

De todas las personas que pudieron encontrar este sombrero, ¿por qué lo encontré yo? La vida y su peculiar sentido del humor.

Recogí el sombrero y lo llevé al café para entregártelo, feliz de tener otra excusa para interactuar contigo. Pero pronto se me esfumó la sonrisa. En cuanto entré, te vi sentada en una de las mesas del fondo, cerca de la escalera. Estabas de espaldas, pero estaba seguro de que eras tú, tu aura era incomparable. Llevabas un suéter amarillo y el cabello suelto. Frente a ti estaba un hombre de cabello claro y aspecto pálido a quien nunca había visto antes en el café.

Mi corazón se apretó al verlos juntos. ¿Quién era él? ¿Acaso tenías pareja? No me había preparado para esa posibilidad. Mantuve la distancia, observándolos con una mezcla de curiosidad y pesar.

Sopesé interrumpirlos para entregarte el sombrero, pero sus manos agarradas me detuvieron en seco. Luego los vi envolverse en un abrazo que me desplomó la buena voluntad. No pude evitar pensar en que era el mismo idiota que te había hecho llorar aquel día en el parque. Sentí como la ira se me subía a la cabeza y subí a mi habitación antes de perder el control y propiciar una escena vergonzosa.

Mientras atravesaba por aquél ataque de enojo, caí en cuenta de que no tenía razón para celarte. ¿Es que acaso era tan iluso para pensar que teníamos futuro? Por más que me brillara el alma cuando estaba a tu lado, no tenía sentido pretender tu afecto. Entrar en tu vida no iba a hacerte ningún bien, ni a ti, ni a mí. Después de todo, yo no era más que un hombre roto que alejaba a todas las personas que me querían. ¿Era tan egoísta como para hacerte sufrir así? Además, con mi madre enferma y la empresa en auge, no tenía tiempo para distracciones. Así fue como me convencí de limitar nuestra comunicación al mínimo. Solo lo necesario para verte cumplir tu sueño.

Decidí entonces colocar el sombrero en una bolsa de papel y llevarlo a la cocina para que alguien más te lo entregara. Bajé las escaleras y pasé junto a tu mesa con la intención de ser discreto, por lo que me limité a vocalizar un “buenas tardes”. Entre menos interacción tuviéramos, más sano sería para los dos. Sin embargo, solo con pasar a tu lado era suficiente para que se me acelerara el corazón.

Alejarme de ti iba a ser más difícil de lo que pensaba.

Los días siguientes fueron un vaivén de emociones. Me era imposible concentrarme en la oficina sabiendo que, al regresar al café, podría encontrarme contigo, por lo que invité a mi madre a que nos fuéramos a la casa de la playa, la que había sido mi refugio durante los últimos años. El sonido del mar siempre tenía un efecto poderoso en mí. El arrullo de las olas silenciaba mis pensamientos en el día, y mis pesadillas oscuras en la noche.

Algunos días me despertaba con un fuerte deseo de conocerte más, y otros días quería eliminarte de mi mente por completo. Mi cabeza era un campo de batalla entre el egoísmo y la

simpatía, entre el amor y la soledad.

Uno de esos días donde me sentía especialmente influenciado por Afrodita –o por Venus, si eres de inclinación romana– había empezado a escribir sobre ti, como una forma ilusa de sentirte más cerca. Al día siguiente leí lo que había escrito y lo borré todo de inmediato, en una decisión infantil, de esas que toma el corazón cuando no se conecta con la mente.

- Cariño, se me había olvidado decirte –dijo mi madre el viernes por la tarde–. ¿Puedes ayudarme a cubrir el turno de mañana en el café? –Lo que yo ignoraba en ese momento es que llevaba toda la semana planeando esta emboscada, pues ya había coordinado contigo desde principios de semana para que fueras al café el sábado.
- ¿Por qué? –pregunté confundido–. Hace años que no atiendo en el café.
- No me he sentido muy bien y Alex, a quien le tocaba cubrir mañana, está enfermo –respondió mi madre. ¿Cómo iba a decirle que no? Si todo el punto de mudarme con ella era facilitarle su vida mientras terminaba su tratamiento.
- Está bien, pero procura dejar todos los postres listos –contesté con obstinación.
- Sí, igual la cocina estará trabajando con normalidad. Solo tienes que ayudarme a atender y preparar cafés –dijo sonriente.
- Hace mucho no preparo cafés –respondí malhumorado.
- Seguro que te quedarán maravillosos, como siempre. –Se acercó y me dio un beso–. Gracias hijo.

Sin duda, no sabía en ese momento en lo que me estaba metiendo, pues al día siguiente, todo fue un caos en el café, particularmente en la tarde. Llegaban clientes tras clientes, las mesas estaban llenas y simplemente no daba abasto para atender, tomar órdenes, llevar la comida a las mesas y preparar los cafés.

Estaba irritado y molesto. ¿Por qué estaba atendiendo el café de mi madre? Eso no era lo que hacía mejor; por eso era dueño de mi propia empresa.

- ¿Estás solo? –escuché un susurro a mis espaldas mientras preparaba un cappuccino.

Reconocía tu voz entre millones. Aparté la vista de la máquina de café y me enfoqué en ti y en tus dulces ojos que me miraban preocupados.

Eras un ángel, mi ángel, que había llegado para salvarme del caos.

El resto de la tarde atendimos juntos el café, como un equipo. Cada vez que cruzábamos miradas, se me escapaba una sonrisa. No estaba acostumbrado a sonreír mucho. Si soy honesto, pocas cosas me hacían sonreír, pero, sin duda, eras una de esas.

Aunque me había propuesto alejarme de ti, me era imposible no mirarte. Aprovechaba esos momentos en que estabas desprevenida para admirar tus gestos, la forma amable en la que atendías a la gente, la melodía de tu voz. Sabía que no me quedaba mucho tiempo más antes de que te dieras cuenta de la clase de frívolo sin corazón que era, por lo que tenía que disfrutar cada segundo a tu lado.

Apenas tuve la oportunidad, me escapé a guardarte un pedazo de pastel de zanahoria, que era de los postres más cotizados de mi madre. Fue una jugada inteligente, pues al final de la tarde se había vendido todo, como era costumbre.

A las cinco vi el reloj y decidí que cerraríamos antes, por lo que subí a buscar las llaves. En cuanto bajé, me encontré con una escena que me revolvió las entrañas. El patán con el que habías venido el otro día estaba frente a ti en medio del café.

- Y ahora que el café está cerrado, ¿estás lista para irnos? –preguntó el idiota.
- Veámonos en una hora en mi casa –le respondiste y se me hizo un nudo en la

garganta. No tenía intenciones de averiguar cuál era la relación entre los dos. ¿Por qué me importaría? Si ya había establecido límites claros entre nosotros.

- ¿Por qué? ¿Qué tienes que hacer ahora? –insistió, con tono acusatorio.

Me miraste, visiblemente incómoda, por lo que me tomé la libertad de responder.

- Tiene una reunión conmigo –interrumpí.
- Soy Lucas, un placer –dijo el flacucho mientras se acercaba y me extendía la mano. Pensé en decirle que se fuera, pero no quería hacer una escena frente a ti.
- Matías –respondí y le tomé la mano con fuerza. No soportaba pensar en que podía ser él quien te hería.
- Y, ¿de dónde se conocen? –te preguntó. Seguía evidentemente incómoda. Bastó con que me miraras para saber que me estabas pidiendo ayuda. Haría lo que fuera por proteger esos ojos suplicantes.
- Soy su editor –respondí, sosteniéndole la mirada–. Gracias por venir, Lucas, pero tenemos mucho que hacer en esta hora –dije y empecé a caminar hacia la puerta para invitarlo a irse.
- Entiendo. Pasaba por un rollo de canela, pero supongo que mejor vengo después –dijo sarcásticamente y empezó a caminar hacia ti–. Te veo en tu casa en una hora –dijo y te dio un beso en la mejilla. Se me tensó cada músculo del cuerpo cuando vi cómo se te acercaba, pero como no lo apartaste, no intervine. Tuve que mirar en otra dirección para no romperle los huesos a *Gasparín*.

Tras el innecesario beso de despedida, te fuiste al baño y Lucas empezó a caminar hacia la puerta, donde yo lo estaba esperando para cerrársela en la espalda.

- No puedes quitarle los ojos de encima, ¿verdad? No te metas con ella. –Tuvo la audacia de amenazarme mientras atravesaba la puerta.
- ¿O qué? –inquirí, con el coraje corriéndome por las venas–. ¿Es tu novia?
- No.
- Entonces no tengo por qué rendirte cuentas –le respondí.

Se quedó en silencio, como sin saber qué decir. Cada segundo que pasaba se me hacía más difícil no romperle la cara. Había algo en su forma de relacionarse contigo que me provocaba repugnancia.

- Déjala en paz –dijo finalmente, y salió del café.

Cerré la puerta de golpe a sus espaldas y conté hasta diez, apretando los puños para contener mi ira. El lado violento que me caracterizaba en mi adolescencia estaba empezando a mostrarse nuevamente, y no le haría bien a nadie. No podía enseñarte la oscuridad con la que cargaba, enojado siempre con la vida. Tenía que alejarme de ti antes de hacerte daño. No me perdonaría jamás verte llorar por mí como el día que te vi por primera vez.

Aprovechamos el resto de la hora que teníamos para comer pastel de zanahoria y conversar.

- ¿Cómo está Lili? –preguntaste mientras disfrutabas del cappuccino que te había preparado especialmente.
- Mejor –respondí indiferente. Mi madre no quería que su enfermedad fuera pública, por lo que no me quedaba más remedio que mentir–. Solo estaba cansada.
- Me alegro –respondiste–. Además de para probar este pastel, vine a contarte algo.

Procediste entonces a contarme que habías renunciado a su trabajo para dedicarte a escribir tiempo completo.

Te miré con admiración unos segundos mientras pensaba en qué más podía hacer para

apoyarte. Me parecía completamente noble y valiente tu determinación para con la escritura.

Te ofrecí entonces el diez por ciento de las ganancias de *"Una fina línea"* bajo el pretexto de que habías colaborado con el título, lo cual era cierto. Además, te ofrecí el cincuenta por ciento de las ganancias de tu propio libro, lo cual no le había ofrecido a nadie jamás. Supongo que ese era uno de los beneficios de ser dueño de mi propia empresa.

- Perfecto, tenemos un trato. Necesito leer lo que llevas a más tardar la próxima semana. –Te presioné para motivarte, no porque realmente me urgiera.
- ¿La próxima semana? Pero…–empezaste a decir.
- Tali, no puedo ayudarte si no sé qué has escrito –te interrumpí–. Esto es vital para que el plan funcione bien.
- Está bien.
- Ven el próximo viernes por la tarde para discutir sobre la historia. Te espero a las seis en punto –Insistí, por tu bien. No quería que el miedo te paralizara como le ocurría a muchos de los escritores de la editorial.
- Está bien –respondiste–. ¿Puedo preguntarte algo?
- Adelante.
- ¿Cuándo se publica el libro? "Una fina línea" – preguntaste con intriga.
- Pronto. Te daré una copia firmada en cuanto se publique –me limité a responder. Había estado retrasando la fecha de publicación por cobardía de mostrarme tan transparente al público, aunque no supieran que era yo.
- Gracias. ¿Crees que pueda conocer al autor algún día?
- Quizás –respondí, divertido por lo irónico de la situación–. Es un hombre ocupado, pero si tu primer libro es un éxito, estoy seguro de que querrá conocerte.
- Ojalá –dijiste y noté incertidumbre en su voz.
- Todo va a salir bien, Tali. Tomaste una buena decisión –te reconforté mientras escrutaba ese rostro angelical.
- Eso espero. –Suspiraste y sonreíste–. Debo irme, mi amigo me está esperando – dijiste mientras te levantabas.

Aunque ya sabía que el flacucho no era tu novio, me reconfortaba escucharlo de tus labios.

- Claro.
- ¿Te puedo hacer otra pregunta? –preguntaste mientras te detenías frente a la puerta.
- Eres una mujer llena de preguntas.
- ¿Cómo supiste que el sombrero blanco era mío?

La pregunta me había dejado frío. No quería mentirte, pero no podía contarte cómo te observaba desde la distancia mientras llorabas en aquella banca. ¿Cómo iba a decirte que me había cautivado tu presencia y me había obsesionado con tu existencia desde antes de que nos conociéramos?

- Solo lo supuse. –Te abrí la puerta y me despedí–. Nos vemos, Tali.

Me regalaste una mirada decepcionada antes de partir, al no recibir respuesta a tu pregunta. Aunque me doliera aceptarlo, no sería la última vez que te decepcionaría si seguíamos relacionándonos.

Desilusionar a las personas era mi especialidad, o al menos así me había percibido durante los últimos años de mi vida.

4

Recuerdo vívidamente el día que comenzaron las pesadillas, mucho antes del trágico incidente de Vivian. Fue exactamente el día en que descubrí la infidelidad de mi padre, el reconocido "Profesor Zimmerman", doce años atrás.

Fui testigo de su adulterio un viernes por la mañana, cuando regresé a mi casa antes de lo esperado. Mi madre estaba trabajando y, supuestamente, mi padre también. Sin embargo, para mi amarga sorpresa, estaba haciendo de las suyas con una de sus colegas en su propio lecho marital. Salí corriendo de la casa y deambulé por horas sin rumbo, como un niño perdido.

Nunca tuve las agallas de contárselo a mi madre. ¿Cómo iba a decírselo y romperle el corazón? No podía. No podía ser yo quien le diera la amarga noticia de su traición.

Poco después descubrí que ya ella lo sabía, y que, de hecho, no era la primera vez que pasaba. Tras el divorcio, supe que una de las principales razones de su separación fue la confesión de mi padre acerca de la hija que había procreado fuera del matrimonio. Isabella Zimmerman, tan solo ocho años menor que yo. Decidí omitir estos detalles en la historia de Damián por respeto a la imagen de mi difunto padre. Aunque era un mal esposo, realmente no era un mal padre.

Después del divorcio, se mudó a Italia con Isabella y su madre, donde falleció diez años después.

Desde su partida, vivo con el pesar de su ausencia todos los días. "Tu padre no te abandonó", me decía mi madre siempre. Y puede que tuviera razón, pero, ¿por qué se sentía como un abandono? Al fin y al cabo, cuando decidió dejar a mi madre, me dejó también.

Lo que nunca entendí es, ¿qué había hecho ella para merecerse una traición de ese tipo? Si no era más que una dulce y dedicada esposa. Por muchos años me cuestioné, si el amor no había funcionado para un alma tan pura como la de ella, ¿por qué iba a funcionar para mí? Un alma podrida y viciosa, cargada de malos recuerdos y malas decisiones.

Había hecho daño a muchas personas en mi vida, incluyendo a mi madre. Llenándole la cabeza de preocupaciones con mis vicios y malas juntas. ¡A cuántas mujeres les rompí el corazón en un acto egoísta de venganza contra el mundo, como si ellas tuvieran la culpa de la infidelidad de mi padre!

¡Qué inmaduro y cruel había sido en mis años más jóvenes! Ahora, que había madurado, me tocaba vivir con el remordimiento y las consecuencias de mis malas decisiones. Con las pesadillas recurrentes y el miedo de volver a caer en aquellos vicios que poco a poco me dañaban el alma.

Fue la noche del sábado cuando tuve una gran revelación. Después del caos del café, tras despedirme de ti, subí a mi habitación y releí varias veces tu reseña de "Una fina línea". Tu letra era pequeña y algo desordenada, pero, de alguna manera, era tu reflejo. *"La vida es muy corta como para paralizarse por el rencor, el miedo o el resentimiento. No puedo evitar preguntarme, ¿dónde estaría Damián ahora? ¿Qué ha hecho con su vida desde entonces? ¿Dejó atrás su infierno?"*, escribiste.

No había prestado atención a estas palabras la primera vez que había leído la reseña, pero ahora, resonaron en mi mente durante toda la noche, desencadenando una profunda reflexión sobre mi propia vida.

Lo que querías escuchar era que Damián había cambiado, que se había hecho mejor persona. Pero lamentablemente eso no había pasado. Aunque me arrepentía de no haberme despedido de mi padre, no lograba superar el sentimiento de abandono y decepción que sentía cuando pensaba en él. Su traición era una herida abierta, aún después de tantos años, después de tantas cartas

llenas de disculpas y arrepentimientos.

Tus palabras me dieron vuelta en la cabeza toda la madrugada. ¿Cómo podía dejar atrás mi infierno? Quería ser una mejor persona. Ahora no solo por mi madre, sino por ti. ¿A quién quería engañar? Me moviste el piso desde el día que te vi por primera vez y entendí que no todos los días tenían que ser grises. El día que te conocí, el mundo comenzó a teñirse de colores.

No sentí las famosas y eternamente deseadas mariposas en el estómago; en cambio, experimenté una erupción volcánica imposible de contener que arrasó con todo el dolor que encontró a su paso. Desaparecieron mis miedos antiguos y comenzaron a surgir nuevos temores. ¿Se puede amar con un corazón tan dañado, tan lleno de rencores y arrepentimientos? ¿Desaparecerían mis demonios con la llegada de un ángel a mi vida?

Alejarme de ti era una tarea imposible, pero sabía que no era digno de ti hasta que no lograra sanar todo aquello que me mantenía anclado al pasado, por lo que finalmente tomé tu consejo y decidí cerrar ciclos. Para eso, debía comenzar por hacer las paces con mi pasado. La imagen de Isabella surgió en mi cabeza, una presencia constante que merecía ser parte de mi proceso de sanación. Esa misma madrugada, sosteniendo tu reseña en mis manos, me armé de valentía para contactarla. No era una decisión que tomaba a la ligera, pues tenía años pensando en ello, pensando en ella. Y, aunque ella no era la solución a todos mis problemas, era un buen comienzo hacia el camino de mi propio perdón.

Era hora de contactar a mi hermana, o media hermana, técnicamente. A la que nunca conocí, y con la que nunca quise tener contacto, a pesar de la insistencia de mis padres. A la que le achaqué todo el daño que me había hecho mi padre al abandonarme.

Muchos años pasaron antes de que lograra entender que, a pesar de sus errores, mi padre tenía derecho a amar de nuevo, en todas sus formas. Tenía derecho a seguir adelante y formar una nueva familia. Una en la que yo sentía que no había espacio para mí, aunque él intentó decirme lo contrario. ¡Cuántos años me pidió que accediera a conocerla!, me rogó, realmente. Cada año ignoraba su petición, porque ¿quién era ella para robarme el cariño de mi padre? Al que había dado por muerto mucho antes de que muriera.

Era hora de hacer lo que tuve que haber hecho hace muchos años. La llamé esa misma madrugada y, tras presentarme formalmente, le ofrecí pagarle un viaje desde Italia para conocernos. Aunque no esperaba que me recibiera con los brazos abiertos, muy para mi sorpresa, así mismo fue como me recibió. Me había estado esperando durante tanto tiempo, que ya había perdido la fe de conocerme algún día.

Pero como dicen por ahí, la fe es lo último que se pierde.

El lunes por la tarde la recogí en el aeropuerto y nos fuimos a pasar el resto de la semana a la casa de la playa, pues teníamos mucho de qué hablar. Me había perdido veinte años de su vida y no estaba dispuesto a perderme ni un día más.

Al principio no sabía muy bien cómo actuar, pero toda la incomodidad se desvaneció tras estar con ella un par de horas. Tenía una facilidad admirable para entablar conversaciones sobre cualquier tema y hacerla parecer la conversación más interesante del mundo. Era dulce, graciosa y muy inteligente. Su risa me recordaba a mi padre, así como su oscura cabellera. De algún modo, estar cerca de ella me hacía sentirme cerca de él. Y, aunque ya era tarde para hacer las paces con mi padre, sabía que, desde donde sea que nos viera, nos estaba sonriendo.

- Te pareces tanto a él –inquirió mientras cenábamos–. Ambos tan apasionados por su trabajo que se les nota en la mirada, tan llenos de misterio e intriga. Con esa fachada oscura que protege un corazón de oro.
- ¿Aprendiste todo eso de mí en una sola tarde? –bromeé para no tener que

referirme directamente a su comentario, que me había causado un nudo en la garganta.

- Eso, y más –respondió sonriente y guardó silencio unos segundos, pensativa–. Siempre me hablaba de ti. Te amaba, ¿sabes?

Me limité a asentir por temor a desencadenar un llanto que luego no podría detener. Me reconfortaba escucharla hablar sobre él con tanta familiaridad. Me daba paz saber que al menos uno de sus hijos había estado con él en sus últimos años de vida, aunque tuviera que vivir con la culpa del rencor que le guardé tantos años.

Después de pasar toda la semana con Isabella, sentía mi corazón más liviano, como si le hubiera quitado una de esas tantas cargas que lo atormentaban. Estarías orgullosa del avance de Damián, pues estaba un paso más cerca de dejar atrás su infierno. Todo gracias a tu reseña.

El viernes en la mañana regresamos de la casa de la playa y dejé a Isabella en casa de una amiga suya que no veía desde hacía mucho tiempo. Aproveché para asistir a un par de reuniones en la oficina, y luego del mediodía pasé por el café a recoger a mi madre para llevarla al doctor.

Tenía la cabeza tan llena de preocupaciones del trabajo que, por poco, no me percato de tu presencia.

- Tali –te saludé sorprendido en cuanto te vi en la misma mesa en la que te sentabas siempre. Me preguntaba si lo hacías a propósito–. No esperaba verte por aquí tan temprano–. Sonreí, pues tu sola presencia me alegraba el día–. ¿Esperas a alguien?

Noté que estabas leyendo uno de mis libros, *"Frente a la Bahía"*. Era uno de mis favoritos, pues era la mezcla perfecta entre mi realidad y la ficción de lo que pude haber sido.

- No. Me gusta venir a escribir aquí –respondiste sonriente–. Siento que me concentro más.
- Me alegra –dije y me detuve unos segundos a admirar lo hermosa que eras.
- ¿Estabas de viaje? –preguntaste, señalando la maleta que traía conmigo.
- Algo así –respondí, pues ir a la casa de la playa no contaba como ir de viaje–. Vine a buscar a mi madre para llevarla a hacer unas diligencias. ¿Nos vemos en la noche?
- Claro –respondiste–. Escuché que es noche de tapas y vinos.

Sonreí ante tu comentario y seguí caminando hacia la segunda planta. De repente, me detuve a la mitad de la escalera y te miré de nuevo.

- En mi opinión, ese es uno de sus mejores libros. –Sonreí.

Pensé en ti el resto de la tarde, en cómo me encantaría contarte sobre mis libros, mi experiencia como autor, todo lo que había aprendido sobre mi hermana, y lo muy agradecido que estaba contigo por impulsarme a ser mejor hombre, aunque no lo supieras.

Un par de horas después, justo antes de mi reunión contigo, llegó Isabella al café para despedirse de mí antes de irse al aeropuerto. Le prometí seguir en contacto y visitarla pronto, y, con un fuerte abrazo, le dije adiós a *la mujer de envidiable cabellera*.

Aquel momento marcó el inicio de un nuevo capítulo en mi vida, donde la reconciliación y el amor comenzaban a desplazar las sombras del pasado.

5

Desde que llegaste, noté lo nerviosa que estabas, pues no dejabas de tocarte las uñas y morderte el labio, lo que detonaba unas ganas incesantes de besarte. Quería abrazarte y asegurarte que todo estaría bien.

En cuanto nos sentamos en la mesa que había reservado para ti, *nuestra* mesa, tu tez pálida y respiración acelerada me alertaron de un posible ataque de pánico, por lo que decidí convertir nuestra reunión de negocios en una cena casual, que poco a poco se fue transformando en la mejor cita que había tenido en mi vida, llena de miradas cómplices y tímidas sonrisas. ¡Todo a tu lado era tan natural!

Los sentidos me fallaban en tu presencia. A veces me perdía en tu mirada y tus palabras se convertían en un murmullo lejano, otras veces me sentía tentado a cerrar los ojos y entregarme a la melodía de tu voz. En todo caso, todo mi cuerpo estaba en un estado de alerta cuando estaba contigo.

Mientras fluía la conversación, aprovechaba para admirarte bajo la luz de la luna que nos acompañaba a través de los tragaluces. Tu mirada me recordaba al vasto y profundo océano que apreciaba con frecuencia desde mi velero. Tu olor, a la embriagante fragancia purificadora de un bosque lleno de vida. No sabía cómo, en tan poco tiempo, habías logrado penetrar estas murallas que celosamente había construido, pero eras mi nueva y mayor debilidad. No podía dejar de imaginarte acompañándome en la soledad de mi velero y de preguntarme cómo se vería tu cabello bailando con el viento.

Después de un par de horas y varias copas de vino, decidí adentrarme en el tema que nos competía.

- ¿Qué es lo que más te está costando al escribir este libro? –pregunté.
- Inspirarme, creo. –Suspiraste–. Y creer en mí.

Reconocía que llevarte a la casa de la playa era una decisión arriesgada, pero también estratégica. La impresionante vista del océano podía ser la chispa de inspiración que necesitabas para tu escritura, mientras que tenerte en mi velero cerraría el capítulo de fantasías que se repetían incesantemente en mi mente.

- ¿Tienes planes para mañana en la mañana? –pregunté inseguro.
- No –respondiste con intriga.
- Ven al café a media mañana, quiero enseñarte algo –dije finalmente–. Ahora sí, necesito que me envíes el borrador a mi correo electrónico.
- ¿Ahora? –preguntaste nerviosa.
- Sí, ahora. –No podía esperar más para leer lo que habitaba en tu cabeza, estaba ansioso por leerte, pues no hay mucho que se pueda ocultar tras una buena escritura. Al final, todos escribimos desde nuestra experiencia, nuestras creencias y nuestros anhelos.

Te vi batallar con tu computadora en el fallido intento de enviarme el borrador, mientras escuchaba tu respiración agitada.

- ¿Tali? –pregunté preocupado–. Te ves algo pálida.

Me apresuré a acercarme y arrodillarme a tu lado, pero seguías inmóvil. Podía sentir la angustia nublándome la vista, por lo que sujeté tu rostro en mis manos, sin detenerme a pensar en lo poco profesional que era aquello.

- ¿Estás bien? –pregunté intranquilo, intentando conseguir alguna respuesta por tu parte.
- No puedo hacerlo –dijiste finalmente en un susurro–. Pensé que ya había

sanado estas heridas del pasado, pero ahora me doy cuenta de que siempre han estado abiertas.

Escucharte decir eso me rompía el corazón. ¿Quién era capaz de infligir daño a un ángel?

- No sé quién te hizo tanto daño, pero te prometo que nada malo te va a pasar mientras estés a mi lado –dije en un pobre intento de reconfortarte, pero lo decía en serio.

Aun sujetándote, limpié una lágrima solitaria que bajaba por tu mejilla. Verte llorar me hizo entender lo frágil y vulnerable que podías ser en mi presencia, y me hizo recapacitar. Aunque había empezado a reconciliarme con mi pasado, era consciente de que aún no era suficiente para ti. No podía vivir con la idea de verte derramar lágrimas por mí y mi incapacidad de mantenerme alejado.

- ¿Quieres que te ayude? –pregunté, señalando la computadora.
- Por favor –dijiste en un hilo de voz–. El archivo se llama "borrador".

Procedí entonces a tomar tu computadora y enviarme el archivo que pensé que era el correcto. Luego fui a buscarte un vaso de agua y te encontré recogiendo, torpemente, tus cosas. Era evidente que no estabas en condiciones de regresar sola a tu casa, y menos en bicicleta, por lo que insistí en llevarte.

Afortunadamente aceptaste mi oferta, pues poco tiempo después estabas medio inconsciente en mi carro. No te culpaba, pues en su momento yo también me emborraché tras enviar mi primer manuscrito. Aunque, en mi caso, el borrador era solo una excusa para alimentar mi vicio autodestructivo.

- Hace poco me hice un tatuaje –balbuceaste.
- ¿Qué te hiciste? –pregunté, intentando mantenerte despierta.
- Quiero hacerme otro –respondiste, ignorando mi pregunta–. Quiero unos narcisos violetas, mis favoritos –murmuraste y cerraste los ojos.
- Tali –te dije, tocándote el hombro–. Necesito que te mantengas despierta hasta llegar a tu casa. –Por más que soñaba con pasar una noche junto a ti, no estaba en condiciones para eso. Necesitaba que me guiaras hasta tu casa.
- Sí –balbuceaste mientras mirabas por la ventana. Poco después, señalaste la puerta de tu casa y cerraste los ojos, esta vez sin intenciones de abrirlos de nuevo.

Por suerte, tu prima estaba en tu casa y nos abrió la puerta.

- Hola, soy Matías –dije apenado en cuanto me recibió en pijamas.
- Un placer, soy Alicia, la prima de Tali –respondió.
- Sé que suena mal, pero Tali está dormida en el carro. Creo que mezclar el vino con el estrés del libro no fue buena idea –intenté bromear, avergonzado. No quería que pensara que me había aprovechado de ti.
- Qué raro –respondió sorprendida–. Tali no es de tomar mucho.
- ¿Te molesta si la llevo a su habitación? –pregunté.
- Más bien te lo agradezco mucho –dijo y esbozó una sonrisa.

Me devolví al carro a buscarte y, mientras te tomaba en mi brazos, abriste esos hermosos ojos negros y sonreíste.

- Estás caliente –dijiste y escondiste tu rostro en mi pecho. Por una milésima de segundo se me ocurrió que quizás, y solo quizás, había una pequeña posibilidad de que te sintieras atraída por mí. Pero lo descarté de inmediato y lo atribuí a los efectos del alcohol.

El reconfortante tacto de tu piel contra la mía me aceleró el corazón, por lo que intenté disimular mi emoción mientras seguía a Alicia hasta tu cuarto.

- Es aquí –dijo mientras me invitaba a entrar a tu habitación oscura–. Voy a buscarle agua –murmuró y nos dejó solos.

Procedí a acostarte en tu cama y a quitarte los zapatos; luego, me senté junto a ti y te contemplé varios segundos. Eras más de lo que pude haber soñado. Delicadamente aparté un mechón de cabello que caía sobre tu rostro, y el roce de mis dedos te hizo sonreír.

- Quédate conmigo –susurraste de repente y tomó por sorpresa a mi corazón que latía con fuerza.
- ¿Qué? –pregunté, incrédulo.
- Quédate conmigo –repetiste.

Tu desinhibida petición me arrancó una sonrisa.

- Pídemelo sobria, y me quedo sin dudar –respondí, con certeza de que no ibas a recordar nada de esto al día siguiente. Dicen que los niños y los borrachos son los más sinceros. ¿Era posible que estuvieras cayendo por mí? ¿Qué se sentirá ser amado por un ángel?

Te planté un tímido beso en la frente y bajé a hablar con tu prima. Intercambiamos teléfonos y me puse a la orden por si necesitabas algo en la madrugada.

Nos despedimos, y con una sonrisa de oreja a oreja, regresé al café. Mi corazón ardía de solo pensar en ti, mientras los pensamientos pesimistas susurraban las mil maneras en las que podía hacerte daño.

La lucha entre la emoción y la razón me mantuvo despierto toda la noche, un duelo silencioso que resonaba en lo más profundo de mi ser, por lo que aproveché para leer el borrador que me habías enviado, el cual, para mi sorpresa, resultó ser un libro completo desde principio a fin, y era bueno. Me intrigaba tu forma de escribir, tan diferente a todo lo que había leído antes.

Mis ansias por leerte habían aumentado, junto con mis deseos impuros de tenerte cerca. Eras un cielo estrellado, y yo no podía hacer nada más que mirar.

6

- ¿Quieres que le compre flores y las mande a la casa de la playa? –preguntó Vivian, del otro lado del teléfono.
- No pretendo espantarla, Vivi. Además, es casi una reunión de negocios –respondí mientras me estacionaba frente a tu casa, donde te había dejado casi inconsciente la noche anterior, pidiéndome con vehemencia que me quedara a tu lado.
- Ninguna mujer se ha espantado con flores, Matías –refunfuñó.
- Quizás la próxima vez –respondí–. Si es que hay próxima.
- ¡Claro que habrá! No tengas miedo de enseñarle el verdadero tú, y verás como habrá muchas próximas veces.
- No sé. Ni siquiera sé qué estoy haciendo –suspiré.– No quiero hablar más del tema.
- Está bien –dijo Vivian, que ya conocía mis límites–. Hablamos después.

Me bajé del carro y me acerqué a tocar la puerta. Pocos segundos después, saliste.

- Tali –te saludé con sorpresa, pues no esperaba verte tan radiante. Tu figura se destacaba con una falda ceñida que alimentaba mi imaginación–. Debo admitir que no esperaba verte así de bien.
- Tomaré eso como un cumplido –dijiste nerviosa mientras cerrabas la puerta–. Lamento mucho lo de anoche, cuando se combinan el vino y el sueño, las cosas no terminan muy bien.
- No te preocupes –respondí, incapaz de contener una sonrisa al recordar lo maravilloso de aquella noche–. ¿Vamos?

Nos subimos al carro y el resto del trayecto sólo podía pensar en dos cosas: la primera, en cómo se movía tu cabello al compás del viento; la segunda, lo afortunado que era de tenerte junto a mí, aunque fuera temporal.

A mitad de camino, descubrimos que el manuscrito que había leído era realmente un libro que habías escrito antes y que no tenías intenciones de mostrar al mundo, lo que desencadenó otro ataque de ansiedad.

Intenté reconfortarte con respecto a ese manuscrito, pero no hubo caso. Me apartaste bruscamente y guardaste silencio el resto del recorrido, lo que me hizo preguntarme cuál era la historia de ese primer libro y por qué seguía abierta esa herida.

El verte así, tan vulnerable, tan llena de miedos, me hacía reflexionar de nuevo sobre la naturaleza de nuestra relación. ¿Qué bien podía hacerte? Si estaba aún más roto que tú, más herido, más aterrado. Esta lucha interna me consumía constantemente, en un vaivén sin fin de remordimientos y dudas.

En medio del silencio, solté un suspiro profundo y le pedí a Dios, aquel al que mi madre me había enseñado a amar, pero al que cuestionaba con frecuencia. Le rogué por una señal clara que iluminara mi camino y me ayudara a entender qué hacer y con qué propósito. ¿Debía poner fin a toda relación contigo para evitar causarte más daño? ¿Debía esforzarme en conquistarte? ¿O acaso mi papel en tu vida se limitaba únicamente a lo profesional?

Finalmente, llegamos a la casa de la playa y nos dirigimos directo al velero. Un picnic preparado por Esteban, el mayordomo, nos esperaba. Estaba ansioso por ver a otra mujer en mi casa que no fuera mi madre.

Tras deleitarnos con la exquisita comida de Esteban, zarpamos a mar abierto. Tu compañía me infundía una paz que, incluso en nuestros silencios, podía sentir.

Una vez en medio del océano, lejos de todo lo terrenal, me senté a tu lado en el borde del velero.

- Cuando un escritor quiere escribir, debe encontrar primero la fuente de su inspiración. Algunos la encuentran en la naturaleza, otros en la tristeza, y muchos otros en el amor. –Comencé a explicar, replicando el ejercicio que hacían los editores en la empresa–. No a todos nos inspiran las mismas cosas, Tali.
- ¿Qué te inspira a ti? –me preguntaste de inmediato.
- Si escribiera –empecé a decir, haciendo una breve pausa mientras evaluaba la idea de revelar la verdad. Sin embargo, no tuve el coraje de admitir que te había mentido durante todo ese tiempo–. Esto. El mar, la tranquilidad que siento cuando navego. El sol, y los atardeceres, especialmente. Algunas noches, la luna, incluso. –Y tú. Tú me inspirabas, no solo a escribir, sino a ser mejor ser humano.
- ¿Desde hace cuánto navegas? –preguntaste.
- Desde que murió mi padre, hace varios años ya.
- Lo siento mucho –contestaste.
- ¿Qué te inspira, Tali? –pregunté, insistiendo en el tema.
- Yo...–empezaste a decir, pero nos interrumpió el sonido de mi celular.
- Disculpa, tengo que atender –me excusé y me levanté a atender la llamada de Vivian en el otro lado del velero.
- ¿Vivian? –dije preocupado.
- No pasó nada malo, solo llamaba a recordarte que necesito que firmes el contrato con la imprenta hoy mismo.
- Está bien –respondí. Tan solo un segundo después escuché el estruendo del mar y unos alaridos a mis espaldas, por lo que solté el celular y corrí en dirección a los gritos.
- ¡Matías! –te escuché gritar de nuevo, pero no te veía sobre la cubierta, por lo que me asomé hacia el borde del velero y te vi luchando en el mar.
- ¡Tali! –exclamé. Se me detuvo el corazón ante aquella escena. No había sentido tanto temor desde la primera vez que internaron a mi madre en el hospital.

Salté de inmediato, sin dudarlo, y nadé en tu dirección lo más rápido que pude. A pesar de que todo ocurrió en cuestión de segundos, se sintió como una eternidad. La adrenalina me nublaba la razón y solo podía pensar en sacarte de ahí. No podía perderte.

Tan pronto como logré alcanzarte, te abracé con fuerza y te llevé de regreso al velero. Una vez en la cubierta, te ayudé a sentarte mientras expulsabas toda el agua que habías tragado.

- ¿Estás bien? –pregunté desesperado–. Tali, háblame por favor –te supliqué. Mi corazón latía a mil por segundo.
- Estoy bien –dijiste finalmente, aun luchando por recuperar la respiración.
- Debí haber insistido más en que usaras el salvavidas –dije angustiado–. Qué susto me diste.
- Lo siento, es que me mareé y perdí el equilibrio –dijiste con vergüenza.
- Está bien –respondí, aliviado de que no hubiera pasado nada más grave. Al escuchar el temor en tu voz, no pude evitar acercarte hacia mi pecho y envolverte en un abrazo–. Ya estás a salvo.

Mientras te sostenía entre mis brazos e intentábamos recuperar el aliento, le di gracias a Dios por tenerte ahí conmigo, y me pregunté si, tal vez, esa era la señal que había pedido. Algo así en las líneas de “uno no sabe lo que tiene hasta que lo pierde”.

Después de algunos minutos de sostenernos en silencio, empezamos a temblar por el viento

chocando contra el agua fría de nuestra ropa.

- Creo que tengo ropa seca en el camarote de abajo. Ya regreso –dije y me levanté–. Por favor aléjate de los bordes mientras no estoy, ¿sí? Nada de jugar a la sirena –dije en tono de broma, pero realmente lo decía en serio.

Bajé al camarote y tomé la primera sudadera y el primer pantalón que vi, sin siquiera pensar en cambiarme antes que tú.

- Esto es lo único que tengo. –Me acerqué hacia donde estabas y te entregué la ropa–. Puedes cambiarte en el camarote que está abajo.
- A esta altura creo que me has visto más veces mojada que cualquier otra persona. –respondiste y tu respuesta me robó la respiración. ¿Me estabas coqueteando? ¿Era esta la señal que le pedí a Dios?

Me limité a sonreír ante tal comentario, evitando responder con algo inapropiado, y te extendí la mano para ayudarte a levantarte.

En cuanto estuviste de pie, sentí un fuego intenso recorrer por toda mi piel al notar que tu abdomen estaba al descubierto debido a que tu blusa blanca se había transparentado con el agua. No pude evitar bajar la mirada hacia tu piel casi desnuda y, para mi sorpresa, me encontré con el tatuaje que cruzaba sus costillas. No podía leerlo con claridad, pero era una frase. Me resultaba sumamente atractivo.

- ¿Qué dice el tatuaje? –pregunté.

Procediste a levantarte la blusa lo suficiente como para que quedara al descubierto.

"Nunca es demasiado tarde para huir de aquello que te hace daño", decía. Lo leí una, dos, tres veces. Mis ojos no podían creer lo que veían. Eran las palabras que había escrito en el ejemplar comentado de *"Lo que alguna vez fue"*, aquél que había donado a una tienda de segunda mano.

Lo reconocía, porque era mi letra.

- ¿De dónde sacaste esas palabras? –pregunté incrédulo.
- De un libro –contestaste.

Incapaz de continuar la conversación, me di la vuelta y me dirigí hacia el timón.

Llevaba mis palabras escritas en tu piel. Dios me había escuchado y me había enviado una señal tan clara que no se podía pasar por alto. Nuestras vidas estaban destinadas a cruzarse y a dejarnos marcados de manera tan permanente como ese tatuaje en tu piel.

Después de regresar a tierra firme, subiste a mi oficina para escribir, mientras yo aprovechaba para hacer lo mismo en el jardín.

Me senté frente a mi computadora, abrí un nuevo documento y, tras mirarlo por algunos minutos, las palabras empezaron a fluir sobre el teclado.

"Estaba roto cuando la conocí. Poco a poco, un día a la vez, su luz se filtró a través de cada una de mis cicatrices. Donde antes había dolor, ahora solo quedaba esperanza. Ella era el arcoíris que había estado esperando. Era la promesa de la misericordia de Dios", escribí. Así comenzó la segunda parte de la historia de Damián. Aquella en la que encontró al amor de su vida.

Transcurridas varias horas y ya pronta a caer la noche, te busqué y vimos el atardecer desde el balcón de mi habitación. Hablamos un poco sobre tu temor al mar, la experiencia en el velero, e incluso sobre el mantel que había reparado mi madre con flores bordadas, el cual ahora guardaba un lugar especial en mi corazón y en mi balcón. Después, bajamos para deleitarnos con la deliciosa pizza a la leña que nos había preparado Esteban.

Mientras cenábamos en el jardín bajo la luz de la luna, no podía dejar de pensar en el tatuaje.

Era tan increíble que no parecía cierto.

- ¿De qué libro sacaste tu tatuaje? –pregunté de repente, incrédulo.
- Estaba escrito a mano en “Lo que alguna vez fue”. Lo encontré en una tienda de segunda mano –respondiste.
- ¿Puedo verlo? –pregunté insistente.

Me miraste dubitativa, pero finalmente te levantaste la sudadera y me enseñaste tu abdomen.

“Nunca es demasiado tarde para huir de aquello que te hace daño”, leí de nuevo y lo admiré por varios segundos. Valoré la idea de contarte de quién era la cita que llevabas sobre tus costillas, pero no quería dar explicaciones al respecto ni quería espantarte con el curioso sentido del humor de la vida.

Bajo el tatuaje, había una cicatriz que atravesaba parte de tu abdomen.

- ¿De qué es la cicatriz? –pregunté con curiosidad.

Tus ojos se abrieron de sorpresa ante mi pregunta; sin embargo, no tuviste tiempo de responder.

- Señor, hay alguien en la puerta buscando a la señorita –nos interrumpió Esteban.
- ¿A mí? –preguntaste.

Te pusiste rápidamente de pie y te seguí de cerca hacia la entrada de la casa. ¿Quién podría estarte buscando en mi casa?

En cuanto atravesamos la sala y nos acercamos a la puerta de la entrada, obtuve mi respuesta.

- Lucas –saludaste al flacucho–. ¿Qué haces aquí?
- Estábamos preocupados, Tali. No respondes mis mensajes desde anoche y Alicia no sabe de ti desde el mediodía.
- Estoy bien, solo que he estado ocupada –respondiste, visiblemente fastidiada.
- Me alegra que estés bien –inquirió Gasparín mientras te acercaba forzosamente a él y te abrazaba.

Respiré profundo y cerré los ojos para no sacarlo a patadas de mi casa.

- Estamos en medio de nuestra cena –interrumpí y me acerqué a ti instintivamente, con la intención de que Lucas te soltara.
- Es tarde, Tali. ¿Por qué no te vas conmigo? –me ignoró el inútil.
- Yo puedo llevarla –inquirí.
- Es mejor que nos vayamos de una vez, tu prima está preocupada –insistió Lucas.

La mirada de Lucas se clavó en mí como cuchillas, y una sensación incómoda se apoderó de la habitación. Cada palabra no dicha pesaba en el aire, haciendo que la situación fuera aún más difícil de soportar.

- Está bien, espérame en el carro. –Suspiraste y cerraste la puerta en su cara. Tus ojos reflejaban una mezcla de molestia y resignación.

Aunque era ridículo, me decepcionó haber perdido aquella discusión ante aquél zopenco.

- Disculpa por irme así. Seguirá insistiendo hasta que me vaya con él…
- No pasa nada –te interrumpí, pues no me debías explicaciones.

Caminaste a la sala a recoger tus cosas y luego te acompañé en silencio hacia la entrada, completamente devastado por tener que despedirme de ti.

- Gracias por todo –exclamaste con una sonrisa triste.

Te miré en silencio, incapaz de responderte, pues me dolía verte partir. De repente, te acercaste y me plantaste un suave beso en la mejilla, lo cual dejó mi piel prendida en fuego.

Tu tacto me tomó por sorpresa y me dejó sin palabras. Rápidamente te diste la vuelta y empezaste a abrir la puerta para salir, pero no podía dejarte ir así sin más luego de haberme dejado el corazón en llamas, por lo que te tomé suavemente de la muñeca y te acerqué a mí. Una vez frente a frente, tomé tus manos y subí las mías delicadamente por tus brazos hasta tu cuello, sosteniendo tu rostro entre mis manos. Te admiré por algunos segundos, disfrutando del calor de tus mejillas contra mis dedos. Finalmente, te planté un inocente beso en la frente.

- Buenas noches, Tali –te susurré y te vi partir. Mientras te alejabas, mi corazón latía con fuerza, dejando un eco de tu presencia. Cerré los ojos brevemente, tratando de encontrar consuelo en la placentera sensación que habían dejado tus labios en mi mejilla.

El resto de la noche no paré de pensar en ti, en tu sonrisa, en tu tatuaje. Por ratos me carcomían los celos de tan solo imaginarte junto al flacucho ese, pero de alguna manera sabía que no había entre ustedes la complicidad que había entre nosotros. ¿Cómo podría entenderte en los silencios como yo lo hacía?

7

Al día siguiente, regresé al café temprano, pues tenía que preparar el equipaje para un viaje de negocios que tenía esa misma noche hasta el próximo viernes.

- Hijo, Tali está abajo –dijo mi madre sonriente mientras irrumpía en la paz de mi habitación.
- ¿Está sola? –pregunté, intentando ocultar mi emoción.
- No, está con un grupo en una de las mesas cerca de la puerta. Pensé que quizás querías ir a saludarla –dijo mi madre con picardía y salió de nuevo.

Aunque dudé por un momento, la idea de no verte durante toda la semana me impulsó a bajar.

Decidí entonces ir a saludarte y a entregarte la ropa que habías dejado en el velero el día anterior. Al acercarme, no esperaba encontrarme nuevamente con el flacucho, pero no podía perder la oportunidad de escuchar tu voz una vez más antes de partir.

- Tali –te saludé a tus espaldas, terminando de acercarme a tu mesa–. Dejaste esto ayer –dije y te entregué la ropa.

En cuanto escuchaste mi voz, te diste vuelta y me miraste con esos ojos llenos de luz.

- Gracias –respondiste sonriente. Podía sentir la mirada penetrante de Lucas, pero ni siquiera lo determiné. No valía la pena perder el tiempo mirándolo, cuando podía admirarte a ti.
- Buen provecho –dije finalmente, dirigiéndome al resto, y regresé de nuevo a la soledad de mi habitación.

Una vez ahí, descargué el manuscrito que me habías enviado y lo guardé a mano para leerlo durante el viaje.

Al día siguiente, entre aviones y reuniones, concluí que no podía ser yo quien editara tu libro. No era objetivo, y te merecías a alguien que realmente te diera una guía honesta, por lo que le asigné la edición a un equipo de la empresa.

Sin embargo, leí tu borrador de principio a fin. Nuevamente maravillado por tu habilidad para transmitir ideas de forma sencilla, sin dejar de lado tu toque poético. Me encantaba leerte, lo cual, de habértelo contado por mensaje esa misma semana, podría haber evitado lo que ocurrió el siguiente sábado al mediodía.

- Regresé exhausto de mi viaje el viernes, muy tarde en la noche. Había sido una semana agotadora, y, entre eso y mis pesadillas, me había costado mucho dormir; por lo que todavía estaba acostado cuando apareciste golpeando mi puerta el sábado cerca del mediodía.
- Matías. –Te escuché decir–. ¡Matías! –gritaste. No estaba seguro si tu voz era parte de mis sueños, pero los golpes en la puerta eran reales sin duda, por lo que me levanté desorientado, aún en ropa interior, para ver qué pasaba.
- ¿Tali? –pregunté confundido en cuanto te vi de pie en la puerta de mi cuarto usando ropa de hombre. Intenté ordenar mis ideas–. ¿Estás bien?

Lo que ocurrió a continuación fue básicamente un monólogo-reproche acerca de cómo había, supuestamente, rayado tu manuscrito con una equis roja gigante y te lo había dejado en la puerta de tu casa. Llorabas desconsoladamente y no sabía qué hacer para reconfortarte. No había sido yo el autor de semejante atrocidad y, francamente, me dolía que me imaginaras capaz de hacer algo así.

Una vez aclarado que yo no era el culpable y, después de vestirme, te invité a almorzar conmigo. Aunque debo confesar que estaba muy incómodo al verte con ese atuendo. Si ibas a

usar ropa de hombre, prefería que fuera la mía. No lo dijiste, pero asumí que era de Lucas, el otro hombre en tu vida que pretendía tu corazón.

En medio del almuerzo descubrimos, gracias a Vivian, que el culpable de tan caótica mañana era tu *ex*, que era un nuevo asistente en la empresa. Además de ese inmaduro acto, te había enviado un mensaje extremadamente ofensivo e inapropiado varios días atrás. Aunque me hervía la sangre, el patán pagó las consecuencias con su trabajo, pues ordené su despido inmediato.

La noticia no te sentó nada bien, pues tus ojos se llenaron de lágrimas de repente.

- Necesito un minuto –dijiste con voz temblorosa, mientras te levantabas de la mesa.
- Tali –te llamé mientras me ponía de pie–. Espera.

Corriste hacia el baño, pero no podía dejarte ir en ese estado. Sentía una urgencia por protegerte y consolarte. Te seguí a través de la sala, tomándote de la muñeca para acercarte a mí y envolverte entre mis brazos. No tenía mucho que ofrecerte, pero estaba decidido a brindarte todo lo que estuviera en mis manos.

Mientras llorabas en mi pecho, te abracé con más fuerza, deseando transmitirte todo lo que mi corazón sentía. Se me desgarraba el corazón al verte así, tan herida. Si pudiera, construiría una casa para ti cerca del cielo, por encima de todo sufrimiento terrenal, para que nunca más tuvieras que padecer.

Tras algunos minutos de escucharte llorar y reconfortarte en silencio, te susurré la frase que me había ayudado a superar algunos de mis propios desconsuelos. La misma frase que me hizo desearte como nunca antes, sabiendo que estábamos destinados a cruzar nuestros caminos.

- Nunca es demasiado tarde para huir de aquello que te hace daño.
- Gracias –susurraste de vuelta, aún hundida en mi pecho.

Cuando recobraste la compostura, me revelaste la historia más desgarradora que había escuchado. En medio de sollozos, me contaste la realidad detrás de la cicatriz de tu abdomen. Mi corazón se rompía un poco más con cada una de tus palabras.

- Tali –intenté interrumpirte, rogándote que te detuvieras, sin éxito.

No era lo suficientemente fuerte como para escucharte sufrir así.

- Tali, detente por favor –supliqué de nuevo, sintiendo cómo ardía cada músculo de mi cuerpo al escuchar lo que te había hecho aquel hombre despreciable.
- Traté de esquivar las llamas, pero era demasiado tarde, ya me había alcanzado la blusa y se abría paso a través de mi abdomen, ascendiendo por mis costillas. Tardé un mes en perdonarle eso, aunque no debí habérselo perdonado nunca –dijiste y te levantaste la camisa para dejar al descubierto tu abdomen–. Desde entonces, vivo con esta horrible marca en mi piel.

En cuanto procesé la historia, se me agrandó el corazón de amor. Tomaste tu peor recuerdo y lo transformaste en algo hermoso. Me sentía honrado de que fueran mis palabras las que hubieras elegido para aquello.

- Es hermosa, Tali. La convertiste en una obra de arte –admití. Tenía unas ganas incontrolables de tocarla, por lo que pedí tu aprobación para ello y seguí el trazo de mi propia letra.

No había conocido nunca a una mujer tan valiente y resiliente como tú. Me sentía privilegiado de estar en tu presencia, y mejor aún, de estar en tu cuerpo.

Tan pronto retiré mi mano de tu abdomen, el cielo rompió a llorar y los escandalosos truenos resonaban en las paredes. Fue así como descubrí tu temor por las tormentas.

Conversamos fluidamente por un rato más, hasta que tuve que dejarte para ocuparme de algunos asuntos laborales. Aunque no estaba físicamente a tu lado, mis pensamientos estaban contigo. No veía la hora de terminar con mis reuniones para unirme a ti frente a la chimenea, especialmente porque mi madre no estaba en el café.

Adentrada la noche, nos quedamos sin electricidad y aceptaste mi invitación para pasarla a mi lado. En mi casa, para ser precisos, aunque mi mente no dejaba de imaginar algo más. De repente, la velada se había tornado mágica. Cenamos a la luz de las velas, nos duchamos –por separado, por supuesto–, y después te observé mientras dormías durante varios minutos en el sofá a mi lado.

- ¿Qué hora es? –preguntaste, desorientada, en cuanto despertaste de la siesta.
- Dormiste como una hora –respondí.
- Disculpa, es que pasé una mala noche cuidando a Lucas.

Si ya me molestaba escuchar su nombre, era aún peor enterarme de que habías pasado la noche anterior con él.

- Te estaba llamando hace rato, pero no me pareció apropiado contestar –respondí y fingí seguir con mi lectura.

Luego, llamaste a Lucas, quien te saludó como “su persona favorita”. A pesar de su aparente cercanía, le mentiste sobre dónde estabas y le dijiste que pasarías la noche en casa de una amiga. En cuanto colgaste la llamada, no pude evitar cuestionarte al respecto.

- ¿En casa de una amiga? –me reí con sarcasmo–. No deberías mentirle a quien te llama su persona favorita.
- No vale la pena llenarle la cabeza con cosas sin sentido.
- ¿Por qué? ¿Le dan celos? –pregunté, regocijándome al saber que le robaba la paz a *Gasparín*.
- Algo así –dijiste y te pusiste de pie– ¿Quieres algo de la cocina? – preguntaste.

Con ese simple gesto, me pusiste el mundo de cabeza. Era maravilloso ver a alguien preocuparse por mí, aparte de Vivian y mi madre.

- Estoy bien, gracias –respondí, pero no podía dejar de reflexionar sobre la grandeza de los pequeños detalles. En cómo el amor se manifiesta en esos gestos y actos de servicio que nacen del corazón.

Posteriormente, te dormiste profundamente a mi lado, y a los pocos segundos, hice lo mismo. Por primera vez en mucho tiempo, había logrado conciliar un sueño pacífico, sin pesadillas.

Gracias a ti, mi lugar seguro.

8

Al despertar al día siguiente, lamentablemente ya no estabas a mi lado. En la mesa cercana al sofá, encontré una nota a la antigua en una pequeña libreta, que decía:

"Gracias por cuidarme siempre. –Tali"

En la parte posterior de la hoja, descubrí que habías plasmado la cita del tatuaje repetidas veces, con una caligrafía pequeña y desordenada. Decidí arrancar la hoja y guardarla en mi billetera, llevando así tu recuerdo siempre conmigo.

Me sentía excepcionalmente bien, pues había descansado como no lo hacía desde hacía años. Con el mejor ánimo, me preparé para ir a la oficina.

Le pedí a Vivian que retirara a Chris, tu ex, de las instalaciones antes de mi llegada, pues solo Dios sabe de lo que soy capaz de hacerle si se me cruza en el camino.

A media mañana me reuní con tu editor, quien estaba muy complacido con el manuscrito que habías enviado, y me pidió coordinar una reunión para el viernes de esa semana, por lo que te contacté ese mismo día para hacértelo saber.

Cada día de esa semana contaba los días para volver a verte. Estaba seguro de que el viernes en la oficina encontraría alguna excusa para hablar contigo, aunque no estuviera contigo en la reunión.

Sin embargo, para mi amarga sorpresa, el jueves por la tarde me escribiste un mensaje informándome que tu carro se había descompuesto en casa de tus papás y que no tenías cómo regresar. No dudé ni un segundo y me ofrecí a recogerte. La distancia hasta la casa de tus papás no me molestaba si eso significaba que no tendría que esperar ni un día más para estar contigo.

Mi plan era buscarte y, quizás, cenar en el camino de regreso; sin embargo, tus papás tenían otros planes. En cuanto llegué, me invitaron a cenar y ya después se nos hizo tarde para regresar.

- Perfecto, voy a alistar el cuarto de huéspedes –dijo tu madre en cuanto acordamos pasar la noche en su casa, con la excusa de que estaba cansado. Lo cierto es que yo siempre estaba cansado, pues desde hacía años no podía conciliar el sueño entre los pensamientos intrusivos y las incesantes pesadillas–. Tali, ¿por qué no le enseñas a Matías el jardín? Pueden prender la fogata.

Recuerdo cómo se oscureció tu mirada ante la sugerencia de tu madre. Supuse que ella no conocía la atroz historia detrás de tu cicatriz.

- No tenemos que encender la fogata –te susurré en cuanto estuvimos solos.
- No, está bien. Debo empezar a superar mi pasado. –Suspiraste–. Me alegra que sea contigo –dijiste y sostuviste mi mirada, algo poco común ya que, por alguna razón, tus ojos siempre evadían los míos. Tus palabras encendieron mis mejillas en fuego.
- Pero primero...–dije bromeando para aligerar el ambiente–. A lavar los platos.

Después de culminar las labores domésticas, me llevaste hacia un pintoresco deck que estaba al fondo del jardín, justo frente a la fogata.

- ¿Segura que quieres encenderla? –pregunté.
- Sí, segura.

Admiré tu valentía por unos segundos y luego encendí la fogata, cumpliendo con tus órdenes. En cuanto me acerqué a ti, noté que tenías frío y te busqué una manta de las que estaban dentro de la casa de tus papás.

- Gracias –susurraste.

En medio de aquel silencio en el que quedamos sumidos a continuación, solo se escuchaba el crujir de la madera en su encuentro con las llamas. Me preguntaba si también podías oirlas.

Posé mi mirada sobre ti y te contemplé bajo aquel lienzo oscuro, iluminado por puntos brillantes. Incluso las estrellas envidiaban tu belleza; lo sabía por la forma en que resplandecían con fuerza cerca de la cima de la montaña, junto a la luna celosa.

- Cuando empecé a navegar en el velero, estudié las estrellas –te conté–. Son fascinantes.
- Lo son. De pequeña veía las constelaciones con mi padre. Teníamos un telescopio y todo –respondiste–. Ahora hay una aplicación de celular que te ayuda a identificarlas.
- ¿En serio? –pregunté con curiosidad.
- Sí, déjame mostrarte –dijiste mientras sacabas tu celular, luego me hiciste señas para que me acercara a verlo.

Me senté entonces junto a ti en el banco de cemento que estaba frente a la fogata.

- Esa es la Osa Mayor –dijiste, señalando la pantalla–. Y esa es la Osa Menor.

Mis sentidos se vieron abrumados por la cercanía de nuestros cuerpos, haciendo que me resultara difícil prestar atención a lo que decías. No podía quitarte los ojos de encima; habías capturado toda mi atención. De repente, giraste tu rostro y nuestros ojos se encontraron, dejándome sumido en la profundidad de tu mirada, aquella que me hacía perder la cordura. Me moría por besarte, por probar esos labios que, noche tras noche, me mantenían despierto.

Inconscientemente nos acercábamos cada vez más y, aunque dentro de mí batallaba la razón con el corazón, sabía que no iba a poder controlar el impulso desesperado de besarte finalmente.

- El cuarto de huéspedes está listo –dijo tu madre desde el balcón. En cuanto la escuché, me levanté apenado y me senté en el otro banco. No quería parecer irrespetuoso–. Ya nos vamos a dormir, buenas noches.
- Buenas noches –respondimos y nos quedamos sumidos en el silencio de la noche serena.
- ¿Por qué viniste a buscarme? –preguntaste, interrumpiendo mis pensamientos sobre lo que estuvo a punto de ocurrir.
- Para que llegaras a tiempo a la reunión –mentí, incapaz de admitir las incontrolables ganas que tenía de verte. Además, no quería echar más leña para avivar este fuego que me carcomía el corazón.
- ¿No podíamos moverla para el lunes?
- Supongo que sí –respondí–. Pero también necesito que vayas conmigo a una gala el sábado.
- ¿A una gala? –preguntaste con asombro.
- Sí, es organizada por varias editoriales y asisten cientos de escritores. Me parece importante que estés ahí –respondí. Era una gala importante que se llevaba a cabo anualmente. Nunca había invitado a nadie a ir conmigo.
- Ah –respondiste–. Está bien.

El resto de la velada fluyó tranquilo, sin ningún otro letal acercamiento. Sin embargo, no dejaba de cuestionarme qué hubiera pasado si se hubiera concretado ese beso. ¿Te hubieras apartado?

La noche se tornó más fría y decidimos entrar a descansar. Nos despedimos y nos dirigimos a nuestras respectivas habitaciones, desde donde te extrañaba a pesar de tenerte a tan solo algunos metros de distancia.

Tras dar vueltas en la cama y repasar tu silueta en mi memoria incontables veces, cedí ante el cansancio y me dormí. Tomó poco tiempo para que se colaran las interminables pesadillas en mi

sueño profundo.

- Matías –escuché tu voz y sentí el calor de tu mano sobre mi piel. Juraba que eras un sueño.
- Tali. –Abrí los ojos y descubrí que eras real–. Disculpa por despertarte.
- ¿Estás bien? –preguntaste con ternura, ayudándome a sentarme en la cama.
- No, pero ya estoy acostumbrado. Las pesadillas son recurrentes –confesé con pesar.
- Si me necesitas, estoy en el cuarto de al lado. –Me regalaste una mirada llena de tristeza.
- Tali. Espera –te llamé, inseguro de lo que iba a proponerte –¿Te gustaría acompañarme esta noche? Sé que suena descabellado, pero la noche que dormí junto a ti en el sofá fue la primera vez que no tuve pesadillas. –En cuanto las palabras salieron de mi boca, me arrepentí–. No me hagas caso, lamento haberlo preguntado en primer lugar; es completamente inapropiado.

Tus ojos se abrieron en asombro y te quedaste en silencio unos segundos. Pensé que te habías ofendido.

- Está bien –respondiste y caminaste insegura hacia el otro extremo de la cama.

Tu reacción me dejó, literalmente, sin palabras. Pensé en confesarte que estaba durmiendo en ropa interior a falta de pijamas, pero, por miedo a alejarte, preferí mantener el secreto y resguardarme bajo las cobijas.

- Después de todo lo que has hecho por mí, me parece justo que pueda ayudarte de alguna manera –dijiste y me hiciste sonreír.

Al poco tiempo de tenerte a mi lado, y tras una breve conversación, logré conciliar un sueño profundo sin interrupciones. Dormí tan bien que casi no me despierto a tiempo para irnos a la oficina.

- Buenos días –dije con alegría, apoyado en el marco de la puerta de tu cuarto–. Qué mal hábito tienes de abandonarme al amanecer –bromeé, pero era cierto, era la segunda vez que desaparecías como las estrellas al salir el sol.

Un rato después, cuando ya estábamos listos para partir, tu madre se me acercó mientras te despedías de tu padre.

- Puedo leerte a través de esos ojos intimidantes. Si vas a hacerla llorar, que sea de la felicidad. Ya cumplió su cuota de sufrimiento por amor –susurró y, antes de poder responder, llegaste a mi lado.

Durante todo el trayecto hacia la oficina, pensé en las palabras de tu madre. Aunque no pude responderle, quería decirle que no tenía intenciones distintas a las suyas. Mi nueva meta personal era hacerte feliz.

9

A esta altura ya no había dudas de que estaba loca, intensa, perdidamente enamorado de ti; sin embargo, fue ese viernes en la tarde cuando entendí que esto no era un enamoramiento pasajero. Sin importar lo que nos deparara el destino, nunca sería capaz de sacarte de mi corazón.

Te convencí de pasar la tarde conmigo en mi oficina tras terminar tu reunión con el editor. Pasar tiempo juntos se nos estaba haciendo costumbre y era cada vez más ameno. Incluso, atendiste una llamada de Lucas y no negaste mi existencia, sino que, por el contrario, le contaste que estabas conmigo.

- ¿Era Lucas? –pregunté, fingiendo desinterés.
- Sí.
- ¿Son amigos íntimos? –pregunté.
- No diría que íntimos, pero somos buenos amigos –respondiste, un poco a la defensiva.
- Para ser solo amigos, es bastante intenso –dije finalmente lo que pensaba desde el primer día que lo vi.
- No hay nada de malo con ser intenso –respondiste–. Prefiero eso a rodearme de personas distantes y reservadas –reprochaste, clavándome la indirecta en el centro del corazón.

Lo más triste de ese comentario es que era cien por ciento real. Horas más tarde, mientras tomabas mi mano en medio del hospital, esperando que mi madre saliera de su recaída, comprendí que eras la única persona con la que quería estar. En mis altos y en mis bajos, eras la única en quien pensaba. Fue en ese instante en el que me propuse mostrarme, poco a poco, realmente ante ti. El verdadero Matías, o más bien, el verdadero Daniel. Si iba a conquistarte, tenías que enamorarte de lo bueno y de lo malo, de todo lo que tenía para ofrecerte.

Comencé contándote sobre la enfermedad de mi madre y el verdadero motivo por el cual me mudé con ella. Luego, a lo largo de la noche, fui regalándote algunos detalles de mi vida que, aunque pudieran parecer insignificantes a simple vista, representaban un avance para mí. Como, por ejemplo, lo mucho que me gustaba la comida picante, o cómo desearía conocer Nueva York de nuevo por primera vez.

Al día siguiente, mientras me alistaba para la gala, tenía pensado seguir con este plan para conquistarte. Incluso, te había comprado tus flores favoritas: narcisos color lila. Sin embargo, en cuanto llegué a buscarte a tu casa, me encontré una escena desgarradora. Tras ignorar a Alicia, que no me dejaba verte, subí a tu habitación. Te conseguí llorando en tu cama.

- ¿Matías? –preguntaste en cuanto entré en tu cuarto–. ¿Qué haces aquí?
- ¿Estás bien? –pregunté preocupado mientras me acercaba a ti. Tenías los ojos hinchados, llenos de lágrimas, y la nariz roja–. Te llamé varias veces y no pude localizarte.
- Estoy bien, es solo que no he cargado el celular en todo el día –dijiste con vergüenza.
- Voy a darles privacidad –dijo tu prima y nos dejó solos.
- No te ves bien...–Te levanté el rostro para mirarte a los ojos–. ¿Qué pasó? ¿Fue Lucas? –pregunté, consternado al verte así.

Me miraste unos segundos con esos ojos enternecedores y rompiste a llorar de nuevo. Casi por instinto, extendí mis brazos para apretarte contra mi pecho, y te escuché llorar. Con cada lágrima que derramabas, se me iba apagando el corazón. Quería quitarte todos tus pesares de

encima, aunque eso implicara tener que enfrentarlos yo mismo.

- No fue Lucas. Chris vino de nuevo –dijiste. Al escuchar su nombre, se me oscureció la vista–. Me entregó esto.
- ¿Escribió sobre ti? –pregunté al leer algunas líneas del borrador que habías colocado en mis manos.
- Sí, pero puras mentiras.
- Es un idiota, Tali –respondí, midiendo mis palabras. De tenerlo frente a mí, era capaz de matarlo.
- Lo detesto –dijiste entre sollozos–. Siento que no logro escapar de él.
- Nunca es demasiado tarde para huir de aquello que te hace daño –te recordé, mientras limpiaba tus lágrimas con mi mano.
- Gracias –susurraste con esa dulzura que te caracteriza–. Disculpa por olvidarme de la gala.
- No te disculpes. No tenemos que ir, puedo excusarme de mi discurso.
- ¿De tu discurso? Tienes que ir, Matías –respondiste con determinación.
- No quiero dejarte en este estado –admití. Aunque, en efecto, estaba obligado a ir, realmente no me imaginaba hacerlo sin ti.
- Si me das veinte minutos para alistarme, voy contigo –dijiste decidida y bajé a esperarte mientras te vestías. No sin antes recordarte lo mucho que me encantaba que usaras mi ropa, pues era la segunda vez que te veía durmiendo con mi suéter.

Aproveché para llamar a Vivian mientras te esperaba para concretar algunos detalles del discurso. En medio de la llamada, giré mi rostro hacia la cocina y noté un gran ramo de rosas rojas. Supe de inmediato que eran de Lucas y me hirvió la sangre. No era particularmente celoso, pero tampoco me encantaba la idea de que recibieras flores de otro hombre.

Tras algunos minutos, bajaste las escaleras y me deleitaste la vista con el espectáculo de vestido que llevabas puesto. No te había visto nunca con un atuendo que se ajustara tan bien a tu cuerpo. No lograba apartar la vista del escote de tu pierna, que dejaba escapar un pedazo de tu muslo.

- ¿Vamos? –preguntaste, pero estaba sin palabras, por lo que solo logré asentir. Tomé tu mano y, mientras caminábamos hacia el carro, noté el escote que se abría paso por tu espalda. Tuve que controlar un impulso inapropiado de pasar mis dedos por tu cintura expuesta.

Nos subimos al carro y nos dirigimos hacia el hotel donde se llevaba a cabo el evento todos los años. Una vez allí, tomé los narcisos que te había comprado, que estaban en el asiento de atrás.

- Por cierto, estas son para ti. –Intenté contenerme para no reprocharte sobre las flores que había visto en tu casa, pero no lo logré–. De haber sabido que te gustaban más las rosas rojas, no te hubiera comprado estas.

Me bajé del carro antes de que pudieras responder, ya que mi única intención era hacerte saber que había visto las flores; realmente no merecía ni necesitaba ninguna explicación al respecto.

- Gracias –respondiste sonriente cuando abrí tu puerta–. Los narcisos son mis favoritos –dijiste y, a continuación, me robaste la respiración con un dulce beso que plantaste en mi mejilla.

El día anterior mencionaste que preferías a los intensos que, a los tibios de voluntad, así que aproveché la oportunidad para enviarte un contundente mensaje sobre la intensidad de mi

corazón cuando estaba contigo.

Tras el beso, posé mi mano en la parte baja de tu cintura, que me estaba haciendo delirar desde que bajaste por las escaleras, y te acerqué a mí con firmeza. Nuestros rostros estaban a apenas algunos centímetros de distancia y, aunque me moría por besarte, no era el lugar ni el momento para hacerlo.

- Entremos –dije, tras el fuerte silencio, y te dejé ir.

Entramos al hotel y, después de saludar a algunas personas, nos dirigimos hacía el salón donde se llevaba a cabo el evento. En cuanto entramos, las miradas se posaron sobre nosotros. Era evidente que me acompañaba la mujer más hermosa de todo el lugar.

A continuación, caminamos alrededor del salón para admirar los cuadros de Botticelli. Primero visitamos “Venus y Marte”, mi favorito.

- La relación de Venus y Marte es de mis favoritas en la mitología –admití, en mi intento de ser más transparente–. Las dos más poderosas pasiones del ser humano: el amor y la guerra, finalmente haciendo tregua. Creía Platón que la fuerza espiritual del amor era la más poderosa, tanto que pudo más la diosa del amor que el dios de la guerra.
- ¿Y qué crees tú? –preguntaste con esos ojos curiosos.
- Todavía estoy intentando descubrirlo –respondí. Aún no cesaba la guerra interna dentro de mí que se batallaba entre amarte o dejarte ir.
- ¿Nunca te has enamorado?
- Sí –respondí. La única vez que me había enamorado era de ti.
- ¿Entonces? ¿No sabes ya lo poderoso que es el amor? –insististe.
- Estar enamorado no es igual que amar, Tali –te respondí y me posicioné frente a ti para perderme en tu mirada–. El enamoramiento es apasionado e intenso, pero superficial y pasajero. El amor, por su parte, es constante, profundo, irracional, y a veces caótico –terminé de decir, mientras reflexionaba sobre mis sentimientos por ti. ¿En qué momento trazaba la línea entre uno y otro?

Me regalaste una de esas miradas profundas y suspiraste.

- Ven aquí. –Te tomé de la mano y te llevé hacia el siguiente cuadro de Botticelli–. Réplica de La Primavera, también de Botticelli. Es la representación en circuito del amor. Comienza aquí, con la pasión de Céfiro hacia la ninfa Cloris. Quien luego se convierte en su esposa y se transforma en Flora, la diosa de las flores y de la primavera. Del otro lado del cuadro está Mercurio, dios de la razón, que simboliza la admiración y contemplación del amor tras la pasión.
- ¿Y en el medio? –preguntaste.
- Está Venus, simbolizando la unidad de la pasión y la razón, la división entre el enamoramiento y el amor. Las dos Afroditas, como las llamaba Platón. Afrodita Urania, diosa del amor divino y celestial, lleno de pureza y espiritualidad, y Afrodita Pandemos, diosa del amor material y la pasión del cuerpo.

Mientras te explicaba la naturaleza del cuadro, pensé en lo mucho que te parecías a las dos Afroditas en mi cabeza. Eras dueña de ambos sentimientos dentro de mí: el amor espiritual y el amor apasionado.

- Señor Zimmerman –interrumpió el señor Rhode–. Disculpe que lo interrumpa, pero quería venir a saludarlo y felicitarlo por tan exitoso evento.

Tras presentar a Tali, me aparté con el señor Rhode para conversar sobre unos temas que teníamos pendientes de discutir. Sin embargo, nunca te quité los ojos de encima, por lo que noté en el momento exacto en el que Simón, un editor que solía trabajar en la empresa, se te acercó

con ojos de cazador. Me apresuré entonces a despedirme del señor Rhode para regresar a tu encuentro, sabiendo con seguridad las intenciones que tenía tu nuevo acompañante.

- ¿Estás sola? –lo escuché preguntarte, y me apresuré a tomarte de la mano.
- Está conmigo, Simón. Íbamos a bailar, de hecho. Con permiso.
- ¿Qué haces? –preguntaste mientras caminábamos hacia el centro del salón.
- Te invito a bailar –respondí sonriente.

Después de un breve intercambio de palabras, te logré convencer. Lo hacías mejor de lo que pensabas. Nuestros cuerpos se movían al unísono al sonido de un vals que sonaba de fondo y llenaba el espacio con elegancia. Nos desplazábamos con gracia por la pista de baile, con las miradas entrelazadas como si fuéramos la única pareja en la sala. En honor a la verdad, solo tenía ojos para ti en medio de aquel lugar lleno de personas.

- Gracias por acompañarme hoy –dije.
- Gracias por invitarme –respondiste con una sonrisa.

A mitad de nuestro baile, nos interrumpió una de las organizadoras, pues ya casi era hora de mi discurso y debía afinar algunos detalles. Me disculpé y te dejé sola por unos minutos.

- Aquí estás –dije en cuanto te encontré, frente al cuadro de Venus y Marte, en compañía de la señora Thompson. Me preguntaba sobre qué hablaban–. Te estaba buscando por todos lados.
- Permiso –dijo la señora Thompson y se retiró.
- ¿Cómo la estás pasando? –te pregunté, pues algo había cambiado en tu mirada. Se había oscurecido.
- ¿Quién eres, Matías? –preguntaste, algo molesta–. Cuando empiezo a sentir que te conozco un poco, me doy cuenta de que no es así.
- No me gusta hablar de mí –respondí a la defensiva, pues la pregunta me había tomado por sorpresa. ¿Qué te había dicho la señora Thompson para que te alteraras así? ¿Acaso te había contado sobre mis problemas con la ley o con el alcohol? ¿Lo bueno para nada que era antes de conocerla?
- ¿Por qué? ¿A qué se debe el misterio? ¿Qué escondes? –preguntaste, alterada. Todos tus cuestionamientos resonaban en mi cabeza y, lejos de responderte con honestidad, me sentía tentado a encerrarme detrás de esos muros altos que había construido.
- Señor Zimmerman, lo están esperando para que diga unas palabras –se acercó uno de los organizadores.

No quería irme y dejar la conversación así, pero tampoco podía retrasar la agenda del evento.

- Ya regreso –dije finalmente y me dirigí al escenario.

En medio de mi discurso, observé desde el podio como salías del salón apresuradamente. Me quemaba por ir detrás de ti, pero debía terminar primero con mi oratoria.

Tan pronto como terminé, me excusé y salí a buscarte, pero no te encontraba. Caminé entonces hacia el jardín trasero y, en medio de la oscuridad, te divisé.

- ¡No quiero saber nada de ti! ¿No lo entiendes? –te escuché gritar y corrí a tu encuentro. La escoria de tu ex te tenía agarrada de las muñecas.
- ¡Suéltala! –grité mientras terminaba de acercarme. Puedo asegurar que nunca en mi vida había sentido tanta furia como en ese preciso instante.
- Señor Zimmerman, realmente solo quiero hablar con ella –respondió el inservible, pero el sonido de su voz sólo avivaba mi enojo.
- Última oportunidad para que la sueltes y te vayas, si no quieres que borre tu

nombre de este gremio para siempre –repetí entre dientes. Intenté ordenar mis pensamientos y aclarar mi mente, pues la violencia con la que estaba acostumbrado a resolver los problemas en el pasado solo empeoraría las cosas.

Finalmente te soltó y empezó a caminar hacia el salón. Me tomó toda la fuerza que hay en mí para no salir tras de él y partirle la cara.

- Si se te ocurre contactarla de nuevo o publicar esa porquería que escribiste, te despides de tu carrera –lo amenacé.

Le convenía escucharme si no quería conocer al verdadero Matías, o, mejor dicho, al verdadero Daniel. A aquella versión de mí que intentaba mejorar desde hacía años, pero que apenas hacía meses había conseguido una verdadera motivación para hacerlo.

En todo caso, minutos atrás, cuando hablaba con el señor Rhode, me enteré que pretendía publicar la basura de libro con la editorial Rhode Ed., por lo que solo me bastó con contarle sobre quién trataba el libro para detener la edición.

- ¿Estás bien? –te pregunté, aun intentando calmarme.
- Sí, gracias por rescatarme –respondiste.
- No sabes lo difícil que fue controlarme para no romperle los dientes, Tali –admití, aún con la sangre caliente–. Es mejor que te lleve a tu casa.

Nos subimos al carro y no hablamos en casi todo el camino. No podía dejar de pensar en lo que te pudo haber hecho si no hubiera llegado a tiempo. Lo odiaba por no superarte y por buscar cualquier manera de herirte.

- Quiero saber sobre ti –preguntaste casi al final del trayecto, interrumpiendo mis pensamientos.
- ¿Por qué quieres saber? –pregunté, demasiado cansado y abrumado como para abrir mi corazón.
- ¡Porque sí! –respondiste molesta–. No entiendo a qué juegas, Matías. Estoy harta de no saber quién eres. Conmigo eres una persona, y con los demás eres otra.
- Tienes razón, y ninguna de las dos te puede hacer bien –dije mientras me detenía frente a tu casa.
- ¿Por qué dices eso? –preguntaste con tristeza.
- Porque tú eres un ángel y yo vengo del infierno –respondí.

Las murallas que había intentado escalar eran más altas de lo que pensaba. Luchaba por abrirte mi corazón, pero los demonios que me perseguían eran más fuertes que mi propia voluntad.

10

Tras nuestra discusión de la noche anterior, me convencí de que era un error mostrarte al verdadero yo. Estaba cansado de pretender que era suficientemente bueno para ti, pues lo cierto es que no lo era. Tenía aún mucho que sanar y sabía que no iba a lograrlo a tu lado.

Le pedí a mi madre que nos fuéramos un par de semanas a la casa de la playa, pero se negó a irse conmigo y dejar el café por tanto tiempo.

- ¿Por qué te escondes de ella, hijo? –preguntó con tristeza.
- No me escondo, sólo necesito algo de espacio para pensar –respondí.
- Tali no va a esperarte para siempre –exclamó y salió de mi habitación.

Aunque sabía que era cierto, terminé de recoger mis cosas y hui hacia la casa de la playa, donde estaba seguro que no podría hacerte daño.

Con cada atardecer que pasaba, estaba cada vez más seguro de que había tomado la decisión correcta. No quería que te ilusionaras conmigo y pensaras que podía ser tu príncipe azul, como los de las películas, porque no lo era. Era un hombre dañado y me avergonzaba que lo descubrieras, por lo que preferí alejarme. Aunque eso significara pagar el alto precio de tenerte en mis pensamientos días y noches.

Mi corazón, que se llevaba la peor parte en todo este plan lleno de cambios y fallos, saltó de emoción cuando recibí tu mensaje el viernes por la mañana.

"¿Dónde estás?"

Me carcomían las ganas de responderte, pero, ¿cuál era el sentido? No sabía si habías empezado a desarrollar sentimientos reales hacia mí, pero lo mejor era pararlos en seco antes de que fueran más profundos, para que no sufrieras más adelante.

Sin embargo, toda mi tesis se vino abajo cuando te vi de pie en la puerta de mi casa el viernes por la noche. Mi corazón se aceleró al verte, pero se detuvo de golpe cuando supe que mi madre te había engañado para que fueras a buscarme, bajo el pretexto de que, básicamente, la había abandonado.

No sabía qué me dolía más: que creyeras que era capaz de algo así o que solo me buscaras para reprochármelo.

Después de aclararte que no había huido de mi madre, me pediste que fuéramos al jardín. Me preguntaba qué más tenías para decirme, si aparentemente ya se había disipado el motivo de tu visita.

- Vamos –contesté y te guie hacia el patio trasero–. Ponte esto, hay mucho viento. –Te coloqué mi saco sobre los hombros. El minúsculo roce de mis dedos con tu piel envió una corriente eléctrica por todo mi ser. Mi cuerpo no podía ocultar lo mucho que te extrañaba.
- Gracias –respondiste con timidez–. Ven aquí. –Te sentaste con inocencia sobre el césped y me invitaste a sentarme a tu lado.

Dudé al principio, por lo arriesgado de la cercanía de nuestros cuerpos. Sin embargo, tus ojos suplicantes me obligaron a ceder.

- Es una noche preciosa –exclamaste, mirando al cielo.
- Lo es. –Suspiré–. No creo que hayas venido hasta aquí para hablar de la noche, Tali.
- No. Vine a decirte que en el infierno también hay ángeles –dijiste, respirando con agitación.

Me paralizaron tus palabras. No sabía cómo abordar esa conversación que había temido

sostener desde que te conocí. Quería contarte la verdad, pero tenía un nudo en la garganta que simplemente no me lo permitía.

- No soy quien crees, Tali –respondí finalmente con todo el pesar que me embargaba.
- Entonces dime, ¿quién eres? ¿Quién te hizo tanto daño? ¿Por qué no puedes hablar conmigo? –preguntaste alterada.
- ¡Diablos Tali! –respondí exasperado–. No soy bueno para ti. No tengo nada que ofrecerte. No voy a permitir que te pierdas en un intento de salvarme. No deberías reparar algo que no dañaste. –Me sentía frustrado de quererte tanto y no poder tenerte. Me levanté del césped y empecé a caminar hacia la sala, intentando ordenar mis pensamientos para no decir algo de lo que podría arrepentirme después.
- ¡Espera! –te levantaste detrás de mí y me tomaste del brazo, lo que me hizo mirarte y quedar frente a ti, a tan solo pocos centímetros de tus labios.

Tenerte cerca era mi debilidad. Sabía que mi fuerza de voluntad flaqueaba ante el fuerte deseo de tus dulces labios. Mi corazón latía con fuerza, y podía sentir la tensión en el aire, como si el universo estuviera conteniendo la respiración en anticipación.

- Tali –susurré–. He intentado tantas veces alejarme de ti.
- ¿Entonces por qué regresas? –preguntaste sigilosa.
- Porque cuando estoy contigo me siento feliz de estar vivo. –Confesé finalmente, incapaz de despegar mis ojos de tus labios–. Eres mi adicción.

Asentiste lentamente y fue la señal que necesitaba para besarte. Era demasiado tarde para detenerme. Lo había deseado con locura desde el instante en que te vi en aquella banca frente al café, cuando dudaba aún si eras real.

Nuestros rostros se acercaron lentamente, atrapados en un magnetismo irresistible. Cerré los ojos, sumergiéndome en la anticipación de lo que estaba por venir. Entonces, sentí el roce suave de tus labios contra los míos. Fue un encuentro lento pero lleno de tantos sentimientos. Tus labios me gritaban todo lo que eras incapaz de decirme, mientras el tiempo parecía detenerse.

Cada detalle se intensificaba con cada suspiro: la suavidad de tu piel, el dulce sabor de tu aliento y la armonía de nuestras respiraciones sincronizadas. Se nos hacía miel la luna, inmersos en la magia de ese beso.

Sentía tus manos sobre mi pecho, quemándome la piel. Segundos después, tus dedos se entrelazaron en mi cabello, aumentando la tensión de ese encuentro. Tus manos me sujetaban con tal cariño que me embriaga el alma.

- Tali –susurré mientras colocaba algunos centímetros de distancia entre nosotros. Apoyé mi frente en la tuya, y tomé tu rostro entre mis manos.
- ¿Qué pasa? –preguntaste con preocupación, aún agitada.
- Esto está mal –exclamé con pesar–. No quiero hacerte daño.
- Mírame. ¿Por qué me harías daño? –preguntaste con inocencia.
- Porque estoy roto, con el corazón lleno de cicatrices que no van a desaparecer nunca –te respondí, y me alejé de ti.
- Mírame –repetiste, dejando al descubierto tu cicatriz–. ¿Crees que estoy rota?

No pude evitar pasar mis dedos por tu cicatriz, específicamente por donde se cruzaba con mis palabras.

- No, creo que eres hermosa –respondí. Lo que no tuve el valor de admitir en ese momento, es que esa cicatriz era mi parte favorita de tu cuerpo; era lo que me recordaba que eras humana y que eras real.

- Las cicatrices no son más que una prueba de que luchamos en batallas importantes. Algunas las perdemos, otras las ganamos, pero al final del día son parte de nuestra vida. Nos recuerdan lo fuertes que somos, y la capacidad que tenemos para sanar una y otra vez –me dijiste con dulzura y acariciaste mi mejilla.
- Eres un rayo de luz, Tali. Te mereces algo mejor –confesé, devastado–. Alguien que no te atormente con sus demonios.
- Espera –dijiste y me sujetaste del brazo–. No pretendo que me cuentes los demonios que te persiguen, solo te pido que no dejes que nos alejen. Por lo menos no hoy. –Tus ojos me suplicaban que no me alejara de nuevo.
- Está bien –acepté–. No hoy.

Fue en ese preciso momento cuando comprendí que ya habías empezado a desarrollar sentimientos por mí. O quizás de la parte de mí que había decidido mostrarte. Tal vez ya era demasiado tarde como para alejarme sin causarte daño, pero la decisión estaba tomada, y no había vuelta atrás.

Si esa era la última noche que compartiríamos, tenía que ser una velada memorable; por eso, te invité a dormir conmigo, sin ninguna otra intención más que esa.

Minutos más tarde, sostenía al amor de mi vida entre mis brazos, acurrucados en el calor de mis sábanas, envueltos por la oscuridad de mi habitación. La sola proximidad de tu cuerpo me transmitía una paz incomparable. Compartir ese momento tan íntimo contigo me hizo comprender que eras mi lugar seguro; la única mujer con la que había compartido la cama en toda mi vida.

Esa noche aprendí muchas cosas, como tu amor por los perros, tu sueño de tener una casa en las montañas, tu libro favorito, tu miedo a la soledad, y el hecho de que eras virgen, lo cual solo me hizo reflexionar sobre lo especial que eras. Además, descubrí que, si no lo pensaba demasiado, era capaz de compartir contigo un poco más sobre mí y sobre mi pasado.

Nos sumergimos en un sueño idílico y te sostuve con fuerza toda la noche, temiendo que saliera el sol y llegara el momento de dejarte ir, pero eventualmente tuve que decirte adiós. Aunque no lo expresé, fue en la cocina a la mañana siguiente, mientras te contemplaba bailar al ritmo de “Unchained Melody”, cuando me despedí de ti. Te miré con atención, con la intención de grabarte para siempre en mi memoria: feliz, bailando, sonriente. Así es como quería recordarte para siempre.

Durante el trayecto hacia tu casa, mi mente se ocupó de lo que sucedería a continuación. La única manera de distanciarme de ti era asegurándome de que, físicamente, no pudiera acercarme ni encontrarme contigo, lo que implicaba dejar la ciudad. Pero antes de hacerlo, tenía que ocuparme de dos asuntos cruciales: el primero, hablar con Lucas; el segundo, coordinar la construcción de la casa de tus sueños.

11

- Gracias por venir –dije, mientras el flacucho entraba al garaje del café, donde lo había citado para evitar que nos vieran.
- ¿A qué se debe tanto misterio? –preguntó, visiblemente desconfiado.
- Necesito hablar sobre Tali… –comencé a decir.
- ¿Le pasó algo? –preguntó preocupado. Era evidente que moría por ti.
- No. Acabo de dejarla en su casa –respondí. –Yo sé que Tali te gusta.
- No entiendo a qué viene tu comentario, ¿es una amenaza? –respondió a la defensiva.
- No, Lucas. Lo que quiero decirte es que me voy a ir de la ciudad. Me voy a alejar de Tali –confesé, devastado.
- ¿A qué te refieres? –preguntó, confundido–. ¿Y yo qué tengo que ver?
- Voy a irme porque no soy bueno para ella, pero creo que tú sí –suspiré, pues se me hacía muy difícil decirle eso a *Gasparín*–. Solo te pido dos cosas.
- ¿Qué? –preguntó, aún escéptico.
- No le digas nada de esto, y cuídala muy bien. Ya no voy a estar cerca para protegerla y, si le llegara a pasar algo en mi ausencia, voy a regresar personalmente a pedirte cuentas.
- Siempre la he cuidado, y siempre la cuidaré. Lo hago por ella, no por ti –respondió–. En todo caso, en cuanto sepa que la abandonaste, será mi hombro el que estará aquí para ella –dijo finalmente, y se fue.

Mientras se alejaba, sentía el corazón estrujándose en mi pecho. Esperaba que en sus brazos estuvieras más segura que en los míos.

Tan pronto como se fue, preparé las maletas y convencí a mi madre de irse conmigo a la casa de la playa mientras ordenaba mis ideas. Después de llevarla, me dirigí solo hacia las montañas. Ya había caído la noche, por lo que me hospedé en el hotel de tus padres, cruzando los dedos para no encontrármelos.

Al día siguiente manejé durante horas por toda la montaña, intentando encontrar el lugar perfecto para construir la casa de tus sueños. Cuando estaba a punto de darme por vencido, vi una entrada que tenía un hermoso arco de piedras con un letrero que decía “se vende”. Llamé al número publicado y coordiné para conocer la propiedad de inmediato.

Después de cruzar un largo camino de piedras con altos pinos a los lados, llegué a un lote plano, con una pequeña cabaña en el medio. De un lado de la casa había un tupido bosque de pinos; del otro, un pequeño lago con un muelle de madera, junto al cual había una canoa. La vista de la casa daba directamente hacia la cima de una montaña. Detrás de la cabaña, encontré una huerta y no podía dejar de imaginarte ahí. El lugar era de ensueño, como sacado de una película; era perfecto para ti.

Sin pensarlo demasiado, negocié el precio y llamé a mis abogados para que cerraran el trato lo antes posible. Acto seguido, llamé a los arquitectos en el camino de regreso hacia la casa de la playa para explicarles exactamente cómo quería que remodelaran la cabaña. Pedí que la agrandaran, la hicieran de dos plantas, que colocaran una hermosa chimenea de piedra y unos enormes tragaluces en medio de la sala. Además, les pedí que prestaran especial atención a tu oficina, desde donde te imaginaba sentada escribiendo. Debía ser el lugar de la casa con la mejor vista.

- ¿Llegaste? –preguntó mi madre, que me esperaba en la cocina para cenar.

- Sí, ¿cómo te sientes? –pregunté, dándole un beso en la mejilla.
- Yo me siento bien, ¿cómo te sientes tú? –preguntó.
- Estoy bien, mamá. No es la primera vez que una mujer me rechaza –respondí con sarcasmo. Para convencer a mi madre tuve que decirle la pequeña mentira de que te había declarado mis sentimientos y me habías rechazado, por lo que quería alejarme del café.
- Ay, cariño, no puedo creer que Tali te haya dicho eso. Estaba segura de que era la indicada. –Se lamentó.
- Yo también –suspiré. – Estaba pensando en que deberíamos irnos a Italia por algunas semanas. Podemos aprovechar para probar ese nuevo tratamiento que te recomendó el doctor y pasar tiempo con Isabella.
- ¿Y tu trabajo? –preguntó.
- Puedo trabajar de forma remota. Además, quiero enfocarme en la segunda parte de “Una fina línea”.
- ¿Y el café? –preguntó, preocupada.
- No te preocupes, Alex se encargará de todo.

Así fue como logré convencerla de que nos fuéramos del país.

Mi cabeza era un campo de guerra, que luchaba entre tenerte y dejarte ir. Mientras ordenaba mis ideas, la distancia entre nosotros era lo mejor.

12

Llevaba una semana en Florencia en compañía de Isabella y de mi madre, en un precioso apartamento que rentamos en el centro de la ciudad. Desde mi llegada, había visitado casi todos los días la Galería Uffizi, donde se exhiben dos de mis obras favoritas de Botticelli: La Primavera y el Nacimiento de Venus. Cada vez que las observaba, solo podía pensar en tus hermosos ojos brillantes al ver las réplicas por primera vez en la gala.

- ¿Otra vez por aquí? –me preguntó un elegante señor de cabellera blanca y acento español que, al igual que yo, había ido a la galería con bastante frecuencia durante esa semana.
- Otra vez –respondí, de pie ante La Primavera.
- ¿Qué te mantiene atado aquí? –preguntó con la gentileza de un ser querido preocupado.
- Una mujer –respondí y, tras un largo suspiro, le conté todo sobre ti, con lujo de detalle.

El elegante señor resultó, además de buen consejero, un experimentado psicólogo jubilado que me ofreció sus servicios para ayudarme a superar todo aquello que no me permitía estar contigo, con la única condición de que todas las sesiones debíamos tenerlas en esa galería.

- ¿Por qué aquí? –pregunté, confundido.
- Porque solía venir a menudo con el amor de mi vida. Era su lugar favorito en todo el mundo, la mia bella Bianca –dijo con acento italiano–. Por quien dejé mi vida llena de vicios y me mudé a Italia.
- ¿Alguna vez se arrepintió de dejar España? –pregunté, al escuchar el pesar en su voz.
- De lo único que me arrepiento es de haber tardado tantos años en venir a buscarla. –Suspiró–. En cuanto estuvimos juntos, entendí que no había comenzado a vivir hasta que tuve el exquisito placer de ser amado por ella. Ahora que ya no está, busco cualquier excusa para aferrarme a su recuerdo.

La tristeza de sus palabras me ablandó el corazón. De alguna forma, sentí celos de él. De haber amado, de haber sido amado. ¿No es ese el objetivo de todos?

Durante las siguientes dos horas, hablamos sin parar como dos viejos amigos. Me había infundido tanta confianza que no dudé en contarle todo lo que me pesaba en el corazón; y así lo hicimos, día tras día. Con cada sesión de terapia frente a La Primavera, sentía que se me aligeraba un poco más el corazón. Poco a poco, dejaba ir el rencor hacia mi padre, y lo reemplazaba con los buenos recuerdos de mi infancia. Trabajamos también mi paciencia y el control de ira a través de nuevas técnicas de meditación. Además, estaba empezando a comprender que quizás no era tan malo como me percibía.

No sabía a dónde iba a llegar con todo esto, pero esperaba reunir la fortaleza y la confianza necesarias para ir a buscarte algún día, con la esperanza de que tu corazón aún latiera por mí.

Habían pasado casi cuatro semanas desde que llegamos a Italia, veintisiete días desde la última vez que te vi y veinte sesiones de terapia con el señor Antonio. Me sentía tan bien con mis avances que incluso había reunido el coraje de contarles a Isabella y a mi madre la verdadera historia de lo que había pasado entre nosotros, así como el objetivo real de mis encuentros diarios con el señor Antonio, quien realmente me estaba ayudando a encontrar mi mejor versión a través de un poco de introspección y mucha meditación.

- Hoy es su cumpleaños –le conté a mi buen amigo, frente a otra de las obras de

Botticelli que se exhibía en la galería.

- ¿Cómo vas a celebrar su vida? –me preguntó.
- Voy a enviarle narcisos violetas al café para que Alex los ponga en nuestra mesa. Lo haré durante todos los días hasta que tenga certeza de que los recibió –respondí, esperanzado de poder sacarte una sonrisa, aún en la distancia.
- Eso está perfecto, pero me refiero a cómo vas a celebrarlo tú –insistió–. No puedes dejar pasar por alto una fecha tan importante en tu vida: aquella en la que nació el amor de tu vida.

El señor Antonio tenía razón; no había pensado en cómo quería conmemorar tu cumpleaños. Después de nuestra sesión, seguía con su pregunta en mi cabeza, hasta que se me ocurrió la idea más ridícula de todas: quería inmortalizarte en mi piel, como me habías inmortalizado en la tuya.

Al salir de la galería me dirigí a una tienda de tatuajes que estaba a algunas cuadras del centro. Una vez ahí, saqué mi billetera y tomé aquel papel en el que me habías dejado una nota la noche en la que dormimos en el café, pues al reverso decía, con tu caligrafía:

"Nunca es demasiado tarde para huir de aquello que te hace daño".

Me quité la camisa y dejé mi espalda al descubierto, señalando un espacio justo sobre mi omoplato izquierdo donde quería guardarte para siempre.

Había llegado mi momento de huir de todos aquellos demonios que me atormentaban desde hacía tanto tiempo, pues como dijo un sabio escritor alguna vez, "nunca es demasiado tarde".

13

Nueve días después, el domingo en la madrugada, recibí una llamada que destrozó mi corazón, dejándolo reducido a cenizas. Era Lucas, visiblemente afectado por el alcohol, suplicándome que regresara porque habías tenido un accidente.

- No pude cuidarla –dijo entre sollozos. Apenas podía articular palabras coherentes, dejando que el alcohol hablara por él.

Aunque le pedí más detalles, solo pude obtener información del hospital, ya que su desesperación le impidió contarme qué había sucedido. Me dirigí de inmediato al aeropuerto y tomé el primer vuelo disponible, en compañía de mi madre, quien insistió en regresar conmigo.

Las siguientes horas se me hicieron eternas, pues no dejaba de imaginar posibles escenarios de lo que pudo haber ocurrido. Con cada minuto que transcurría, la ansiedad y el terror se multiplicaban, y mi necesidad de asegurarme de que estuvieras bien se intensificaba. La idea de haberte dejado a merced de un hombre que era incapaz de protegerte me provocaba una indignación que hacía hervir mi sangre.

En el avión de regreso, mientras contemplaba el tímido amanecer que se asomaba entre las elegantes nubes que nos envolvían, reflexioné sobre lo equivocado que estaba al haberte dejado y por pensar que Lucas era mejor para ti. ¿Quién iba a cuidarte mejor que yo, que te amaba con lo más profundo de mi ser?

Necesité cinco semanas de distancia, un mes de terapia y un accidente en el que casi te pierdo para comprender que no tenía que ser perfecto para ser digno de tu amor. Bastaba con darte mi mejor versión y amarte como nadie más.

Al aterrizar, un taxi llevó a mi madre al café, mientras que yo fui directamente al hospital. Al llegar, saludé a tus padres y a Alicia, quienes se encontraban en la sala de espera. Por suerte, Lucas acababa de marcharse, pues no tenía intenciones de controlarme al verlo. Me senté con tus padres, quienes me explicaron lo ocurrido, y después de un par de horas, los doctores me permitieron verte.

Estabas aún dormida cuando entré a tu habitación; te veías tan frágil en esa trágica camilla. Quería tomarte entre mis brazos y llevarte lejos a un lugar seguro. Ansiaba admirar tus hermosos ojos oscuros y, finalmente, confesarte todo lo que mi corazón sentía en tu presencia.

- Mi ángel –te susurré al oído mientras sujetaba tu mano–. Lamento no haberte podido cuidar.

Me senté a tu lado y te contemplé durante la siguiente hora, hasta que la indeseada presencia de Lucas irrumpió en la habitación.

- Es mi turno de estar con ella –reclamó, esperando que abandonara la habitación.
- ¿Tu turno? ¿Como si fuera un objeto que podemos compartir? –le respondí furioso–. Mejor tengamos esta conversación afuera.

Salimos al pasillo frente a la habitación y la situación se volvió tensa rápidamente.

- ¿Fuiste tú? ¿La drogaste? –le pregunté, esforzándome por mantener la calma y no gritar.
- ¡Claro que no! –respondió a la defensiva–. Sería incapaz de hacerle algo así a Tali. Mucho menos después de besarla como lo hice anoche –añadió con una sonrisa burlona.
- Apuesto que se alejó en cuanto descubrió que nadie puede besarla como yo –repliqué. Lucas guardó silencio, lo que me hizo pensar que era cierto que lo habías rechazado. – ¿O me equivoco? –insistí.

Lo siguiente que experimenté fue el débil puñetazo de *Gasparín* en mi mejilla, que no causó más que molestia. A pesar de mi deseo de mantener la conversación en un tono cordial, no pude evitar devolverle el golpe, el cual, evidentemente, sí causó estragos en la cara del flacucho.

- ¡Seguridad! –gritó una enfermera que se acercaba a la violenta escena.

De inmediato, un guardia de seguridad se aproximó corriendo por el pasillo. Para evitar más problemas, decidí retirarme, consciente de que estabas fuera de peligro y que te darían el alta en cualquier momento.

Me fui directo a tu casa, a hacer guardia frente a la puerta para verte en cuanto regresaras. Un par de horas después, te vi entrar con tus padres y Alicia. Esperé a que tus padres se fueran y me acerqué a tocar la puerta.

- Matías. –Me recibió Alicia.
- Tengo que verla, por favor –supliqué.
- No sé si quiera verte. ¿Estás consciente de todo el daño que le has hecho? –me preguntó, justificablemente molesta.
- Lo sé. ¿Puedes preguntarle si puedo verla? Por favor –insistí.

Alicia me miró insegura, pero finalmente subió las escaleras. Tras algunos minutos, regresó por mí para invitarme a pasar. Corrí a tu encuentro, desesperado por tenerte entre mis brazos.

- Tali –susurré al verte llorando en tu cama, aún tan débil, mientras me acercaba a ti–. No llores –te rogué, mientras te abrazaba con desesperación.
- Me abandonaste –dijiste sollozando–. ¿Por qué lo hiciste?
- Por el bien de ambos –respondí, mientras limpiaba tus lágrimas–. Por favor no llores. –te rogué de nuevo. Me partía el alma verte así–. ¿Qué te hizo Lucas? ¿Fue él quien te drogó? ¿Se aprovechó de ti? Te juro que lo mato.
- No fue Lucas –respondiste, sosteniéndome la mirada–. Fue un tipo en la barra.

Esa era la historia que me habían contado, pero quería asegurarme de que fuera cierta.

- ¿Estabas sola? ¿Dónde estaba Lucas? –pregunté enfadado.
- Acababa de salir –respondiste.
- ¿Por qué te dejó sola?
- Porque acabábamos de pelear–. Hiciste una pausa antes de continuar–. Me había intentado besar y estábamos discutiendo al respecto, entonces salió a tomar aire.
- ¿Te besó? –pregunté, aunque conocía la respuesta.
- Sí, pero no quería –respondiste en un hilo de voz.
- ¿Por qué? –pregunté, intentando descifrar si ya era demasiado tarde para declararte mi amor.
- Porque no eras tú –susurraste–. ¡Pero tú no estabas! ¡Me abandonaste! –gritaste.
- Tali, déjame explicarte... –empecé a decir, aliviado de escuchar que aún te importaba.
- Primero explícame por qué estás en un proceso judicial. ¿Eres un violador? –preguntaste y se te oscureció la mirada.
- ¿Qué? ¿Quién te dijo eso? –pregunté con asombro. Era información bastante sensible y no podía imaginar cómo había llegado a tus oídos.
- Respóndeme –insististe, poniendo más distancia entre nosotros.
- No soy un violador, Tali. Sería incapaz de ponerle una mano encima a una mujer sin su consentimiento.
- ¿Entonces por qué tienes un proceso judicial por eso? –preguntaste de nuevo.
- No es lo que crees –sopesé si debía contarte la verdad, pero no me perdonaría

contar la historia de Vivian sin su permiso.

- ¿Y qué es? –insististe–. ¿Qué es, Matías? ¿O debería decir Daniel?
- ¿Quién te dijo todo esto? –pregunté sorprendido mientras me alejaba de la cama.
- ¿Por qué me has mentido todo este tiempo? –preguntaste, llorando con fuerza.

Quería contarte la verdad. Quería confesarte que Daniel era un hombre lleno de vicios. Que era rencoroso, engreído y egoísta. Tras el divorcio de mis padres, me convertí en una especie de monstruo lleno de odio. Quería ver el mundo arder tal como yo ardía por dentro. Proyectaba mi dolor hacia el exterior sin importar a quién le hacía daño. Daniel ahogaba sus penas en alcohol por miedo a enfrentarse a su realidad, aquella en la que sufría un abandono imaginario por no tener la madurez suficiente para entender lo que realmente estaba ocurriendo. Daniel murió el día en que entendió que estaba hiriendo a las personas que lo querían por su falta de amor propio y de inteligencia emocional. De Daniel, ahora solo quedaban los recuerdos y las historias. Ahora debía aprender a soltar esos demonios que intenté enterrar con él.

Pero estaba demasiado dolido y asombrado como para admitir una verdad tan dolorosa.

- ¡Por tu bien! –exclamé finalmente–. Todo lo que he hecho desde el primer día que te vi ha sido por tu bien, Tali. Sí, he fallado. He fallado en alejarme de ti, una y otra vez. Cada vez que lo intento, vuelvo a caer. ¿Es que no entiendes lo que me haces? –Podía sentir las lágrimas en mis ojos. Nunca había llorado frente a nadie, pero no me avergonzaba llorar frente a ti.
- Matías –susurraste con voz quebrada, entre lágrimas.
- No fue buena idea venir –dije y empecé a caminar hacia la puerta–. Dices que no estoy roto y que merezco más de lo que me permito, pero basta con que te digan cualquier cosa sobre mí para cambiar cómo me percibes, sin siquiera preguntar antes de acribillarme.
- Matías –me llamaste de nuevo, llorando descontroladamente.

Una parte de mí quería abrazarte y no soltarte nunca, pero otra parte de mí, la que estaba empezando a sanar, sabía que no merecía ser prejuzgado así.

- Tali, sí soy mentiroso –dije desde la puerta, justo antes de irme–. Pero jamás un violador.
- ¡Matías! –te escuché gritar, pero las lágrimas ya habían empezado a abrirse paso por mis mejillas y estaba desesperado por alejarme de ahí.

Fui directo al café y recogí mis cosas para irme a la casa de la playa con mi madre, con quien me desahogué en el camino.

- Deberías llamar al señor Antonio –sugirió mi madre en cuanto llegamos–. Debe estar preocupado por ti.

Aunque estaba en mi casa, no se sentía como mi hogar. Porque el hogar no es un lugar, sino una persona. Y esa persona me acababa de romper el corazón.

Me encerré en mi habitación y lo llamé. Lloré las siguientes horas como un niño sin consuelo mientras le narraba todo lo que había acontecido.

- Suena como si necesitaras ordenar tus ideas –respondió mi amable consejero.

Tenía razón, era justo lo que necesitaba; por lo que, al día siguiente en cuanto se asomó el alba a través de las ventanas, tomé mis cosas y me fui a tu casa en la montaña, que ya estaba especialmente remodelada para ti.

En el camino, conversé con ese Dios todopoderoso y le reproché. ¿Por qué, Señor, separas estos corazones que anhelan estar en la misma sintonía?

14

- Llevas diecinueve días escondido en las montañas –me reprochó Vivian por teléfono.
- Necesito tiempo para procesar este dolor que estoy sintiendo –admití. Las sesiones diarias con el señor Antonio a larga distancia eran lo que me mantenían en pie. Los ángeles también llegaban en forma de señores canosos con acento español. –Hoy le sembré un jardín de narcisos.
- ¿Por qué no la llamas? –me preguntó.
- ¿Para qué? Piensa que soy un violador y ni siquiera me dio tiempo de explicar antes de juzgarme de esa forma. ¿Por qué me esfuerzo entonces por encontrar mi mejor versión? Si ante la mínima duda, asume lo peor de mí; como lo hizo el día del manuscrito rayado, o cuando mi madre le dijo que la había abandonado, o con esto de la violación –respondí, frustrado.
- Pero fuiste tú quien le dio motivos para pensar todo eso sobre ti, si no has hecho más que pintarte como un villano y alejarla –replicó Vivian.
- Tienes razón, sé que llevo algo de culpa. También sé que le he mentido con todo el tema de mi seudónimo y, honestamente, no sé si tiene sentido buscar su perdón –dije, abatido.
- Claro que tiene sentido. ¿Es que acaso no la amas? –preguntó Vivian.
- La amo, el problema es que no sé si ella me ama a mí.

Esa conversación fue el detonante para que Vivian te contactara a mis espaldas al día siguiente. En cuanto leí que lo había hecho, me sentí algo traicionado, pero lo cierto es que hoy no comprendería la profundidad de tu amor ni estaría escribiéndote esta respuesta, de no ser por ella.

Tu editor me contactó esa misma noche para informarme que ya habías enviado el borrador final de tu libro. Recibí la noticia en el balcón de tu cuarto, mientras contemplaba las estrellas, imaginando tu sonrisa al poner el punto final en tu historia. Anhelaba leerla y felicitarte por haber culminado el primer gran paso hacia la realización de tu sueño. Si hubiéramos estado juntos, te habría invitado a cenar en mi restaurante favorito para celebrar a lo grande tan significativo logro en tu carrera.

Poco después, llegó la invitación a la boda de Alicia en mi correo electrónico, para la cual faltaban solo dos semanas. Se me escapó una tímida lágrima al recordar lo mucho que te extrañaba y las inmensas probabilidades de no verte nunca más.

A veces maldecía el día en que te conocí, pero lo verdaderamente maldito era vivir toda una vida sin conocer al amor. Dichosa mi alma que conoció la tuya y se entregó plenamente a ti.

Eras mi insomnio de las 3:55 y mi despertar de las 6:43. Te sentía en cada atardecer, te veía en cada estrella. ¿Cómo se puede extrañar tanto algo que nunca has tenido?

Estar retraído en las montañas no había sido una pérdida de tiempo del todo, ya que estaba a punto de terminar la segunda parte de *"Una fina línea"*, inspirada en nuestra historia de amor; sin embargo, no estaba seguro de cómo iba a terminar y, hasta entonces, no podía terminar el libro.

En el transcurso de la semana, recibí un mensaje bastante particular de Lucas, en el que me informaba que todo el tema de la violación había sido un malentendido y que, por favor, reflexionara sobre regresar porque no soportaba verte tan triste. Aunque opté por no responder, admiré su valentía y su buena voluntad al contactarme para eso. No era el hombre para ti, pero en

general, era un buen hombre.

Mi estancia en tu casa estaba próxima a terminar, pues planeaba enviarte las llaves con un mensajero el día de la boda de Alicia, para que no te preocuparas sobre dónde ibas a vivir. Cada noche que dormía en tu cama era una noche que pasaba en vela, imaginándote a mi lado. Tu recuerdo era mi lamento.

Me dolía pensar en todas esas *primeras veces* que soñaba con experimentar contigo, como tener nuestro primer perro juntos. Todos esos sueños permanecerían congelados para siempre en mis fantasías.

Soñaba con contar cada uno de los lunares de tu cuerpo y embriagarnos de tanto amor. Sueños que serían eso: sueños.

15

- ¡Matías! –escuché gritos a las siete de la mañana del domingo. –¡Matías! –gritaron de nuevo, y me levanté corriendo de la cama para ir a abrir la puerta. Por suerte, llevaba pantalones deportivos y un suéter, pues hacía más frío en la montaña que en mi propio corazón.
- ¡Voy! –exclamé, mientras me apresuraba hacia la entrada, confundido por el sueño y lo inesperado de la visita.
- ¿Estabas dormido? –preguntó Vivian en cuanto abrí la puerta, quien se veía extremadamente feliz para ser tan temprano en un fin de semana.
- ¿Qué haces aquí? –respondí, aún extrañado.
- Me moría por ver cómo había quedado la casa –dijo con entusiasmo mientras cruzaba por la sala. –¡La chimenea quedó preciosa! ¡Y los tragaluces son de ensueño! A Tali le va a encantar.
- ¿Viniste hasta aquí para ver la casa? –pregunté escéptico.
- No, vine hasta aquí para entregarte esto –replicó mientras colocaba un libro en mis manos. La portada estaba llena de colores, el título decía “Daniel” en letras negras, y en la esquina inferior derecha decía el nombre de la autora. Tu nombre.

No recuerdo bien cómo me despedí de Vivian, o si me despedí siquiera. Toda mi atención se centró en el tesoro que acababa de recibir, y no tardé ni dos horas en leerlo.

Mi corazón llora de emoción y mi alma salta de felicidad. Tras devorar tus palabras, estoy convencido de que cuando Dios nos creó, nos pensó como pareja. No hay duda de que somos el uno para el otro, pues también había comenzado mi propio borrador sobre nuestra historia. Este que escribo humildemente, para declararte mi amor de una vez por todas.

Finalmente descubrí qué se siente ser amado por un ángel, y puedo garantizar que no hay sentimiento igual. Nunca sabré qué hice para merecerte, pero como diría mi buen amigo, mi vida no había comenzado hasta que te conocí. Viniste a pintarme el mundo de colores y a llenar mi cielo oscuro de estrellas. Llegaste a mi vida con tanto ímpetu, que ni siquiera logré cerrarme lo suficiente como para no dejarte entrar. Me enseñaste que, por más que lo intente, no puedo nadar contra la marea; y, en efecto, no pude. Si tan sólo en cuestión de días me sentí tuyo y te sentí mía; amiga de años, amante de vidas.

Gracias por todo, gracias por tanto.

Para mi musa, porque al fin a tu lado encontré mi paz.

EPÍLOGO

Mientras Alicia y Ricky caminaban por el altar tomados de la mano, felizmente casados, no pude evitar llorar. Lloré por ella, lloré por mí. Una parte de mí se preguntaba si algún día tendría la oportunidad de experimentar un festejo similar.

Mi corazón se hundía con pesar, pues hacía seis días que Matías había recibido el libro y, desde entonces, no había escuchado noticias de él ni de Vivian. Si no pude convencerlo con eso, no podría convencerlo con nada más.

- Te ves preciosa –le dije a Alicia mientras la ayudaba a retocarse el maquillaje en el baño de una hermosa finca que había reservado para la boda.
- Tú también –respondió sonriente. – ¿Te gusta el lugar?
- Me encanta –respondí. La celebración se llevaba a cabo en unos grandes toldos transparentes en el jardín externo de la propiedad, que estaba entre la cabaña y un precioso lago.
- Por suerte conseguí este lugar con tan solo una semana de anticipación –contestó.
- Sí, no entiendo cómo pueden cancelar una reservación de tantos meses a tan solo una semana de la boda. –respondí indignada, pues el domingo anterior Alicia había recibido la noticia de que le cancelaron la reservación en el lugar que había planeado. Aunque, en honor a la verdad, el nuevo lugar era mucho más lindo que el anterior.
- ¿Cómo te sientes? –me preguntó, mirándome a través del espejo.
- Estoy feliz por ti –respondí sonriente.
- Tú corazón es lo suficientemente grande como para estar feliz por mí y triste por Matías –replicó.
- Me limité a esbozar una tímida sonrisa, porque no servía de nada negar una realidad tan evidente.
- ¿Puedes hacerme un favor? –preguntó.
- Claro, ¿qué necesitas? –como su dama de honor, era mi trabajo asistirla en todo lo que estuviera a mi alcance.
- ¿Puedes ir a la habitación principal y buscarme el labial correcto? –me pidió–. Seguro se quedó ahí mientras me maquillaban.

Procedí entonces a subir por las hermosas escaleras de madera, que estaban frente a la sala, donde se destacaba una impresionante chimenea de piedra.

En cuanto llegué a la habitación principal, me encontré con pétalos de rosa sobre la cama y, por un segundo, pensé en lo afortunada que era Alicia por tener a un hombre tan detallista como Ricky. Sin embargo, tras mirar de nuevo, descubrí que en el centro de la cama había un libro que llevaba mi nombre en la portada.

Procedí a tomarlo con temor, sin saber muy bien de qué se trataba toda aquella escena. Tan solo una hora después, entendí todo. Aunque no quería perderme la fiesta de Alicia y Ricky, no podía dejar de leer aquella carta de amor que llevaba mi nombre.

Se quedan cortas las palabras para explicar todo lo que experimentó mi corazón en esos sesenta minutos. Con cada página que leía, me sentía tentada a dejar el libro y salir a buscarlo, pero no podía controlar las ganas de saber qué venía a continuación. Leerlo y vivir nuestra historia desde su perspectiva es, sin duda, el mejor regalo que he recibido.

No supe en qué momento había comenzado a llorar, pero al llegar a la última página, estaba hecha un mar de lágrimas.

No podía creer que la perfecta letra que llevaba tatuada en mi piel era suya. Nuestras vidas

empezaron a encajar como un rompecabezas desde mucho antes de lo que imaginaba. Me moría por ver el tatuaje que se había hecho en la espalda, donde había inmortalizado mi caligrafía. Me sorprendí al descubrir tantas revelaciones, como quién era realmente la mujer de envidiable cabellera por la que alguna vez sentí celos, o qué se habían dicho Lucas y Matías en el hospital. Pero lo que más me sorprendió, sin duda, fue darme cuenta de que estaba sentada en mi propia cama. ¿Cómo había hecho Matías para orquestar aquello en tan solo una semana? No lo sabía, pero estaba dispuesta a averiguarlo de inmediato.

Cerré aquella declaración de amor confundida, sin saber muy bien qué hacer a continuación. ¿Dónde estabas, Matías? Me quemaba por tenerte a mi lado.

Salí desorientada del cuarto y, en el suelo, justo frente a la puerta, había una nota que decía:

"Te espero en los narcisos"

No logré descifrar qué significaba en el momento, pero reconocí de inmediato su letra y mi corazón empezó a latir con fuerza. Matías estaba cerca.

Bajé corriendo las escaleras y busqué perpleja por toda la casa, hasta que, como por arte de magia, vi un narciso asomarse en una de las ventanas de la sala.

Corrí entonces en su dirección y, en medio de un jardín de narcisos violetas, estaba el amor de mi vida. Mi dios griego, estaba finalmente de pie frente a mí.

Me apresuré a su encuentro y, en cuanto me acerqué, me envolvió con sus fuertes brazos. Nos sostuvimos en silencio mientras disfrutaba de su embriagante aroma.

- Estás preciosa –dijo, rompiendo el silencio.
- Te extrañé tanto –respondí, dejando escapar una tímida lágrima.
- ¿Por qué lloras? –preguntó preocupado mientras la secaba con dulzura.
- Puedes decirle a mi madre que cumpliste con su deseo. Finalmente lloro de felicidad.
- En respuesta, Matías me atrajo hacia él y me calentó el alma con un dulce y añorado beso.
- Te amo, Tali –exclamó. Aunque ya sabía que me amaba, esas dos palabras sonaban dulces en sus labios.
- Y yo a ti, Matías –respondí.
- Tengo una sorpresa más –dijo, aun sujetando mi rostro entre sus manos.
- Tengo todo lo que quiero justo frente a mí –respondí en medio de aquella nube de amor en la que me encontraba.
- ¿Segura? –preguntó, mientras caminaba hacia el otro lado del jardín. Cuando regresó, traía un hermoso pastor ovejero inglés en sus manos.
- ¡Matías! –grité de la emoción.
- Te presento a Selene. Selene, te presento tu nuevo hogar.

NOTAS DE LA AUTORA

¿Creías que todo terminaba ahí? No podía dejarte con la intriga sobre lo que sucedería a continuación, ya que nada me quita más el sueño que imaginar el final feliz de un libro.

El día de la boda de Alicia y Ricky, organizada por Matías y su leal asistente estrella en coordinación con Alicia, finalmente se conocieron Lucas y Vivian. Era cuestión de tiempo nada más, ya que sus vidas habían estado gravitando una alrededor de la otra durante años. Sin embargo, el desarrollo del resto de esta historia merecería su propio libro.

Los recién casados se mudaron a la casa de Ricky, y poco después descubrieron que Alicia estaba embarazada.

En cuanto a nuestros protagonistas, se mudaron de inmediato a la casa de las montañas con su nueva hija perruna Selene. Tali publicó su primer libro, que fue un éxito para la editorial. Matías terminó de escribir la segunda parte de *"Una fina línea"*, pues ya tenía un final feliz para su historia.

Tan solo un par de meses después, Matías le pidió matrimonio a Tali en Florencia y celebraron el compromiso en una fiesta privada en la Galería Uffizi, con el señor Antonio, por supuesto.

A pesar de los altos y bajos propios de una relación, nuestros protagonistas enamorados vivieron felices por siempre. Porque el amor no es algo que simplemente pasa, sino que se elige todos los días.



Paula Zamora es una abogada corporativa y economista con una maestría en derecho empresarial, que, a pesar de su pasión por el derecho, siempre ha sentido una profunda conexión con el mundo de la literatura. Desde temprana edad, descubrió el placer de sumergirse en historias fascinantes y, naturalmente, este amor por la lectura evolucionó hacia una pasión por la escritura.

"Tú mi Marte, yo tu Afrodita" marca su debut como autora, una obra que refleja su fascinación por las historias románticas que se desarrollan en la cotidianidad. A través de esta novela, la autora espera compartir su amor por las palabras y trasportar a los lectores a mundos cautivadores.